



*Entonces imagina lo  
asustada que estoy en lo  
que me convierto por ti.*

# Este día

BLANKA LIPÍŃSKA

# Este día

*¡Apoya al autor comprando sus libros!*

Este documento fue hecho sin fines de lucro, ni con la intención de perjudicar al Autor (a). Ninguna traductora, correctora o diseñadora del foro recibe a cambio dinero por su participación en cada uno de nuestros trabajos. Todo proyecto realizado por ***Letra por Letra*** es a fin de complacer al lector y así dar a conocer al autor. Si tienes la posibilidad de adquirir sus libros, hazlo como muestra de tu apoyo.



*¡Disfruta de la lectura!*

2

BLANKA LIPÍŃSKA



# Este día

## **Staff**

Mrs. Emerson

Mrs. Darcy

Mrs. Hunter

Mrs. Grey

## **Diseño**

Mrs. Hunter

3

*Letra Por Letra*

BLANKA LIPÍŃSKA

## SINOPSIS

La vida siciliana de Laura Biel empieza a parecerse a un cuento de hadas. Hay una boda ruidosa, un marido que hará y dará todo por ella, el embarazo, los regalos y el lujo inimaginable: servicio, coches, residencias en la playa. Y todo sería perfecto, si no fuera por los propios gánsteres, el crimen está colgando en el aire, alguien está constantemente tratando de secuestrarla y matarla, y Oli, la mejor amiga, está siguiendo ciegamente sus pasos. Ser la esposa del hombre más peligroso de Sicilia tiene sus consecuencias, y Laura lo encontrará doloroso...

La segunda parte del bestseller **365 días** no es sólo una bonita historia de amor que se lee antes de acostarse. Es una historia llena de giros sorprendentes: escapes, persecuciones, traiciones, luchas de honor, peligro mortal. Es un libro sobre lo fácil que es enamorarse y lo fácil que es destruir la vida de uno.

4

*Cada capítulo sorprende, nada es obvio - excepto el sexo duro y el juego, en el que no hay personajes buenos o malos. Pero hay una gran incógnita, un gran amor, un gran peligro y una gran pasión.*





El yate estaba amarrado en el puerto de *Fiumicino*. La doble de mi dama seguía a bordo conmigo. Su tarea era simple. O Se suponía que lo era.

—Mete a Laura en el coche y mándamela—, le dije a Domenico que estaba en Roma y contestó el teléfono.

—Gracias a Dios...— Suspiró. —Se estaba volviendo insoportable.— Le oí cerrar la puerta tras él. —No sé cuánto te interesa, pero ella estaba preguntando por ti.

—No vengas con ella—, le dije, ignorándolo. —Nos vemos en Venecia.

—¿No preguntarás qué dijo ella?— Domenico no se rindió, escuché alegría en su voz.

—¿Y eso me interesa?— Pregunté con la mayor seriedad posible, tanto cómo era posible, aunque por dentro, como un niño, tenía curiosidad por saber de qué hablaba.

—Te extraña.— Esa corta declaración me apretó el estómago. —Creo que en verdad lo hace.

—Asegúrate de que se vaya lo antes posible.— Colgué y miré al mar.

*Una vez más, esta mujer me hizo entrar en pánico. La sensación era demasiado extraña para que yo la diagnosticara y la detuviera.*

Registré a la chica que se hacía pasar por Laura, pero le ordené que estuviera cerca todo el tiempo. No tenía ni idea de si no la necesitaría en un minuto. Según Matos, Flavio había regresado a la isla, pero no pasó nada más. Como si toda la situación de Nostro no hubiera ocurrido. La

# Este día

información superficial que el hombre ungido me dio no me convenció, así que envié a mi gente allí, que confirmó todo lo que descubrí.



A la hora del almuerzo, tuve una teleconferencia con gente de los Estados Unidos. Tenía que asegurarme de que asistieran al Festival de Cine de Venecia. Necesitaba una reunión cara a cara con ellos; ordenar otro cargamento de armas que iba a vender en el Medio Oriente requería mi presencia.

—¿Don Torricelli?— preguntó Fabio, deslizando su cabeza en mi cabina, le di la mano y terminé la llamada. —La Sra. Biel está a bordo.

—Vamos—, dije al levantarme.

Salí a la cubierta superior y miré alrededor. Cuando vi a mi mujer vestida de adolescente, apreté los puños y los dientes. *Los pantalones cortos de Kuse y una camiseta microscópica no coincidían para la mujer del jefe elegido de la familia siciliana*, pensé.

—¿Qué demonios llevas puesto? Pareces...— Me detuve al terminar mi frase cuando miré una botella de champán casi vacía. La chica se dio vuelta chocando conmigo, y cuando rebotó en mi pecho, se cayó en el sofá. Estaba borracha otra vez.

—Me veo como quiero, y no puedes hacer nada contra eso,— balbuceó, agitando sus manos, haciéndome reír un poco. —Me dejas sin decir una palabra y me tratas como a una marioneta con la que juegas cuando te apetece.— Extendió su dedo en mi dirección, mientras intentaba levantarse del asiento de una manera torpe pero encantadora. —Hoy la marioneta tiene ganas de tocar en solitario.

Se tambaleó, se movió hacia la popa, perdiendo sus zapatos en el camino.



# Este día

—Laura...— Empecé a reírme, porque no podía aguantar más.

—Laura, ¡maldita sea!— Mi risa se convirtió en un zumbido cuando vi lo peligroso que era acercarse al borde del yate. La seguí, gritando:

—¡Alto! ¡Alto!

No me escuchó ni me oyó. En algún momento se resbaló. La botella se le cayó de la mano, y ella se cayó al agua sin ningún tipo de equilibrio.

—¡Maldita sea!...— Empecé a correr. Me quité los zapatos de los pies y salté al agua. Por suerte, Titán nadaba lentamente y la chica cayó a un lado. Unas docenas de segundos después ya la tenía en mis brazos.

Por suerte para mí Fabio vio todo el incidente y cuando el barco se detuvo, lanzó un salvavidas atado a la cuerda y nos subió a bordo. La chica no respiraba.

Empecé a resucitarla. Los siguientes intentos y la respiración no ayudaron.

—¡Respira, maldita sea!

Estaba desesperado. Presionaba más y más y más y más y más y más y más y más y más para que le entrara aire a los pulmones.

—¡Respira!— Grité en inglés, sin sentido, pensando que ella podría entenderme. Luego tomó una corriente de aire y empezó a vomitar.

Yo estaba mirando su cara y mirando sus ojos semiconscientes tratando de mirarme. La tomé en mis brazos y me fui a la cabaña.

—¿Debo llamar a un médico?!— Fabio gritó.

—Sí, envía un helicóptero a buscarlo.

Tuve que llevar a Laura abajo, quedarme a solas con ella y asegurarme de que estaba a salvo. La puse en la cama y miré su pálido rostro, buscando la confirmación de que estaba bien.

—¿Qué ha pasado?— Preguntó en voz baja.



# Este día

Sentí que estaba a punto de perder el conocimiento. Mi cabeza retumbaba y mi corazón latía como loco. Me arrodillé junto a ella en el suelo e intenté calmarme.

—Te caíste de la plataforma. Gracias a Dios que no navegamos más rápido, te caíste a un lado. Pero eso no cambia el hecho de que casi te ahogaste. Joder, Laura, me apetece matarte, pero estoy tan agradecido al destino que estés viva...— Incliné la cabeza y apreté las mandíbulas. El insoportable dolor de cabeza me quitó la capacidad de pensar con lógica.

Laura presionó suavemente mi mejilla con sus dedos, levantándola para que yo tuviera que mirarla.

—¿Me salvaste?

—Lo bueno fue que estaba cerca. No quiero ni pensar en lo que podría haberte pasado. ¿Por qué eres tan desobediente y terca...?— El miedo que sentí cuando dije que eso era nuevo. Nunca me he preocupado tanto por nadie en mi vida.

—Me gustaría bañarme—, dijo.

Cuando escuché lo que dijo, casi me reí a carcajadas. Casi se muere y ya solo piensa en que está goteando agua salada. No podía creer lo que estaba escuchando. Pero no tenía ni la fuerza ni el deseo de discutir con ella ahora, quería tenerla cerca, abrazarla y protegerla de todo el mundo. No dejaba de pensar en lo que habría pasado si hubiera estado lejos, o el barco hubiera ido más rápido...

Instintivamente me ofrecí a bañarla, y cuando no protestó, abrí el agua del baño y volví para ayudarla a desvestirse. Estaba concentrado y no pensaba en lo que estaba a punto de ver. Sólo después de un tiempo me di cuenta de que ella estaba acostada desnuda frente a mí. Para mi sorpresa, esto no me impresionó; sobre todo, estaba viva.

La tomé en mis manos y me metí en el agua caliente. Cuando su espalda se apoyó en mi pecho, sostuve su cabeza con su cabello. Estaba enfadado y asustado y... malditamente agradecido. No quería hablar con





# Este día

ella, discutir con ella. Estaba empapado en su presencia. Ella me estaba sujetando la mejilla inconscientemente. No se dio cuenta de que todo lo que había estado pasando durante días era por ella. Poco a poco me di cuenta de que todo en mi vida iba a cambiar. El negocio ya no será fácil, porque mis enemigos ya sabían que yo tenía un punto débil: una pequeña criatura que tenía en mis brazos. *No estaba preparado para esto y nadie podía prepararme a mí o a ella para lo que el futuro traería.*

Lentamente y sin decir una palabra, lavé cada parte de su cuerpo, para sorpresa de Laura, sin erecciones y sin siquiera intentar tocarla de una manera al menos tan erótica como fuera posible.

La seque y la acosté, besando suavemente su frente. Cuando logré quitarle los labios de encima, ya estaba dormida. Revisé su pulso, temiendo que pudiera perder la conciencia de nuevo. Afortunadamente, fue constante. Me quedé allí, mirándola un momento cuando escuché el sonido del helicóptero. Me sorprendió, pero recordé que estábamos bastante cerca de la orilla.

El doctor, después de leer los registros médicos y examinar a Laura inconsciente, no encontró nada que amenazara su vida. Le agradecí el esfuerzo y volví a mi cabaña.

La noche era cálida y tranquila. Y la calma era lo que más necesitaba. Me metí una fila de drogas y con una copa de mi bebida favorita me senté en un jacuzzi caliente. Me registré con todo el personal, ordenándoles que se quedaran en sus espacios de trabajo y yo disfrutaría de la soledad. No me apetecía pensar en otra cosa que no fuera la calma que al menos aparentemente me abrazaba. Después de unos minutos en la oscuridad, vi a Laura caminando por la cubierta con una gran bata blanca. Estaba feliz de verla. Si se levantaba, significaba que se sentía mejor.

—¿Ya acabaste de dormir?— Yo pregunté. Al oír mi voz, la chica saltó de miedo. —Veo que ya te sientes mejor. ¿Por qué no te unes a mí?

# Este día

Estuvo pensando por un tiempo, mirándome con calma. No parecía que estuviera luchando con sus pensamientos; sabía que su bata estaba a punto de caer al suelo.

Desnuda se sentó frente a mí, y yo estaba disfrutando de su vista y del sabor de la bebida perfecta. Permanecí en silencio, mirando su hermoso y ligeramente cansado rostro. Tenía el pelo suelto y los labios ligeramente hinchados. De repente cambió su posición, lo que me sorprendió. Se sentó en mis rodillas, pegada firmemente a mí, a lo que mi polla reaccionó en un segundo. Y cuando me agarró el labio inferior con los dientes, me perdí completamente. Empezó a moverse sobre mí, empujando su coño cada vez más fuerte. No sabía lo que estaba haciendo, pero no tenía ganas de jugar sus juegos. Hoy no. No después de que casi la pierdo.

Su lengua se deslizó en mi boca, y yo me reflejé para apretar sus nalgas, las cuales sostuve en mis manos.

—Te he echado de menos—. Ella susurró.

Esa corta confesión me congeló. Todo mi cuerpo se puso rígido, y entré en pánico, sin tener idea de por qué reaccioné así. La aparté para mirarle a la cara. Ella hablaba en serio. No quería que ella sintiera mi debilidad, no estaba listo para revelarme a ella, especialmente porque no sabía lo que me estaba pasando.

—¿Así es como muestras tu anhelo, Pequeña? Porque si así es como vas a expresar tu gratitud por haberte salvado la vida, has elegido la peor manera posible. No lo haré contigo hasta que estés segura de que quieres hacerlo.

Quería que se alejara de mí lo antes posible, y la incomodidad desapareció. Me echó una mirada de remordimiento y tristeza, y el sentimiento que había en mí, en lugar de desaparecer, lo trajo de vuelta. *¿Qué carajo está pasando?* Pensé, cuando casi saltó del jacuzzi y se puso la bata rápidamente y corrió por la cubierta.



# Este día

—¿Qué demonios estás haciendo, idiota?— Me gruñí a mí mismo, levantándome. —¿Consigues lo que querías, y luego lo dejas?— Estaba murmurando, caminando sobre sus huellas mojadas.

Mi corazón latía como loco, y subconscientemente sabía lo que pasaría si la encontraba. La vi correr hacia mi cabaña y sonreí al pensar que no podía ser un accidente. Entré por detrás de ella y la vi de espaldas a mí tratando de encontrar el interruptor de la luz en la oscuridad. De repente, la habitación se inundó de luz brillante y la vi vomitar. Dí un portazo, paralizándola con ese sonido. Ella sabía que era yo. Apagué la luz y me acerqué a ella, desmontando su bata que había caído al suelo en un solo movimiento. Esperé pacientemente. Quería asegurarme de que sabía lo que estaba haciendo, aunque por primera vez en mi vida no tenía ni idea. Empecé a besarla y ella me devolvió el beso apasionadamente.

La tomé en mis brazos y la llevé a la cama. Estaba acostada frente a mí, y la pálida luz de las lámparas iluminaba su perfecto cuerpo. Esperé una señal.

11

Y aquí está: la chica puso sus manos detrás de la cabeza y me sonrió como si me invitara a entrar.

—¿Sabes que esta vez, si empezamos, no podré detenerme? Si cruzamos una línea, te joderé, lo quieras o no. Te lo advierto.

—¿Así? Vete a la mierda.— Se sentó en la cama, todavía me mira con ojos gigantescos.

—Ya eres mía, y ahora voy a retenerte para siempre—, le dije gruñendo en italiano, parado a una docena de pulgadas de ella.

Sus ojos estaban antinaturalmente oscurecidos, y parecía que el deseo pronto volaría este pequeño cuerpo. Sin restricciones, me agarró por las nalgas y me atrajo hacia ella.

Sonreí. Sabía que no podía esperar para probarme.

—Agarra mi cabeza. Y castígame.

# Este día

Esas palabras me quitaron el aire de los pulmones por unos segundos. La mujer que se suponía que sería la futura madre de mis hijos se comportaba como una puta. No podía creer que quisiera entregarse a mí de esa manera. Estaba encantado, pero también aterrorizado de lo perfecta que era.

—Me pides que te trate como a una puta. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, Don Massimo

Su silencioso susurro y su sumisión despertó un demonio en mí. Sentí que todos los músculos de mi cuerpo se flexionaban y me sentí abrumado por una sensación familiar de paz y control. Cuando me pidió que fuera yo mismo, todas las emociones innecesarias desaparecieron.

Lenta y confiadamente me metí en su boca, llegando casi al mismo tiempo que me apuñalaba en los ojos. Sentí mi polla apoyada en su garganta, así que la froté con más fuerza, sintiendo el abrazo que tanto me gustaba. Estaba encantado. Y cuando Laura se lo metió tan profundo, me sentí orgulloso de ella. Empecé a mover un poco las caderas para ver cuánto podía aguantar. Ella era increíble. Y se comió todo lo que le di.

—Cuando ya no te guste, tienes que decírmelo. Sólo para saber que no te estoy haciendo daño.

Pero no hubo resistencia en ella. Se entregó a mí completamente.

—Lo mismo va para ti—. Ella dijo, por un segundo, cuando se lo sacó de la garganta.

Cuando su boca lo abrazó de nuevo, aceleró. Vi que lo estaba disfrutando; ella era una promiscua y claramente quería demostrarme.

Me cogí su garganta, y ella quería más. Ese pensamiento me estaba llevando al borde del deleite. Intenté ir lento, pero no sirvió de nada.

Sentí el orgasmo rodando por mi cuerpo. *No lo quería. No ahora y no tan rápido*, pensé. La alejé violentamente y, respirando, traté de controlar la eyaculación. Laura sonreía triunfalmente. No podía soportarlo más. La



# Este día

presioné contra el colchón y la puse boca abajo. No pude mirarla, no la primera vez. No quería terminar en un segundo, y sabía que sería el final si veía la alegría en su cara.

Le metí dos dedos a Laura y me alegré al descubrir que goteaban humedad. Ella gemía y se retorció debajo de mí, y yo volvía a dejar mis sentidos. Agarré mi miembro y lo deslicé lentamente dentro de su estrecha grieta. Estaba caliente, mojada y me pertenecía. Sentí cada centímetro de su jodida profundidad hambrienta. Fui hasta el final y abracé su cuerpo fuertemente a mí mismo. Me quedé inmóvil, quise saturarme con este momento, luego me escabullí y atacué más fuerte, y mi dama gimió, impaciente cada vez más. Quería que me la cogiera, necesitaba sentirla fuerte. Mis caderas se dispararon para atacar cuando mi cuerpo se desprendió de ella. Me la cogí tan fuerte como pude, y aún así sentí que ella todavía quería más. Ella estaba gritando, y después de un tiempo no podía recuperar el aliento. Bajé la velocidad para elevar sus caderas, quería ver lo que era mío en toda su gloria. Cuando su espalda se dobló en una curva, vi un hermoso agujero oscuro y no pude evitarlo. Me lamí el pulgar y empecé a acariciar su estrecho ano.

—¿Don...?— gimió aterrorizada, pero no retrocedió ni un centímetro.

Me reí. —Relájate, nena. También llegaremos a eso, pero no hoy.

No se resistió y me alegré de que no me viera porque tenía una amplia sonrisa en la cara. A mi dama le gustaba el sexo anal. Era perfecta.

Respiré profundamente y la agarré por las caderas, me clavé más profundamente en ella, y luego una y otra vez. Me la cogí tan fuerte y sin piedad. Incliné mis dedos hacia abajo y comencé a frotar su clítoris y a sentir que se agitaba por dentro. Metió la cara en la almohada, gritando algo incomprensible, y yo la empujé aún más fuerte, sintiendo que la satisfacción crecía en ella. Lo único que no podía soportar era no ver su cara. Quería ver su orgasmo, ver el alivio que le daba en sus ojos. La puse de espaldas y la abracé fuerte, otra vez follándola como una puta. Y luego sentí que ella se apretaba a mí alrededor rítmicamente. Sus ojos se

# Este día

nublaron. Su boca estaba abierta de par en par, pero no salía ningún sonido. Ella estaba mirando a hurtadillas, casi aplastando mi polla con su coño. De repente su cuerpo se relajó y se hundió más profundamente en el colchón. Bajé la velocidad y suavemente moví mis caderas y alcancé sus muñecas flácidas. Estaba agotada. Puse mis manos detrás de su cabeza y la sostuve. Sabía que lo que estaba a punto de hacer la haría resistir.

—Córrete sobre mi estómago, por favor... Quiero verlo...— Estaba medio consciente.

—No—, dije con una sonrisa y empecé a follarla de nuevo.

Yo exploté.

Sentí las olas de mi esperma inundándola.

Fue un día perfecto para concebir, como si todo el universo quisiera que se quedara embarazada. Luchó y me empujó, pero era demasiado fina para resistirse a mi fuerza. Después de un rato, me caí sobre ella caliente y sudoroso.

—Massimo, ¿qué demonios estás haciendo...?— gritó. —Sabes perfectamente bien que no tomo pastillas.

Ella seguía refregándose conmigo, tratando de bajarse, y no podía ocultar mi satisfacción.

—Las píldoras tal vez no—, dije. —Es difícil confiar en ellas. Te puse un implante anticonceptivo, mira— Apunté con el dedo.

El transmisor que le implanté no era muy diferente del implante anticonceptivo que tenía Anna. Por eso sabía que ella no tendría problemas para creer esta historia.

—El primer día que dormiste, les dije que te lo pusieran. No quería arriesgarme. Durará tres años, pero por supuesto puedes quitarlo después de un año.— No podía dejar de sonreír al pensar que mi hijo creciera en ella hoy.



# Este día

—¿Quieres dejarme en paz?— estaba gruñendo de rabia, lo cual decidí ignorar.

—Desafortunadamente, va a ser imposible por un tiempo, Pequeña. Porque me va a costar trabajo alejarte.— Me quité el pelo de la frente.

—Cuando vi tu cara por primera vez, no te quería. Estaba bastante aterrorizado por esa visión. Pero con el paso del tiempo, cuando empecé a colgar tus retratos para que estuvieran en todas partes, empecé a ver cada detalle de tu alma. No tienes ni idea de cuánto coinciden con el original. Te pareces mucho a mí, Laura.

*Si fui capaz de amar, fue en el momento en que me enamoré de la mujer que estaba debajo de mí. La miré y sentí casi físicamente cómo algo estaba cambiando en mí.*

—En la primera noche, te miré hasta que quedó claro. Sentí tu olor, sentí el calor de tu cuerpo; estabas viva, existías y estabas a mi lado. Entonces no pude alejarme de ti en todo el día, con un miedo irracional de que volvieras y te fueras.

No tenía ni idea de por qué le estaba contando todo esto, pero sentía una necesidad irresistible de que ella supiera todo sobre mí. Podía oír el miedo en mi voz.

*Por un lado quería que me tuviera miedo, pero por otro lado quería que supiera toda la verdad sobre mí.*

**Este día**



**12 DIAS, TAL VEZ MAS DIAS DESPUES.  
(NÓ LO SE, DEJE DE CONTAR)**



**BLANKA LIPÍŃSKA**



Había un silencio enorme, y me di cuenta de lo que acababa de decir, cerré los ojos. Una vez más, mi pequeña mente sólo quería pensar en otra cosa, mi garganta estaba estrangulada, era incapaz de hacer un sonido.

—Repítelo—, dijo con voz calmada, levantándose la barbilla.

Lo miré y sentí lágrimas fluyendo en mis ojos. —Estoy embarazada, Massimo, vamos a tener un bebé.

Black me miró con los ojos bien abiertos, y después de un rato, se deslizó hasta el suelo, arrodillándose ante mí. Me levantó la camisa y empezó a besarme suavemente la barriga, murmurando algo en italiano. No sabía lo que estaba pasando, pero cuando le agarré la cara con las manos, sentí que las lágrimas corrían por sus mejillas. *Este hombre fuerte, poderoso y peligroso estaba ahora arrodillado ante mí y llorando.* Cuando vi esto, no pude detenerme, y después de un tiempo también sentí un chorro de lágrimas en mi cara. Ambos nos congelamos durante unos minutos, dándonos tiempo para digerir nuestras emociones.

Black se levantó de sus rodillas y me dio un caliente y largo beso en los labios.

—Te compraré un submarino—, dijo. —Y si es necesario, cavaré un búnker. Prometo protegerte, aunque tenga que pagar por ello con mi cabeza.— Dijo —Por ti.. —Esa palabra me hizo tanto, que comencé a llorar de nuevo.

—Oye, Pequeña, basta de lágrimas.— Y limpié las mejillas con la mano.

—No puedo detenerlas.— Me limpié las mejillas de camino al baño. —Vuelvo enseguida.

# Este día

Cuando salí de ahí después de un rato, estaba sentado en la cama en sus calzoncillos, se levantó y se acercó a mí, besándome la frente.

—Voy a tomar una ducha, y tú no vas a ninguna parte.

Me acosté y abracé mi cara en la almohada, analizando la situación que acababa de suceder. No esperaba que Black pudiera llorar, y mucho menos que fuera feliz. Después de unos minutos, la puerta del baño se abrió y se quedó allí desnudo y goteando agua. Sin prisas se acostó como si me diera tiempo de disfrutar de la vista, y se acostó a mi lado.

—¿Desde cuándo lo sabes?— Preguntó.

—Me enteré accidentalmente el lunes, cuando se hizo un análisis de sangre.

—¿Por qué no me lo dijiste enseguida?

—No quería hacerlo antes de irme, además tenía que digerirlo.

—¿Olga lo sabe?

—Sí, y también lo sabe tu hermano.— Massimo arrugó las cejas y se giró sobre su espalda. —¿Por qué no me dijiste que tú y Domenico son familia?— Pregunte.

Estuvo pensando por un tiempo, mordiéndose los labios.

—Quería que tuvieras un amigo, una persona cercana en la que pudieras confiar. Si hubieras sabido que era mi hermano, habrías sido más conservadora. Domenico sabía lo preciada que eras para mí, y no podía imaginarme a nadie más cuidando de ti en mi ausencia.

Lo que dijo incluso tiene sentido. Así que no sentí ira o resentimiento de que desconocía esa información.

—¿Así que vamos a cancelar la boda?— Pregunté, volviéndome a su lado.





# Este día

Massimo se acostó de costado y se pegó a mí con su cuerpo desnudo.  
—Tienes que estar bromeando. Un niño debe tener una familia completa.  
Al menos tres personas lo logran. ¿Recuerdas?

Después de esas palabras, empezó a besarme suavemente.

—¿Qué dijo el doctor? Le preguntaste si podíamos...

Me reí y le pase la lengua por la garganta. Gimió y me frotó los labios con más fuerza.

—Hm... Entiendo que lo dijo— estaba exhalando, alejándose de mí por un tiempo. —Seré amable, lo prometo.

Estiro su mano en la mesa de noche, apagó el televisor con el control a distancia y la habitación quedó completamente a oscuras.

Arrancó el edredón y lo tiró de la cama, luego deslizó lentamente sus manos debajo de mi camisa y me la puso en la cabeza. Sus manos vagando libremente sobre mi cuerpo. Después de agarrarme la cara y el cuello, me agarró los pechos y comenzó a amasarlos rítmicamente. Después de un rato se inclinó, los agarró con los labios, los mordió y empezó a chupar. Un extraño sentimiento me invadió: como si estuviera impregnada de puro placer; nunca antes había sentido tal placer. Massimo no tenía prisa por acariciar, quería disfrutar de cada parte de mi cuerpo. Sus labios vagaban de un pezón a otro, luego volvía a mi boca, me besaba apasionadamente. Sentí que su polla se hinchaba lentamente; se frotaba contra mí con cada movimiento. Un momento después, estaba tan impaciente, excitada y ansiosa que tomé la iniciativa. Lo quería ya, ahora, inmediatamente. Me levante un poco, pero cuando Black sintió lo que estaba planeando, me sostuvo firmemente por los hombros.

—Ven a mí— susurré, retorciéndome debajo de él por la excitación.

Sentí que sonreía triunfalmente en ese momento, sabiendo lo mucho que me sentía como él. —Pequeña, apenas estoy empezando...

# Este día

Sus labios se deslizaban lentamente sobre mi cuerpo, empezando por el cuello, pasando por los pechos y el vientre, hasta llegar a donde deberían haber estado durante mucho tiempo. Me besó y me lamió a través del encaje de mis bragas, molestando a mi coño sediento, y luego sin prisa me las quitó y las tiró al suelo. Abrí bien las piernas, sabiendo lo que iba a pasar. Mis caderas empezaron a moverse suave y rítmicamente sobre la sábana de satén. Cuando sentí su aliento entre mis piernas, una ola de deseo volvió a atravesarme. Massimo deslizó lentamente su lengua hacia dentro y gimió en voz alta.

—Estás tan mojada, Laura...— susurró. —No sé si es porque estas embarazada o en verdad me extrañaste mucho.

—Cállate, Massimo—, dije y le empuje la cabeza directamente a mi coño húmedo. —Házmelo bien.

El tono de mi voz funcionó como una diana. Me agarró por los muslos y me sacó a medio camino de la cama, me puso una almohada bajo la espalda y se sentó en el edredón que había tirado antes. Mi respiración se aceleró. Sabía que lo que quisiera hacer, no tardaría mucho.

Me metió dos dedos y con el pulgar empezó a tambalear suavemente en círculos sobre mi clítoris. Junté mis músculos y empecé a gemir de placer. Luego giró su mano y su dedo cedió a su lengua.

—Ayúdame un poco, Pequeña.

Sabía lo que me estaba pidiendo que hiciera. Deslicé mis manos hacia abajo y le abrí mi coño, dándole mejor acceso a los lugares más sensibles. Cuando su lengua empezó a golpear mi clítoris rítmicamente, sentí que no podía soportarlo por mucho tiempo y exploté. Sus dedos dentro de mí se aceleraron y su presión aumentó. Ya no podía contener el orgasmo que había estado aumentando en mí en una ola violenta desde que me tocó. Estuve gimiendo durante mucho tiempo, gritando fuertemente, hasta que finalmente me caí sobre mi almohada sin fuerzas.





# Este día

—Una vez más— susurró, sin quitar los labios de mi coño. —Te he estado descuidando últimamente, cariño.

Pensé que estaba bromeando, pero no creo que estuviera bromeando.

Sus dedos volvieron a acelerarse dentro de mí, y su pulgar, que antes había estado jugando con mi clítoris, empezó a frotarse suavemente contra mi entrada trasera. A pesar de mi voluntad, apreté mis nalgas. No, no estaba bromeando.

—Vamos, relájate, cariño.

Hizo su pedido educadamente. Sabía que lo iba a disfrutar. Cuando su dedo finalmente se deslizó suavemente dentro de mí, sentí que se acercaba otro orgasmo. Massimo sabía perfectamente cómo manejar mi cuerpo para hacer exactamente lo que quería. Empezó a golpear mis dos entradas con sus dedos rápida y rítmicamente, y con su lengua y sus labios empujó con fuerza mi clítoris. La ola de orgasmo me inundó casi inmediatamente y fue seguida por otra y otra. Cuando llegué al punto en que el placer comenzó a doler, le clavé las uñas en el cuello. Me quedé sin aliento. Me caí en la almohada otra vez, respirando fuerte.

Black me retorció para que estuviera en la cama, y levantó mis piernas casi detrás de mi cabeza, y luego se arrodilló ante mí con su miembro grande, hinchado y sediento de mi coño.

—Si te duele, dímelo— susurró, deslizándose dentro de mí en un rápido movimiento.

Su gorda e hinchada polla empezó a moverse dentro de mí, destrozando mi centro. Cuando llegó al final, detuvo sus caderas como si estuviera esperando mi reacción.

—No me jodas, Don. Dije que me des todo.

No tuve que decir o repetir dos veces; su cuerpo se movía como una ametralladora. Me cogió duro y rápido, como a los dos nos gustaba más. Después de un rato me dio la vuelta sobre mi estómago y me acostó en el

# Este día

suelo, luego volvió a deslizar su miembro dentro de mí y comenzó un loco sprint. Sentí que estaba cerca, pero no podía decidir cuándo y cómo quería venir. En algún momento salió de mí otra vez y se puso de espaldas. Encontró el mando a distancia y encendió la luz de la sala de estar, para que diera un ligero resplandor en el dormitorio. Con sus rodillas extendió sus muslos a los lados de mis muslos y sin apartar la vista de mi cara, se deslizó lentamente en mi húmedo coño. Se inclinó y se pegó a mí y su boca estaba a unos pocos centímetros de la mía. Vi que los ojos de Black cambiaron y en un momento dado se inundaron de un gran placer. Sus caderas empezaron a pegarse a mí con todas sus fuerzas, y su espalda se inundó de sudor frío. Estuvo mucho tiempo en la cima sin apartar la vista de mis ojos.

*Esa fue la vista más sexy de mi vida.*

—No quiere salir de ti—, dijo, respirando con fuerza.

Me reí y me quité el pelo con mi mano.

—Estás aplastando a nuestra hija.

Massimo me agarró con fuerza y se giró conmigo, de modo que ahora yo estaba acostada sobre él. Deslizó su mano de la cama y tiró de la colcha en mi espalda.

—¿Hija?— se sorprendió al verme mirando su cabeza.

—Prefiero una niña, pero como conozco mi suerte, probablemente será un niño. Y entonces moriré de preocupación por él si sigue los pasos de su padre.

Black se rió y me acarició desde la cabeza hasta el cuello.

—Hará lo que quiera, le daré todo lo que quiera.

—Tendremos que discutir cómo criar al bebé, pero no es un buen momento.





# Este día

Massimo no respondió nada. Me abrazó fuertemente y me ordenó con un tono poderoso: —Duerme.



No sé cuántas horas había dormido. Abrí los ojos y cogí mi teléfono.

—¡Oh, joder! Eran las doce de nuevo, es enfermizo dormir tanto.

Me di la vuelta buscando a Black, pero su lado de la cama estaba vacío. ¿Por qué no me sorprende?

Estuve acostada un rato, recuperándome lentamente, y luego me levanté y fui a buscarlo. Desde que Massimo volvió, quise lucir mejor de lo que lo he hecho en los últimos días, pero por supuesto a la moda: al estilo oh, yo no hice nada, así me despierto tan bonita.

Me pinté los ojos un poco y me peiné el pelo brillante. Desenterré pantalones cortos de mezclilla en mi armario, un suéter brillante que me cayó al hombro y un emú beige que me puse en las piernas. Con el que podía exponer mi cuerpo, aunque a él le molestara.

23

Mientras caminaba por el pasillo, me encontré con Domenico.

—¡Oh, hola! ¿Has visto a Olga?

—Se acaba de levantar. Acabo de pedir el desayuno, pero ya es hora de almorzar.

—¿Y Massimo?

—Se fue temprano esta mañana. Debería llegar pronto. ¿Cómo te sientes?

Me apoyé en una de las puertas de madera y sonreí juguetonamente.

—Oh, maravilloso... perfectamente...bien...

Domenico levantó la mano e hizo un movimiento elocuente.

# Este día

—Bla, bla, bla. Mi hermano también estaba de muy buen humor hoy. Pero te pregunto si estás bien. Te he reservado otra cita con un ginecólogo y un cardiólogo, de acuerdo con las instrucciones de tu médico, por lo que tienes que estar en la clínica a las 3:00.

—Gracias, Domenico.— Le dije mientras iba hacia el jardín.

El día era cálido, y desde atrás de las nubes, el sol miraba de vez en cuando. Oli se sentó en una mesa enorme y leyó el periódico. Caminé a su lado y la besé en la cabeza, sentada en la silla.

—Hola, perra...— Dijo, mirando desde atrás de los lentes oscuros. —¿Por qué estás tan feliz? Estas igual de feliz que yo. ¿Tomas las mismas drogas increíbles que yo? Me he despertado hace media hora. ¿Tal vez ese doctor tuyo tiene más de eso?

—Tengo algo mucho mejor.— Dije, con una sonrisa levantando las cejas.

Olga se quitó las gafas y dejó el periódico, metiendo los ojos en algo que estaba detrás de mí. —Muy bien, deja de decir tonterías. Massimo ha vuelto.

Me di la vuelta en mi sillón y vi a Black salir de atrás de la puerta, dirigiéndose hacia nosotras. Lo vi calentarse, llevaba pantalones de tela gris y un suéter grafito con un cuello de camisa blanca que sobresalía. Tenía una mano en el bolsillo y la otra junto a la cabeza, hablando por teléfono. Era encantador, divino y sobre todo mío.

Olga lo reflejó cuidadosamente cuando él se paró a hablar al borde del jardín, mirando al mar.

—Pero él debe sacudirte increíble—, lanzó ella, sacudiendo la cabeza.

Tomé una taza de té, sin dejar de mirarlo. —¿Me estás preguntando si lo hace?

—Te miro y lo sé. Además, este tipo es una garantía de satisfacción.



# Este día

Me alegra que haya vuelto de buen humor y no mencionar lo que pasó ayer. He tratado de no ponerme paranoica con eso yo misma.

Black terminó de hablar y se acercó a la mesa con una cara de piedra.

—Muy amable por venir, Olga.

—Gracias por la invitación, Don. Es muy amable de tu parte aceptar estar conmigo en este día tan importante para Laura.

Massimo se retorció un poco, y la pateó bajo la mesa con una fuerte patada.

—¿Y por qué me estás pateando, Lari?— Se sorprendió. —Después de todo, la verdad es que es un honor que tus padres no tendrán.

Se tomó un respiro para continuar, pero supongo que recordó que no debo enfadarme, y se quedó en silencio.

—¿Cómo están mis chicas?— de repente dijo Massimo, inclinándose hacia mí y dándome un beso primero en el estómago y luego en los labios.

Esa vista molesto completamente a Oli. —¿Se lo has dicho?— Preguntó en polaco. —Pensé que el acababa de llegar.

—Dije que vino en la noche.

—Y sé que has estado de buen humor desde esta mañana. No hay nada como un bastardo drogadicto para calmarte.— Se golpeó la cabeza y regreso de vuelta en la lectura.

Massimo se sentó en lo alto de la mesa y se volvió hacia mí.

—¿A qué hora tenemos la cita con el doctor?

—¿Qué quieres decir con que tenemos una cita?

—Voy a ir contigo.



# Este día

—Bueno, no sé si lo quiero.— Pensaba que reacción tendría junto con un ginecólogo. —Mi doctor es un hombre. Desearía que siguiera vivo. ¿Sabes siquiera cómo es el examen?

Oli se coló por detrás del periódico, levantando su triste mano, intentado decir algo.

—Si Domenico lo eligió, es definitivamente el mejor y más profesional. Además, si no quieres, puedo irme durante el estudio.

—No, el estará detrás de la pantalla. Creo que lo pasarás muy bien...— Dijo Oli.

—Si quieres otra patada, sólo tienes que decirlo—, le dije a Olga susurrando en polaco.

—¿Puedes hablar inglés?— Black dijo nervioso. —Cuando hablas en polaco, siento que te burlas de mí.

Domenico rompió el ambiente. Alejó la silla y se sentó a la mesa. —Olga, necesito tu ayuda—, dijo. —¿Irías conmigo a un lugar?

Me sorprendieron estas palabras y me dirigí a él. —¿Me perdí de algo?

—Desafortunadamente, tú lo sabes todo—. Oli dijo —Seguramente iré cuando nuestras palomas estén en el médico. No tengo nada que hacer de todos modos.

—Hermano— Domenico se dirigió a Black —¿así que puedo felicitarte oficialmente?

Los ojos de Massimo se suavizaron, y hubo una ligera sonrisa en su rostro. Domenico se le acercó y asintió con la cabeza, lanzó unas cuantas frases en italiano, y luego se abrazaron, dándole palmadas en la espalda. Esta vista era nueva para mí y extremadamente conmovedora. Un Black satisfecho se sentó y bebió un sorbo de café.

—Tengo algo para ti, pequeña—, dijo, poniendo la caja negra sobre la mesa. —Espero que éste tenga más suerte.





# Este día

Sorprendida, lo miré, tomé el regalo en mi mano, lo abrí y me apoyé en el respaldo. Oli me miró por encima del hombro y recibió un gran beso.

—Un Bentley, genial. ¿No tienes más cajas como esta?— Dijo Oli mirando la llave

—Primero, quería que no tuvieras coche y que fueras a todas partes con el conductor. Pero no puedo dejar que me pongas paranoico, y además, ya sé más sobre este caso, y no creo que estés en peligro.

—¿Perdón? ¿Qué quieres decir con que sabes más?

—Vi a mi hombre de la policía esta mañana y vi los registros de la autopista. Resultó que sólo había una persona en el coche que te golpeó. Después de lo que se grabó en la cinta, fue imposible identificarla, por lo que también se nos dio acceso al material del spa. Tampoco había nada allí, porque el hombre llevaba un sombrero y una capucha. Pero esto me permitió excluir a ciertas personas del círculo de sospechosos debido a la forma caótica de actuar. En segundo lugar, la persona que trató de lastimarte no tenía ni idea de cómo hacerlo, si hubiera sido un profesional, ya no estarías sentada aquí. Así que fue una coincidencia o una acción completamente ajena a la familia.

—Qué afortunada coincidencia que un perdedor así haya sido el que nos golpeará—, dijo Olga, levantando las manos al cielo. —No me calma. Voy a tener que irme y dejarla aquí contigo. Espero que no se le caiga un pelo de la cabeza, de lo contrario tu horda no te ayudará cuando te atrape.

Massimo no ocultaba la diversión y Domenico, claramente confundido, miraba a Oli y a su solución inmediata.

—Verás, Massimo, ese temperamento es probablemente su rasgo nacional. —Besé a Oli y le acaricié la cabeza, riendo.



# Este día

La mesa estaba inclinada y los cuatro nos pusimos a comer. Excepcionalmente, hoy tenía un gran apetito y no sentí ningún problema estomacal.

—Bien, caballeros—, dije dejando el tenedor, —así que ahora díganme algo sobre su hermandad. ¿Fue divertido fingir una relación jefe-subordinado?

Se miraron el uno al otro como si quisieran determinar con quién empezar.

—No es exactamente una falsificación—, dijo Domenico.

—Massimo, como cabeza de familia, es básicamente mi jefe, aunque es principalmente un hermano, porque la familia es lo más importante, pero también es un Don, por lo que merece un tipo de respeto diferente, no sólo el que resulta ser cercano.— Apoyó los codos contra la mesa y se inclinó ligeramente. —Además, nos enteramos del hecho de que somos hermanos, hace sólo unos años, o para ser precisos, después de la muerte de nuestro padre.

—Cuando me dispararon, necesitaba sangre—, dijo Black. —Y las pruebas nos mostraron una gran coincidencia genética. Más tarde, cuando me recuperé, empezamos a explorar el tema y resultó que somos medios hermanos. La madre de Domenico es la cuñada de mi padre, y tenemos un padre en común.

—Espera, porque no entiendo.— Olga interrumpió. —¿Así que tu padre se estaba tirando a las hermanas?

Ambos se arrugaron, con una expresión facial similar.

—Habla más coloquialmente—, aniquiló Massimo, —sí. Eso es lo que pasó.

Hubo un silencio revelador en la mesa.

—¿Hay algo más que te interese, Laura?— Preguntó Black, dejando a Olga fuera de la vista.





# Este día

—Ya que estamos en la familia—, dije, —¿podríamos escoger un nombre para él bebé?

—¡Henry!— Dijo Oli. —Un nombre hermoso y poderoso, real.

Domenico arrugó la frente tratando de pronunciar ese nombre con Don.

—No, no es una buena idea.— Gire los ojos —Además, sigo convencida de que va a ser una niña.

Tres segundos después, empecé a arrepentirme de haber cambiado de tema. Olga gritaba, y Massimo estaba tranquilo y con una cara de piedra y resistió sus argumentos. De hecho, yo era la menos habladora. Mirándolos, me di cuenta de que hasta que Oli estaba segura de que estoy a salvo y feliz, su guerra con Black no terminará nunca, y ella seguirá provocándolo y controlándolo.

Me levanté de la silla y la besé en la cabeza.

—Te quiero, Oli.

Todos se callaron de repente. Me acerqué a Massimo y le di un largo y apasionado beso en los labios.

—Te queremos—, dije. —Y ahora voy al médico porque llego tarde.— Luego tomé la caja negra y dejé la mesa.

Mi prometido se disculpó y se levantó lentamente de la silla. Me siguió, y después de un rato me alcanzó y me tomo del hombro.

—¿Sabes dónde está el coche, cariño, has decidido pensarlo más tarde?

Lo pinché de risa y me llevó a la parte del jardín donde nunca había estado, porque estaba detrás de la casa. Como no había ni sol ni mar, no tenía que ir allí.

Cuando llegamos allí, vi un enorme edificio de un piso, como si estuviera construido en una roca. La puerta del garaje se abrió y descubrí

# Este día

con sorpresa en el garaje, o más bien el pasillo del garaje, estaba en realidad dentro de la ladera. Dentro había varias docenas de coches diferentes. Fui una estúpida. ¿Por qué necesita tantos coches?

—¿Los conduces todos?

—Conduje cada uno de ellos al menos una vez. Mi padre tenía una gran pasión. Los colecciono.

Para mi alegría, vi un par de motocicletas bajo el muro y fui directamente hacia ellas.

—Oh, mi amada—, dije, acariciando la moto *Suzuki de Hayabusa*.  
—¡Motor de cuatro cilindros, caja de cambios de seis velocidades y ese par!— Me quejé. —¿Sabes que su nombre viene de la palabra japonesa por el animal más rápido del mundo, el halcón peregrino? Es maravilloso.

Massimo estaba de pie junto a mí, sorprendido de oír lo que yo decía.

30

—Olvídalo.— Estaba gruñendo, tirando de mi mano hacia la salida.  
—Nunca, y lo digo en serio ahora, Laura, nunca te subirás a una moto en tu vida.

Saqué con fiereza mi mano de su mano y me levanté como si la hubieran arrancado. —¡No me dirás qué demonios hacer!

Black se dio la vuelta y me agarró la cara en su mano.

—Estás embarazada, llevas mi bebé, y cuando nazca, serás la madre de mi bebé.— Estaba enfatizando la palabra "mío", mirándome fijamente.  
—No voy a arriesgarme a perderte o a los dos, así que perdóname, pero te diré qué hacer.— Apuntó con el dedo a las máquinas contra la pared.  
—Y las motos seguirán estando fuera de la casa hoy. Y no se trata de tus habilidades o tu prudencia, se trata de que no tengas ninguna influencia sobre lo que está pasando.

En realidad, tenía razón. No me gustaba admitirlo, pero no pensé que viviría para mí misma nunca más.



# Este día

Mirando sus fríos y enojados ojos, me acaricie la barriga. Este gesto le atrajo claramente; me agarró las manos y las apretó contra su frente. Ni siquiera tuve que decir que lo entendía. Él sabía muy bien lo que yo sentía y pensaba.

—No seas testaruda, Laura, sólo por serlo. Y déjame cuidarte. Vamos.

Había un *Bentley* continental negro estacionado en el garaje frente a una de las puertas. El poderoso coche de dos puertas no se parecía en nada al *borschak* de vaca que conseguí antes.

—Dijiste que no tendría un coche deportivo.

—Cambié de opinión. Además, voy a poner un control parental en tu llave.

Estaba un poco confundida, mirándolo con incredulidad.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Black astilló sus dientes blancos en su sonrisa.

—Por supuesto, el *Bentley* no tiene esa función.— Levantó las cejas con una risa. —Pero es un coche muy seguro y rápido. Lo elegí para ti. Es más fácil de usar que un *Porsche* y más elegante, y tiene mucho espacio en el interior, por lo que tu barriga se ajustará. ¿Te gusta?

—Me gusta el *hayabus*.— Dije, y me mordí el labio inferior.

Black me lanzó una mirada de advertencia y abrió la puerta desde el lado del conductor. Sorprendida de dejarme conducir, me metí lentamente en el coche. El interior era de un hermoso color miel de madreselva, elegante, simple y sofisticado. Los asientos y parte de la puerta estaban cubiertos con cuero acolchado, y todo el tablero estaba decorado con madera. Me sorprendió descubrir que este es un enorme coche para cuatro personas. Cuando miré el interior, aturdida por los detalles del acabado, Massimo se subió al coche por el lado del pasajero.

—¿Está bien así?— Preguntó.



# Este día

—Eventualmente, sobreviviré de alguna manera—, respondí irónicamente.

De camino a la clínica, Black me explicó la no muy complicada operación del coche y después de sólo veinte minutos me convertí en una experta en su funcionamiento.

Massimo estaba tranquilo y disciplinado. Escuchó al médico e hizo preguntas razonables, y durante el examen se fue, declarando que quería darme el máximo confort. Como pensaba, el accidente de ayer no afectó ni a mi salud ni a la de mi hijo. El cardiólogo también confirmó que no hay nada malo en mí y que mi corazón está en muy buenas condiciones. Me recetó un medicamento de emergencia para tomarlo cuando me sintiera peor.

Después de dos horas estábamos de regreso. Esta vez le pedí a Black que condujera, porque estas visitas eran muy estresantes para mí y preferí no arriesgarme.

—Luca—, dijo de repente, mirando a la carretera. —Quiero que tu hijo sea llamado como mi abuelo. Era un gran y sabio siciliano, te gustaría. Un hombre muy galante e inteligente que pensaba con anticipación a su tiempo. Fue gracias a él que mi padre me envió a la universidad y me dejó estudiar en lugar de andar con un arma.

Dando vuelta la cabeza por el nombre que escuché, pensé que no me importaba. Lo único que me importaba era que el niño estuviera sano y creciera normalmente.

—Será una niña, ya verás.

Los labios de Massimo se doblaron en una tímida sonrisa, y su mano se puso en mi rodilla. —Así que Eleonora Klara, como tú y mi madre.

—¿Puedo decidir alguno yo?

—No, lo pondré en su certificado de nacimiento cuando termines de dar a luz.





# Este día

Lo miré y golpeé mi puño en su hombro.—¿Qué?— Se rió. —Es una tradición.

Y comenzó a suavizar el lugar donde fue golpeado. —El Don decide sobre la familia, y eso se hace.

—¿Y sabes qué tradiciones tenemos en Polonia? Castramos al marido después de su primer hijo para que la traición no le venga a la mente cuando ya ha tenido un bebé.

—Así que por lo que dices, voy a usar miembro por un tiempo más, ya que el primero será una niña.

—Massimo, eres insoportable.— Me calle, sacudiendo la cabeza.

Estábamos conduciendo en la autopista, no moviéndonos demasiado rápido. Estaba disfrutando de las maravillosas vistas del fascinante Etna, del que salía una columna de humo. De repente, sonó el teléfono de Massimo, que se conectó al kit de manos libres del coche.

33

Black suspiró y apartó la mirada de mí. —Tengo que tomar la llamada y hablar con Mario un rato.

Su consejero nos molestaba de vez en cuando, pero yo sabía lo importante que era, y no me importaba. Agité mi mano, dejando que cogiera la llamada.

Me encantaba cuando hablaba italiano; era muy sexy y me excitaba. Pero después de unos minutos empecé a aburrirme y se me ocurrió una sucia idea.

Puse mi mano en el muslo de Massimo y lentamente la moví hacia su entrepierna. Empecé a acariciarlo suavemente a través de sus pantalones. Pero Black parecía no responder en absoluto a lo que estaba haciendo, así que decidí seguir adelante. Le desabroché la cremallera y me alegré al descubrir que no llevaba ropa interior. Ronroneé y me lamí la boca, sacando su masculinidad por el agujero de sus pantalones.

# Este día

Black se asomó primero a los lados, y luego a mí, continuando la conversación. Esta pretendida indiferencia era como un desafío para mí, así que me desabroché el cinturón de seguridad y lo volví a abrochar en el mango para que el alarmante chillido no interfiriera en la conversación. Massimo cambió el cinturón de seguridad a su derecha y disminuyó aún más la velocidad. Agarró el volante con la mano izquierda y apoyó su mano derecha en el asiento del pasajero, haciendo espacio para mí. Me incliné, tomé su miembro en mi boca y empecé a chupar fuerte. Black respiró hondo como si hubiera suspirado, y yo me separé un rato y me levanté para susurrarle al oído: —Me quedaré callada, pero tú también debes hacerlo. No te molestes.

Lo besé en la mejilla, y luego volví a jugar con su pene. Cada momento que se puso más y más duro en mi boca, escuché que mis caricias le hacían más difícil hablar. Lo hice rápido y sin problemas, uniéndolo a mi mano. Después de un rato, sentí que la mano de Massimo se posó en mi cabeza y me apretó, poniéndola aún más profunda. Quería que se viniera; supongo que nunca he chupado a nadie tan bien y con tanto cuidado. Sus caderas temblaban y su respiración se aceleraba. No me interesaba si alguien podía vernos, estaba excitada y realmente quería satisfacerlo. Después de un rato le oí lanzar su *ciao* y pulsar el teléfono rojo en la pantalla. El coche giró repentinamente y se detuvo a un lado de la carretera. Se desabrochó el cinturón y sus manos me agarraron el pelo con firmeza. Me la empujó por la garganta, gimiendo fuerte y empujando sus caderas hacia arriba.

—Te estás comportando como una puta—, pase su pene entre los dientes. —Mi puta.

Me excitaba cuando era vulgar, me encantaba su lado oscuro, que era una ventaja en la cama. Empecé a gemir, apretando con avidez mis labios alrededor de su miembro y dejando que me tratara la cara como un juguete. Cuando sintió más presión, empezó a quejarse más fuerte y al mismo tiempo una ola de esperma me inundó la garganta. Estaba fluyendo, y me estaba tragando cada gota con gusto. Cuando terminó, lo



# Este día

lamí hasta dejarlo limpio, luego lo volví a poner en sus pantalones y le ajusté la cremallera. Me apoyé en el asiento, me limpié la boca con los dedos y me lamí como si acabara de comer algo delicioso.

—¿Nos vamos?— Le pregunté a un hombre completamente serio, girando mi cabeza hacia él.

Massimo estaba sentado con los ojos cerrados, con la cabeza apoyada en el reposacabezas. Después de un tiempo, se volvió hacia mí, atravesándome con un ojo lujurioso.

—¿Es esto un castigo o una recompensa?— Preguntó.

—Un capricho. Estaba aburrida y quería darme un premio.

Sonrió y levantó las cejas como con un poco de incredulidad, y luego se unió dinámicamente al movimiento.

—Tú eres mi persona ideal—, dijo, conduciendo entre coches. —A veces me llevas hasta mi límite, pero ya no puedo imaginarme estar con otra persona.

—Y así es, porque todavía estamos a medio siglo de distancia para estar juntos.



Cuando llegamos a la villa, el coche con Domenico y Olga dentro se aparcó junto a nosotros. Mi amiga saltó desde dentro sospechosamente satisfecha y claramente emocionada por algo. Massimo abrió la puerta y los cuatro nos quedamos en la entrada.

—Te ensuciaste con algo—, dijo Oli, señalando la entrepierna de Black.

Cuando miré el lugar que ella estaba mirando, noté un pequeño punto brillante. —Comimos helado—, le expliqué con una cara de tonta.

Oli se rió y, al pasar junto a ella, me dijo divertida: —Mm, creo que tú.

Levanté las cejas, asintiendo con la cabeza en un gesto de triunfo, y la seguí. Después de un rato llegamos al dormitorio y nos caímos en una gran cama.

—Quiero tener sexo con el...— Oli empezó hablar con una honestidad desarmante. —Y cuando miro a este Domenico, no puedo soportarlo más. Es tan galante y...— Ella se rompió, buscando la palabra adecuada. —...Italiano. Creo que le gusta lamer coños, y su pequeño culo... Me gusta eso...

Durante un tiempo me preguntaba qué decía, y pensé que de alguna manera nunca había visto a Domenico así.

—Como lo sabes... No se parece a lo que te gusta... Pero si hay algún parecido fraternal en ellos, entonces estarías contenta.

Yo estaba agachando la cabeza con convicción, y ella se retorció, incapaz de encontrar un lugar.

—¡No me estás ayudando, lo sabes!— gritó, rompiendo, y como una niña pequeña empezó a saltar en el colchón. —No es divertido verte tan



# Este día

satisfecha y jodida. También necesito un poco de atención, por así decirlo.

—Recuerda, un vibrador es el mejor amigo de una mujer.

Dejó de quejarse y se sentó en su regazo.

—¿Crees que vine aquí con uno en la maleta? ¡Mierda! Pensé que te cortarían la cabeza con un hacha, y no pensé que necesitaría una polla de goma para luchar por tu vida.

—Y mira que pérdida, ni asesinato ni pene de silicona

Oli estaba sentada y enfocada, claramente buscando una solución. Después de un rato, se deslumbró y su rostro estaba radiante con el pensamiento que había descendido sobre ella. Tenía curiosidad por sus próximas ideas sucias, hasta que se levantó y se apoyó en el reposacabezas de la cama.

—¿Sabes qué, Lari?

—Te escucho, genio.

—Tenemos una noche de fiesta esta noche, así que tal vez podríamos ir a algún lugar... Ya sabes, jugaremos, bailaremos. ¿Qué te parece?

—Oh, y mañana seré una joven sobria, insomne, hinchada y embarazada. Gracias por eso.

Resignada cayó a mi lado. —Oh, y pensé que iba a fumar algo.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y Massimo se puso de pie en ella.

—¿Te has cambiado los pantalones?— Olga preguntó con una sonrisa irónica. —Malos recuerdos, lo sé. El helado puede mezclar las cosas en la vida.

La empujé y me levanté, acercándome a Black, y ella estaba tendida allí, mirándole de forma provocativa. Ella esperaba que él volviera a pelearse con ella verbalmente, pero Massimo ya sabía que no tenía

# Este día

sentido, y lo dejó ir. Lo besó en la mejilla sin sonido, agradeciéndole su sabiduría y compostura. Sin quitarle los ojos de encima, dijo:

—Me gustas, Olga, tienes un extraño sentido del humor.— Se calló, y su vista se encontró con la mía. —Reúnanse, nos vamos en una hora.— Luego me besó en la frente y desapareció en el pasillo.

—¿Vamos a salir?— Oli se sorprendió.

—No me mires así. Estoy tan sorprendida como tú.

—Vale, ¿pero qué? ¿Remar o nadar? ¿Qué se supone que debo usar, un traje de surf y aletas?

Saqué el teléfono y marqué el número de Domenico, pero no sabía nada excepto que no vamos a cenar en casa. Me envió un mensaje de texto sobre una reunión y me colgó.

*Descarado*, pensé y volví a Oli. Juntas decidimos disfrazarnos para la ocasión una despedida de soltera, que es el estándar para una noche de viernes.

Después de veinte minutos en mi armario, estábamos casi seguras de lo que queríamos ponernos. Sabía que a Massimo le gustaba cuando estaba elegante, así que elegí una cosa segura, *Chanel*. El vestido gris era más bien una corta maraña de tela de una creación. Envolvió suave y sensualmente mi cuerpo, aquí y allá, cubriéndolo y revelándolo al mismo tiempo. Sabía que íbamos a ir en un barco, pero eso no me impidió llevar alfileres lacados negros en punta. Le puse un brazalete ancho del color de los zapatos *Hermes* y me vi como una futura mamá impresionante y todavía delgada.

Olga, en cambio, apostó por su look estándar de prostituta sofisticada vistiendo una colorida túnica de seda de *Dolce & Gabbana* que apenas le cubría el culo. En realidad, debería ponerle pantalones cortos debajo, pero a quién se le ocurriría eso. Tenía el paraíso en mi armario por el mismo tamaño de pie. Después de diez minutos, finalmente escogió los tacones altos y el bolso a juego.





# Este día

—¡Oh, joder!— Grito mirando su reloj. —Tenemos quince minutos.— Después de un momento de pánico, era hora de reflexionar. —Bueno, en realidad, ¿por qué me va a decir cuánto tiempo tenemos? Cuando estemos listas, bajaremos.

Empecé a reírme y la llevé al baño. El maquillaje y el de pelo nos llevó un poco más de tiempo de lo que pensábamos, pero aún así fuimos muy rápidas en conseguirlo. Los ojos negros, fuertemente dibujados, y el lápiz labial rojo fueron una combinación perfecta para mi cortés y elegante futura esposa de hoy.

Al salir del baño, descubrí a Domenico de pie en la habitación con horror. Era elegante y refinado, incluso más de lo habitual. Vestido con un traje negro y una camisa oscura, de repente empezó a recordarme a su hermano. Peinado cuidadosamente hacia atrás, su cabello reveló su cara de niño y resaltó sus grandes labios.

En un momento dado, sentí que alguien estaba respirando a mis espaldas. Oli se acercó a mi oído y me susurró en nuestra lengua materna:

—¿Ves eso, carajo? No soporto no poder arrodillarme ante él.

Domenico nos miró con una diversión indisimulada, y cuando pasó el siguiente segundo de nuestra quietud, dijo, sonriendo los dientes:

—Quería ver cómo estabas y si había una posibilidad de que saliéramos antes de la boda.

Agarré la mano de Oli, que apenas sobresalía de sus nervios, y fingiendo que no se movía, me dirigí hacia las escaleras. En el jardín nos quitamos los zapatos y, tomándolos en mano, nos dirigimos hacia el muelle.

Cuando vi el casco gris de Titán en el horizonte, me calentó recordar mi primera noche con Massimo. Me detuve, y Olga, sin darse cuenta, cayó de espaldas en la distracción.



# Este día

—¿Qué pasa, Lari?— Preguntó al incautada, mirándome a la cara.

—Está allí—, dije apuntando al yate. —Ahí es donde empezó todo.

Estaba abrumada. Mi corazón latía como loco y estaba pensando en llegar a Black lo antes posible.

—Las damas primero.— Domenico señaló un pequeño paso en la lancha y me dio una mano.

Bajamos en escalones blancos y después de un rato nos precipitamos a través del mar hacia el barco monumental. El joven italiano y Oli se miraban el uno al otro, fingiendo no tener interés, y yo pensaba en esa noche. Sin darme cuenta, me metí el dedo en la boca y después de un rato sentí la ola de calor que se extendía por todo mi cuerpo. Lo quería, no lo veía, no lo olía, no lo tocaba y, sin embargo, estaba tan excitada con el mismo recuerdo que sentía que iba a explotar.

—Basta, Lari.— Oli llamó. —Ya veo lo que estás haciendo con ese dedo. Ni siquiera tengo que preguntar qué estás pensando.

40

Sonreí, sacudiendo los brazos, y apoyé mis manos contra la blanca piel de la silla. La lancha estaba golpeando lentamente el costado del yate, y me preguntaba por qué tenía estos estúpidos zapatos. Si no fuera por ellos, podría haber subido a bordo y corrido hacia Black.

Domenico se bajó primero y nos ayudó a salir del barco. Levanté los ojos y vi a Massimo de pie en lo alto de las escaleras. Se veía cautivante, vestido con un traje gris de una sola fila y una camisa blanca desabotonada. Lo deseaba tanto, aunque estuviera allí vestido de payaso, me causaría la misma impresión. Sin embargo, decidí tocar el elegante, lento y firme paso que di hacia él, sin apartar la vista de mi encantador hombre. Cuando me acerqué a él, extendió su mano y me llevó a la mesa sin decir una palabra. Después de un rato Olga y Domenico también se sentaron con nosotros.

El camarero sirvió el vino y después de unos minutos todos se sumergieron en la conversación sobre la ceremonia de mañana. Yo



# Este día

estaba ocupada con asuntos más mundanos: sólo pensaba en el sexo. Intentaba domar mi mente, pero no sirvió de nada. *¿Qué me está pasando?* Estaba repitiendo en mi mente, tratando de entrar en la situación.

Después de una docena de minutos más o menos, ya estaba muy molesta e irritada. Miraba a cada persona que decía algo, tratando de poner la cara más inteligente del mundo, pero fingiendo que no iba bien. Tenía ideas sobre cómo sacar a Black de la mesa. Pensé que podía simular un mal presentimiento, por ejemplo, pero entonces entraría en pánico y no tendría sexo. También pensé en una salida ostentosa, pero entonces Olga seguramente se adelantaría a él, lanzándose detrás de mí, para que nada saliera de mi plan. Bueno, hay un riesgo, hay diversión, pensé.

—Massimo, ¿podemos hablar?— Pregunté, levantándome de la mesa y dirigiéndome hacia las escaleras de la cubierta inferior.

41

Black se levantó lentamente de su asiento y me siguió. Estaba confundida con las direcciones y, como siempre, me perdí en la maraña de puertas, mirando a los lados.

—Creo que sé lo que estás buscando—, dijo, lanzándome una mirada glacial.

Me adelantó y después de unos pasos abrió algunas puertas. Cuando la atravesé, la cerró y giró la cerradura.

Respiré profundamente, recordando una situación similar hace unas semanas.

—¿Qué quieres, Laura? Porque no creo que realmente quieras hablar.

Entré en la sala y me apoyé en la mesa con ambas manos, levanté ligeramente mi vestido corto y le di una mirada lujuriosa. Massimo se acercó lentamente a mí y miró muy seriamente lo que estaba haciendo.

—¡Quiero que me cojas, ahora! Rápido y duro, realmente necesito sentirte dentro de mí.

# Este día

Black se acercó a mí por detrás, me agarró del cuello y me puso la barriga sobre la mesa. Movi  su mano alrededor de mi cuello, apret ndola con fuerza. —Abre la boca—, dijo comandando y metió dos dedos en mi boca.

Cuando sus dedos estaban lo suficiente húmedos, los puso debajo de la corona de mis bragas y me frot  la entrada de mi coño unas cuantas veces. * Qu  alivio!* Pens . He necesitado su toque desde que vi a Titán. Me inclin  en una curva, saqué mis nalgas con fuerza y esper  a que él entrara dentro de mí.

—Dame una mano— dijo, jugando con sus dedos dentro de mí.

Le di la mano y le o  desabrocharse la cremallera. Después de un tiempo, sent  bajo mis dedos lo que más quería. Su polla se hinchaba como si demandara caricias, y Black sólo esperaba cuando estaba listo.

—Ya, basta.— Dijo, y me hizo a un lado las bragas.

Sentí que me escapaba, y todo mi cuerpo se relaj . Me agarr  por las caderas y empezó a follarme a un ritmo loco. Lo hacía como un autómata, respirando fuerte y susurrando algo en italiano. Después de dos minutos, tal vez tres, vino el primer orgasmo, después del cual me vine dos veces más. Cuando pens  que ya había tenido suficiente y que mi cuerpo se había caído, me dej .

—Arrodíllate...— me golpe  con su voz, cogiendo su polla en la mano.

Levantándome lentamente de la mesa, ca  de rodillas ante él. Sin ninguna resistencia, me lo puso en la boca seca y una vez más le dio un empujón a mi cuerpo, golpeando mi lengua. Llegó intensamente, sin hacer ruido, y luego demacrado apoy  sus manos en la mesa.

— Est s contenta?— Pregunt  cuándo me limpi  la boca.





# Este día

Con alegría indisimulada, asentí con la cabeza y cerré los ojos. Me preguntaba si siempre sería así, si me daría la vuelta de esta manera por el resto de mi vida, y siempre me sentiría así.

Cuando se recuperó, se abrochó la cremallera y se sentó en la silla frente a mí. Giré la cabeza y dije con una sonrisa:

—¿Sabías que aquí es donde me quedé embarazada?

Se quedó en silencio por un tiempo, me echó un ojo serio. —Creo que sí, o al menos eso es lo que quería.

Gire los ojos mirando al techo. Sí, en realidad, todo es siempre como él lo quiere, así que no debería sorprenderme que haya sucedido porque él lo quiso.

Después de un rato, me levanté y me alisé el vestido. Black estaba sentado allí, sin perderme de vista.

—¿Nos vamos?— Le pregunté cuándo se levantó y salió sin decir una palabra.

El sol ya se estaba poniendo, y Domenico y Olga estaban bien sin nosotros.

Oí la fastidiosa voz de Oli. —Lari, mira, ¡delfines!

El yate iba a toda prisa, y estos increíbles mamíferos saltaban del agua junto a él. Me quité los zapatos y me acerqué a la barandilla. Había una docena de ellos, jugando y saltando entre ellos. Massimo me cubrió los hombros con un beso en el cuello. Me sentí como una niña a la que acababan de mostrarle un truco de magia.

—Sé que una despedida de soltera es un striptease y una borrachera con los amigos del club, pero espero que esto al menos compense el déficit en pequeña medida.

Me di la vuelta y me sorprendí al mirarlo a los ojos.



# Este día

—¿Deficiencias? Nadar en un yate de casi cien metros de largo con personal, excelente comida y tu a mi lado. ¿Es eso lo que usted llama deficiente?

Lo miré con incredulidad, y cuando mis palabras no parecían impresionarlo, le di un largo y profundo beso en los labios.

—Además, nada me haría sentir nunca tan bien como lo hiciste hace diez minutos. Ni alcohol, ni un amigo, ni una stripper.

Me miró con un ojo extraño, como si estuviera esperando que el resto de los himnos vinieran a su honor. Decidí parar ahí, sabiendo que el ego de Massimo ya estaba bastante crecido de todos modos. Volví mi cara hacia el agua y observé estas increíbles carreras de delfines con Titán con deleite. Después de un tiempo, algo más me llamó la atención. Domenico y Olga estaban claramente interesados el uno en el otro. Un poco ansiosa por ello, me volví hacia Black:

—Cariño, explícame la relación de Emi con Domenico. Son una pareja, ¿verdad?

44

Don se apoyó en la barandilla, y se le dibujó una sonrisa en la cara.

—¿Una pareja?— Consternado, se pasó la mano por el pelo. —Yo no lo diría así... No, no es una relación... Pero si así es como lo llaman en tu país...— ...Dejo de hablar y se rió un poco, y luego añadió: —Pero respeto tu cultura y tus hábitos conservadores.

Me incliné y me quedé pensando para analizar lo que quería decir. Finalmente, pregunté directamente: —Entonces, ¿qué tienen en común?

—¿Qué es lo que quieres decir? Es bastante simple. Un poco de sexo. Todo lo que tienen en común es el sexo.— Volvió a reírse y me cubrió el hombro. —No pensaste que era amor, ¿verdad?

Pensé en lo que estaba diciendo, y de repente me asusté. Esperaba que fuera una relación y que Olga estuviera a salvo hasta el final de su estancia aquí. Por desgracia, para ella y para mi desgracia, Massimo me



# Este día

hizo darme cuenta de que era diferente. Observé el baile de apareamiento de mi amiga y cómo se comportó Domenico bajo su influencia. Sabía que Oli lo llevaba en la sangre, por lo que él y todo su cuerpo reaccionaron tan intensamente a lo que ella hizo. Ella lo quería, y cuando Olga quería algo, era un poco como una dona. Ella sólo tenía que tenerlo. Pensé en nuestra última conversación antes de irnos y supe cómo terminaría esta noche.

—Massimo, ¿Existe la posibilidad de que no se acuesten juntos?

—Si mi hermano quiere ir a la cama... Es bastante débil. Pero, cariño, son adultos, toman decisiones informadas, y no creo que eso sea asunto nuestro.

Bueno, no la nuestra, pensé. No creo que sepas lo que significa cuando Olga quiere conseguir a alguien.

La voz de mi amiga me ha sacado de mis pensamientos: —Lari, quiero nadar.

—Debes de estar cagándote encima.— Le tiré en polaco. —Además, ¿qué estás haciendo, Oli? ¿Quieres meterte en lo mismo que yo?— Olga se puso estúpida y se quedó quieta, echándome una mirada interrogante. —Ya veo lo que estás haciendo. Que quieras follarlo es una cosa, y que te lo estés masturbando como un reto es otra muy distinta.

Le dije a Oli en Polaco, y ella se rió y me abrazó. —Lari, cariño, me lo voy a tirar de todas formas. Y deja de preocuparte por el mundo entero.

Giré la cabeza y la miré a los ojos. Vi que ella sabía lo que hacía, y sus acciones estaban bien pensadas. Bueno, pensé, no es la primera vez que la dejo hacer cosas estúpidas que la satisfacen primero y luego la hacen llorar. Olga no ha sufrido de amor insatisfecho, ha sufrido más de la pérdida de algo que no ha disfrutado plenamente todavía.

—¿Postre?— Domenico me habló, señalando con la mano hacia la mesa.



# Este día

—Esta fiesta...— Oli se lanzó, caminando hacia él.

—Como los padres...— dije, mostrándole mi lengua.

Los cuatro nos sentamos de nuevo, y casi enloquezco por el esponjoso postre de frambuesa que se sirvió. Después de comer tres porciones, me sentí satisfecha con la comida y llena.

Un joven italiano sacó una pequeña bolsa de sus pantalones y la tiró sobre la mesa. —Laura, no te estoy ofreciendo a ti, pero es una despedida de soltero también, así que...

Miré una bolsa plástica de polvo blanco y gire mis ojos hacia Massimo. Sabía lo que era, y especialmente recordé lo que pasó la última vez que la cocaína entró en nuestra relación. Pero sabía que quitárselo no le serviría de nada, porque seguiría haciendo lo que quería.

Domenico se levantó de la mesa y después de un rato volvió con un pequeño espejo en el que esparció el contenido de la bolsa y luego comenzó a dividirla en líneas cortas. Me incliné hacia Black y me lleve la boca a su oreja.

—Recuerda, Massimo, si eliges este entretenimiento, no puedes tener sexo conmigo. Y digo esto no porque quiera chantajearte, sino porque las drogas y el esperma penetrarán en mi cuerpo y tu hijo crecerá en él.

Después de estas palabras me enderecé de nuevo y tomé un sorbo de vino sin alcohol, que, por cierto, era perfecto y sabía igual de delicioso.

Black se preguntó por un momento cómo reaccionar, y cuando el joven italiano le dio el polvo para que dividiera sus líneas, simplemente agitó la mano, haciendo que Domenico se maravillara. Intercambiaron algunas frases en italiano, y observé la mirada impasible de Massimo. Después de la última frase, los dos estallaron en risas. No tenía ni idea de lo que les hacía tan divertidos, pero lo más importante, Massimo se negó. Olga no fue tan asertiva y antes de inclinarse sobre la mesa, dijo:

—¡Fuego!, gritó Napoleón.— Luego tomó dos guiones.



# Este día

Se apartó del espejo y se frotó la punta de la nariz, y asintió con aprecio. Sabía que esta fiesta ya no era para mí y no quiero ver qué pasa después.

—Estoy cansada.— Dije, mirando a Black. —¿Nos quedamos en el barco o nos vamos a casa?

Me tomo de la mejilla y me besó en la frente. —Vamos, te llevaré a la cama.

Olga se inclinó y extendió su mano, asintiendo al camarero para que le sirviera el champán.

—Eres aburrida, Lari—, dijo con una mueca de descontento.

Me volví hacia ella y mostré mi dedo medio: —Estoy embarazada, Oli.

Massimo me llevó a la cabaña y cerró la puerta. Aunque no me apetecía tener sexo, me estremecía al ver esta habitación, especialmente el sonido de la cerradura. Colgó su chaqueta y se acercó a mí, deshaciendo mi vestido. Dejó que se deslizara lentamente, luego se arrodilló y me quitó los zapatos con cuidado. Llegó con la mano a la percha del baño y después de un rato me cubrió con una bata suave y oscura. Sabía que él no quería hacer el amor, y también sabía que decidió mostrarme amor y respeto.

Los dos nos duchamos y media hora después estábamos acostados abrazados en la cama.

—¿No te aburres de mí?— Pregunté, alisando su pecho.

—Seguramente antes de que yo apareciera, tu vida era mucho más interesante.

Massimo se quedó en silencio. Levanté la cabeza para mirarlo. A pesar de que estaba completamente oscuro en la habitación, sentí que estaba sonriendo.



# Este día

—Bueno... yo no lo llamaría aburrimiento. Además, recuerda que lo hice absolutamente a propósito, Laura. ¿Has olvidado que estás secuestrada?— Me besó en la parte superior de mi cabeza y puso sus dedos en mi pelo, abrazándome fuerte. —Si me preguntas si me gustaría volver a la vida que tenía antes de ti, la respuesta es no.

—Una mujer para toda la vida... ¿Estás seguro de eso?

Black se giró hacia el lado y me presionó aún más.

—¿Crees que es mejor mover algunas chicas diferentes por la noche y despertar solo en la cama por la mañana? Ganar dinero hace tiempo que dejó de entretenerme, así que todo lo que queda es fortalecer a mi familia.— Suspiró. —Verás, he estado haciendo todo esto y he estado viviendo como si empezara de nuevo cada día, no he tenido a nadie por quien hacerlo. Cada noche diferentes idiotas, a veces fiestas, drogas, luego resaca. Eso puede parecer genial, pero ¿cuánto tiempo? Y cuando tus pensamientos te llegan, o para terminar, la pregunta es: ¿por qué cambiarlo si no sabes si vale la pena o si no tienes a nadie para quién?— Volvió a suspirar. —Después del tiroteo, cambié. Es como si tuviera un propósito distinto de la existencia misma.

—No entiendo muy bien tu mundo.— Susurré, besando sus orejas.

—Me sorprendería si lo entendieras, Pequeña,— dijo.

—Desafortunadamente, lo quieras o no, todo cambiará con el tiempo. Sabrás más y más sobre lo que hago y cómo trabajamos, pero no lo suficiente como para amenazarte.— Sus dedos estaban suavizando mi espalda. —Además, no podrás hablar con nadie sobre ciertas situaciones, pero para estar seguro te diré cuáles. Existe una omerta, una ley informal de la mafia siciliana que prohíbe la información sobre las actividades y las personas que cumplen órdenes. Mientras nos mantengamos en esto, la familia será fuerte e imparable.

—¿Y quién es Domenico en la familia?



# Este día

Massimo se rió y se volvió de espaldas. —¿De verdad quieres hablar de ello la noche antes de la boda?

—¿Y ves un mejor momento que ahora?— Le dije un poco molesta.

—Está bien, cariño.— Satisfecho me empujó por la espalda. —Es un joven capo, así que... ¿Cómo digo esto...?— Se tomó un tiempo pensando en la respuesta. —Está a cargo de un grupo de personas que tienen, digamos, diferentes tareas...

—¿Cómo salvarme...?

—Por ejemplo. También tienen deberes menos caballerosos, pero no lo sabrás si no tienes que hacerlo. En general, gana dinero y vigila los clubes o restaurantes.

Me quede pensando en lo lejos que está Domenico de la descripción que Black me ha dado. Para mí era un amigo, casi un amigo que me apoyaba y elegía mi ropa. Prefiero pensar que era gay que un peligroso líder de grupo.

—Así que básicamente, ¿Domenico es malo?

Massimo resopló su risa y no pudo calmarse por un tiempo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué si no es bueno?— finalmente asintió.

—Cariño, somos la mafia siciliana y todos somos malos.— Se rió.

—Quieres decir que si es peligroso, sí, mi hermano es un hombre muy peligroso e impredecible. Puede ser despiadado y firme, y por eso está a cargo de una función, no de otra. En muchas situaciones le he confiado mi vida y ahora le confío también la suya. Sé que siempre realiza sus tareas con la mayor dedicación y cuidado absoluto.

—Yo pensé que era gay.

Black explotó de nuevo con una risa salvaje y encendió la luz.

—Cariño, hoy te estás pasando de la raya. Te quiero, pero si no dejo de reírme, no podré dormir.— Cayó sobre una almohada y puso su



# Este día

cabeza en sus manos. —Dios, Domenico gay, creo que fingía ser demasiado bueno delante de ti. Sí, le encanta la moda y lo sabe, pero a la mayoría de los italianos les encanta. ¿Qué te ha venido a la mente también?

Me acurruqué y me mordí el labio inferior.

—No muchos tipos en Polonia saben cómo usar la ropa. Quiero decir, no muchos chicos.— Me di la vuelta y me acosté en su pecho, mirando fijamente a sus ojos negros. —Massimo, ¿pero no le hará nada a Olga verdad?

Black se tragó su saliva y me miró con calma y seriedad, frunciendo ligeramente el ceño.

—Poco, es peligroso para la gente que amenaza a su familia. En cuanto a las mujeres, como habrás visto en las últimas semanas, las trata como un tesoro que hay que proteger en lugar de enemigos que hay que destruir.— Me miró fijamente, buscando comprensión. —En el peor de los casos, se la follará para que no se mueva mañana, eso es todo. Ahora cierra los ojos y duerme.— Me besó en la frente y apagó la luz.

No sé cuánto tiempo dormí, pero me desperté llena de miedo.

Alcancé con la mano y sentí el lugar de al lado, dándome cuenta de que Massimo respiraba tranquilamente. Todavía estaba oscuro en la habitación, así que me levanté de la cama y me puse la bata que estaba en el suelo; Black ni siquiera se movió. Estaba llena de miedo y excitación, alegría mezclada con horror. Después de un tiempo, me di cuenta de que simplemente estaba nerviosa por la celebración de hoy, y lo que sentí fue nerviosismo. Agarré valor y me fui del dormitorio. Sabía que no iba a dormir, así que quería salir a mirar el mar en lugar de retorcerme en la cama. Me moví descalza y en bata de baño hacia las escaleras, y cuando empecé a caminar sobre ellas, oí gemidos que venían de la cubierta superior. *¿Sigue la fiesta?* Pensé y fui hacia las voces. En



# Este día

algún momento me quedé helada y volví a la vuelta de la esquina, apoyando la espalda contra la pared.

No podía creerlo. Gire la cabeza. Me asomé por detrás de la pared para asegurarme de que veía lo que creía que veía. En la mesa donde cenamos por la noche, Olga estaba tumbada de espaldas, empujada por Domenico que estaba de pie frente a ella. Ambos estaban desnudos, drogados y excitados por el dolor. Aunque la vista me pareció repugnante, me sorprendió y no pude apartar la vista de ellos. Debo admitir que el joven estaba en excelente forma y a pesar del disgusto que sentía, sabía que mañana Olga sería la más feliz del mundo.

*En algún momento alguien me cubrió la boca con su mano.*

—Silencio —susurró Massimo, poniéndose detrás de mí y bajando la mano. —¿Te gusta lo que ves, Laura?

Al principio estaba asustada, pero al oírle susurrar, me calmé inmediatamente y me avergoncé. Escondiéndome detrás de la pared, volví mi cara hacia él.

—Yo...— Exhale —...sólo quería mirar el mar... No podía dormir... Y aquí estaba.— Yo extendí mis manos.

—¿Y ahora estás ahí parada, viéndolos follar? ¿Te estás volviendo un poco retorcida, Laura?

Abrí bien los ojos y cuando intenté recuperar el aliento para decir algo, Massimo me empujó contra la pared y me besó con fuerza, sin decir lo suficiente. Sus manos pasaron por debajo de mi bata de baño y comenzaron a deambular por mi cuerpo desnudo. Detrás de la pared, los gritos y gemidos eran cada vez más fuertes, y no sabía si toda la situación me estaba haciendo sentir más curiosa o estresándome. En algún momento lo alejé.

—Don, ¡joder!— Le grite, caminando hacia las escaleras.

Massimo se rió detrás de mí y luego me volví a acostar en la cama.

# Este día

—Te pedí leche caliente—, dijo, poniendo una taza a mi lado.

—Pequeña, ¿qué está pasando? ¿Estás bien, te duele algo?

—Estoy nerviosa por la boda.— Dije mientras bebía un sorbo. —Y ahora esto.— Levanté mi dedo, señalando la cubierta superior.

—¿No es suficiente para preocuparse?

Black me miró y se retorció como si quisiera decir algo, pero aún así se quedó en silencio.

—¿Massimo...?— Pregunté con dudas. —¿...Qué esta pasando?

Todavía no dijo nada. Sólo se pasó los dedos por encima del pelo y se acercó a mí, y luego se deslizó bajo el edredón y puso su cabeza entre mis piernas, doblando el encaje de mis bragas. Aferró su lengua a mi coño y empezó a mimarlo, pero yo estaba tan confundida que no le presté atención a lo que estaba haciendo.

—¡No puedes hacer eso!— Grite. —¡Dime primero qué está pasando!

Me deshice de mi edredón y me acaricio un poco, y luego, llevó sus manos sobre mi pecho, le di una mirada de enojo. No interrumpió lo que empezó, sólo me miró a los ojos. En algún momento me quitó las bragas y me abrió las piernas. Me agarró los tobillos y los tiró con fuerza para que me deslizara hasta la mitad del colchón. Me di por vencida, no podría importarme menos el placer que tuve. Estaba disfrutando cada movimiento de su lengua.

—Tendremos una boda—, murmuró, rasgando un poco mi boca.

Al principio no entendía el significado de sus palabras, pero después de unos segundos, llegué a lo que estaba hablando. Más enojada traté de levantarme, pero él me agarró por los muslos y me empujó de vuelta al colchón, acariciando mi lengua aún más fuerte y más rápido. Cuando puso sus dedos en mis dos agujeros, casi me vuelvo loca y dejé hacerme todo lo que quiso. Después de que llegué allí, se acercó y caminó hacia mí, sujetando mis muñecas con fuerza.





# Este día

Susurrando dijo: — Serán doscientas personas—, cuando sus caderas empezaron a menearse. —Se suponía que Olga te lo iba a decir mañana para que no te enfadaras por ello. Será más una reunión de negocios que una boda, pero tiene que tener lugar.

No me importaba lo que dijera, porque todavía no me hacía llegar. Su pene moviéndose en mí definitivamente no me ayudó a concentrarme.

—Va a ser hermoso.— Dijo Black. —Olga eligió la mayoría de las cosas con Domenico. Dice que serás feliz.

Cuando terminó su frase, se estancó, mirándome para investigar. No quería hablar con él, y ciertamente no ahora, así que lo agarré por las nalgas y lo arrastré hacia mí.

—Me alegro de que estés de acuerdo.— Sonrió, mordiéndome suavemente el labio inferior. —Ahora déjame follarte en vez de hablar.



Cuando me desperté, el sol entró en la habitación a través de las persianas descubiertas. Alcancé el teléfono y vi la hora que era, me quejé. Eran las diez en punto. Se suponía que la boda se celebraría a las cuatro de la tarde; pensé que todavía tenía tiempo de sobra. Massimo se había ido como siempre sin dejar rastro, así que me vestí con una bata que estaba en el sillón y me fui a la cubierta superior.

Olga estaba sentada en la mesa con comida y buscando algo en el teléfono. Tomé la silla junto a ella y alcancé una taza de té.

—Creo que estoy vomitando...— Dije, bebiendo un sorbo.

—¿Tienes náuseas otra vez?

—Un poco, especialmente con la idea de que yo coma en la mesa en la que follaste anoche.

Oli se rió y puso el teléfono sobre la mesa.

—Entonces no te bañes en el jacuzzi, ni te subas al scooter o no te sientes en el sofá del salón principal.

—Eres imposible,— dije, sacudiendo la cabeza.

—Sí—, dijo triunfante. —Y tenías razón, tienen hermosos genes. Nunca he estado tan bien jodida. Supongo que es el aire de aquí lo que les da un jodido empuje. Y esa gran polla.

¡Estaba en Shock!

—Esta bien, Oli, porque realmente voy a vomitar.

De repente Domenico apareció en la mesa. Estaba vestido mucho menos oficialmente que de costumbre, con pantalones de chándal y una camiseta negra. Su pelo caía descuidadamente sobre su cara, parecía que



# Este día

se había levantado de la cama hace tres minutos. Se sirvió café y se puso las gafas de sol en la nariz.

—A las doce tienes peluquería, luego maquillaje, y a las tres te saco de la propiedad. El vestido esta listo en tu cuarto, Emi estará allí a las dos y media para vestirme. Y estoy a punto de ser destrozado por una resaca, así que déjame conseguir una resucitación.

Después de esas palabras, sacó una bolsa de plástico y vertió polvo blanco en un plato, formó dos líneas y se las metió. Se apoyó en la silla y tejió sus manos detrás de su cabeza y dijo:

—Me siento mejor.

Estaba sentada, mirándolos, y preguntándome cómo era posible que fueran tan indiferentes el uno al otro, como si la noche anterior no hubiera ocurrido. Ella estaba al teléfono otra vez, y él estaba tratando de recuperarse.

—Vale, ¿y cuándo querías contarme lo de la boda?

Olga volteó los ojos y abrió los brazos, buscando la ayuda de un joven italiano, mientras él la señalaba con el dedo, como si se estuviera defendiendo de ella.

—Olga iba a decírtelo. Y el hecho de que se retrasara ya no era mi culpa.

—¿Y lo sabes desde cuándo?— Le dije, regresándole el ataque.

—Desde el día en que aceptaste casarte con un Don, pero...

Levanté la mano, haciendo una señal para que se callara, y escondí mi cara entre las manos.

—Cariño, te alegrarás de verlo—, dijo Oli, acariciándome la cabeza.

—Una boda de cuento de hadas, flores, palomas, linternas. Será justo como lo querías.



# Este día

—Mm, y gángsters, armas, mafia y coca. No hay problema, una ceremonia perfecta.

En este punto, Domenico levantó su plato como una tostada y sacó otra linea.

—Nada de qué preocuparse,— dijo, frotándose la nariz. —No habrá nadie en la iglesia, sólo los jefes de familia y los socios más cercanos. Además, no hay mucho espacio en la iglesia de la Virgen de la Rocca, así que no hay mucho espacio para caber, así que no tienes nada de qué preocuparte. Ahora come algo.

Miré a la mesa y me acurruqué para ver la comida. Estaba tan nerviosa que mi estómago parecía más un nudo que un cubo sin fondo.

—¿Dónde está Massimo?— Yo pregunté.

—Se verán en la iglesia, él tenía algunas cosas que hacer. Y entre tú y yo, creo que el que se está muriendo de miedo es él.— Domenico levantó alegremente las cejas y una irónica sonrisa apareció en su rostro. —No ha dormido desde las seis, lo sé, porque yo no he dormido todavía, así que hablamos y volvió a tierra.

Después de una hora, estaba en mi habitación mirando la caja. *Hoy me voy a casar*, pensé. Tomé el teléfono y marqué el número de mi madre. Quería llorar porque sabía que todo estaba mal. Después de unas cuantas señales en el teléfono, escuché su voz. Me preguntó cómo estaba yo y cómo me iba en el trabajo, y en lugar de decirle la verdad, le mentí como una tonta. De acuerdo con la realidad, solo respondí cuando me preguntó cómo nos iba con Black. *¡Grandioso, mamá!* Dije. Y luego me dijo lo que pasaba en casa y cómo está mi padre adicto al trabajo. En realidad, esta conversación no trajo nada nuevo, pero aún así la necesitaba mucho. Eran las 12 en punto cuando terminamos. Apenas colgué, Olga entró en el dormitorio.

—¡No bromees ni siquiera te duchastes!— ella gritó, con los ojos abiertos.



# Este día

Sostuve el teléfono en mis manos y me puse a llorar, cayendo de rodillas.

—Oli, no quiero... Se suponía que mi madre estaría aquí, mi padre me llevaría al altar y mi hermano sería testigo. ¡Joder, está todo mal!—  
Grité y le agarré las piernas. —¡Vámonos, Oli! Tomemos el auto y al menos desapareceremos por un tiempo.

Pero Oli se quedó quieta, y ella se sorprendió y pareció desaprobarme mientras yo me retorcí en el suelo.

—No tomes ningún puto camino y levántate—, dijo con fuerza.  
—Tienes que joderte, respira. Y vamos, te ducharás, porque todo el equipo de preparación estará aquí pronto.

No estaba reaccionando a sus órdenes, y todavía estaba histérica, sentada con las piernas atadas.

—Lari—, dijo suavemente, sentándose a mi lado. —Lo amas, ¿verdad? Esta boda es inevitable. Además, es sólo un papel, tienes que engancharlo. Cuando te despiertes mañana, no habrá ninguna diferencia. Viviremos esto juntas. Normalmente, te consolaría con un mega-jerk, pero en tu condición no es aconsejable. ¿Se sentirás reconfortada si te ofrezco un trago?

A pesar de sus tiernas palabras, yo seguía mintiendo, rugiendo y repitiendo una y otra vez que estaba a punto de huir de aquí y que no se necesitaba a nadie.

—¡Ahora me estás jodiendo, Laura!— Gritó, agarrándose la pierna, luego me agarró del tobillo y empezó a arrastrarme hasta el suelo del baño. Traté de salir, pero ella era más fuerte que yo. Me arrastró a la ducha y, sin importar mi ropa, soltó el agua fría. Rápidamente me levanté, ardiendo en deseos de asesinarla.

—Ya que estás parada ahí, te vas a lavar, y te voy a conseguir algo de mierda sin alcohol, tal vez tu mente pueda ser engañada.— Agitó la mano y salió del baño.



# Este día

Cuando terminé de ducharme, me limpié, me envolví la cabeza con una toalla y me puse la bata. Me sentí mejor, todos mis miedos desaparecieron de repente. Cuando entré en el dormitorio, me quedé shock. Mi habitación se había convertido en una verdadera peluquería. Dos puestos uno al lado de la otro, y delante de ellas espejos, luces, kilogramos de cosméticos, cientos de cepillos, unos cuantos secadores de pelo, rizadores de pelo, y unas diez personas que se pusieron de pie cuando entré.

—Vamos, siéntate y toma un trago—, dijo Oli, señalando a un lado de sí misma.

Estaba bien después de las 2:00 cuando me levanté de la silla. Nunca me había cansado tanto de estar sentada. Mi peinado más bien corto se convirtió en un impresionante moño, meticulosamente fijado con un kilo de pelo artificial. Para asegurarme de que la diferencia no sea tan dramática, descansaba en la parte inferior de mi cabeza, como una pelota limpia, y el resto de mi cabello, tirado hacia atrás suavemente, revelaba mi cara. El peinado era elegante, modesto y con estilo. Perfecto para la ocasión. Domenico me trajo algunos grandes maquilladores, pensé. Hicieron un buen trabajo. Mis ojos estaban fuertemente acentuados, con un predominio del marrón, y mis labios estaban delicadamente marcados en rosa polvo. Me veía fresca y radiante, con gruesas pestañas artificiales. Mi rostro estaba perfectamente formado con una capa de un centímetro de base, camuflado y rosado, lo que me hacía parecer completamente diferente de mí misma, y en cualquier caso, me veía diferente de la vida cotidiana.

Sin embargo, estaba encantada y no podía dejar de mirarme a mí misma. Nunca me había visto tan increíble como en este momento.

Ni siquiera el estilo del Festival de Venecia podía competir con eso.

Mientras me llenaba de mí misma en el espejo, Emi entró de repente en la habitación, y Olga se estancó, pretendiendo buscar algo en el teléfono.



# Este día

Nos saludó con un beso en la mejilla, y desabrochó el vestido.

—Muy bien, chicas, comencemos—, dijo, cogiendo la percha.

Mientras luchaba con la cremallera, descubrí que o bien el vestido se había encogido, o bien había engordado. Pero juntas atamos lo que se suponía que debíamos atar, y Emi podía ocuparse del velo.

Unos minutos antes de las quince horas, nos preparamos, y sentí que mi corazón se aceleraba, delante de mi respiración.

Olga se quedó parada y me apretó la mano. Vi que quería llorar, pero la conciencia de su bello maquillaje no le permitía llorar.

—Empaqué tus cosas para tu noche de bodas. El bolso está de pie junto a la puerta del baño. Tienes cosméticos y ropa interior en ella.

—Tírame esa bolsita rosa del cajón de la cama, por favor.

Oli vino y sacó lo que le pedí.

—Por el amor de Dios, ¿un vibrador en tu noche de bodas?— se estaba divirtiendo mucho. —¿Tienes algún problema?

Le di la espalda, levantando las cejas.

—No, ninguno. Estoy planeando una pequeña fiesta de bodas.

—Estás jodida y perversa. Y es por eso que hemos podido ser amigas por años. Olvidé sacar mi lápiz labial de mi habitación. Vuelvo enseguida.

Unos segundos después de que desapareciera, oí un grito desde abajo.

—¡No puedes hacer esto, joder!

Me di la vuelta y vi a mi encantador prometido parado a unos metros de mí. Cuando me miró, se congeló y traté de mantener la calma. Nos quedamos atónitos, mirándonos el uno al otro. Después de un tiempo, Massimo se alejó y se acercó a mí.



# Este día

— ¡Me importan una mierda las tradiciones y las supersticiones!— dijo, revelando mi velo. —No podía soportarlo. Tenía que verte.

Massimo maldecía de vez en cuando y más bien sólo en la cama o cuando estaba realmente enfadado por algo.

—Tengo miedo— susurré, mirándolo a los ojos.

Me agarró la cara con las manos y me besó suavemente los labios, luego se alejó de mí y me miró con unos ojos tranquilos.

—Estoy contigo, pequeña—, dijo en voz baja. —Eres tan hermosa... Pareces un ángel...— Cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía. —Quiero que seas todo para mí tan pronto como sea posible. Te quiero, Laura.

Me encantó cómo lo dijo. Me sentí abrumada por una alegría indescriptible. Este hombre duro, inhumano y despiadado me mostró afecto. Quería que este momento durara para siempre, para que no tuviéramos que ir a ningún sitio, ver a nadie, sólo a nosotros.

60

Desde abajo se escucharon las voces de Domenico y Olga, pero ninguno de ellos tuvo el coraje de entrar e interrumpirnos. Black abrió los ojos y de nuevo me besó suavemente en la boca.

—Es hora, Pequeña, te esperaré. Apúrate.

Subió las escaleras y desapareció después de un rato. Cuando se iba, lo miré como si estuviera encantada. Llevaba un precioso esmoquin azul marino, una camisa blanca y una pajarita del mismo color que su chaqueta. Había delicadas flores del color de mi vestido. Parecía un modelo sacado vivo del show de *Armani*.

Escuché los pasos de Olga subiendo las escaleras y después de un rato se paró junto a mi lado, arreglando mi velo.

—Ese vestido tuyo es una especie de maldito diablo inventado.— Curiosamente inclinándose hacia los lados, intentó corregirlo.



# Este día

—No se puede caminar en el por nada, y es imposible bajar las escaleras. ¿Estás lista?

Asentí con la cabeza y la agarré fuerte con la mano.

La iglesia de la Virgen de la Rocca estaba casi en el lugar más alto de *Taormina*. Se trata de un impresionante edificio del siglo XII, restaurado en 1640, que se eleva pintorescamente sobre la ciudad. Unas pocas docenas de metros más abajo había un castillo histórico. Abajo, el mar de zafiro brillaba.

Salí de mi coche y vi una alfombra blanca que conducía a la entrada y a su lado intrincados adornos hechos de flores; todo el asunto se vio perturbado sólo por los hombres en traje negro que custodiaban la entrada.

La iglesia era una de las atracciones de la ciudad, que era visitada por multitudes de turistas que perseveraban lo suficiente como para subir cientos de escaleras que conducían a la cima.

61

—Tengo que entrar, te esperaré allí. Te quiero—, susurró Oli y me abrazó fuerte.

Estaba confundida al principio de mi camino de alfombras y no podía recuperar el aliento. Domenico se acercó a mí y puso su mano bajo mi hombro.

—Sé que no debería estar aquí, pero es un gran honor para mí, Laura.

Me temblaban nerviosamente las piernas y me balanceaba como si tuviera una enfermedad.

—¿Qué estamos esperando?— le pregunté impaciente.

De repente, la música resonó a nuestro alrededor y una voz femenina extremadamente hermosa comenzó a cantar el Ave María.

—Por eso.— Levantó las cejas y sonrió un poco. —Vamos.

# Este día

Me empujó un poco hacia la entrada y empezamos a caminar, y mi velo exquisitamente largo estaba tirando detrás de mí. Docenas de espectadores al azar estaban en las escaleras cubiertos por guardias de seguridad, que me aplaudieron. Estaba nerviosa y tranquila, feliz y en pánico. Cuanto más cerca estaba de la entrada, más fuerte latía mi corazón. Finalmente cruzamos el umbral, y la canción sonó aún más fuerte, penetrando en cada parte de mi cuerpo. La gente que estaba en la iglesia se desvaneció, porque yo sólo miraba en una dirección. Junto al altar, mi deslumbrante futuro esposo estaba de pie con una sonrisa radiante. Domenico me llevó hasta él y se sentó junto a Olga.

Mientras me acercaba, Massimo me cogió la mano, la besó suavemente y la apretó con firmeza cuando le cogí del brazo. El sacerdote empezó, y yo traté de concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera Don. Era mío, y en unos minutos se suponía que lo sellaríamos para siempre.

La ceremonia tuvo lugar muy rápidamente y se llevó a cabo en inglés para facilitar la referencia. En realidad, no me acuerdo muy bien de todo, porque estaba tan nerviosa que recé mucho por que acabara.

Después fuimos a la capilla a firmar los documentos y sólo cuando estaba caminando miré el interior. Los invitados apenas cabían en los bancos, y el negro dominante sugería un funeral en lugar de una boda. Si alguien me dijera que imaginara una ceremonia de boda de la Mafia, tendría exactamente esa imagen en mi cabeza. Hombres con rostros claramente traicioneros nos miraban con impertinencia, susurrándose algo el uno al otro, y sus aburridas parejas volvían la vista con impaciencia, espiando sus caras a cada segundo.

Todas las formalidades nos llevaron más tiempo del que esperaba, así que cuando nos fuimos, me sorprendió descubrir que no había nadie más.

Me paré frente a la entrada, mirando hacia el mar y la ciudad, y los turistas que se apiñaban en las escaleras trataron de tomarme fotos. La seguridad les impidió efectivamente tomar fotos. Pero no me importaba.



# Este día

Estaba girando un círculo de platino en mis dedos, que encajaba perfectamente con el anillo de compromiso.

—¿No está cómoda, Sra. Torricelli?— Me preguntó Massimo, abrazándome por la cintura.

Sonreí y lo miré.

—No puedo creerlo.

Black se inclinó y me besó larga, profunda y apasionadamente. Este espectáculo despertó el entusiasmo de los espectadores; al cabo de un rato empezaron a silbar y a aplaudir, pero ocupados con nosotros mismos los ignoramos por completo. Cuando terminamos, me tomó de la mano y me llevó a lo largo de la alfombra hasta un auto estacionado. Saludé a los espectadores y desaparecimos, permitiéndoles explorar la iglesia.

Con gran dificultad me deslice dentro, tomando asiento. Debido a las calles muy estrechas no teníamos una limusina, sino un *Mercedes blanco* de dos plazas del *SLS AMG*, cuya silueta era más ostentosa que la de todas las limusinas del mundo juntas.

Massimo se sentó al volante y encendió el motor.

—Esto será lo más difícil ahora—, dijo, siguiendo adelante. —Laura, quiero que por una vez seas educada y no socaves ninguna de mis decisiones o lo que hago o digo. ¿Puedes hacer eso una noche por mí?

Lo miré sorprendida, sin saber lo que quería decir.

—¿Estás diciendo que no puedo comportarme?— Pregunté molesta.

—Estoy diciendo que no puedes comportarte en tal compañía, y no tuve tiempo de enseñarte. Cariño, esto es sobre la percepción de los negocios y la familia, no sobre nosotros. Muchos de los Don son mafiosos ortodoxos. Viven en realidades un poco diferentes cuando se trata del papel de la mujer. Puedes ofenderlos completamente inconscientemente o mostrarme una falta de respeto, y de esa manera puedes quebrantar mi autoridad—, dijo con calma, agarrándome la

# Este día

rodilla. —La ventaja es que la mayoría de ellos no hablan inglés, pero están empeñados en observar, así que ten cuidado con lo que haces.

—Llevamos veinte minutos casados, ¡y ya me estás molestando!— Gruñí indignada.

Massimo suspiró y golpeó el volante con ira.

—¡De eso es de lo que estoy hablando!— Gritó. —Dije una palabra, y tú diez.

Estaba sentado insultado, metiéndome los ojos en el cristal y preguntándome qué decía. Ya he tenido suficiente de una fiesta que aún no ha empezado.

—Aceptaré el brazalete, pero con una condición.

—¿Brazalete?— Se sorprendió.

—Sí, Massimo, brazalete. Es un accesorio sin importancia que se usa sin un propósito. Básicamente, no tiene ninguna función, excepto que se ve bien y decora tu muñeca. Seré una persona tan brillante si me das poder para un día más tarde.

Black se apoyó en el reposacabezas del sillón y lo pensó con impaciencia.

—Si no estuvieras embarazada, me detendría y te golpearía en las nalgas unas cuantas veces. Y entonces haría lo que he hecho con tu pequeño culo antes.— Se dio la vuelta y me miró enfadado. —Pero dada tu condición actual, tengo que limitarme a la negociación verbal, así que te daré una hora de poder.

—Un día. — No me di por vencida.

—No tientes tanta suerte, Pequeña. Una hora, y eso por la noche. Tengo miedo de lo que se te ocurra en el día.

Me he estado preguntando por un tiempo, tramando un plan diabólico en mi cabeza.





# Este día

—Bien, Massimo, una hora de noche, pero no tienes derecho a objetar.

Él sabía que yo usaría los sesenta minutos al máximo, y se podía ver que al reflexionar no quería ni siquiera darme eso, pero ya era demasiado tarde.

—Así que, brazaletes— él golpeó —sea cortés hoy y escuche a su marido.

Después de unos minutos de viaje nos detuvimos debajo de un hotel histórico, cuya entrada estaba bloqueada por dos camionetas y una docena de hombres voluminosos vestidos con trajes negros.

—¿Qué está pasando aquí?— Pregunté, mirando a los lados.

Massimo se rió y frunció el ceño. —Nuestra boda.

Aturdida por la vista, sentí que mi estómago se acercaba a mi garganta: docenas de hombres armados, coches que parecían pequeños tanques y todo eso. Apoyé la cabeza contra el asiento y cerré los ojos, tratando de nivelar mi respiración.

—Cálmate —dijo Massimo, agarrándome de la muñeca para medirme el pulso y mirando su reloj. —Tu corazón está acelerado, Pequeña, ¿qué está pasando? ¿Quieres un poco de medicina?

Giré mi cabeza y volví mi cara hacia él.

—Don, ¿para qué es todo esto?

Black, aún con cara seria, miraba su reloj, contando los latidos de mi corazón.

—Están los jefes de prácticamente todas las familias sicilianas, además de mis homólogos del continente y de América. Te aseguro que a mucha gente le gustaría entrar aquí y tomar fotos, sin mencionar a la policía. Pensé que ya estabas acostumbrada a la protección.

Traté de calmarme después de lo que dijo, pero la cantidad de personas con armas me asustó y casi me paralizó. Tuve una persecución de

# Este día

pensamientos negros sobre un posible intento de asesinato de mi vida o la de Massimo en mi cabeza.

—Me acostumbré, pero ¿por qué tantos?

—Imagina que todos vienen con la protección que reciben todos los días. Y te ves obligado a hacer docenas de ellos.— Me dio una palmadita en la mano. —No estás en peligro si le tienes miedo. Ciertamente no aquí y no mientras yo esté cerca.

Me llevó la mano a los labios, examinando mis ojos.

—¿Lista?

No estaba lista o dispuesta a salir del coche, tenía miedo y quería llorar. Pero sabía que no me pasaría de largo y no podía huir de él, así que después de un tiempo asentí con la cabeza.

Black salió, abrió la puerta y me ayudó a salir del coche. Nos dirigimos hacia la entrada, y me dieron ganas de caer bajo tierra, o al menos de bajar el velo para esconderme detrás de él y volverme invisible.

Cuando entramos en el salón, hubo un aplauso estruendoso y gritos. Massimo se detuvo y con un rostro de piedra saludó a los invitados reunidos con un gesto de la mano. Se puso de pie con confianza, con las piernas ligeramente separadas, con una mano abrazándome en la cintura y la otra dentro del bolsillo de su pantalón. El hombre del personal le dio el micrófono y después de un rato Massimo comenzó un maravilloso discurso en italiano. No me importaba en absoluto que no entendiera una palabra, porque Black, lleno de indiferencia no forzada, hizo que mis rodillas se ablandaran. Después de unos minutos terminó, entregó el micrófono y me llevó al final de la sala hacia la mesa, donde me sentí aliviada de ver a Olga.

Tan pronto como me senté en mi asiento, Domenico se acercó a mí y me susurró: —Tu vino sin alcohol está a la derecha, el camarero sabe que sólo bebés esto, así que puedes estar tranquila.





# Este día

—Estaré tranquila, Domenico, cuando llegue a la cama y esta cosa esté terminada.

Olga se acercó a mí y empezó en polaco, con mucha diversión:

—¿Ves lo que yo veo, Lari? Es una especie de reunión de la mafia y las prostitutas. Ni siquiera he localizado a un tipo normal. El tipo de la derecha tiene 200 años, y el culo que está cagando en su rodilla es probablemente más joven que nosotras. — Oli tiene una mente curiosa. —Incluso para mí, es asqueroso. Y ese tipo negro, a dos mesas de distancia...

Amaba a Oli, su forma de ser y la facilidad con la que podía calmarme y entretenerme. Sin prestar atención a nadie, resoplé risas. Y a eso Massimo giró lentamente la cabeza hacia mí y me lanzó con una mirada inmóvil llena de reprimenda. Le sonreí lo más gordo que pude y luego me volví de nuevo hacia Olga.

—Pero hay un imbécil sentado allí al final— un vagabundo pense, —con alguien que parece un ángel de *Victoria's Secret*. Y sabes, me gusta.

Estaba mirando la mesa de la que ella hablaba. Al final de la sala, con un precioso vestido de encaje negro, estaba la mujer que intentó quitarme a Massimo, Anna.

—¿Qué hace esa perra aquí?— Estaba gruñendo, apretando los puños. —¿Recuerdas, Oli, que te conté cómo desapareció Massimo cuando estábamos en el Lido?— Olga se estaba golpeando la cabeza. —Bueno, ese es el que casi lo mata.

Cuando le tiré, sentí una ola de rabia creciendo en mi cuerpo. Me levanté de la silla y levanté la elaborada construcción del vestido. No quería que esa puta estuviera aquí, ni me importaba de dónde venía. Si tuviera un arma ahora, le dispararía. Todos los días de sufrimiento, cada lágrima y duda de los sentimientos de Black fueron culpa suya.

# Este día

Sentí los ojos de todos los invitados sobre mí, pero no me importó porque era mi día y mi boda. Mientras me acercaba a la mesa, ardiendo en deseos de venganza, sentí que alguien me agarraba la mano y me arrastraba, pasando de largo. Giré la cabeza y vi a mi marido llevándome a la pista de baile.

Susurró y asintió a la orquesta antes de que sonaran los aplausos.

No quería bailar ahora, porque tenía ganas de asesinar, pero Massimo me agarró tan fuerte que no tuve oportunidad de escapar. Cuando los primeros compases de música resonaron, mis pies empezaron a bailar.

—¿Qué es lo que haces?— dijo Black, fluyendo con gracia conmigo en sus brazos.

Volví a poner mi sonrisa en mi cara y mejoré mi posición.

—¿Qué estoy haciendo?— Dije gruñendo. —Será mejor que me digas, ¿qué hace la perra aquí?

68

La atmósfera entre nosotros era tan espesa y tan agresiva que casi se podía cortar con un cuchillo. En lugar de un vals, deberíamos haber bailado pasodoble o tango.

—Laura, esto es un negocio. Una tregua entre nuestras familias es esencial para que tu estés segura y su familia funcione sin obstáculos. Yo tampoco me alegro de verla, pero te recuerdo que me prometiste algo en el coche.— Terminó su frase y me inclinó para que casi me golpeará la cabeza en el suelo. Se desató una tormenta de aplausos, y Massimo, mientras tanto, sin importar nada, me besó suavemente con sus labios alrededor de mi cuello y, habiéndose dado la vuelta, me atrajo hacia él.

—Estoy embarazada y estoy enojada... me he agotado. No esperes que sea capaz de mantener mis emociones bajo control.

—Si necesitas relajarte, te lo daré con gusto.

—Necesito un arma para matar a esta bastarda.



# Este día

El rostro de Massimo estaba radiante en una sonrisa. Terminó el baile con un maravilloso, largo y profundo beso.

—Sabía que tenías un temperamento siciliano—, dijo con orgullo.  
—Nuestro hijo será un maravilloso don.

—¡Será una niña!— Seguí adelante por lo que antes era desconocido.

Después de unos cuantos asentimientos, nos fuimos a nuestro lugar, ignorando completamente la vista de Anna. Me senté al lado de Olga y me asomé de inmediato a una copa de vino, como si me fuera a ayudar a pesar de la falta de alcohol.

—Si quieres, puedo noquearla—, dijo, jugando con un tenedor. —O al menos sacarle un ojo.

Me reí y clavé un cuchillo en la carne que me dio el camarero.

—Está bien, Oli, puedo manejarlo yo misma, pero no hoy. Se lo prometí a Black.

Me puse un trozo de comida en la boca y sentí que me estaba enfermando. Me lo tragué, tratando de controlar mis crecientes náuseas.

—¿Qué pasa, Lari?— Oli estaba preocupada, agarrándome la mano.

—Voy a vomitar.— Se lo dije y me levanté.

Massimo se separó cuando me fui, pero Olga lo puso en la silla y me siguió.

Odio estar embarazada, pensé, limpiándome la boca al drenar el agua. Estoy harta de los vómitos y las náuseas, y creía que sólo pasaba por la mañana. Agarré la manija y dejé la cabina.

Olga se puso contra la pared y me miró divertida.

—¿Estaba buena la carne?— Se burlo de mí cuando me lavaba las manos.

# Este día

—Tu movimiento, no es gracioso. —Levanté los ojos y miré mi reflejo; estaba pálida y ligeramente embadurnada. —¿Tienes algún cosmético?

—En mi bolso. Espera, lo traeré.— Ella dijo y se fue.

En la esquina de un hermoso baño de mármol había un gran sillón blanco. Me senté en él, esperando a Oli. Después de un rato la puerta se abrió y cuando levanté la vista, vi a Anna.

—Pero tienes mucho valor...— estaba susurrando, mirándola. Se paró en el candado, ignorándome por completo. —Primero me asustas, luego tratas de matar a mi esposo, y ahora fuerzas una invitación a nuestra boda. Deja de humillarte.

Me levanté y fui hacia ella. Estaba parada, clavando sus ojos en mi reflejo.

Estaba tranquila y calmada, tal y como deseaba Massimo. Guardé los restos de mi clase, aunque en el fondo me dieron ganas de golpear su cabeza contra el lavabo.

—¿Crees que has ganado?— Ella preguntó.

Yo me reí y al mismo tiempo Olga se paró en la puerta.

—No gané porque no había nadie con quién o con qué. Y espero que hayas comido suficiente, así que adiós.

Oli abrió la puerta y le mostró la dirección con un amplio gesto.

—Nos volveremos a ver—, dijo, cerrando su bolso y caminando hacia el salón.

—¡Esperemos que no antes de tu funeral, perra! —Grité, levantando mi barba.

Se dio la vuelta y me miró con frialdad, y luego desapareció en el pasillo.



# Este día

Cuando se fue, me caí en la silla y escondí mi cara en las manos. Oli se acercó a mí y me dio una palmadita en la espalda y dijo: —Oh, veo que te estás metiendo en sus hábitos de gángster. Ese "*no antes de tu funeral*" fue bueno.

—Tiene que tenerme miedo, Oli. Sé que se va a ir a la mierda, ¿lo veras?— Suspire. —Recordarás mis palabras.

En el mismo momento en que la puerta del baño se abrió y Domenico entró con un guardaespaldas. Los miramos con sorpresa.

—Y tú, siciliano, ¿la puerta estaba jodida?— preguntó Oli, levantando la ceja.

Ambos hombres se miraron a la cara, y aparentemente estaban corriendo, como indicaba su rápida respiración. Miraron nerviosamente por el interior y, al no encontrar nada interesante, asintieron con la cabeza y se marcharon.

Puse mis manos alrededor de mi cabeza y me incliné.

—¿O tengo una cámara en otro lugar, además de los transmisores?

Giré la cabeza, no podía creer el paraguas de control Massimo que extendía sobre mí. Me preguntaba si vinieron a rescatarme, si fue por ella, y cómo diablos sabían que la situación podría requerir una intervención. Después de un tiempo, sin poder encontrar una explicación lógica, me paré al lado de mi amiga y empecé a arreglarme el maquillaje. Quería verme radiante y fresca de nuevo.

Volví a la habitación y me senté al lado de mi marido.

—¿Todo bien, pequeña?

—Creo que al bebé no le gustó el vino sin alcohol—, dije sin una relación.

—Si te sientes mejor, me gustaría presentarte a algunas personas. Vamos.



# Este día

Habíamos estado saludando entre las mesas, dando la bienvenida a más caballeros tristes. Así es como Olga y yo llamamos a los tipos cuyas bocas eran visibles como de la Mafia. Fueron traicionados por las cicatrices, las cicatrices y a veces sólo una mirada vacía y fría. Además, no era difícil reconocerlos, porque casi todos tenían una o dos personas a sus espaldas. Me di las gracias a mí misma y fui muy dulce, exactamente como Black deseaba. Pero estaban mostrando ostentosamente lo mucho que me tenían en el culo.

No me gustaba este tipo de ignorancia, sabía que era más inteligente que el setenta por ciento de ellos. Podría fácilmente derrotarlos con mi conocimiento y familiaridad. Pero miré con creciente admiración a Massimo, que destacaba claramente entre ellos, y aunque era mucho más joven que la mayoría, era superior a ellos en fuerza e inteligencia. Estaba claro que lo respetaban, lo escuchaban y esperaban sus cualidades.

En un momento dado sentí que alguien me agarraba por la cintura y se giraba, besándome en los labios. Empujé al hombre que se atrevió a tocarme y me balanceé para darle una bofetada. Cuando se alejó, mi mano colgó y mi corazón se detuvo por un momento.

—¡Hola, cuñada! Oh, eres realmente bonita.— Había un hombre delante de mí que se parecía a Massimo. Volví y me apoyé en el pecho de Black.

—¿Qué coño está pasando aquí?— Gemí aterrorizada.

Pero el clon de mi marido no desapareció. Para mi desesperación, tenía una cara casi idéntica, una estructura corporal, sí, incluso su pelo tenía un corte similar. Completamente confundida, no pude sacar ni una palabra de mí misma.

—Laura, te presento a mi hermano Adriano —dijo Massimo.

El hombre extendió su mano hacia mí, y yo volví sobre ella, empujando mi espalda contra mi marido aún más fuerte.

—Es tu gemelo. Oh, joder...— Susurré.



# Este día

Adriano estalló en risa y tomó mi mano, besándola suavemente.

—No hay que esconderse.

Me volví hacia Black y miré su cara con horror, comparándola con la de Adriano. Eran casi indistinguibles. Y cuando este habló, hasta el sonido de sus voces sonó idéntico.

—Me siento débil—, dije tambaleándome un poco.

Don le dijo dos frases en italiano a su hermano y me llevó a la puerta al final de la habitación. Caminamos a través de ellos a una habitación con un balcón que parecía un poco como una oficina. Había muebles con estantes, un viejo escritorio de roble y un gran sofá. Caí sobre cojines suaves, y él se arrodilló delante de mí.

—Es aterrador...— estaba gruñendo. —Es jodidamente aterrador, Massimo. ¿Cuándo ibas a decirme que tienes un hermano gemelo?

Black frunció el seño y se pasó la mano en el pelo.

—No pensé que aparecería. No ha estado en Sicilia desde hace mucho tiempo. Vive en Inglaterra.

—No respondiste a mi pregunta. ¡Me casé contigo y soy tu esposa, maldita sea!— Grité, levantándome. —Te daré un bebé, ¿y ni siquiera puedes permitirte ser honesto?

Hubo un sonido de una puerta cerrada en la habitación.

—¿Un niño?— Escuché una voz familiar. —Mi hermano se convertirá en padre. ¡Bravo!

Sonríe con calma, Adriano caminaba hacia nosotros desde la puerta. Una vez más, me debilitéé ante su vista, parecía Black y se movía como Black, deslizándose resuelto y poderosamente hacia nosotros. Se acercó a su hermano, que consiguió ponerse de rodillas, y le besó en la cabeza.



# Este día

—Así que, Massimo, todo lo que querías sucedió —dijo, vertiéndose un líquido ámbar sobre una mesa junto al sofá. —Lo tienes, y engendraste un descendiente. Tu padre se cagaría en su tumba.

Black se volvió hacia él y lanzó con furia palabras que no entendí.

—Hasta donde yo sé, Laura no habla italiano—, dijo Adriano.  
—Así que hagámosla sentir cómoda y hablemos en inglés.

Massimo hervía de rabia y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente.

—Verás, querida cuñada, en nuestra cultura no existe el matrimonio con alguien de fuera de Sicilia. Mi padre tenía otros planes para su querido hijo.

—¡Suficiente!— Black gritó, mirando a su hermano. —Respetar a mi esposa y a este día.

Adriano levantó las manos en un gesto de entrega y, volviendo a la puerta, me regaló una sonrisa angelical.

—Lo siento,— respondió con ironía, inclinando la cabeza ostentosamente. —Nos vemos, Laura.— Se despidió y se fue.

Cuando desapareció, salí a la terraza y apoyé las manos en la barandilla. Después de un tiempo, un enojado Massimo creció a mi lado.

—Cuando éramos pequeños, Adriano se ponía nervioso porque mi padre me favorecía. Empezó a competir conmigo, buscando sus favores. La diferencia entre nosotros era que yo no quería ser la cabeza de la familia, y él sí. Era una prioridad para él. Pero después de que mi padre murió, yo fui el elegido para ser un Don, y él no puede quitármelo. Mario, mi consigliere, era también la mano derecha de mi padre y fue él quien decidió que yo fuera la cabeza de la familia. Fue entonces cuando Adriano dejó la isla, anunciando que nunca más volvería aquí. No estuvo por muchos años, así que pensé que era inútil hablarte de él.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí? — Me sorprendió.





# Este día

—Eso es lo que quiero saber.

Me imaginé que no tiene sentido que tuviéramos esta conversación sobre él hoy o continuar.

—Vamos. Dame la mano.

Black levantó mi mano y me besó suavemente, dirigiéndose hacia la salida.

Cuando me senté a la mesa, Massimo se inclinó, poniendo sus labios sobre mi oreja.

—Tengo que conocer a algunas personas ahora. Te dejaré con Olga, si pasa algo, avísale a Domenico.

Después de estas palabras se alejó, y unos cuantos hombres, levantándose de las mesas, le siguieron.

Me volví a molestar. Estaba pensando en Adriano, Massimo, el niño, Anna, tirados por ahí. Una persecución sin sentido de pensamientos, fue arrancada por la voz de mi amiga.

—Quería follar, así que llevé a Domenico arriba—, dijo Oli, sentada a mi lado. —Y tomamos dos, tal vez tres líneas de coca, pero creo que los italianos la están mezclando con algo, porque cuando regresé tenía una visión del siglo. Creí ver a Massimo, y en un momento me encontré con él. No habría nada extraño en ello, pero él llevaba un traje, y unos segundos antes un esmoquin azul marino.— Se extendió en el respaldo de la silla y tomó un sorbo de vino. —No creo que quiera seguir tomando drogas.

—No fue una visión.— Ronroneé sombría. —Hay dos de ellos.

Oli se curvó y se inclinó hacia mí como si no pudiera oír. —¿Qué?

—Son gemelos—, le expliqué, clavando mis ojos en Adriano que venía hacia nosotras. —El que viene no es Massimo, sino su hermano.

# Este día

Olga no ocultaba su sorpresa y miraba fijamente al guapo italiano con la boca abierta.

—¿Es por el viaje de las drogas verdad?— Ella dijo.

—Laura, ¿quién es tu encantadora compañera con cara de tonta?— Preguntó, sentándose con nosotras y extendiendo su mano hacia Olga.

—Si todas las mujeres polacas son tan bellas como tú, creo que elegí el país equivocado para emigrar.

—Estás bromeando.— Murmuró Olí, estrechándole una mano.

Terminada la situación, me apoyé en la silla, viendo a Adriano acariciar su mano con clara satisfacción.

—Desafortunadamente, no. Y espero que no estés pensando en lo que yo creo que estás pensando.

—Pero cabalga—, repitió Oli, acariciándolo en la cara. —Son jodidamente idénticos.

Adriano se divirtió con su reacción y aunque no entendió una palabra, sabía exactamente de lo que estábamos hablando.

—Laura, esto es más serio... Él es real...

—Joder, claro que lo es. Te digo que son gemelos.

La confundida Olga se separó de él y se enderezó, observándolo.

—¿Puedo cogérmelo?— Preguntó con una honestidad desarmante, aún sonriendo.

No creí lo que escuché, aunque no me sorprendió que ella quisiera cogérselo. Levanté y agarré el borde del vestido. Ya había tenido suficiente.

—Me volveré loca en un minuto, lo juro. Tengo que reajustarme.— Les dije y me fui.





# Este día

Entré por la puerta y giré a la derecha, luego miré a mi alrededor y vi una pequeña puerta. Habiendo girado hacia ella, la pasé y entré en el jardín con una impresionante vista del mar. Era de noche y el sol iluminaba Sicilia con un brillo apenas visible. Me senté en un banco, anhelando la soledad, y me pregunté cuántas cosas no sabía todavía y cuánto me sorprenderían o herirían cuando se revelaran. Quería llamar a mi madre, y sobre todo soñaba con qué estuviera aquí conmigo. Ella me protegería de toda esta gente y del mundo entero. Las lágrimas me vinieron a los ojos, el pensamiento de cómo mis padres sobrevivirían a la noticia de mi matrimonio me estaba matando.

Estuve sentada, hasta que oscureció por completo y se encendieron pequeñas linternas en el jardín. Recordé la noche en que me secuestraron. Dios, pensé, no fue hace tanto tiempo, y muchas cosas han cambiado en ese tiempo.

—Te vas a resfriar —dijo Domenico, cubriéndome con su chaqueta y sentándose a mi lado. —¿Qué es lo que pasa?

77

Suspiro, girando la cabeza hacia él.

—¿Por qué no me dijiste que tenía un hermano? Y es un gemelo aparte.

Pero Domenico sólo se encogió de hombros y sacó un paquete blanco de su bolsillo. Vertió un poco de esto en su mano, se puso en un agujero primero y luego el otro.

—Ya te lo he dicho antes, hay cosas de las que no puedo hablar y yo... No me dejan interferir.— Se levantó y lamió la parte superior de su mano del resto de la droga. —Massimo me dijo que te buscara y te llevara.

Me disgustaba ver lo que hacía sin ocultar mis sentimientos por lo que veía.

# Este día

—Estás jodiendo a mi amiga—, dije levantándome. —Y tampoco voy a interferir, pero no dejaré que dé un paso en un callejón del que no hay salida.

Domenico estaba de pie con la cabeza baja y estaba cavando en la tierra con su zapato.

—No planeé lo que pasó...— Murmuró. —Pero no puedo evitar pensar que me gusta.

Resoplé y le di una palmadita en la espalda.

—No sólo tú, pero no hablo de sexo, hablo de cocaína. Ten cuidado con eso, porque ella se tiente fácilmente.

Domenico me llevó por los pasillos, hasta la cima, donde no había ninguna fiesta. Se paró frente a una puerta que se abrió a ambos lados y empujó. Las pesadas puertas de madera se abrieron y una gran mesa, casi redonda, apareció ante mis ojos y Massimo estaba sentado en su cima. La diversión en el interior no se detuvo cuando atravesé el umbral, sólo Black levantó la vista y me echó una mirada fría y muerta. Miré alrededor. Unos cuantos hombres fueron capturados por un par de jóvenes semidesnudas y el resto estaban sacando polvo blanco de la mesa. Pasé a todos lentamente, con orgullo y clase, caminando hacia mi marido. Camine, haciéndome aún más alta de lo que realmente era. Pasé alrededor de todos y me paré a espaldas de Massimo, poniendo mis manos sobre sus hombros. Mi hombre se levantó y me agarró el dedo con el anillo.

—Signora Torricelli— uno de los invitados se acercó a mí. —¿Te unirás a nosotros?

Señaló una mesa dividida casi como los carriles de la carretera. Por un momento me preguntaba sobre la respuesta, eligiendo la única correcta.

—Don Massimo me prohíbe este tipo de entretenimiento, y yo respeto a mi marido.



# Este día

Black me cogió la mano y me la apretó. Sabía que la respuesta que di era la correcta.

—Pero espero que se diviertan, caballeros.— Dije y sonreí encantadoramente.

El guardia de seguridad me puso una silla y me senté al lado de mi esposo, observando impasiblemente los alrededores. Sin embargo, eran apariencias, porque por dentro temblaba al ver todo lo que sucedía en la habitación. Los viejos estaban deslumbrado por el cuerpo de las mujeres, consumía drogas y hablaba de cosas de las que yo no tenía ni idea. ¿Por qué demonios me quería aquí? Ese pensamiento me atormentaba obstinadamente. ¿Tal vez quería mostrarles mi lealtad hacia él, o me estaba introduciendo en este mundo? No tenía nada que ver con lo que vi en el Padrino; había reglas, algún código o simplemente clase. Y no había ninguna de estas cosas.

Después de unos minutos el camarero me trajo vino, Massimo le llamó con un gesto y le pidió algo para que yo no lo oyera, luego asintió con la cabeza, dejándome beber. En ese momento me sentí realmente como un brazalete, innecesaria y sólo para decorar.

—Me gustaría irme— le susurré al oído a Massimo. —Estoy cansada, y esta vista me da ganas de vomitar.

Le di un beso en la cabeza y le puse otra sonrisa forzada en la cara. Black tragó su saliva y le hizo una señal al hombre que estaba sentado detrás de él. Sacó el teléfono y después de un rato Domenico volvió a la habitación. Cuando me levanté para despedirme, escuché una voz familiar:

—Deseos tardíos pero sinceros. Feliz cumpleaños, querida.

Me di la vuelta y vi a Mónica y a Karlo caminando hacia mí, saludando a los demás. Los besé a ambos, esperando sinceramente su llegada.

—Don no me dijo que vendrías.

# Este día

Monica me miró y me abrazó de nuevo.

—Te ves floreciente, Laura. El embarazo te asienta. —Ella dijo en su lengua materna.

No tenía ni idea de cómo lo sabía, pero me alegró que Massimo no lo ocultara a todo el mundo. Me agarró la mano y me empujó hacia la salida.

—Este no es un lugar para ti—, dijo, guiándome fuera de la habitación.

Cuando estábamos en el pasillo, Domenico se acercó a nosotras y me dio la llave de la habitación.

—Tu apartamento está al final.— Apuntó con el dedo a la puerta en la distancia. —La bolsa de cosas está en la sala de estar junto a la mesa en la que te he puesto el vino, y si quieres comer algo en concreto, dilo y te lo pediré.

Le di una palmadita en la espalda y le besé en la mejilla con gratitud y luego, agarrando la mano de Mónica, me dirigí hacia la habitación.

—¡Dile, por favor, a Olga, dónde estoy!— Le grité cuando desapareció.

Cuando entramos en la habitación, me quité los zapatos y los pateé contra la pared. Mónica tomó una botella de vino, la abrió y la derramó en los vasos.

—No es alcohol,— dije, sacudiendo los hombros.

Me miró sorprendida y tomó un sorbo.

—No está mal, pero creo que prefiero los porcentajes—. Los llamaré para que traigan algo para mí.

Veinte minutos más tarde, se nos unió Oli, que estaba un poco nerviosa, y empezamos a hablar de la inutilidad del mundo en tres. La esposa de Karlos nos dijo lo que es vivir en este mundo durante tantos



# Este día

años, lo que está permitido y lo que no se puede hacer en absoluto. Cuáles son los hábitos durante eventos como éste y cuánto debe cambiar mi pensamiento sobre la importancia de la mujer en la familia. Obviamente, Olga estaba discutiendo con todo esto más de lo que debería, pero finalmente dejó aceptar la situación. Pasaron más de dos horas y todavía estábamos sentadas en la alfombra hablando.

En un momento dado se abrió la puerta de la habitación y Massimo se puso de pie en ella. Estaba sin chaqueta y tenía la camisa estirada alrededor del cuello. Iluminado sólo por la pálida luz de las velas que pusimos en la habitación, tenía un aspecto mágico.

—¿Me disculpan un momento?— Preguntó.

Ambas, ligeramente confundidas, se levantaron y, agachadas a sus espaldas, salieron de la habitación.

Black cerró detrás de ellas cuando se fueron, y lentamente se acercó a mí, y luego se sentó enfrente. Extendió su mano y tocó mis labios con sus dedos, y luego los movió sobre mi mejilla y los deslizó hacia abajo hasta que tocaron el encaje de mi vestido. Observé su cara mientras su mano vagaba por mi cuerpo.

—Adriano, ¿qué demonios estás haciendo?— Vomité con rabia, alejándome de él hasta que mi espalda tocó la pared.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Tu hermano tiene una cara diferente cuando me toca.

—Oh, sí, olvidé que es inocente. Pero de todas formas me iba bien al principio.

Escuché el sonido de la puerta que se cerraba y cuando miré hacia la entrada, supe que mi marido había entrado en la habitación. Encendió la luz y cuando vio toda la situación, se convirtió en piedra. Después de un tiempo, sus ojos se iluminaron con ira. Miró alternativamente, a Adriano

# Este día

y a mí, apretando los puños. Me levanté y me puse de pie, cruzando mis manos.

—Caballeros, tengo una petición para ustedes...— me estrangulé tan tranquilamente como pude. —Dejen de jugar conmigo bajo el título, "*reconoce al gemelo*", porque sólo puedo ver la diferencia entre ustedes dos cuando están parados uno al lado del otro. No puedo evitarlo, no soy tan inteligente como debería ser.

Estaba enfadada, me acerqué a la puerta y estaba a punto de agarrar la manija cuando las manos de Massimo me agarraron en la cintura y me sujetaron en su lugar.

—Quédate—, dijo, dejándome ir después de un rato. —Adriano, quiero hablar contigo por la mañana, y ahora deja que me ocupe de mi mujer.

Un apuesto clon se dirigió hacia la salida, pero antes de salir de la habitación, me besó en la frente. Miré con rabia a Massimo, preguntándome cómo distinguirlos.

Black se acercó a la mesa y vertió el líquido de la jarra de la mesa en el vaso, tomó un sorbo y se quitó la chaqueta.

—Creo que con el tiempo empezarás a ver la diferencia, no sólo si estamos juntos.

—Joder, Massimo, ¿y si me equivoco? Tu hermano está obviamente contando y comprobando cuánto te conozco.

Tomó otro sorbo y me miró fijamente.

—Es muy su estilo— se frotó las sienes de la cabeza —pero no creo que se haya desviado más de lo que puede. Te reconfortaré diciendo que no eres la única que tiene un problema con eso. La única persona que podía distinguarnos fácilmente era mi madre. Sí, cuando estamos juntos es más fácil, pero con el tiempo te darás cuenta de que somos diferentes.





# Este día

—Me temo que sólo estaría cien por ciento segura de eso que estés desnudo. Conozco cada cicatriz de tu cuerpo.

Al decir eso, me acerqué a él. Lo alisé sobre el pecho y deslicé mis manos hasta la cremallera, esperando una reacción, pero me di cuenta. Molesta, lo agarré con más fuerza por la entrepierna, pero sólo se mordió los labios y aún así se quedó con la cara de piedra, clavándome su seño. Por un lado, su reacción fue extremadamente molesta, pero por otro lado, sabía que era una farsa y me estaba provocando para que aceptara el desafío.

Bien, entonces pensé. Le saqué el vaso de la mano y lo puse sobre la mesa. Apoyando mi mano en su torso, lo empujé suavemente hacia atrás hasta que se apoyó contra la pared. Me arrodillé delante de él y, sin apartar la vista de sus ojos, empecé a desabrochar la cremallera.

—¿Me he portado bien hoy, don Massimo?

—Sí—, respondió, y la expresión de su cara empezó a cambiar de un deseo helado a uno caliente.

—¿Así que me merezco mi recompensa?

Con un poco de diversión, asintió con la cabeza, suavizando mis mejillas.

Le levanté el puño de la camisa y miré su reloj. Eran las dos y media.

—Así que es hora de comenzar, a las tres y media estarás libre— susurré, quitándome los pantalones con un movimiento.

La sonrisa desapareció de su rostro y fue reemplazada por la curiosidad y una especie de horror que trató de ocultar.

—Mañana tenemos que levantarnos temprano, nos vamos. ¿Estás segura de que quieres hacer cumplir el contrato?

Me reí siniestramente y le quité los calzoncillos y su hermosa polla colgó justo delante de mi boca. Me lamí y le restregué la nariz.



# Este día

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida. Sólo quiero hacer algunas reglas antes de que empecemos...— Me separé, besando su creciente hombría. —¿Puedo hacer lo que quiera durante una hora? Si no amenaza mi vida o la tuya, ¿verdad?

Se quedó allí, ligeramente aturdido por lo que yo estaba haciendo y me observó desde detrás de sus ojos medio cerrados.

—¿Quieres que me asuste, Laura?

—Puedes, si quieres. Entonces, ¿sí o no?

—Haz lo que quieras, pero recuerda que esta hora terminará en sesenta minutos, y las consecuencias permanecerán.

Sonreí cuando escuché esas palabras y empecé a chuparle la polla dura, brutalmente, así que después de unos minutos cuando me sentí demasiado bien, dejé de chuparle la polla.

Me levanté de mis rodillas y me paré frente a él. Le agarré la cara con ambas manos y le empujé la lengua por la garganta, mordiéndole los labios de vez en cuando. Las manos de Black subieron a mis nalgas, pero de un solo golpe las dejé caer para que volvieran a colgar.

—No me toques...— estaba gruñendo, volviendo al beso. —A menos que te lo diga.

Sabía que el mayor castigo para él sería ser impotente y adaptarse a una situación en la que no tiene ninguna influencia. Lentamente le desaté la pajarita y le desabroché la camisa, y luego se la quité de los hombros para que cayera al suelo. Estaba desnudo delante de mí con las manos bajas y los ojos ardiendo de lujuria. Le cogí la mano y le conduje hacia el sillón antiguo.

—Muévelo y pónlo frente a la mesa —dije, señalando con el dedo el lugar donde se suponía que estaba. —Y luego siéntate.



# Este día

Cuando estaba instalándose, me acerqué a la bolsa que Oli me había preparado y saqué la bolsita rosa de ella. Volví con Massimo y puse a mi amigo de goma en la mesa.

—Deshazme el vestido— lo ordené, poniéndome de espaldas a él.  
—¿Cuánto me quieres, Donnie?— Le pregunté cuándo me quitaba la tela, revelando su lencería de encaje.

—Mucho,— susurró.

Cuando mi creación ya estaba en el suelo, me di la vuelta y sin prisa me quité primero una de mis medias y luego la otra. Me arrodillé delante de él y empecé a chupar su miembro de nuevo. Sentí como se hinchaba más y más con cada movimiento, y su sabor se hizo intenso y claro. Me lo saqué de la boca y busqué un paño fino que me quité de la pierna. Lo envolví alrededor de una muñeca y luego lo envolví alrededor de la otra, haciendo un fuerte nudo al final. Luego me levanté y me senté en la mesa mirándolo. Parecía tranquilo, pero sabía que estaba hirviendo por dentro.

—Mira la hora— ordené, señalando el reloj y lanzando al adolescente una almohada del sofá que estaba a su lado.

Me quité las bragas y abrí bien las piernas delante de él. Tomé a Pink en mi mano y presioné el botón, y mi amigo de goma comenzó a vibrar y a girar. Apoyé los pies en la parte superior y me recosté de espaldas en una superficie de madera, apoyando la cabeza en una almohada. Esto me permitió ver su cara perfectamente. Massimo estaba ardiendo y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente.

—Cuando me desates, me vengaré...— estaba silbando.

Ignoré completamente su amenaza y me metí mi tridente sin dejar fuera ninguno de los agujeros. Conocía mi cuerpo y sabía que no tardaría en sentar cabeza. Me lo metí fuerte y brutalmente, gimiendo y retorciéndose bajo su toque. Black no me quitaba los ojos de encima,

# Este día

casi sin hacer ruido, lanzando de vez en cuando algunas palabras en italiano.

El primer orgasmo vino después de una docena de segundos, seguido de otro y otro. Grité fuertemente, alejando mis pies de la parte superior, hasta que sentí que la tensión salía de mi cuerpo. Me quedé quieta un rato, luego lo saqué de mi cuerpo y me senté colgando las piernas.

Mirando a los ojos de Massimo, lamí vulgarmente el resto de mis jugos que quedaban en el vibrador y los puse sobre la mesa.

—Desátame.

Bajé y me incliné un poco, y busqué la hora.

—Treinta y dos minutos, cariño.

—¡Ahora mismo, Laura!

Lo miré con una sonrisa burlona y resopló, ignorando su ira.

Massimo sacudió su mano hasta que una de las barandillas de la silla a la que estaba atado crujió fuertemente, sugiriendo que se rompería en un momento.

Estaba asustada por su reacción violenta, así que hice lo que dijo. Cuando tuvo las dos manos libres, me levantó enérgicamente y me agarró por el cuello, poniéndome de nuevo en el mostrador.

—No vuelvas a burlarte de mí—, dijo, y entró en mi centro húmedo con firmeza. Me movió hasta el borde y me abrió las piernas a los lados, luego me agarró de las caderas y empezó a follar. Vi lo enojado que estaba, y me excitó. Levanté mi mano y le golpeé en la cara, y luego otro orgasmo inundó mi cuerpo. Me incliné en un arco, apuñalando mis manos en la madera.

—¡Más fuerte!— Grité, subiendo.

Después de unos segundos, sentí que su cuerpo sudaba a chorros, y él venía conmigo, gritando fuertemente. Cayó entre mis pechos; sus labios





# Este día

estaban pegando suavemente mis pezones, y su duro pene seguía pulsando en mi interior.

Traté de tomar aire con calma para calmar mi respiración.

—Si crees que se ha acabado, te equivocas— susurró y me mordió el pezón con fuerza.

Gemí de dolor y le aparté la cabeza. Me agarró las muñecas y las apretó contra la mesa. Se colgó sobre mí, atravesando mis ojos llenos de locura. No tenía miedo, me gustaba provocarlo porque sabía que no me haría daño.

—Ya he terminado, así que no cuentes con que vuelva a venirme.— Sonreí irónicamente. Estaba sonriendo. Pero cuando dije esa frase y vi la reacción de sus ojos, supe que me había equivocado.

Con un movimiento me sacó de la mesa, me retorció y apoyó mi vientre contra la madera empapada de sudor. Me agarró las dos muñecas y me sostuvo con una mano en la espalda para que no me pudiera mover.

Un líquido blanco y pegajoso fluía lentamente por mis muslos y lo frotó perezosamente en mi clítoris. Estaba hinchado y muy sensible; cada toque era tan intenso que después de un rato me apetecía más. Relajé mi cuerpo y dejé de tirar de mí misma, pero no liberó el agarre. Se agachó y recogió las medias que había atado antes. Me las envolvió en las manos, y cuando terminó, se arrodilló detrás de mí y, doblando mis nalgas, empezó a lamer el otro agujero.

—No quiero— susurré con la cara sobre la mesa, tratando de liberarme, aunque por supuesto sólo era un juego que le animaba a tomarme analmente.

—Confía en mí—, lanzó, sin interrumpir.

Cuando se levantó, tomó a Pink en su mano y presionó el botón, y escuché un sonido familiar de vibración. Me lo puso en mi coño mojado, jugando con él de vez en cuando, y al mismo tiempo me acarició el

# Este día

trasero con su dedo, preparándolo para su gorda polla. De vez en cuando, me sentía más y más como si finalmente me lo metiera dentro de mí.

Cuando su pulgar finalmente entró en mi entrada trasera, gemí y abrí las piernas más ampliamente, dándole permiso silencioso para hacer lo que quería hacer. Massimo conocía perfectamente mi cuerpo y sus reacciones, sabía cuánto podía pagarme y cuándo quería y cuando no quería hacerlo. Sacó el dedo y con un movimiento suave pero firme me puso el dedo encima.

Maldije en voz alta, sorprendida por la intensidad de la experiencia que me estaba dando. Nunca antes había hecho algo así. No fue doloroso, pero increíblemente y profundamente excitante, mental y físicamente. Después de unos momentos de sensibles movimientos de cadera, las caderas de Massimo se aceleraron y me arrepentí de no haber visto su cara.

—Me encanta tu pequeño culo apretado...— estaba exhalando. —Y me encanta cuando te comportas como una puta conmigo.

88

Yo era un poco retorcida cuando él era vulgar. Sólo lo hacía en la cama, sólo cuando dejaba sus emociones fuera de la correa. Cuando sentí que me acercaba, todo mi cuerpo comenzó a agarrarse, y el crujir de los dientes confirmó el estado al que me dirigía. Black me sacó el vibrador en un movimiento rápido y su mano comenzó a tambalear en círculos de mi clítoris. Estaba frotando tan fuerte que después de un tiempo me debilité y tenía miedo de perder el conocimiento.

—¿Adónde vamos?— Pregunté medio viva, acurrucada bajo su hombro como una enorme cama llena de almohadas.

Black jugaba con mi pelo, besándome en la cabeza de vez en cuando.

—¿Cómo es que un día tu cabello es corto y al otro es largo? No entiendo por qué las mujeres se hacen eso a sí mismas.

Le cogí la mano y levanté los ojos para poder verle.



# Este día

—No cambies de tema, Massimo.

Se rió y me besó la nariz y se retorció de tal manera que ahora me cubrió con todo su cuerpo.

—Puedo joder contigo todo el tiempo, me estás retorciendo terriblemente, Pequeña.

Molesto por mi falta de respuestas, traté de despistarlo, pero era demasiado pesado. Dejo de masturbarme y empezó a suspirar en voz alta, golpeándome el labio inferior.

—Por ahora me siento absolutamente satisfecha—, dije. —Después de lo que me has hecho en la mesa y luego en el baño y en la terraza, creo que ya he tenido bastante hasta el final de mi embarazo.

Riendo, me liberó, poniéndome de nuevo de espalda. Me encantaba cuando estaba alegre, rara vez lo veía comportarse así, y frente a terceros nunca se lo permitía. Por otro lado, me encantó su despreocupación, me impresionó su paz interior y cómo podía controlarse. Había dos almas que vivían en él, una que yo conocía - un cálido ángel, dulce y protector. Y el otro, al que la gente temía - un frío y despiadado mafioso, para el que la muerte humana no era nada espantosa. Acurrucada en él, recordé lo que había sucedido durante esos tres meses. Ahora, en retrospectiva, toda esta historia me pareció una aventura increíblemente excitante, cuyos hilos posteriores iré descubriendo, quién sabe si durante los próximos cincuenta años. Ya he olvidado cómo me sentí al ser encarcelada por él, y el miedo que me llenaba este hombre tan atractivo. *El típico síndrome de Estocolmo*, pensé.

Casi inconsciente y medio dormida, sentí que alguien levantaba mi cuerpo y lo cubría con una manta. Tenía tanto sueño que no podía abrir los ojos. Gemí en silencio y unos labios cálidos me besaron la frente.

—Duerme, cariño, soy yo.— Escuché un acento familiar y me dormí.

Cuando abrí los ojos, Black seguía a mi lado, y sus piernas y manos estaban atadas a mí, bloqueando mis movimientos. Un extraño sonido

# Este día

bajo vibraba a nuestro alrededor, como un motor o una secadora. Me desperté lentamente y cuando me volví completamente consciente, me levanté de mi cama con horror. Mi reacción despertó a Massimo, que saltó de la cama tan violentamente como yo.

—Vamos...— Grité, sintiendo mi corazón galopar.

Black se acercó a mí y me abrazó. Me acaricio la espalda y el pelo y se apretó contra sí mismo.

—Nena, estoy aquí, pero si quieres, te daré una medicina y podrás dormir.

Consideré sus palabras en mi cabeza y después de un tiempo pensé que sería lo más lógico.





Las siguientes dos semanas fueron el tiempo más maravilloso que he vivido. El Caribe me pareció el lugar más hermoso del mundo, nadamos con los delfines, comimos comida maravillosa, visitamos todo el archipiélago en un catamarán, y sobre todo éramos inseparables. Al principio, tenía miedo de estar con él todo el tiempo, porque no había sucedido antes, de que nos prestáramos atención sólo a nosotros mismos durante tanto tiempo. Normalmente en las relaciones me escapaba de estar con mi pareja las veinticuatro horas del día, porque en un momento dado me irritaba su presencia y me sentía atrapada, pero esta vez era diferente. Tenía hambre cada segundo de Massimo, y cada minuto me hacía querer más.

Cuando nuestra luna de miel terminó, me entristecí, pero cuando me enteré de que Olga seguía en Sicilia desde el día de nuestra boda, me alegré y me tranquilicé. Esta información también me sorprendió bastante, porque empecé a preguntarme qué había estado haciendo allí tanto tiempo sin mí.

Paulo nos recogió en el aeropuerto y nos llevó a la residencia. Al entrar, me sorprendió descubrir que extrañaba el lugar más de lo que esperaba. Salimos del coche y Massimo pidió algo al guardaespaldas y me llevó al jardín. Cruzamos el umbral y nos congelamos. Domenico estaba sentado en uno de los asientos, y Olga le besaba tiernamente en su regazo. Ni siquiera se dieron cuenta de nuestra presencia, estaban tan concentrados el uno en el otro - él la acariciaba por la espalda y le apuñalaba la nariz contra la nariz, y ella fingía estar avergonzada. No entendía realmente lo que estaba viendo, así que decidí llamar su atención para averiguar lo que estaba pasando lo antes posible. Agarré la mano de Black con más firmeza y nos acercamos a ellos. El golpeteo de

# Este día

mis talones los puso sobrios y después de unos pasos notaron nuestra presencia.

—¡Lari!— Olga gritó, tirando la silla.

Me tomó en sus brazos y me abrazó fuertemente. Cuando me separé de ella, tomé su cara en mis manos y comencé a mirarla con curiosidad.

—¿Qué está pasando, Olga?— Pregunté en un susurro en mi lengua materna. —¿Qué es lo que haces?

Se encogió de hombros y soltó los labios, aún en silencio. Massimo se acercó a ella, la besó en la mejilla para saludarla y se dirigió hacia su hermano. No dejé de mirarla, buscando respuestas a mis preguntas.

—Me enamoré como una idiota, Lari—, dijo mi amiga, sentada en la hierba. —No puedo evitar que Domenico me excite así como lo hace.

Puse mi bolsa en el suelo de piedra y me caí a su lado. El verano terminó en Sicilia y aunque todavía hacía calor, pudimos olvidarnos del calor. La hierba todavía estaba húmeda y el suelo estaba caliente, pero ya no lo estaba. Acaricié la alfombra verde, preguntándome qué decirle, cuando la sombra de Black cubrió el cielo sobre mí.

—No te sientes en el césped—, dijo, presionando la almohada debajo de mí y lanzando otra Olga. —Tengo que trabajar unas horas y me llevo a Domenico.

Lo miré desde detrás de unas gafas oscuras y no podía creer lo rápido que podía cambiar. Ahora mi maravilloso y altivo marido estaba de pie delante de mí, un mafioso, frío y poderoso. Y si tuviera la oportunidad de estar a solas con él, se volvería cálido y tierno. Estuvo un rato parado sobre mí, como si me hubiera dado la oportunidad de mirarme, luego me besó en la frente y desapareció, llevando consigo a un joven italiano, que simplemente le agitó la mano y lo siguió.

—¿Por qué estamos realmente sentadas en la hierba?— Estaba retorciendo mi testimonio.





# Este día

—No lo se. Ven a la mesa, come algo y te diré lo que pasó. Morirás.

Estaba terminando mi tercer croissant mientras mi amiga me miraba con aprecio.

—Veo que haz terminado tus días de vomito—. Se dio cuenta.

—Vale, no jodas, sólo empieza.— Mantuve mis ojos en ella, bebí una taza de leche caliente.

Olga apoyó su cabeza en sus manos y me miró entre sus dedos.

Esa vista no presagiaba nada bueno.

—Cuando salimos de tu habitación, me encontré con Massimo. Creo que se enojó cuando le dije que acababa de invitarnos a salir de tu departamento. Adivinó que era sólo otra obra de su hermano. Su cráneo no explotó, así que corrió hacia ti. No quise involucrarme más y fui a buscar a Domenico, pero antes de encontrarlo, estaba atrapado en uno de los apartamentos donde tenían la mejor cocaína del mundo. — En ese momento, se golpeó la frente contra la mesa y se quedó quieta. —Lari, lo siento.— Levantó la vista del culpable arrepentido y sin decir nada, me miró a los ojos tan patéticamente que mi corazón casi se detuvo.

Yo me congelaba esperando que ella continuara, pero ella seguía mirando. Me apoyé en el asiento y tomé otro sorbo de leche.

—Recuerda, Olí, hay pocas cosas que puedan sorprenderme de tu comportamiento, por así decirlo. Adelante.

Mi amiga volvió a apoyar su frente contra la mesa y suspiró con fuerza.

—Me vas a matar por lo que hice, pero te vas a enterar de todos modos, así que no me voy a acobardar. He estado sentada y drogándome con dos tipos de la mafia que me encontré en el pasillo. Probablemente eran de Holanda. Entonces Adriano entró en la habitación. Sabía que era él porque tenían diferentes trajes con Massimo y sólo así podía reconocerlos. Le dijo algo a los hombres que estaban conmigo y ellos

# Este día

salieron, cerrando la puerta tras ellos. Luego se levantó, se acercó a mí y me agarró los hombros, sentándose en la mesa. Laura, ¡era fuerte como un caballo!— Gritó Olga, golpeando otra vez su frente contra la madera. —Cuando me plantó en esa mesa, me calentó, supe que si quería algo de mí, no podía resistirme a él.

— Oli, ¿estás segura de que quieres seguir contándome sobre esto?— Pregunté, frotándome los ojos.

Estaba inmóvil, se preguntó por un momento qué había escuchado y luego comenzó a golpear rítmicamente su cabeza sobre la mesa.

—Me jodió, Lari, pero yo estaba drogada y borracha. No me mires,— se quejó cuando la miré con desaprobación. —Te casaste con su clon después de tres meses de amistad y lo hiciste sobria.

Me torcí la cabeza y guardé la copa.

—¿Y qué tiene que ver esto con el repentino brote de amor con Domenico?

—Al día siguiente, cuando te fuiste, me desperté, y sobre todo, estaba sobria. Quería dejar esa habitación, pero no podía salir de ella. Ese hijo de puta de Adriano primero me llenó de mierda, y luego me jodió como un trapo. Porque los hombres con los que jugaba entonces, como resultó ser, eran su gente, las drogas también eran suyas, y el hecho de que yo estuviera allí no fue un accidente. Y cuando estaba furiosa, Adriano entró en la habitación y quiso repetir la noche. Estaba tan enojada que le tiré una bomba en la cara que casi pierde los dientes. Y fue mi error, porque no es como tu Massimo y me lo devolvió. .

En ese momento, me levanté de la silla porque sentí que si no me movía, explotaría.

—Olga, ¿qué carajo pasó?— Estaba gruñendo, agarrándola por los hombros y sacudiéndola.

Luego se abrió el suéter y vi enormes moretones en sus hombros.





# Este día

Empecé a desnudarla nerviosamente y a observarla.

—¡Maldita sea! ¿Qué es esto, Oli?

—Basta ya.— Se subió el suéter otra vez. —Ya no me duele.

Normalmente no te lo diría, pero lo descubrirás de todas formas, así que no tiene sentido ocultarlo. El gilipollas me dio un poco de patadas, pero no me hacía daño con ninguna, y me golpeó en el cráneo dos veces, una con una lámpara y otra con una botella. Y ahora la respuesta a tu pregunta: Domenico, que trató de encontrarme toda la noche, terminó mi pesadilla al caer en el apartamento. Hubo una pelea entre ellos, que el clon perdió. ¿Sorprendente verdad?— Sonrió con satisfacción.

—Domenico ha estado entrenando artes marciales desde que tenía nueve años, Adriano debería estar feliz de estar vivo. Cuando terminó de golpearlo, me agarró con las manos como un caballero, me sacó y me llevó al médico. Él me cuidó. Y de repente resultó que no es sólo un idiota en dos piernas.— Ella se encogió de hombros y movió sus ojos a los dedos con los que estaba jugando.

No podía creer la historia o lo que el hermano de mi marido era capaz de hacer. Un pensamiento me vino inmediatamente a la cabeza: *¿sabía Massimo lo que estaba pasando en Sicilia y, si es así, por qué no me lo dijo?* Me levanté de la mesa y me dirigí hacia la casa, digiriendo la amargura del odio hacia Adriano. Quería matarlo y me preguntaba si Black me dejaría. Podía sentir mis sienes palpitando, y aunque sabía que no podía volverme loca por el bebé, no podía evitar mi ira.

—Espérame aquí.— Dije, pasando a Olga.

Entré en el vestíbulo y me moví por el pasillo, sabiendo que Black estaba en la biblioteca. Siempre que trabajaba o conocía a alguien importante, lo hacía allí mismo. Era la habitación mejor asegurada e insonorizada de la casa. Entré, con un golpe que abrió la puerta. Estaba a punto de tomar un respiro para empezar a gritar cuando me quedé allí. Massimo y Adriano estaban de pie junto a la gran chimenea. Cegado por la ira, no tenía ni idea de cuál era cuál, pero sabía que uno de ellos estaba

# Este día

a punto de tener un problema. Fui hacia ellos, pasando por pesados estantes con libros.

— ¡Massimo!— Grité, observando a ambos de cerca.

—¿Sí, bebé?— preguntó el hombre que estaba más cerca de la pared.

Estas palabras me bastaban, ya sabía cuál era el objeto de mi odio. Pensando poco, me acerqué a Adriano y le di un puñetazo en la cara con mi puño, y luego me balanceé para hacerlo de nuevo.

—Me lo merecía, vale—, dijo, limpiándose los labios.

Me sorprendió tanto su reacción que bajé las manos en un gesto de rendición. No entendí toda la situación o lo que estaba sucediendo en ese momento.

—¡Sólo eres una maldita basura!— Grité.

Sentí que las manos de Massimo me abrazaban, y abracé su poderoso cuerpo. Quería seguir gritando, pero me dio la vuelta y me hizo que dejara de gritar con un beso. Cuando sentí su calor, me di por vencida y sólo el sonido de la puerta que se cerraba me arrancó el ritmo tranquilizador de su lengua.

—No te enfades, Pequeña, yo tengo el control.

Estas palabras me volvieron a molestar.

—Y cuando ese cerdo estaba matando a mi amiga, ¿tú también tenías el control? ¿Qué está haciendo en esta casa?— Me enojé hasta la histeria. —Ella está aquí. Yo estoy aquí. Tu bebé está aquí. En mí. ¿Adónde carajo se fue ahora?

—Escucha, Laura, mi hermano tiene problemas para controlarse,— dijo Massimo en voz baja, sentado en el sofá. —Y después de las drogas, es incalculable, así que en nuestra boda lo mandé a vigilar. Pero mi gente no interfiere en la vida sexual de la familia, así que en algún momento se retiraron. Nadie podía saber que terminaría así.





# Este día

—Bueno, de alguna manera, Domenico podría...— Me di vuelta parada frente a él con las manos entrelazadas sobre mi pecho.

—Adriano es inofensivo mientras esté limpio. Hablé con Olga de toda la situación, le pedí que me perdonara y aunque sé que no cambiará nada, seguiré pidiéndolo. Sé que cuando me mira, lo ve a él. Adriano no vive en la finca, lo llamé solo hoy, vivía en un apartamento en Palermo. No quiero que te sientas amenazada, querida. Se va de la isla hoy. Tiene un avión reservado para el día 17.

Se levantó y me abrazó fuertemente en sus brazos, besándome en la frente. Levanté los ojos y le envié una mirada llena de sufrimiento y tristeza.

—¿Cómo pudiste no decirme lo que le estaba pasando a mi amiga?

Black suspiró profundamente y presionó mi cabeza contra mi pecho.

—No habría cambiado nada, y sólo habría arruinado nuestras vacaciones—, respondió. —Sabía que te pondrías nerviosa, y estando tan lejos de ella, temía tu pánico. Decidí que sería mejor así. Además, ella era de la misma opinión que yo.

Admití en silencio que tenía razón, dándome cuenta de que la impotencia que me abrumaría sería una carga demasiado grande.



—Oli— dije, sentada a su lado en el sofá blanco. —¿Cómo te sientes?

Mi amiga giró la cabeza hacia mí y me miró preguntando.

—Vale, ¿y por qué me sentiría mal?

—Joder, no sé cómo se siente alguien después de una violación.— Oli se rió y se giró hacia su vientre.

# Este día

—¿Después de qué? ¿Después de qué violación, Lari? Quiero decir, no me violó, sólo... por así decirlo... me drogó. No era una píldora para la violación, era MDMA, así que lo recuerdo todo. Pero admito que me sentí como él. Bueno, tal vez más grande, mucho más grande de lo que realmente es, pero no llamaría a una buena y decente maldita cosa violación.

Ya estaba tan confundida que no podía seguir el ritmo de toda la situación y supongo que era visible.

—Laura, mira. Massimo parece casi idéntico, ¿te imaginas no querer ir a la cama con él? Asumimos el aspecto puramente físico. Es una mercancía caliente, admítelo. Tiene un cuerpo divino y una polla maravillosa. Es lo mismo con su hermano, y estoy segura de que si no fuera un maldito hijo de puta y no estuvieras con su hermano gemelo, me lo llevaría. ¿Sabes lo que quiero decir?

Estaba sentada mirando los árboles delante de mí; eran tan bonitos y parejos, perfectos. Todo a mi alrededor parecía tan perfecto y armonioso. La casa, los coches, el jardín, mi vida con el chico guapo. Y todavía tenía un problema... no sabía lo que quería decir.

—¿Y Domenico?

Gimió y se acostó de espaldas, poniendo sus piernas como una niña pequeña.

—Es mi príncipe en un caballo blanco, y cuando se le pasa, me coge como a un verdadero bárbaro. En serio, estoy enamorada.— Se encogió de hombros. —No pensé que diría eso, pero la forma en que me cuidó, lo galante que fue conmigo, ah... Y estoy impresionada con su conocimiento. ¿Sabes que terminó la historia del arte? ¿Alguna vez has visto sus pinturas? Él pinta, así que me pregunto si no se inspirara. Algo maravilloso. Y ahora imagínate: durante las últimas dos semanas me he estado durmiendo y despertando a su lado, por las tardes hemos estado nadando en un bote o caminando por la playa, luego regresábamos y lo



# Este día

veo pintar. ¡Laura!— Se arrodilló y me abrazó. —Tuviste la aventura de tu vida, financiándola accidentalmente para mí también. Sé que lo que digo es irracional y no se mantiene unido, pero creo que lo amo.

La miré, no podía creer lo que estaba escuchando. Conocía a Olga muy bien y sabía que a veces no piensa. Pero lo que dijo fue tan diferente a lo que ella diría, que parecía que iba a ser una tontería, especialmente después de dos semanas.

—Cariño, me alegro tanto—, dije, —de que él sea todo. Pero por favor no te emociones tanto con todo esto. Nunca has amado y créeme, no hay nada peor que la decepción. Y es mejor no emocionarse y sorprenderse positivamente que sufrir después, porque no será de la manera que tu quieres que sea.

Ella se separó de mí, y había una mueca de descontento en su cara.

—Y de todos modos, a la mierda,— dije encogiéndome de hombros —Sera lo que tenga que ser, y ahora vamos, deja de presionar. Esto tiene que ser genial.

Al pasar por los pasillos, vi a Domenico escabullirse entre las habitaciones. A mi vista se congeló y se retiró para volver a estar en el pasillo. Olga lo besó en la mejilla y siguió adelante, pero yo me detuve y miré sus ojos castaños por un rato.

—Gracias, Domenico— le susurré, abrazándolo.

Me abrazó fuerte y me dio una palmadita en la espalda.

—No es nada, Laura. Massimo quiere verte. Vamos.

Antes de que Domenico me arrastrara, le grité a Oli que iría a verla enseguida.

Black estaba sentado en un gran escritorio de madera, inclinado sobre el ordenador. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, levantó sus ojos fríos y se apoyó en el reposacabezas de la silla.



# Este día

—Estoy teniendo un pequeño problema, cariño— empezó impasible.  
—Resultó que me fui demasiado tiempo y las cosas se pusieron tensas. Tengo una reunión difícil por delante, en la que no quiero que participes. También sé que extrañabas a Olga y pensé que deberían ir a algún lugar juntas y pasar dos o tres días juntas. A unas pocas docenas de kilómetros de aquí hay un hotel del cual soy copropietario, les he reservado un apartamento allí. Disponen de un spa, una moderna clínica, excelente cocina y sobre todo, tranquilidad. Irás hoy, y me reuniré contigo tan pronto como sea posible. Entonces iremos a París. Creo que deberíamos vernos en tres días.

Me quedé mirándolo y pensé *dónde se ha ido mi amado esposo, a quien he tenido durante las últimas dos semanas.*

—¿Tengo algo que decir?— Pregunté, apoyando mis manos en la parte superior de mi escritorio.

Massimo giraba un bolígrafo en sus manos, mirándome con la cara entumecida.

100

—Por supuesto. Puedes elegir los guardaespaldas que irán contigo.

—Me importa un carajo esa elección.— Gruñí y me fui.

Antes de que pudiera irme, sentí un cálido aliento en mi cuello y fuertes manos en mis caderas. Black me giró hacia él y me apoyó con tanta fuerza contra el ala de madera que el mango se me clavó en la columna vertebral. Su mano se abrió paso lentamente a través de la parte más sensible de mis pantalones, y sus labios se precipitaron a los míos.

—Antes de que te vayas, Laura —susurró-, —te cogeré en este escritorio, lo haré rápido y brutalmente, como tú quieras.— En ese momento, me levantó y me plantó en el escritorio. Después de nuestra noche de bodas, de alguna manera otra vez me atrajo hacia el placer.

De hecho, lo hizo con fuerza, pero no demasiado rápido y mas de una vez.



# Este día

Massimo amaba el sexo, cada parte de su cuerpo, también. Era un amante insaciable y perfecto. Lo que más me gustaba de él era que no sólo tomaba sino que también daba. Le ofreció a la una mujer la sensación de que era la mejor del mundo en la cama, que lo vuelve loco, y cada movimiento que hizo es perfecto, como todos los de ella. No sé cuánto esto era cierto y cuánto parecía que lo era, pero con él me sentía como una superestrella del porno. No tenía inhibiciones ni límites, él podía hacer exactamente lo que quería conmigo, y yo todavía quería más. Es increíble lo diferentes que son los hombres y lo diferentes que son para las mujeres. Nunca fui particularmente fácil y dispuesta, mi madre me crió de tal manera que no me ceñí a la época ni a las costumbres actuales. Podría hacer cualquier cosa con mi chico, pero nunca fui tan abierta con nadie. Su despreocupación, y al mismo tiempo el hecho de que podía mantenerme a distancia, me volvía loca en todas las partes, y su tono inobjetable hacía que hasta las órdenes más extrañas, yo estaba dispuesta a hacer.

101

Lo amé, excepto que lo amé con locura, lo amé como un hombre.



—Empaca, Oli—, dije entrando en su habitación, por desgracia sin llamar.

Me retorcí en lo que había visto, aunque no diría que ya no lo viera. Olga estaba desnuda de pie contra la pared, y Domenico con los pantalones bajados la movía de pie. Cuando entré, él, creo, le puso la cabeza en el pelo con vergüenza y esperó en silencio a que yo saliera. Oli, por otro lado, giró su cara lentamente hacia mí y ardió de risa:

—En cuanto Domenico termine de empacarme, me encargaré de ello, y ahora deja de mirar y vete a la mierda.

# Este día

Miré su cara ligeramente con una expresión extraña y me dirigí hacia la puerta, pero antes de cerrarla detrás de mí, grité, ya en el pasillo:

—¡Tienes un bonito trasero, Domenico!

Me senté en medio de mi armario y, suspirando pesadamente, miré las maletas desempacadas que acabábamos de traer del Caribe. No he vuelto completamente, y me está haciendo ir a algún sitio otra vez. Me acosté en una alfombra suave, agitando mis manos detrás de mi cabeza. Pensé en cómo extraño la mierda que perdí. Tumbarse en la cama los fines de semana con la televisión del desayuno encendida. Aburrida en mi chándal, bajo una manta con un libro en la mano y con los auriculares puestos. Sí, no podría peinarme durante dos días, podría ser un troll y vivir conmigo misma. Con Massimo, esto era imposible por varias razones. En primer lugar, no quería que me viera en forma de ogro sin lavar, con un nido en mi cabeza. Además, me seguía secuestrando en algún lugar, así que no podía estar segura de dónde me despertaría mañana o quién me vigilaría. Y estar con un hombre así me obligaba, así que no quería alejarme demasiado de él visualmente. Una vez más, suspiré en voz alta y me dirigí a la primera maleta.

102

Después de una hora estaba lista, empaquetada, bañada y vestida con unos sexys leggins marrones. El embarazo todavía no era visible, y el único síntoma de ello eran los senos que crecían a un ritmo alarmante. Su crecimiento complementó perfectamente mi figura entera, todavía tenía un cuerpo delgado y atlético y nuevas tetas, que me encantaban directamente.

Apreté mis piernas en mis amadas botas beige de *Givenchy*, elegí un bolso de *Prada* y un brillante y grueso suéter que caía sobre mi hombro.

Cuando tiré de la maleta hacia las escaleras, una arrugada Olga salió de la habitación.

—Acabas de llegar. ¿Adónde coño vas otra vez?— se sorprendió al caer en uno de los escalones. —Me duele el culo y estoy toda sudada.



# Este día

—Estoy encantada de tu confesión. ¿Has hecho las maletas, Oli?

—Estaba demasiado ocupada. Y a dónde vamos, si no te importa que pregunte, porque no sé qué llevar.

—Unos días a un hotel a los pies del Etna, sólo tú y yo. Iremos al spa, comeremos y practicaremos yoga. También podemos hacer una visita a la galería, ya que la pintura de Domenico te ha asfixiado tanto que veremos cómo explota el volcán. ¿Qué otras atracciones espera?

Olga estaba sentada en las escaleras con su cara curvada e inquisitiva.

—¿Qué carajo estás mirando?— Pregunté molesta —Black dijo que fuera. Entonces, ¿qué se supone que debo decir, no?

—Domenico también tiene electricidad, vale, para cabréarlos, estoy lista en diez minutos y nos vamos.

Cuando salimos a la entrada, el Bentley ya estaba aparcado y listo para salir. Un todoterreno negro se detuvo justo detrás de él y Paulo y dos guardaespaldas salieron. Le hice señas con la mano y nos subimos al coche. Me gustaba Paulo; era probablemente el guardaespaldas más discreto e inteligente de aquí, me sentía segura con él. Arranqué el motor y presioné el botón de programación en la navegación, estableciendo la dirección, y después de quince minutos ya estábamos en la autopista.

Massimo tenía razón cuando dijo que el hotel no estaba muy lejos. Después de menos de una hora llegamos al hotel. Nos pusimos cómodas y fuimos a cenar, luego Olga bebió una botella de champán, y yo me tomé mi mierda sin alcohol alrededor de las tres, después de unas horas de charla, nos quedamos dormidas. Al día siguiente comenzamos con un viaje al Etna, que me deleitó y me recordó las historias de la infancia que Black me contó. Lamenté que no estuviera aquí conmigo, pero disfruté de la presencia de mi amiga.

Volvimos por la tarde hambrientas y cansadas. Nos sentamos en el restaurante y ordenamos el almuerzo.

# Este día

—Sueño con un masaje—, dijo Olga, arrastrándose en la silla, —largo, fuerte y hecho por un hombre musculoso y desnudo.

Estaba masticando un pedazo de pan, mirándola con curiosidad.

—Creo que no será un problema cumplir este capricho— me resistí, tragándome el pedazo. —No sé si podemos hacerlo desnudas.

Mi teléfono que estaba en la mesa vibró. Lo tomé en mi mano, y cuando vi el mensaje en la pantalla, me calenté. Sonreí radiante.

—Déjame adivinar.— dijo Olga irónica. —Massimo escribió que te ama, ama al bebé y vomita un arcoíris.

—Casi. Escribió que me extraña. Exactamente: *“Extraño a la Pequeña”*

—Escribió muy sucintamente sobre el coño.

—Oye, el escribió un mensaje de texto. Probablemente sea el tercer mensaje de texto que recibí de él, así que ya sabes...

104

Estaba sentada, mirando un mensaje sin puntuación, y una especie de ataque al corazón se elevaba en mi corazón con alegría. Creo que si un hombre de una mujer normal colgara una pancarta en el centro de la ciudad con una confesión de amor, ella sentiría algo similar al sentimiento que estaba creciendo dentro de mí.

—¿Sabes qué, Oli? Tengo una idea.— Deje caer el teléfono en una conspiración. —Voy a darle una sorpresa y me iré a casa por un tiempo esta noche. Lo voy a sacar de la reunión, lo cogeré y volveré.

—Sí, allí, la seguridad va a seguirte y a la mierda tu sorpresa, genia.

—Me vas a ayudar, vas a hablar con Paul, y me voy a escabullir. El coche está en el garaje, y ellos están fuera del edificio. Además, cuando nos vayamos a dormir, ellos también se van, porque no es una prisión. Tienen una habitación al lado, así que les engañaremos un poco porque me siento mal. Y te vas a quedar y, como qué, me cubrirás.





# Este día

Olga estaba sentada allí en curva y me miraba como una idiota.  
—En resumen, tengo que ir a ver a Paul y decirle que te has dormido porque no te encuentras bien, y que yo también me he acostado, y mañana por la mañana queremos ir de compras, así que les aconsejo que también se echen una siesta?

—Sí, algo así.— Aplaudí.

El malvado plan que se ideó fue inesperadamente estimulante y ni siquiera una visita al spa aparentemente tranquilizadora pudo cambiar eso. Elegí de la oferta los tratamientos más fragantes posibles, esperando qué mi de marido se sorprendería y se sentiría abrumado por su deseo de verme, especialmente el olor. Terminamos nuestros placeres carnales bastante tarde y finalmente llegó la hora del teatro. Sólo me vestí con lencería roja de encaje y me puse un suéter largo atado encima. Parecía ordinario, pero era suficiente para que el cinturón alrededor de mis caderas se aflojara y la vista se volviera menos ordinaria.

105

—¿Puede ser así?— Al salir, seguí el consejo de un experta, lanzando la mitad de mi suéter como un exhibicionista debajo de la escuela de las niñas.

—Creo que es una idea de mierda, pero pareces una puta racial, así que supongo que es bueno—, dijo Olga, acostada en el sofá y cambiando de canal en la televisión. —Llámame cuando vuelvas, porque de todas formas no me voy a dormir esperándote.

Todo nuestro plan funcionó muy fácilmente y después de sólo veinte minutos me apresuré a casa. Antes de irme, primero usé la aplicación instalada en mi teléfono para rastrear el paradero de Black. En realidad estaba en casa; aunque no era un dispositivo parecido a Batman el que me mostraría exactamente dónde está, tenía la corazonada de en qué habitación lo encontraría. Cada vez que tenía reuniones oficiales, recibía a sus invitados en la biblioteca, donde también lo vi por primera vez

# Este día

después de que me secuestrara. Me encantaba esta habitación, era un presagio de algo nuevo, desconocido y emocionante para mí.

Presioné un botón del mando a distancia y la puerta de entrada se abrió. Nadie se sorprendió por la presencia de mi coche, porque no todos sabían que me iba, así que aparqué delante del garaje y me colé silenciosamente dentro.

La casa estaba en la oscuridad, los sonidos de alguna conversación venían del jardín, pero yo sabía a dónde ir. Me escabullía por los pasillos, sintiendo que mi corazón latía por la emoción, y estaba haciendo un plan en mi cabeza. Sabía que no estaría solo en la habitación, así que no podía entrar, lanzar mi suéter y entregarme a él en su escritorio o en el sofá, porque podría confundir a sus interlocutores. Todo lo que quería era mirar dentro y asegurarme de que estaba exactamente donde creo que estaba. Entonces decidí enviarle un mensaje o llamarlo -aún no se lo imaginaba- para sacarlo de la biblioteca. Y cuando salga, estaré allí esperándole, medio desnuda, cachonda y muy inesperada. Ya me imaginaba cómo me lanzaría a él, envolviendo mis muslos alrededor de sus caderas, cómo me llevaría a mi antigua habitación y me follaría sobre la suave alfombra de su camerino.

106

Agarré la manija y la presioné tan suavemente como pude, haciendo un pequeño espacio en la puerta. Sólo la chimenea estaba encendida en la habitación y no se podía oír ninguna conversación. Incliné la puerta un poco más y luego una ola de ira y desesperación me inundó. Frente a mis ojos, mi marido se estaba follando a su ex-amante Anna, se la folló como me folló a mí ayer en su escritorio de roble. Me quedé allí de pie, sin poder respirar, y mi corazón casi se muere. No sé cuánto tiempo tomé, minutos o segundos, pero cuando sentí el escozor en mi estómago, entré en razón. En el momento en que quise alejarme de la puerta y escapar al fin del mundo, Anna me miró, sonrió irónicamente y atrajo a Black hacia sí.

Me fui.



Corrí por los pasillos para alejarme de esta casa lo antes posible. Me subí al coche y con los ojos llenos de lágrimas, encendí el motor, y luego me apresuré a seguir adelante. Cuando me sentí segura, me detuve y saqué el medicamento para el corazón de la bolsa; nunca antes lo había necesitado así. Respiré rápidamente, esperando que funcionara. *Dios, ¿qué voy a hacer ahora?* Me preguntaba. Voy a tener un bebé con él, y me mintió y me traicionó. Me engañó para ir a jugar con esa puta. Me golpeé las manos en el volante. Maldita sea, debería haber vuelto allí y haberlos matado a los dos. Pero todo lo que quería en ese momento era mi propia muerte, y si no fuera por mi vida, lo habría hecho. Pero el pensamiento del bebé en mi vientre, me daba fuerza, sabía que tenía que ser valiente para él. Encendí el *Bentley* y me uní a él.

107

Se me ocurrió que tenía que irme inmediatamente, pero no sabía cómo hacerlo. Estaba totalmente, absolutamente incapacitada, dejé que este hombre tuviera el control total. Sabía lo que estaba haciendo y dónde estaba, siguió cada uno de mis movimientos.

Saqué el teléfono y marqué el número de Olga.

—¿Qué fue lo que paso que es tan rápido?— una voz aburrida en el teléfono.

—Escúchame, no preguntes nada. Tenemos que salir de la isla hoy, toma el ordenador y busca un avión más cercano a Varsovia con o sin cambio, lo que sea. Empaca suficientes cosas para que puedas irte, y llévate un chándal para mí. Estaré ahí para ti en menos de una hora, escabúllete para que los de seguridad no se den cuenta de que nos hemos ido. ¿Entiendes, Oli?

Había silencio en el teléfono, y no sabía lo que estaba pasando.

—Olga, ¿entiendes lo que estoy diciendo?

# Este día

—Lo entiendo.

Colgué y apreté el acelerador. Las lágrimas seguían fluyendo por mis mejillas, pero eran tranquilizadoras, así que me alegré de que lo fueran. Nunca en mi vida he odiado a un hombre tanto como lo hacía con Massimo en ese momento. *Quería infligirle dolor, quería que sufriera como yo, que lo partiera por la mitad, como me hacía ahora a mí.* Después de toda la charla de lealtad, después de las confesiones de amor y de los juramentos ante Dios, él simplemente decidió tirarse de la cruz cuando yo me fui por un tiempo. No me importaba por qué lo hizo, ya no importaba. Mi sueño siciliano era demasiado hermoso para durar para siempre, pero no pensé que terminaría tan rápido, convirtiéndose en una pesadilla.

Conduje hasta el hotel, sin entrar en su parte delantera, me quedé en un aparcamiento lateral. Antes llamé a Olga, que se escondió en la oscuridad, dándome una señal de dónde estaba, con un cigarrillo encendido.

108

—Laura, ¿qué está pasando?— Preguntó con cuidado, cerrando la puerta.

—¿A qué hora sale el avión?

—En dos horas desde el aeropuerto de Catania, volaremos a Roma. No tenemos otro hasta las seis de la mañana. ¿Me dirás qué diablos pasó?

—Tenías razón, esta sorpresa no fue una buena idea.

Estaba sentada de lado, mirándome en silencio.

—Él me traicionó—, susurré y me puse a llorar otra vez.

—Sal de la carretera, yo conduciré.

No tenía fuerzas para discutir con ella, así que hice lo que me ordenó.



# Este día

—Qué carajo, maldito interruptor...— salió, se abrochó el cinturón.  
—Qué hijo de puta. Verás, te dije que era mejor no ir. ¿Y ahora qué? Te encontrará más rápido de lo que durara esta fuga.

—Lo pensé cuando estaba conduciendo.— Dije, mirando el parabrisas.  
—En Polonia, retiraré el dinero en el banco, como su esposa tengo el mismo derecho a las cuentas que él. Sacaré lo suficiente por un tiempo, volveremos a Varsovia y sacaremos el maldito implante. Si lo hacemos lo mejor posible, no se dará cuenta mañana de que me he ido antes de que pueda localizarme, y se ira. Y luego me iré, a algún lugar donde no me encuentre. Y no me preguntes, Oli, porque tengo miedo de pensar.

Olga estaba golpeando su dedo al volante. Podía ver que estaba digiriendo mis palabras.

—Haremos esto: en primer lugar, tenemos que deshacernos de los teléfonos en Polonia, porque nos localizarán enseguida. Nos llevaremos mi coche porque, como mostró el último ejemplo de su estancia en Polonia, el suyo tiene un GPS. No puedes ir a tus padres o a cualquier lugar que Massimo conozca, así que generalmente tienes que desaparecer.

—Tengo una idea. Iremos a Hungría.

—¿Y qué hay de ustedes? Olga, ya te arrastré a esto de todos modos.— Dije con pesar en mis palabras.

—Bueno, no vas a volver atrás en el tiempo de todos modos, y no crees que te voy a dejar sola ahora. Así que no escuches, carajo. Mi ex-tipo István vive en *Budapest*. ¿Recuerdas que te hablé de él una vez?

—¿Eso fue hace unos cinco años? ¿Me he perdido algo?

—Oh, mierda, no cinco, pero está enamorado de una campesina, me llama al menos una vez a la semana, me jode para que vaya, así que esta es la ocasión. Además, el pobre no va a ser atropellado, esta fábrica de coches suya le da tanto heno que nuestra estancia no hará ninguna

# Este día

diferencia. Somos amigos. Estará encantado de ayudar. Le llamaré en cuanto tengamos nuevos teléfonos.

—Joder, Hungría está muy cerca—, me quejé.— Vamos a las Islas Canarias, tengo una amiga allí, trabaja en un hotel en Lanzarote.

Olga se tocó la cabeza.

—¿Vamos? Idiota, no podemos usar las tarjetas de identificación, tenemos que conducir, así el no podrá seguirnos. Y tú querías huir por tu cuenta, idiota.— Tiene la cabeza torcida. Ella tenía razón. No estaba pensando racionalmente ahora. No podía creer lo que había sucedido, y no podía imaginar lo que pasaría después.

—Lari, recuerda que si quieres sacar mucho dinero del banco, probablemente más de 20.000 euros, tienes que asesorarlo. Por así decirlo, anuncia en el banco que quieres retirar una gran suma. Tienen que prepararlo. Llama a la línea directa y diles dónde quieres llevar el dinero y cuánto.

110

Obedientemente tomé el teléfono en mi mano y comencé a buscar el número en Internet. Me sentí como una niña pequeña ahora mismo. Y Oli era mi mejor madre, pensaba por mí y recordaba todo porque yo no tenía fuerza para pensar.

Cuando llegamos al aeropuerto, me vestí con el chándal que Oli me llevó. Me enfermó ver el encaje rojo. Puse el *Bentley* en uno de los estacionamientos y dejé las llaves adentro y me dirigí hacia la terminal.

Estábamos en camino de reescribir la lista de contactos de los teléfonos. Sabíamos que no podíamos copiarlo y que si no los escribíamos con el método tradicional, los perderíamos para siempre.

Antes de las nueve de la mañana salimos del aeropuerto en *Okęcie*, nos subimos a un taxi y fuimos a mi apartamento en *Mokotów*. Una de las llaves estaba con en el guardia de seguridad, porque después de que nos fuimos, Domenico contrató a una mujer para que limpiara el apartamento.





# Este día

En el taxi, dije que tenía que cambiarme de este chándal rosa. Iba a pagar una enorme cantidad de dinero y no quería parecer una idiota cansada, traicionada y embarazada. Entonces recordé que en realidad no tenía nada adecuado para esta ocasión.

—Vamos al médico—, le dije a Olga. —Cuando volvamos, iremos a la galería y compraremos ropa adecuada, y luego iremos al banco...— Interrumpí media palabra mirando a Olga. —O sabes qué, no, nos iremos a casa primero. Empacarás y volveré por ti cuando termine con todo.

Ella asintió con la cabeza, aceptando, y después de un rato ya estábamos en el ascensor con mis maletas. La puse de nuevo en su sitio y me dirigí al hospital de Wilanów.

Hubiera sido mejor llamar y ver si el Dr. Ome estaba en la clínica, pensé. Saqué el teléfono y marqué el número.

—Hola, Laura, ¿cómo estás?

—Hola. Casi bien, pero tengo una pregunta. ¿Estás en el hospital?

—Sí, por una hora más. ¿Qué pasó?

—Me gustaría verte. ¿Puedo estar contigo en quince minutos?

—Aquí estaré esperando para verte.

No tuve muchos problemas en la inscripción esta vez, porque nada distrajo a las jóvenes detrás del mostrador de recepción. Me dirigieron a la sala y después de un rato entré en la oficina.

—¿Qué es lo que pasa?— preguntó Paul, sentado en su escritorio.

—Estoy embarazada.

—Felicitaciones, pero esta no es mi especialidad.

—Lo sé, pero lo que te pediré que hagas es. Y no sé si afecte lo embarazada que estoy.— Me arremangué la manga en un chándal.

—Tengo un implante aquí y necesito deshacerme de él lo antes posible. Te lo pido como médico y como amigo, no preguntes.

111



# Este día

Paul miró el pequeño tubo, tocó el lugar donde estaba atascado, y mientras estaba sentado en su escritorio, dijo:

—No me cobraste cuando estaba de fiesta en tus hoteles, así que voy a hacerlo.— Cambie a la silla de tratamiento, —el implante es poco profundo, ni siquiera sentirás que se ha sacado.

Unos minutos más tarde, ya me dirigía hacia la galería, sintiéndome extrañamente libre. Aunque lo perdí todo, gracias a que me deshice de esta correa trascendente, sentí calma y esperanza en mi interior. Cuando entré en el garaje de varios niveles, sonó mi teléfono y en la pantalla del coche apareció “Massimo”. Mi corazón se congeló y mi estómago se convirtió en un nudo. No sabía qué hacer; ya era tarde, así que la seguridad probablemente notó nuestra falta. Por un lado, soñaba con oír su voz, y por otro, quería matarlo. Presioné el teléfono rojo y salí del coche.

Cuando entré, fui primero a la sala de la operadora de telefonía móvil, compré dos teléfonos y cargadores. Pagué en efectivo porque sabía que después de las transacciones de la tarjeta podía rastrear fácilmente los dispositivos que había comprado. Y luego subí al salón de *Versace*.

Las vendedoras me miraron con indulgencia cuando entré con el chándal rosa pálido de *Victoria's Secret*. Desenterré las perchas, sintiendo el teléfono vibrando constantemente en mi bolso, y encontré un conjunto encantador, una falda con una camisa de color crema. Para esto, elegí una chaqueta de cuero negro y lanzaderas negras. Me lo probé todo y pensé que me vería lo suficientemente rica. Subí a la caja y puse mi ropa en el mostrador. La señora parecía sorprendida cuando saqué mi tarjeta de crédito y se la di. Pude pagar mis ropas con mi cuenta, Massimo ya sabía con certeza que estaba en Polonia, aunque por el momento no podía hacer nada con ese conocimiento. Una gran cantidad de dinero que apareció en la caja registradora no me impresionó - traté estas compras como su penitencia, la compensación que se me debía, aunque sabía que él no lo sentiría de todos modos. La mujer que aceptó

112





# Este día

el pago puso la cara que me gustaría tener en el teléfono para mejorar mi estado de ánimo. Algo así como la combinación de un gato cagando y el asombro de un padre blanco cuando nace un bebé negro.

—Gracias.— Dije despreocupadamente, tomando el recibo, y me fui.

Fui al baño y me cambié. Saqué un brillo del bolso brillante de Prada y después de unos minutos estaba lista. Me miré en el espejo - no me parecía a una mujer que había sido herida hace unas horas. Me metí en el *BMW*. Black seguía sin rendirse, había treinta y siete llamadas perdidas en la pantalla. Cuando me puse en marcha, me llamó otra vez. Finalmente le conteste.

—¡Maldita sea, Laura!— Gritó enfadado. —¿Dónde estás, qué estás haciendo?

Nunca usó palabras como esas, y mucho menos gritó. Me quedé en silencio. No tenía nada que decirle, y realmente no tenía idea de qué decirle.

113

—Adiós, Massimo.— Finalmente me ahogué cuando sentí una ola de lágrimas inundando mis ojos.

—Mi avión despegará en veinte minutos, sé que estás en Polonia, te encontraré.

Quería colgar, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—No me hagas esto, Pequeña.

En su voz escuché resignación, dolor y desesperación. Tuve que alejar mi compasión y mi amor. Me ayudó la imagen todavía presente de ayer por la tarde y Anna en el escritorio frente a él. Tomé aire profundo y apreté el volante más fuerte.

—Si querías cogértela, no tenías que arrastrarme a tu vida. Me traicionaste, y yo, como tú, no perdono la traición. No volverás a verme ni a mí ni a tu hijo. Y no nos busques. No vale la pena que estés en nuestras vidas. Adiós, Donnie.



# Este día

Dicho esto, presioné el teléfono en la marca roja y lo apagué, luego me baje del auto y lo tiré a la basura junto a una de las entradas.

Cuando entré en el banco, me sentí como un ladrón. De repente recordé todas las escenas de las películas de gánsters que estaba viendo. Todo lo que me faltó fue un arma, un pasamontañas y un mensaje de: "*Manos arriba. Es un robo*". A pesar de que tenía todo el derecho a recibir el dinero que quería sacar, había una creciente creencia en mí de que estaba robando a Black. Pero no tenía ninguna opción - si no fuera por el hecho de que estaba esperando un hijo, no habría dado un paso tan desesperado. Me acerqué a una de las ventanas y le dije qué cantidad de dinero quería tomar, y que estaba aconsejando este pago por la noche en la línea directa. La mujer de enfrente puso una cara extraña, luego me pidió un momento de paciencia y desapareció detrás de la puerta.

Me senté en el sofá que estaba cerca y esperé a que ocurrieran más accidentes.

114

—Buenos días—, un hombre me saludó educadamente, parado frente a mí. —Me llamo Łukasz Taba y soy director del banco, por favor.

Lo seguí con un paso tranquilo y elegante y me senté en su silla de oficina.

—Si quieres llevarte mucho dinero en efectivo, te pediré tu número de cuenta y documentos.

Después de unas pocas docenas de minutos, toda la cantidad estaba ante mí. Lo empaqué en una bolsa que había comprado antes, me despedí del amable hombre y me dirigí a la salida. Tiré la bolsa en el asiento del pasajero y bloqueé la puerta. *No podía creer cuánto dinero estaba a mi lado. Maldición, pensé, ¿es todo lo que necesito? ¿No exageraré?*

Docenas de pensamientos volaron por mi cabeza, incluso si no volvía y se lo daba todo a un educado señor. Miré mi reloj y me dio un escalofrío: imaginé que Massimo se acercaba a donde yo estaba, por lo que tuve que salir lo antes posible para que no me encontrara.







—Domenico me escribió—, dijo Olga, abriendo la puerta de medianoche. —Me envió un mensaje en Facebook.

—No tengo ganas de escucharlo, hablé con Massimo, le dije todo lo que pensaba decir. Por favor, este es tu nuevo teléfono.— Le di una caja. —Y te pido que acabes con los sicilianos, ¿vale? Estoy harta de ellos. Y por el momento, recuerda que no puedes entrar en los portales o en el correo ni nada, y entonces podrían encontrarnos. Oh, están volando aquí, están a mitad de camino, así que tenemos que irnos. Vamos.

—Laura, joder, pero él escribió que Black no te traicionó.

—¿Qué coño ha escrito?!— Grité, molesta por esta conversación. —Nos dirá todo lo que queremos oír, sólo para detenerme. Si quieres, quédate, te garantizo que estarán en esta casa en tres horas. Sólo que no voy a escuchar estas tonterías, porque sé lo que vi.

Olga apretó los dientes y se llevó sus maletas.

—El coche está listo para salir. Vamos.

Me volví a poner un chándal, luego cargamos las cosas y salimos.

—Lari, alguien nos está siguiendo—, dijo Olga, mirándose en el espejo.

Miré discretamente hacia atrás y vi un carro negro con ventanas oscuras.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—De casa. Pensé que era un accidente. Pero va exactamente donde estamos nosotras.

# Este día

—Necesitamos cambiar—, dije buscando un lugar conveniente.  
—Lo sé, conduce hasta aquí. Habrá un centro comercial, entra en el aparcamiento de varios pisos.

—Joder, Lari, pero dijiste que no llegarían tan rápido.

—Creo que son la gente de Karlos. ¿Recuerdas que conociste a su esposa, Mónica? El coche tiene matrícula polaca, así que no puede ser nadie más, espero.

Condujimos hasta el primer nivel del estacionamiento y, paradas en el lugar más cercano disponible, nos cambiamos, sin bajar del auto. En los últimos meses, la capacidad de conducir un coche de forma deportiva me ha sido útil tantas veces que he empezado a apreciar la compulsión de mi padre por mejorar su estilo de conducción. En ese momento le agradecí mucho todos los cursos a los que nos envió a mí y a mi hermano.

—Vale, Oli, abróchate el cinturón y sujétate. Si tienes razón, puede ser duro.

116

Iba a dar la vuelta y de repente me dirigí a la salida del estacionamiento. El auto chirrió detrás de mí, pero uno de los coches que salía de la galería lo encerró. Me uní sin problemas al tráfico y me apresuré hacia la calle principal. Una vez más, rompiendo absolutamente todas las reglas de tráfico, me precipité a través de Mokotów. Sabía que no tenía suficiente potencia para escapar de la velocidad, pero conocía bien el lugar por el que conducía, y esa era mi ventaja. Vi en el espejo que el coche negro nos pisaba los talones, afortunadamente había mucho tráfico, así que tenía un lugar donde esconderme.

—¿No tienes miedo?— preguntó Olga, la puerta estaba cerrada con abrazaderas.

—No estoy pensando en eso ahora. Además, aunque nos atrapen, no nos harán nada. Así que lo trato más como una carrera que como un escape.





# Este día

En el camino, estaba buscando una de las calles. No podía recordar su nombre, pero sabía que había un lugar donde podíamos escondernos.

—¡Si ahí!— Grité, girando casi a la derecha.

*Touareg* casi se partió por la mitad con tal maniobra, pero se las arregló y después de un tiempo entramos en la puerta de una vieja casa de vecindad, donde vivía mi barbero gay. El portón conducía a un pozo donde podíamos aparcar perfectamente y esperar la persecución. Me detuve y apagué el motor.

—Tenemos que esperar un tiempo.— Dije y sacudi los hombros.

—Pasarán, pero luego volverán y buscarán en las calles más pequeñas, así que se iluminarán.

Salimos y Olga se fumó un cigarrillo.

—¿Llamaste a István?— Yo pregunté.

—Lo llamé cuando te estabas cambiando, se volvió loco de alegría. Ya está preparando nuestro dormitorio en su apartamento con vista al *Danubio*. Debes saber que no es el más joven—, añadió, mirándome. —En realidad, tiene la edad de mi padre, pero no la aparenta.

Me retorcí la cabeza con incredulidad. —Eres una perversa, ¿lo sabes?

—Oh, no puedo evitar que me gusten los chicos mayores. Además, si lo ves, lo entenderás. Es hermoso. Los húngaros son generalmente geniales. Tiene pelo largo negro, cejas anchas, hombros enormes y labios perfectamente dibujados. Sabe cocinar, sabe de coches y conduce una motocicleta. Un papá tan sexy. Y toda su espalda está cubierta de tatuajes y su polla...— silbó con agradecimiento.

Golpeé en su frente, mirándola con desaprobación.

—¿Qué tienes, Oli, en esa cabeza?— Estaba gruñendo, subiendo al coche mientras fumaba, —llamaré a mi madre. Tengo que exprimirla una nueva mierda, por eso tengo un nuevo número.

# Este día

No estaba lista para volver a engañar a mi padre, así que decidí hacer otra cosa posponiendo la ejecución.

Me llevó más de una hora reescribir el libro de números de la tarjeta al nuevo teléfono. Durante este tiempo Olga me entretuvo con un recital de éxitos pop que voló en la radio. Estaba alegre y relajada como nunca, todo lo contrario de mí. Parecía actuar como si no pasara nada y no le importaba en absoluto el hecho de que estuviéramos huyendo de la mafia siciliana.

—De acuerdo, ha pasado tanto tiempo que dudo que sigan ahí. Yo guiaré el camino para salir de la ciudad, y luego nos cambiaremos.

Esta vez nadie nos siguió, así que tan pronto como salimos de *Varsovia*, me senté en el asiento del pasajero. Después de otras docenas de minutos de manejo, me sentí lista para llamar a mi madre. Cuando respondió, escuché su tono oficial en el teléfono.

—Hola, mamá...—lancé tan felizmente como pude.

—Cariño, ¿y este número?

—Me quedé sin ofertas y cambié el teléfono con el número. Todavía había algunas personas que me llamaban y Dios sabe de dónde sacaron el número antiguo, así que lo cambié. Ya sabes, pueden ser tan duros contigo, y eso es lo que quieren hacer, y eso es una nueva oferta, o no sabes qué.

—¿Como estas? ¿Que tal Sicilia? En Polonia tenemos un otoño desagradable, hace frío y está lloviendo.

—Lo sé, ya veo.— Dije sin sonido.

En general, nuestra conversación fue sobre nada, pero tuve que advertirle que Black podría tratar de encontrarme.

—¿Sabes qué, mamá? Lo dejé...— dije de repente, cambiando de tema. —Me traicionó y generalmente no era el tipo para mí. Me mudé a



# Este día

otro hotel para alejarme de él. Estoy mucho mejor ahora, tengo más tiempo libre y me siento genial.

Había silencio en el teléfono, y sabía que tenía que hablar de ello.

—Ya sabes, es la misma red, sólo que el hotel está al otro lado de la isla, la dirección lo decidió y creo que fue la solución óptima— seguí hablando. —Un hotel más grande y mejor dinero. Estoy aprendiendo italiano, creo que para traerme a Olga.— Le guiñé un ojo a mi amiga, y ella resopló risas sin sonido. —Todo es genial, tengo un nuevo apartamento, es más bonito que... el anterior, era demasiado grande para mí...

—Bueno, cariño...— empezó, ligeramente incrédula. —Si eres feliz y sabes lo que haces, apoyaré cada una de tus decisiones. Nunca has sido capaz de calentar un lugar por mucho tiempo, así que no me sorprende tu vagabundeo. Recuerda, si te pasa algo, siempre tienes un lugar a donde ir.

119

—Lo sé, mami, gracias. No le des a nadie mi número, pase lo que pase. No quiero que nadie me acose de nuevo.

—¿Estás segura de que sólo se trata de los vendedores ambulantes?

—Es sobre vendedores ambulantes, ex-novios y todos con los que no quiero hablar. Mami, tengo una reunión, tengo que irme, te quiero.

—Y te quiero yo igual. Llámame más a menudo.

Colgué el teléfono y trencé mis piernas en el asiento. Estaba lloviendo fuera de la ventana y hacía diez grados. Probablemente hay sol y diez grados en Sicilia, pensé, mirando hacia otro lado.

—¿Crees que Clara se tomó un sorbo de tu mierda? Tu madre no es tan estúpida como crees que es, ¿lo sabes?

—Olga, ¿qué carajo se supone que le diga? Oye, mamá, voy a ser honesta contigo, me secuestraron hace un par de meses porque un tipo soñó conmigo y luego me enamoré de mi secuestrador, pero relájate,



# Este día

porque no soy el único caso de síndrome de Estocolmo en el mundo. Es un jefe de la mafia y mata a la gente, pero no es nada, ya sabes, porque hice un hijo de él y me casé con él en secreto de todo el mundo, y así vivimos felices para siempre, gastando su fortuna ganada en drogas y tráfico de armas hasta que me traicionó, y ahora estoy huyendo de él a Hungría.

Al oír estas palabras, Oli estalló con tal risa que tuvo que reducir la velocidad, porque no podía conducir. Después de un largo rato calmó su risa y se limpió los ojos llorosos, dijo:

—Esta historia es tan increíble que es tan estúpida. Ya veo a tu madre golpeándose en la cabeza cuando la escuche. Deberías decirle la verdad, se divertiría tan deliciosamente como yo.

Ella me molestaría y al mismo tiempo me calmaría y me dejaría olvidar lo infeliz que soy.

—Necesito recargar combustible—, dijo Olga al salir de la carretera.

120

—Te daré el dinero...— dije, metiendo la mano en la bolsa con el dinero.

Ya estábamos fuera de Polonia, así que el euro que llevaba conmigo se convirtió en algo muy útil.

Olga miró dentro de la bolsa negra y dobló la boca.

—¿Así es como se ve un millón? Pensé que habría más.

Cerré la cremallera y la miré con desaprobación.

—¿Y cuánto se suponía que debía tomar? ¿No crees que es suficiente? Quiero ir a trabajar después de que nazca el bebé, y se supone que esta es nuestra política - la suya y la mía - hasta el nacimiento. No tengo intención de vivir a costa de Massimo, o al menos no tanto como en Sicilia, fingiendo ser burgués.



# Este día

—Porque eres estúpida, Lari. No piensas en absoluto. Mira, te hizo un niño, esencialmente sin tu consentimiento y conocimiento.— Torció la cabeza, como si no estuviera de acuerdo con lo que dice. —Está bien, lo sabías, quiero decir, no lo sabías, pero al diablo con eso. Te hizo un bebé, ¿verdad? Se deshizo el tipo, hizo que te casaras con él, y luego te engañó. Yo habría tomado todo el dinero de ese imbécil, ya sabes, como castigo, por ejemplo, no por rapacidad.

—Ve, Oli, sólo reabastece de combustible, ya sabes, porque eres una tonta. No podemos usar las tarjetas o Massimo nos rastreará, o al menos averiguará hacia dónde vamos. Así que no hay nada para romper la mierda en átomos, no hay más dinero, y eso es todo.

Estábamos yendo muy rápido y llevábamos más de diez horas. István vivía en un maravilloso edificio histórico casi en el centro de Budapest, en el lado oeste de la ciudad.

—Olga, ¡qué alegría verte!— Llamó corriendo al coche. —¿Cuántos años hace que Hungría no ve esta hermosa cara.

121

—No exageres, Istvánie, cinco años no es tanto tiempo—, respondió Oli con una sonrisa, abofeteándole el culo. —Vale, ya es suficiente de esa sensibilidad.— Ella lo alejó un poco. —Esta es mi hermana Laura.

Se inclinó y besó galantemente mi mano.

—Fue por tus problemas que mi amada regresó. Gracias, Laura, y espero que todo esté bien, pero no demasiado pronto.

Olga tenía toda la razón al decir que István no parece de su edad. Era un tipo muy sensual, un poco como un turco cruzado con un ruso. Tenía un resfriado en los ojos, y una indiferencia en su mente. Se sintió que era un hombre fuerte que ama cuando todo sucede como él quiere. Era extremadamente bueno, pero no podía explicar este sentimiento. Tenía algo en él que me hizo confiar en él desde el primer segundo.

—Tienes un enfoque peculiar de la situación, pero lo entiendo,— dije con una sonrisa.

# Este día

El húngaro volvió a mirar a Oli y gritó algo, y un hermoso joven bajó corriendo las escaleras.

—Este es Atila, mi hijo—, dijo. —Oli, ¿probablemente lo recuerdes?

Ambas estábamos como encantadas, mirando a un joven húngaro de pie ante nosotros. Se podía ver que le gustaba mucho el ejercicio; su musculatura, que salía de una pequeña camiseta, dificultaba la concentración en cualquier cosa en su presencia. Tenía una tez nevada, ojos verdes e incluso dientes blancos, y cuando sonreía, tenía hoyuelos en las mejillas. Era tan dulce y encantador que era imposible quitarle los ojos de encima.

—Oli, tengo un ataque al corazón— dije en polaco con una sonrisa idiota.

Mi amiga estaba de pie como una mujer hipnotizada, incapaz de ahogar una palabra.

—Hola, soy Atila.— Sonrió. —Me llevaré tus maletas porque parecen pesadas.

—Me pregunto si puede llevarme.— ...dijo Olga cuando se puso un poco consciente.

Mientras tanto, el joven húngaro trajo sus enormes maletas y desapareció detrás del umbral. Y estábamos de pie, todavía babeando por el recuerdo de su cuerpo muscular.

—Te recuerdo que estás embarazada y que sufres de traición—, dijo Olga con cara de tonta.

—¿Y se supone que estás locamente enamorada de Domenico?— Me vaporicé sin dudarlo. —Además, probablemente es mucho más joven que nosotras.

—Sí, la última vez que lo vi, todavía era un niño, tenía unos quince años, así que ahora tiene unos veinte.— Estaba asintiendo con la cabeza. —Incluso cuando era adolescente era guapo, pero lo que subió las



# Este día

escaleras fue una ligera exageración. ¿Cómo se supone que voy a vivir con él bajo un mismo techo...— ...se quejó.

István, después de llevarse la última bolsa, se acercó a nosotras, cogió las llaves del coche y lo llevó al garaje escondido bajo la casa de vecindad. Nosotras, acompañadas por Atila, nos dirigimos a la entrada principal.

La casa era hermosa. La histórica escalera parecía darnos la bienvenida en la entrada, que conducía a la sala de estar, que estaba cinco escalones más arriba. La amplia sala ocupaba toda la primera planta del edificio. La disposición era muy clásica: muebles de madera, suelos de madera, chimenea de ladrillo. Todo estaba dispuesto en colores cálidos y tenues, que daban la impresión de una cueva acogedora. Había mucho cuero en forma de alfombras de piel por todas partes, había muchos accesorios masculinos y ni una sola planta. Se veía que en este interior no había mano de mujer, y los señores de esta casa eran hombres.

123

—Es tarde. ¿Quieres un trago?— Me ofreció Atila que abría la jarra y vertía un poco de líquido en el vaso.

Tomó un sorbo, y sus ojos verdes se clavaron en mí preguntando. Esta visión me recordó, para mi ilusión, la forma en que Massimo bebía, el mismo tipo de mirada salvaje, la forma en que se lame los labios.

—No puedo, estoy embarazada— respondí, sabiendo que el hecho lo asustaría inmediatamente.

—Genial. ¿En qué mes? Te pediré un té y algo de comer. ¿Qué es lo que quieres? Hay una ama de llaves en la casa, se llama Bori, si marcas el cero desde cualquier teléfono, la llamarás. Ella cocina muy bien y ha estado con nosotros durante quince años, así que sé lo que estoy diciendo.

No tenía hambre, sólo estaba increíblemente cansada. Han sido unas 24 horas muy largas.



# Este día

—Lo siento, pero me estoy cayendo de pie y si puedo, me gustaría acostarme.

Atilla guardó el vaso y me cogió la mano, llevándome hacia arriba. Me sorprendió un poco su franqueza, pero no me importó su toque, así que no me opuse. Me llevó por las escaleras al segundo piso y abrió la puerta de una de las habitaciones.

—Este será tu dormitorio,— dijo, encendiendo la luz. —Yo te cuidaré. Todo estará bien, Laura.

Cuando terminó su frase, me dio un suave beso en la mejilla y apartó su cara de la mía. Estaba temblando y me sentía incómoda engañando a Black. Me alejé de él, retirándome hacia la habitación.

—Gracias, buenas noches— susurré, cerrando la puerta.

Al día siguiente, me desperté y, reflexivamente, toque con la mano al otro lado de la cama.

—Massimo...— Susurré, y las lágrimas fluyeron en mis ojos. Massimo me dijo una vez que no se puede llorar durante el embarazo porque el bebé llorará, pero en ese momento yo tenía la superstición en el culo. Estaba tendida entre lágrimas, retorciéndome de un lado a otro. Sólo sufría cuando el cansancio había pasado. Lentamente me llegó lo que había sucedido y mi desesperación tomó forma casi tangible. Mi estómago se puso apretado y todo su contenido subió a mi garganta. No quería vivir, no quería vivir sin él, sin verlo, sin sentir su tacto, el olor de su piel. Lo amé tanto que este amor me dolió. Me cubrí la cabeza con un edredón y metí como un animal salvaje herido. Soñé con desaparecer.

—El llanto es un buen amigo—. Escuché una voz y sentí que alguien me abrazaba en mi cintura. —Olga me contó lo que pasó. Recuerde, a veces es más fácil vomitar sobre un extraño que sobre un amigo.

Aparté el edredón y miré a Atilla, que estaba sentado en sus pantalones de chándal, sosteniendo una taza de té. Era encantador, preocupado y sinceramente preocupado por toda la situación.



# Este día

—Escuché un sonido extraño mientras entraba, así que pasé. Si quieres, me iré. Pero si quieres que me quede, me sentaré contigo.

Lo miraba en mi mente, y él me sonreía, tomando un sorbo de la taza de vez en cuando.

—Laura, mi madre siempre me lo dijo: *“Esto no es todo, estas en lo siguiente”*. Bueno, estás embarazada, lo que hace las cosas un poco complicadas, pero recuerda, todo en la vida pasa por algo. Y por muy cruel que te parezca lo que digo, creo que en el fondo sabes que tengo razón.

Me limpié los ojos y la nariz, y luego me apoyé en la cabecera de la cama que estaba a su lado, extendí mi mano y agarré la taza de la que estaba bebiendo.

—¿Sabes que te gusta exactamente el mismo té con leche que a mí?—  
Dije, probando el líquido.

—Absolutamente no, sólo estaba bebiendo lo que Oli hizo para ti. Son casi las catorce, llevas más de doce horas durmiendo, mi padre se preocupó y te pidió una cita para que vieras a su amigo. Es ginecólogo. Te llevaré cuando termines.

—Gracias, Atila, un día una mujer será muy feliz contigo.

El joven húngaro se giró y se apoyó en su codo, mirándome fijamente.

—Oh, sinceramente lo dudo,— dijo, divertido. —Soy cien por ciento gay, declarado gay.

Abrí mucho los ojos y probablemente puse la cara más estúpida del mundo, porque Atila explotó con una risa descontrolada.

—Dios, ¡qué desperdicio!— Me quejé, poniendo mi boca en mis manos.

—¿La verdad?— Sonríó. —Incluso intenté ser bi una vez, pero no es para mí, las vaginas no me interesan en absoluto. Obviamente eres

# Este día

hermosa y usas zapatos de los más bonitos, pero prefiero a los chicos. Grandes, musculosos...

—Bien, lo entiendo. Suficiente.— Lo corté.

Atila se levantó y me balanceo las caderas en la cara.

—Pero puedes mirarme. Aquí me tienes.— Y añadió: —Me estoy preparando, Laura, nos vamos en una hora y media.

Me lavé, me vestí y bajé. Olga estaba de pie junto a la encimera de la cocina, rodeada por los brazos de István. Ni siquiera se dieron cuenta cuando entré. Ella le miró coquetamente a los ojos, poniendo su cabeza de un lado a otro, y él se mordió los labios y permaneció en silencio.

—Buenos días—, dije, poniendo la taza vacía en el fregadero.

Mi presencia no les hizo perderse nada. Me saludaron cortésmente, sin quitarse los ojos de encima.

—Oli, ¿qué estás haciendo?— Pregunté en polaco, tomando un croissant dulce en mi mano.

Al sonido de nuestra lengua materna, István sonrió y se dirigió hacia la sala.

—¿Qué es lo que quieres decir?— Me dijo.

—¿Se hablan Telepáticamente? ¿Sin palabras?— Deje salir para los dos

—Lari, ¿cuál es tu maldito problema?— Se molestó al sentarse en el mostrador.

—Aún estabas enamorada recientemente, y qué, ¿lo has superado?

—No hace mucho, nuestras vidas eran completamente diferentes. No tengo ninguna posibilidad de estar con Domenico cuando tú no estás con Massimo. ¿Y qué? ¿Se supone que debo llorar el resto de mi vida y vivir en celibato, alimentándome de recuerdos?



# Este día

Colgué la cabeza y respiré profundamente.

—Lo siento.— Susurré. Una vez más, se me acabaron las lágrimas.

—Esta bien, cariño.— Dijo, abrazándome. —No es tu culpa. Es sólo este mafioso. Nos ha jodido la vida. Pero ya ves—, continuó, "*secando mis lágrimas*", —*no voy a sufrir hasta el fin del mundo, como tú*. Por el contrario, pienso olvidar lo antes posible y te aconsejo que hagas lo mismo.

En ese momento Atila entró en la habitación y ambas quedamos impresionadas.

Llevaba pantalones de chándal en gris melange y una camiseta beige con un enorme cuello estirado. Tenía aire negro en las piernas y en la mano tenía una chaqueta de cuero del color de los zapatos.

Se puso unas gafas en la nariz y sonrió radiantemente, mostrando una fila de dientes blancos.

—¿Listas?

—Tienes que estar bromeando. No voy a salir así.— Oli, dijo corriendo arriba. —Dame cinco minutos.

No iba a vestirme. Me sentí bien con un emú muy ligero, unos vaqueros estrechos y un suéter suelto y tejido grueso. Me puse mis queridos aviadores ahumados y miré mi reloj.

De repente sentí un escozor en mi vientre. Lo cubrí con mi mano, con mi otra mano apoyada en la parte superior.

—¿Qué está pasando, Laura?— Atila estaba preocupado.

—Nada, supongo... Cada vez que pienso, en Massimo, siento este estúpido dolor, como si un niño lo echara de menos.— Le admití. —Es una idiotez, lo sé.

—¿Sé que... Hace algún tiempo me arranqué una muela del juicio, aunque la herida sanó rápidamente, unos meses después sentí dolor en



# Este día

ese lugar, aunque la muela había desaparecido. El dentista dijo que era un dolor fantasma. Así que ya sabes, todo es posible.

Estaba agachada cerca de la isla de la cocina y me reía.

—Sí, es la misma situación.

—¡Yo estoy lista!— Olga llamó, corriendo por las escaleras.

El otoño en Hungría fue definitivamente más hermoso y cálido que en Polonia. Aunque se acercaba noviembre, había casi veinte pasos afuera. Caminamos por las pintorescas calles de *Budapest*, disfrutando de la riqueza de la arquitectura que nos rodeaba. Atila nos guio con cuidado, pero con confianza; su *Audi azul A5* se deslizó con gracia por las calles atestadas de la capital.

Después de treinta minutos estábamos allí. El joven húngaro salió y nos llevó a la oficina privada del colega de su padre. Cuando entramos, la recepcionista, agradeciéndose a sí misma, escuchó la petición de Atila, respondió en húngaro y después de un rato entré en el consultorio de mi nuevo ginecólogo.

128

—¿Cómo estuvo eso?— Preguntó Olga, dejando la silla cuando dejé al doctor.

—En realidad. Hicieron mis pruebas, los resultados serán mañana. Se supone que debo recostarme, no cansarme, no enfadarme. Me voy a volver loca, sigo mintiéndome.

—Vamos, hermosa, te compraré un langosz, una especialidad húngara, y te llevaré a casa. Luego todos nos acostaremos, será divertido—, dijo el joven, abrazándome en su hombro.

Oli me cogió la mano.

—Es difícil, nos tumbaremos, total estamos embarazados.— Se rió, me besó en la frente y nos fuimos al coche.





# Este día

Después de comer un pastel terriblemente grasiento pero delicioso con queso y ajo regresamos a casa, donde me vestí obedientemente con un chándal y salté a la cama. Al poco tiempo István entró en mi habitación, cerrando la puerta tras él.

—Hablé con mi amigo— empezó, sentándose en la silla de la cama.  
—Espero que no le importe que me interese por su salud. Sé que su embarazo está en peligro, así que intentaré que se sienta lo más cómoda posible aquí. No te preocupes por nada, hoy instalarán la televisión polaca, tienes un ordenador con acceso a la red en la mesa cerca de la cama. Si necesita cualquier otra cosa: libros, periódicos, dígame, todo le será entregado.

Lo miré con gratitud.

—¿Por qué haces todo esto, István? No me conoces en absoluto. Además, no tiene ningún sentido. Vine aquí huyendo de la mafia siciliana, estoy embarazada y sólo anuncio problemas.

—Es bastante simple. Amo a tu amiga, y ella te ama.

Me acarició en el hombro y luego salió por la puerta con Olga.

—¡Visita!— mi amiga llamó alegremente, poniendo una taza de cacao a mi alrededor. —No me dijiste lo que dijo el doctor.

—Pues las alegres noticias son que este feto ya parece un niño y pesa tanto como una cucharada de azúcar. Sabe cuando estoy feliz o contenta porque se supone que debo estar contenta con estas hormonas. Desafortunadamente, es tan jodido como si yo debiera vivir en una nube esponjosa y tener todo en el culo. Bueno, ¿qué más? Tiene cabeza, brazos, piernas, un bebé de cuatro centímetros de altura. Un médico vendrá todos los días y hará una ecografía. Normalmente debería estar en el hospital, pero como István es su amigo, no tengo que hacerlo. Sí, ¿sabes que te quiere? Acaba de confesarse conmigo, así de simple.

Oli puso su cabeza junto a mis pies y escondió su cara en sus manos.

# Este día

—Jesús, lo sé. ¿Y qué carajo, Lari? Así como me gusta Domenico. István me excita, sí, es maravilloso, bueno, cariñoso, y esa polla, ¿sabes?— puso los ojos en blanco como en un sueño. —Pero no hay más química entre nosotros. Recuerdo cuando lo conocí. Era julio. Fui al Balaton por dos semanas. Estabas con ese Paul que tenía un restaurante, y no viste el mundo exterior. Así que alquilé un apartamento en Siófok y disfruté del maravilloso verano húngaro.

<Y un día decidí ir a una discoteca. Iba de un lugar a otro, pero no me gustaba nada, así que compré una botella de vino rosado, un paquete de cigarrillos, y lo jodí como un guardián en el Cuerpo de Dios, y me senté en la acera y miré a la gente. Probablemente me veía como una prostituta - y por eso me vio - o simplemente estaba sobria y todavía parecía un millón de dólares. De cualquier manera, caminó con sus amigos y se volvió hacia mí, y no sé por qué yo estaba atascada en sus ojos. Nos mirábamos como idiotas, e István casi se mata por el tipo que tenía delante.

130

<Seguí calentando la banqueta cuando desapareció entre la multitud. Después de unos minutos más o menos se paró delante de mí - primero vi unas buenas botas de motocicleta caras, luego unos vaqueros rotos con un gran bulto, porque, ya sabes, su polla debe estar en algún lugar... Y entonces vi un cuerpo musculoso y una mirada asesina clavada en mí. Me quitó de la boca el cigarrillo que fumaba y se sentó a mi lado apoyándose en la pared. Lo quemó sin decir una palabra, bebió un sorbo de vino, luego se levantó y se fue. Soy una estúpida. ¿Qué se suponía que era eso? Pensé, pero me lo bebí y seguía atascada, sin moverme. Cinco minutos después, se sentó de nuevo a mi lado, puso una botella de vino en la acera, sacó su navaja, la abrió y dijo: *"Si vas a recordar Hungría por el sabor del vino, entonces empieza a beber mejor, y me aseguraré de que no sólo recuerdes el sabor del vino"*. Y me encantó su cuento de hadas. Esa noche hablamos hasta el amanecer, todo el tiempo sentados en la acera, por la mañana desayunamos, y luego fuimos a la playa y créase o no, todavía no había nada entre nosotros. Al día



# Este día

siguiente nos encontramos para cenar en el bar que él había elegido, y de nuevo hablamos todo lo que pudimos, finalmente me despedí y me fui. Le agradecí por las dos maravillosas noches y me escapé.

—¿Qué?— Le pregunté, asombrada por la historia. —No lo entiendo. ¿Después de que te escapaste?

—Él era perfecto, perfecto, y yo era joven—, dijo Oli con tristeza.

—No confiaba en mí misma, no podía controlar mis sentimientos y tenía miedo de que me enamorara de él. Pero relájate, Lari, István no se rindió.— Levantó la mano, como para anticiparse a los accidentes.

—Dejé el pub y me mudé a una acera llena de gente hacia el apartamento. Tenía unos diez minutos a pie desde allí y cuando casi llegué a la puerta, sentí como si alguien me estuviera dando la vuelta vigorosamente, apoyándose en la puerta vecina y besándome maravillosamente. Cuando terminó, dijo: "*Olvidaste decir adiós*". Luego se dio la vuelta y quiso irse, así que, ¿qué se supone que debía hacer...?

Corrí tras él, caí en sus brazos y así pasamos la siguiente semana y media. Y entonces llegamos a *Budapest* y resultó que es un tipo bastante rico, divorciado y tiene un hijo. Estaba abrumada por todo esto, así que me escapé poco después de llegar. Dijo que lo entendía, pero que no podía olvidarlo ni aceptarlo. Así que llamó, estuvo en *Varsovia* conmigo varias veces...

La miré con su historia cariñosa y especialmente apasionada.

—¿Por qué nunca me lo dijiste, Oli? Es tan dulce.— Le envié una sonrisa irónica y me la devolvió con un golpe de almohada en la cara.

—Por eso, perra. Porque te estás riendo de mí. Ese no es mi estilo. Puedo contarte una semana y media con su polla en mi boca. Estarás emocionada, te lo garantizo.

Estuve acostada en la cama, pasaron horas, días, semanas. Olga y Atila me acompañaban, a veces István se unía a nosotros. Jugábamos juegos, leíamos libros, veíamos la televisión, generalmente nos aburríamos y nos acostábamos a convivir juntos. Éramos un poco como hermanos. Mis resultados mejoraron cada día, estaba tranquila. No puedo decir que fui feliz, porque no hubo un día en el que no pensara en Massimo, pero pude vivir. También llamé a mi madre, cada vez desde un chip diferente. Gracias a Dios, mi teléfono tenía el bloqueo de número, así que mamá pensó que el número era siempre el mismo. Y como no tenía el hábito de llamarme, sólo esperaba al teléfono, incluso cuando marcó mi número, no contesté, pero volví a llamar después de un rato.

Y así, en absoluta conspiración, la caída pasó. Era diciembre. Ya no era tan divertido, porque ya no cabía en la ropa; mi barriga era diminuta, pero era mucho más visible que hace unas semanas. Olga luchó consigo misma e István luchó contra su reticencia, hasta que finalmente un día se produjo la conversación que yo esperaba desde hacía muchos días.

—Lari, es hora de volver a Polonia o de mudarse,— dijo Oli, sentada junto al mostrador de la cocina mientras desayunaba. —El bebé está bien, te sientes genial, nadie nos persigue ni nos busca, y ya ha pasado más de un mes y medio. Volvamos.

Me alegro de que haya dicho eso. Ambas extrañamos el país, yo a mis padres y amigos, Oli, lo mismo. Era maravilloso Hungría, pero me sentía como una invitada aquí y no podía imaginarme quedándome aquí para siempre.

—¿Estás bien, Oli, se lo has dicho a István?

—Sí, hablamos toda la noche, él entiende la decisión. Y creo que han pasado unas semanas desde que aceptó el hecho de que no hay futuro para nosotros.

Atila bajó a la cocina y, como siempre, me abrazó fuerte, besándome en la cabeza.



# Este día

—¿Cómo está mi mamá favorita?— Preguntó.

El hecho de que fuera gay me ayudó a acercarme mucho a él. A pesar de que era uno de los chicos más hermosos que he visto, lo traté como a un hermano.

—Me siento tan bien que nos iremos pronto— dije, abrazando su hombro.

Saltó como si se quemara, caminó alrededor de la isla desde el otro lado y se apoyó en la parte superior con dos manos, gritando:

—¡No puedes irte y dejarme aquí! Además, Laura no debería volver a cambiar de médico. Y si empeora en Polonia, ¿quién se ocupará de ello? No estoy de acuerdo. No vas a ir a ninguna parte.

Cuando terminó de gritar, golpeó el tablero con la mano y me clavó su enfadada mirada en mí. Me sorprendió su reacción. De repente, pasó de ser un niño maravilloso a un hombre totalitario que no quería renunciar a lo que era suyo.

—¡Atilla, no te hagas el tonto!— resopló Oli, levantándose. —No nos grites porque me molesta cuando actúas como un idiota. No te dejaremos, sólo volveremos al campo, ¿entiendes? Hay aviones, coches, y no viviremos en Canadá. Puedes vernos todas las semanas si quieres, y tenemos unos tipos increíbles en Varsovia.

Me levanté y me acerqué a él, abrazando su cabeza y su musculoso cuerpo.

—Vamos, Godzilla, no te enojas,— dije. —Ven con nosotros si quieres, pero tenemos que volver.

Le di una palmadita en la espalda y subí las escaleras. Como esperaba, no esperé mucho tiempo, y mi hermano adoptivo gay corrió tras de mí. Corría en la habitación como una tormenta y cerró la puerta. Se acercó a mí, me puso la mano alrededor del cuello y me apretó contra la pared. Sentí un cosquilleo familiar en el estómago; sólo Massimo me trataba así. De repente, su lengua se metió brutalmente en mi boca, y todo su cuerpo se aferró a mí. Cerré los ojos y por un momento pareció que retrocedía en el tiempo. Nuestras lenguas bailaron entre sí en un perfecto



# Este día

ritmo perezoso, mientras enormes manos abrazaban afectuosamente mi rostro. Los labios suaves envolvían mis labios, eran cálidos, apasionados y salvajes.

—Atila, ¿qué estás haciendo?— Susurré aturdida, girando la cabeza a un lado. —Dijiste...

—¿Realmente creíste que era gay?— me preguntó, moviendo su mano alrededor de mi cuello. —Laura, soy cien por ciento heterosexual. Te he deseado casi desde el momento en que llegaste a esta casa, me encanta cómo hueles y cómo te ves cuando te despiertas. Me encanta cómo levantas una pierna y la apoyas contra la otra cuando te lavas los dientes, cómo lees un libro y te muerdes los labios cuando piensas en algo,— suspiró. —Dios, cuántas veces te quise entonces.

Estaba tan sorprendida que al principio no entendía lo que me decía. Y no fue más fácil porque todavía estaba lamiendo mi lengua.

—Pero estoy embarazada y estoy casada con un mafioso al cien por cien. ¿Eso te afecta?— Lo alejé. —Chico, te estoy tratando como a un hermano, ¿y tú guardas toda esta apariencia que se supone que eres un marica para follarme? Jesús, eso es asqueroso.— Me enojé y abrí la puerta. —¡Lárgate de aquí!— Cuando no reaccionó, grité: —¡Vete a la mierda, Atila!

Olga, como correspondía, apareció después de unos segundos y se paró en el umbral.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué gritas?

—Sólo estoy gritando. Empaca, nos vamos.

Oli nos miró a los dos con una ansiedad descubierta y, al no tener respuesta, se dio la vuelta y se fue a su habitación.

Después de dos horas estábamos listas para irnos. Olga se despidió la mayor parte del tiempo de István, a quien aparentemente nuestra partida no se ajustaba a él. No tengo ni idea de cómo le agradeció ella esta estancia de varias semanas, pero él estaba bastante satisfecho cuando salieron de su dormitorio.



# Este día

Lo besé y me abrazó como mi padre y no soltó los brazos durante mucho tiempo. Me gustaba, me sentía tranquila con él y sabía que, a diferencia de su hijo, no tenía malas intenciones.

—Gracias,— le dije, rompiendo el abrazo.

—Lláname cuando llegues.

Atila se fue de la casa después de nuestra pelea y no volvió hasta que nos fuimos. Lo sentía, pero por otro lado, estaba enojada con él, así que el balance de sentimientos se equilibró, así que al final su ausencia no me molestó mucho.

El camino a Polonia resultó ser largo, definitivamente demasiado largo, y debido a que nuestra partida fue bastante repentina, no sabíamos a dónde ir. Nos sorprendió sólo a medias.

—Lari, ¿sabes lo que se me ocurrió?— preguntó Oli.

—Creo que es lo mismo que a mí. ¿Que no podemos volver a nuestro apartamento?

—Uh, ahí, lo descubrí hace unos días, eso no es de lo que estoy hablando.

La miré preguntando.

—Verás, he estado pensando en ello durante un tiempo y nuestra huida no tiene ningún sentido, él te encontrará de todas formas, lo quieras o no. Además, cariño, hay formas legales de arreglar tus asuntos, y sólo porque Massimo sea un hijo de puta, no tiene sentido joder tu vida. Has respirado, has cobrado vida, te has calmado. No te digo que lo llames ahora, pero nos aseguraremos de que no nos encuentren. Estaremos en Polonia, no en Sicilia, no puede cagar aquí, sólo será un italiano proxeneta, no un don que se inclina en su cinturón.

He estado sentada aquí, escuchando cada palabra que ella dice. Ella tenía razón, y yo actué como una idiota egoísta. Me escapé y me metí en el espíritu culpable de Olga, que ya estaba harta de toda esta situación.

—En realidad, tienes razón, lo admito. Pero no quiero volver a nuestro apartamento. Por ahora nos quedaremos en mi antiguo hotel en el centro y buscaremos algo de calma. Tenemos dinero. Sólo será cuestión de

# Este día

elegir el distrito. Lo que más me gustaría es vivir en *Wilanów*, pero no en *Miasteczko*, sólo más lejos. Hay paz, edificios bajos, cerca del centro, una clínica al lado. Me conseguiré un médico y me asegurare de no morir de dolor en el parto.

—Veo que has planeado todo.

—Por supuesto que sí. Se me acaba de ocurrir.— Me encogí de hombros.

Cuando llegamos a Varsovia, la tarde estaba cayendo. Mientras tanto, llamé a Natalia, una amiga con la que trabajaba, y le pedí que me reservara una habitación a su nombre. No quería huir más, pero tampoco quería facilitarle las cosas a mi marido registrándome en el hotel con mi nombre. Cuanto más nos acercábamos a nuestro destino, más cansadas estábamos, y mientras conducía desde la frontera, apreté el acelerador, queriendo llegar allí lo antes posible.

Corrí a través de la carretera de desvío; estaba en medio de la noche y casi no había tráfico. Luego vi luces azules parpadeantes en el espejo retrovisor y luego en el parabrisas.

—Oh, mi culo, la policía.

Olga giró la cabeza hacia el parabrisas, completamente indiferente a la situación.

—¿Cuánto tiempo estuviste conduciendo?

—No lo sé, pero mucho.

—Está bien, va a estar bien.

Desafortunadamente, después de quince minutos y confesiones sobre el embarazo, un largo viaje y un mal presentimiento, los policías me pusieron una multa y puntos de penalización en el carnet. No estaba muy preocupada, pero tenían que identificarme, y eso significaba que Massimo averiguaría dónde estaba. Puede que estuviera paranoica, pero tuve que considerar la posibilidad de que Massimo tuviera acceso a las bases policiales. Cuando finalmente llegamos al hotel, pagué una semana por adelantado y me fui a dormir.





# Este día

Después de tres días, encontré un apartamento, no donde lo quería, pero era tan hermoso que no pude resistirme. Para evitar que el propietario pidiera firmar el contrato, pagué seis meses por adelantado y le di un depósito. Estaba feliz.

El apartamento, por desgracia, estaba muy cerca de donde vivía Martin, mi ex, pero sabía que, aunque nos encontráramos, seríamos como dos extraños.

Nos mudamos y respiramos - finalmente, después de tantas semanas estábamos en casa. El apartamento resultó ser maravilloso, demasiado grande para nosotras dos, pero fue un detalle. Un gran salón con una cocina abierta ocupaba la mitad de la superficie, había tres dormitorios y un armario, dos baños y un baño de invitados. No pretendíamos hacer fiestas ni nada aquí, pero siempre era mejor tener más que menos.

Era martes. Estábamos sentadas en un gran sofá en la sala de estar, mirando la televisión.

—Tengo que visitar a mis padres,— dijo Olga. —Por un día, máximo dos. Iré a casa de tus padres también, para terminar su historia, ya que es bueno para ti ahora. Mañana por la mañana me voy, mi madre me ha llamado hoy y me está torturando, así que iré.

—Adelante. Claro,— dije. —Voy a hacer lo mismo que he estado haciendo durante unas semanas, así que me voy a recostar, compensando los huecos en películas.



Oli se fue al día siguiente por la mañana, y después de unas horas en casa me sentí sola. Encendí el ordenador y revisé el repertorio de cine a toda prisa. Aparecieron tantas películas que quería ver que compré entradas de inmediato para dos proyecciones, una después de la otra. En total, pasé casi cinco horas en el cine, asumiendo la diferencia entre estar en casa o en una silla de cine.

Cuando mi maratón terminó, cogí un taxi y volví a Wilanów. Habiendo girado la llave de la puerta, escuché la televisión. ¿Ya había

# Este día

vuelto Olga? Vaya sorpresa. La cerré con llave y me dirigí a dónde venían los sonidos. Estaba bastante oscuro en el apartamento, la oscuridad sólo se iluminaba por el brillo del televisor. Miré la pantalla y mi corazón se detuvo: estaba soñando con la misma pesadilla por primera vez. La imagen de la televisión estaba dividida por la mitad: en un lado del vídeo de vigilancia había una escena de la traición de Massimo, y en el otro lado había una reunión en el jardín. Me senté en el sofá y sentí que me estaba debilitando. En algún momento alguien apretó la pausa y la película se detuvo. Respiré profundamente, sabiendo que estaba aquí. Cerré los ojos.

—¿Massimo?

—Si miras de cerca lo que hay a la izquierda, verás el maldito trasero de mi hermano, que no tengo. Si miras al lado derecho, verás que estaba sentado en el jardín con gente de *Milán*.

Al oír su voz, casi lloré, estaba aquí, pude olerlo, pero no lo escuché en absoluto.

—Laura, levántate y mira, y luego explícame qué diablos te pasó todas estas semanas.— Gritó cuando no reaccioné. —Si quieres alejarte de mí, dímelo a la cara, y no huyas y te escondas de mí. Me trataste como tu peor enemigo, no como un marido. Y, por si fuera poco, pensaste que era un idiota que te traicionaría con alguien que realmente odias.

En ese momento la luz de la sala estaba encendida, y Don se levantó de su silla y se paró frente a mí. Levanté la mirada y lo miré a los ojos. Era el hombre más hermoso del mundo. Vestido con pantalones negros y la camisa del mismo color, se veía impresionante. Se puso de pie y me atravesó con su mirada glacial; hacía mucho tiempo que no sentía ese hielo ártico sobre mí. Me obligué a quitarle los ojos de encima porque me dolía verlo. Moví mis ojos hacia la televisión. Massimo presionó la grabación de nuevo. Todo lo que dijo tenía sentido y toda la situación se aclaró de repente. Rebobinó una docena de minutos atrás y lo vi claramente levantarse de la mesa y después de unos momentos, aparece en la biblioteca donde su hermano se estaba cogiendo a Anna. Fue malo para mí. A pesar de lo terrible que fue en ese momento, probablemente nunca me sentí así antes en mi vida. La cagué, sólo humanamente,



# Este día

cometí un error y la cagué. Quería abrir la boca para decir algo, pero no sabía qué sería lo apropiado en esta situación.

—Adriano se fue,— Massimo habló. —Y se llevó a Anna con él, a quien hizo probablemente la mujer más feliz de la tierra. Gracias a esto, la tregua fue oficialmente sellada, y estoy seguro de que estarás a salvo. —Se sentó en la silla de al lado. —Empaca. Todavía podemos volar a Sicilia hoy.

—No dejaré a Olga.

—Está con Domenico de camino a sus padres. Deberían estar aquí en una hora, empaca.

—No tengo nada que empacar.

—Entonces vístete y ven.— Dijo firmemente, levantándose de la silla.

Estaba enojado, realmente enojado hasta el límite. Nunca fue tan indiferente y frío conmigo. No quería despertar su ira, así que hice lo que dijo.

Llegamos al aeropuerto en quince minutos, quince largos y silenciosos minutos. Cuando me subí al avión, Massimo me dio una pastilla y un vaso de agua.

—Por favor, toma un sorbo.— dijo con toda la calma posible.

—No quiero, puedo hacerlo.

—Ya has puesto a mi bebé en riesgo lo suficiente, así que no compruebes hasta dónde está mi límite.

Me tragué la medicina y fui educadamente hacia la habitación con cama. Agarré una manta de lana, me cubrí y cerré los ojos. Estaba tranquila y feliz; la conciencia de que no me había traicionado me dio un alivio que no había sentido desde nuestra luna de miel. Sabía que teníamos que hablar, pero como necesitaba tiempo, iba a darle todo el que necesitara. Lo importante es que era mío otra vez.

Cuando abrí los ojos, ya era de mañana y estaba acostada en mi cama en Sicilia. Sonreí y llegué al otro lado en busca de mi marido, pero como de costumbre no estaba allí. Me puse mi bata y fui a la habitación de

# Este día

Olga. Estaba a punto de agarrar la manija cuando recordé que ella podría no estar sola. Lo más silenciosamente posible, miré dentro. Estaba en la cama cubierta con un portátil.

—Hola— dije, cerré la puerta y me metí en ella. —Massimo está tan enojado que no me habla, sólo da órdenes. Me cabrea.

—¿Te sorprende? No hizo nada, y fue acusado de traición, y tú le quitaste lo que más ama en el mundo. Lo siento, cariño, y sólo voy a decirte esto, pero creo que tiene razón. Probablemente te mataría si fuera él, en serio.— Cerró la computadora. —Te dije que él no lo hizo, pero no me escuchaste. Tal vez te enseñe a explicar la situación, no a huir de ella.

—Voy a hacer esta penitencia con humildad,— dije, cubriéndome con una manta. —¿Qué tal Domenico?

Olga sonrió y cerró los ojos. Ronroneó algo bajo durante un rato, hasta que aclaró las cosas en su cabeza y empezó a hablar:

—Vino a buscarme ayer cuando estaba en casa de mis padres. Imagina mi sorpresa cuando saqué al perro a pasear, salí delante de la reja y ahí estaba. Estaba parado ahí, como, ya sabes, italiano, serio, en ese negro Ferrari de Massimo. Dios, qué hermoso era... Me lancé sobre él y luego el perro salió corriendo.

Resoplé una risa.

—No puede creerlo.

—¿Qué quieres decir con "no puede creerlo"? Tristemente, ese maldito mestizo se sacudió y se largo, y yo lo quería hacer antes, porque es el perro amado de mi madre. El malicioso chupavergas estaba corriendo por la finca, y yo estaba como un idiota detrás de él.

—¿Y Domenico?

—Y Domenico estaba allí de pie, observando toda la situación. Ya sabes, tenía sus ventajas porque me centré en el maldito perro en lugar de querer chuparlo bajo el bloque. Laura, he estado viviendo casi dos meses sin sexo. ¿Cuánto puedes...?

—¿Y István? Cuando estuvimos en Budapest, tú y él... nada...

140



# Este día

Oli retorció la cabeza y se podía ver el orgullo en su cara.

—No había nada, me acosté con él, lo abracé, pero nada más, y luego agarré a ese maldito animal, lo llevé arriba, me despedí de mis padres y quince minutos después caminaba con gracia hacia él. Abrió la puerta del coche y antes de que yo entrara, me apoyó contra el lateral del coche y me besó. Pero, Lari, cómo lo hizo, te lo digo... Como si quisiera comerme. Me lamió como lo hacíamos en la secundaria, cogiéndome con su lengua...

—¡Está bien, lo entiendo!— Me estaba cubriendo la boca.

—Y luego me follo en el camino. Ya no con su lengua. Sólo que el mendigo no tuvo en cuenta que sería imposible en ese vehículo, así que tuvimos que bajar. Bien, estábamos tan calientes el uno con el otro, que no nos importaba si hacía cero grados afuera. Sabes, fue nuevo para él y admitiré que mi culo desnudo también. Sólo ocasionalmente lo he expuesto desnuda a estas condiciones, pero sólo lo he hecho en circunstancias excepcionales. Pero no pudimos hacerlo una vez más y nos metimos tres veces en el bosque a la orilla de la carretera, así que llegamos tarde al avión. Quiero decir, sé que es privado, pero también tiene horas en las que tiene que volar. Bueno, me voy a resfriar de todas formas, puedo sentirlo.

141

—¿Así que todos volamos juntos?— Tenía curiosidad. Diez minutos después de tomar la píldora, no recordaba nada.

—Sí, yo, tú, Domenico, Massimo y su seguridad.

—¿Y qué dijo Black en el vuelo?— Pregunté, mirando las almohadas.

—Nada, porque no estaba sentado con nosotros. Estuvo mirándote todo el viaje mientras dormías. Parecía que estaba rezando. Me encontré con él un rato, lo vi, pero no quiso hablarme. Luego te sacó del avión y te puso en el coche, y en casa te acostó, te vistió con el pijama y te volvió a mirar, sentado en la silla. Lo sé porque quería ayudarlo con todo esto, pero no me dejó. Luego Domenico me llevó al dormitorio y eso fue lo que pasó esta mañana.

—Estos van a ser días difíciles— suspire. —Bien, tengo que ir al estudio, llamar al doctor y hacer una cita. Vuelvo enseguida.



# Este día

Fui a buscar el teléfono y marqué el número de la clínica. Como siempre, el nombre mágico de Torricelli hizo que se me abrieran todas las puertas. Tenía más opciones que el mortal promedio. Me vestí con una túnica de lana suelta en gris, mis queridas botas negras *Givenchy* y una chaqueta de cuero. No había invierno en Sicilia, pero el hecho era que el calor estaba fuera de discusión. Cuando volví a la habitación de Oli, me sorprendió descubrir que estaba lista.

—Sugiero que desayunemos en la playa. ¿Qué te parece?— lo lanzó de forma divertida. —Iremos a este pequeño restaurante en *Giardini Naxos*. Domenico y yo solíamos ir a pasear allí cuando estabas con Massimo en el Caribe. Tienen una deliciosa tortilla con jamón y queso que ellos mismos hacen.

—Eso es maravilloso. Tengo una cita en dos horas, así que vamos. Vamos.

Atravesamos una casa completamente vacía y cuando salimos a la entrada, dejé a Oli, y rodeé el edificio y fui al garaje para conseguir un *bentley*. Abrí la caja donde siempre estaban colgadas las llaves del coche y me sorprendió descubrir que, aunque los coches estaban estacionados, no había ni siquiera un par dentro.

—¿Qué carajo?— dije.

Vi a un guardaespaldas sentado en el jardín, así que me dirigí hacia él para averiguar qué estaba pasando.

—Oye, quiero ir al médico, ¿Sabes dónde están las llaves?

—Desafortunadamente, no puedes dejar la propiedad. Esa es una decisión de Don. El doctor vendrá a ti. Si necesitas algo más, díselo y él te lo entregará.

—¡Tienes que estar bromeando!— Grité. —¿Dónde están Massimo y mi guardaespaldas Paolo?

—Don se fue y se llevó a María y a Domenico con él, volverán mañana. Hoy estoy a su disposición.

Joder, me he pasado de la raya, mire a mi gorila.

¡No hay forma de salir de casa!

142





# Este día

Pasé por delante de Olga, que estaba atrapada en el umbral de la villa.

—Apesta para los crampones, no para el trineo. Estamos castigadas, no se nos permite salir, no hay llaves de los coches, la puerta está cerrada, no hay barcos en el muelle, y el muro alrededor de la mansión es demasiado alto.

—Te enojarás más tarde, Lari, ahora vamos. —Se encogió de hombros y me abrazó. —Esa tortilla de ahí no era tan buena.

Después de unas horas y una visita al médico, que dijo que todo estaba bien y me sacó sangre, empezamos a aburrirnos. Así que se me ocurrió la brillante idea de encargar una peluquería y cosas de estética. En una hora todo el equipo ya estaba en la propiedad con el equipo.

Como es sabido, no hay nada mejor para un aburrimiento agudo que una manicure, pedicure y peluquero. Hicimos nuestras uñas, luego cortamos y refrescamos el color. Para estar segura, fui al tesoro de conocimientos del tío Google, si te tiñes el pelo cuando estas embarazada, el bebé no nacerá rojo. Tales supersticiones me las vendió mi abuela cuando era más joven. Pero resultó que no importa en absoluto, sólo tienes que advertir a tu peluquero, para que utilice otros productos. Después de casi cuatro horas nos volvimos a parecer a la gente normal, yo olía a vainilla y Olga a cerezas. No sabíamos realmente por qué no nos fuimos, cuando nuestros hombres regresan mañana, pero todas las razones eran buenas.

Después, cenamos, en el comedor dentro de la casa, porque el clima exterior no era favorable para las comidas. En diciembre sólo había unos pocos días de lluvia en Sicilia y hoy fue uno de esos días. Oli vació una botella de vino y simplemente se emborrachó, y luego se fue a dormir.

No estaba cansada en absoluto. Encendí el televisor y fui a mi armario, me paré en el lado donde estaba colgada la ropa de Massimo y comencé a buscar desesperadamente su olor entre ellas. Estaba escarbando en el estante, estante por estante, pero todo olía sólo a limpieza. Finalmente, me encontré con una chaqueta de cuero, en la que se había asentado el intenso olor a Black. La saqué de la percha y me senté en la alfombra, abrazándome. Quería llorar cuando pensaba en lo loca que estaba por la

# Este día

ansiedad y la desesperación. Recordé cómo lo traté cuando me llamó y me salieron lágrimas.

—Lo siento— susurré, y bajaron lágrimas por mis mejillas.

—Conozco la palabra...— oí una voz a mis espaldas.

Levanté los ojos y vi a Massimo parándose frente a mí. Estaba de pie con un traje negro, y sus ojos fríos y muertos me miraban cuidadosamente.

—Estoy enojado contigo, pequeña. Nadie me había llevado a tal furia antes. Quiero que sepas que me obligaste a deshacerme de los mejores que no te cuidaron. Volando por Europa buscándote, también he perdido un negocio lucrativo, que ha roto mi autoridad con otras familias.— Entro al armario y colgó la chaqueta. —Estoy cansado, así que déjame ducharme e irme a dormir.

No creo que nunca haya sido tan indiferente conmigo; sentí que lo estaba perdiendo, que se alejaba de mí. Cuando escuché el sonido del agua golpeando el suelo, decidí arriesgarme. Me desnudé y entré en el baño. Black estaba desnudo, y el agua caliente le bajaba por sus divinos músculos. Se veía exactamente como cuando lo vi por primera vez en toda su gloria. Apoyó los codos contra la pared, permitiendo que su cuerpo estuviera rodeado por el agua caliente de la ducha. Bajé por detrás y le puse las manos encima, y mis manos se dirigieron espontáneamente a su masculinidad. Antes de que llegaran a su destino, las agarró y se volvió hacia mí, sosteniendo mis muñecas.

—No,— dijo en un tono tranquilo y confiado.

Me apoyé en el vidrio, sin poder creer que me estaba alejando.

—Quiero volver a Polonia,— dije, Me sentí ofendida, giré hacia la salida de la ducha. —Avísame cuando termines.

Mi provocación funcionó en él como una diana. Me agarró la mano y me empujó a la pared con un movimiento enérgico.

Estaba mirando mi cuerpo con unos ojos fríos, mientras que al mismo tiempo suavizaba la forma en que sus ojos corrían con sus delgadas manos.



# Este día

—Tienes una barriga— sonrió, arrodillándose ante mí. —Mi hijo está creciendo.

—Es una niña, Massimo, y sí, es bastante grande. Mide unos nueve centímetros.

Se apoyó con su frente contra mi vientre y se quedó quieto, sin hacer nada por el agua caliente que fluía por su espalda. Me rodeó con sus brazos y me agarró las nalgas, metiendo sus dedos firmemente en ellas.

—Sólo Dios sabe el sufrimiento que me has causado, Laura.

—Massimo, por favor, hablemos.

—Ahora no. Ahora habrá un castigo por huir.

—No puede ser demasiado grave, por desgracia.— Black se congeló, clavándome los ojos. —El embarazo está en peligro.— Susurré, acariciando su pelo. —Por eso no podemos...

Sin dejarme terminar, se puso de pie. Su mandíbula se apretó a un ritmo aterrador, y su pecho se agitaba al ritmo de un galope. Tenía la impresión de que el agua que fluía sobre él pronto comenzaría a evaporarse bajo la influencia del calor de la rabia que sacudía su cuerpo. Se alejó de mí, apretó los puños e hizo un aterrador rugido de sí mismo, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Me di una bofetada en mi mente por la estupidez y la forma en que le revelé mis problemas de salud. Me abofeteé así, escondiendo mi cara en las manos hasta que le oí gritar algo en italiano. Agarré una toalla y casi corrí hacia el vestuario, de donde Massimo salió vestido modestamente, con pantalones de chándal gris y zapatos deportivos. Tiró el teléfono que tenía en la mano y me miró como si fuera a matarme. Yo quería detenerlo, pero él sólo levantó sus manos en alto y me pasó sin decir una palabra, bajando. Agarré su camisa, las bragas de encaje que me había quitado antes, y corrí tras él.

No me vio, estaba caminando por el pasillo, golpeando las paredes con los puños y gritando algo en italiano. Desapareció, bajando las escaleras, y yo me quedé congelada frente a la puerta que daba al sótano, con la que dio un portazo. Nunca había estado allí antes, de alguna manera no

# Este día

quería particularmente revisar las habitaciones de abajo. La verdad es que mi imaginación me envió todo tipo de imágenes: un cadáver encerrado en la nevera o una sala de tortura donde un hombre desnudo atado está sentado en una silla. Generalmente, cuando pensaba en bajar allí, mi corazón se aceleraba como loco, pero no lo suficiente como para detenerme. Decidí bajar.

Agarré la manija y me deslicé silenciosamente a través de la puerta. Caminé cuidadosamente por los escalones ligeramente iluminados, y desde la distancia pude oír los sonidos de los gemidos y los golpes. Dios me ayude, pensé, difundiendo una visión de cosas espantosas sucediendo en algún lugar cercano.

Antes de que la escalera terminara, y después de respirar profundamente tres veces, me asomé por detrás de la pared para evaluar la situación. Qué sorpresa me llevé cuando en vez de perforar mis rodillas y romper la rueda vi una sala de entrenamiento. Un saco de boxeo colgaba del techo, junto a él había un adoquín, palos de *pull-up*, un maniquí de lucha y docenas de otras cosas que no tenía ni idea de para qué servían. Mirando el interior, descubrí que en algún momento la habitación estaba girando, creando una forma de L. Caminé silenciosamente hacia la siguiente pared y me asomé por detrás para ver qué estaba pasando.

Vi algo así como una jaula, con Massimo y uno de nuestros guardaespaldas dentro. Le daban puñetazos, o mejor dicho, era Black quien le daba una paliza increíble. Aunque la diferencia de peso entre ellos era significativa, Don no tuvo problemas para hacerlo pedazos. Cuando su oponente levantó las manos en un gesto de rendición, otro hombre entró en la jaula, y Massimo empezó de nuevo.

No tenía ni idea de que podía luchar, estaba convencida de que tenía gente para eso. Como podía ver, me equivoqué. Su cuerpo estaba increíblemente estirado, estaba en excelentes condiciones, pero nunca pensé que se lo debía a la lucha. Hizo patadas muy altas y usó su jaula para vencer a su oponente. No diré - esta vista era bastante sexy e incluso el hecho de que Massimo estaba extremadamente enfadado no hizo ninguna diferencia para mí.

146



# Este día

Después de terminar otro sparring, hizo rugir de nuevo a ese animal y cayó dentro de la jaula, apoyándose en su costado. Una de las personas le dio una botella de agua y los tres se dirigieron hacia la salida, por lo que tenían que pasar por donde estaba. No me importaba si me veían, ni siquiera traté de esconderme; después de todo, era su esposa. Cuando pasaron junto a mí parada en la camisa negra, cada uno de ellos asintió suavemente con la cabeza y luego se fueron. Respiré profundamente y me dirigí hacia el exhausto Massimo, que sólo levantó los ojos al sonido de mis pasos. No le sorprendió especialmente mi vista. No le importaba en absoluto.

Habiendo aprendido del ejemplo de la situación en la ducha, decidí acercarme a mi marido de manera más inteligente. Abrí la puerta desde la red y, al atravesarla, me desabroché lentamente la camisa. Cuando estaba a un metro de él, la abrí, mostrándole mis generosos pechos y sus favoritos calzones de encaje rojo. Sus ojos se oscurecieron y se mordió el labio. Bebió el resto del agua de la botella y luego, con un gesto de descuido, la tiró a la esquina de la jaula. Sin decir nada, me paré frente a él, de modo que su cabeza estaba a la altura de mi vientre, y ostentosamente me quitó las bragas, arrojándolas sobre su vientre sudoroso.

147

Olía maravilloso; el sudor que se evaporaba de él, combinado con el aroma del gel de ducha, era la mezcla de aromas más sexy del mundo. Me atrajo como el más maravilloso aroma. Sabía que tenía que hacer el primer movimiento, o más bien toda una serie de movimientos, porque Massimo no se movía.

Me agaché y agarré el resorte de su pantalón de chándal, enganchando mis dedos en ellos. Miré la cara de Black como si buscara aprobación en ella. Desafortunadamente, era apasionado.

—Por favor...— Susurré en voz baja con mis ojos vidriosos.

Sus caderas levantadas, permitiéndome quitarle los pantalones. Cuando arrojé los chándales mojados sobre la alfombra, los muslos ligeramente inclinados de Massimo revelaron una maravillosa erección monumental.

# Este día

No habría sido sorprendente si no hubiera sido por el hecho de que había estado luchando contra tres hombres durante unos veinte minutos, y treinta minutos antes de eso, había estado ardiendo de lujuria.

Me paré sobre él otra vez, extendí mi mano y puse dos dedos de mi mano derecha en la boca de Black. Cuando los encontré lo suficientemente húmedos, los saqué y bajé mi mano para frotar mi coño con su saliva. Antes de que mi mano llegase al objetivo, Massimo me agarró de la muñeca y con avidez me pegó los labios al clítoris. Gemí por placer y empujé mis caderas hacia él, sosteniéndome de las redes detrás de él. Me lamió, penetrando profundamente en mí con su lengua y apretando sus manos en mi trasero. No quería llegar a la cima, no necesitaba un orgasmo, sólo quería su cercanía. Me pareció que cuando lo sentí dentro de mí, junto con el sentimiento de ser llenada por él, el perdón vendría.

Lo agarré por el pelo y le arranqué la cabeza, apoyándola en el pecho. Lentamente, me caí, y cuando nuestros ojos estaban a la misma altura, sentí los primeros centímetros de su hinchada masculinidad entrar en mí. Black abrió la boca y respiró fuerte sin apartar los ojos de mí. Estaba ardiendo, lo sentí, su deseo era casi tangible. Me deslicé aún más abajo sobre su estómago, marcando el ritmo de toda la situación. Sabía que no le gustaba cuando yo estaba en el poder, pero si no me dejaba terminar lo que yo decía, debería haber sabido que no sabía cómo actuar.

Apreté sus caderas desnudas con mis muslos y me acurruqué fuertemente en su cuerpo sudoroso. Sólo tenía un deseo en ese momento: sentirlo dentro de mí. Agarré su labio inferior con mis dientes y empecé a chupar. Massimo me agarró suavemente las nalgas y empezó a hacer ligeros movimientos con ellas, y luego más rápidos y fuertes. Todo el tiempo que me estaba moviendo, me miraba como si me estuviera mirando a los ojos para confirmar lo que estaba haciendo.

—Lo siento— casi susurré, apoyándome en mis rodillas contra el piso y agarrando la red detrás de su cabeza.

Mis caderas se aceleraron a pesar de mi voluntad, dándole a mi cuerpo un impulso cada vez más rápido. Un pánico se deslizó en su mirada, que me estaba enloqueciendo.



# Este día

Me cubrió la espalda y golpeó la alfombra con un movimiento, inmovilizándose por debajo. Se colocó sobre mí, apoyado en sus codos, y su nariz se pegó a mis labios.

—Soy yo quien lo siente— respondió en voz baja, penetrándome de nuevo.

Se movía tan suavemente que casi olvidé lo brutal y tenaz que era. Su cuerpo rítmicamente ondeante me dejó completamente extasiada. Sabía que al igual que yo, no quería ser excéntrico o raro, sólo quería sentirme. En un momento dado se detuvo a mitad de camino, apoyando su frente contra la mía, y apretó los párpados con firmeza.

—Te quiero tanto...— ...susurró. —Te escapaste, me arrancaste el corazón y te lo llevaste contigo todas estas semanas.

Cuando escuché eso, se me atascaron las palabras en la garganta, y las lágrimas se me vinieron a los ojos. Mi maravilloso y fuerte marido se me reveló ahora, castigándome con sinceridad. Su labio inferior me quitó hasta la última gota de mi mejilla.

149

—Moriré sin ti,— dijo, y su polla empezó a moverse en mí otra vez.

No quería llegar, y, además, no tenía ganas de hacerlo después de las palabras que escuché. Sólo quería que se saturara con lo que le privé tan brutalmente hace unas semanas.

—Aquí no.

Sólo me levanto de la alfombra y me llevo.

Desnudo, pasó por la primera habitación y, al pasar por la segunda, agarró una de las toallas que estaban en el estante. Me bajó un momento y cuando se envolvió las caderas con él, me tomó en sus brazos otra vez y subió las escaleras. Me llevó por los pasillos sin decir una palabra, volviendo la mirada de vez en cuando en alguna puerta. Finalmente llegó a la biblioteca y me puso en la alfombra junto a la chimenea apenas humeante.

—La primera noche, cuando quisiste huir y te detuve allí mismo, pensé que no podía.— Dejó caer la toalla y lentamente comenzó a deslizarse dentro de mí. —Cuando tu bata de baño estaba levantada, todo



# Este día

lo que soñé fue con entrar dentro de ti. —Su gran polla se hundió hasta el final, y yo gemí, echando la cabeza hacia atrás. —Te deseaba tanto que cuando mataba a un hombre, podía ver cómo te follaba.— El cuerpo de Black se movía cada vez más rápido, y la tensión comenzó a acumularse en el mío. —Más tarde, cuando perdiste el conocimiento y te vestí...

—Mentiroso.— Lo interrumpí, respirando fuerte. Lo recordé diciéndome que María me vistió.

— ...mojé mis dedos en ti, estabas tan mojada. Y aunque estabas inconsciente, gemías de placer cuando los sentías dentro de ti.

—Pervertido— susurré.

Me silenció con un beso, y su lengua me follo apasionadamente el interior de la boca. Se apartó un rato y me miró. Me agarró la cara con las manos y extendió la mano con un fuerte gemido, vertiendo tanto esperma caliente que tuve la impresión de que su polla había crecido unos centímetros más. Terminó, y luego cayó sobre mí, apoyando su cabeza en la curva de mi cuello.

150

Después de unos minutos de estar acostados, sentí que su corazón volvía gradualmente a su ritmo normal.

—Coge la toalla, pequeña— ordenó, ligeramente. —me la pondré en la cintura cuando me levante.

Obedecí su orden. No esperaba encontrarme con nadie en el camino, pero de hecho, es mejor que nadie más que yo le mire las nalgas.

Massimo y yo recorrimos todo hasta que llegamos arriba, aterrizando en la ducha de nuevo. Se quitó la toalla y la camisa que yo llevaba todo este tiempo. Abrió la ducha y ambos nos quedamos bajo agua caliente.

Veinte minutos más tarde, ya estábamos acostados en la cama, con la diferencia de que la posición estándar, es decir, "*yo bajo el brazo*", fue sustituida por una nueva, titulada "*Massimo habla con el vientre*".

Parecía que su cabeza estaba recostada sobre mis muslos, su barba se apoyaba en mi monte de Venus y mi mano acariciaba el bulto visible de mi cuerpo.



# Este día

—¿De qué estás hablando?— Pregunté, cambiando de canal en la televisión.

—Le digo a mi hijo cuántas cosas inusuales le esperan aquí, de quién tendrá que cuidarse y de quién puede deshacerse.

—Será una niña, Massimo. Además, todos deberían tener cuidado conmigo.— Massimo movió los ojos del vientre hacia mí.

—Me gustaría, si me disculpas, terminar lo que le digo.— Abrió la boca para decir algo, pero levanté la mano, dejándolo pasar.

—No me interrumpas. Sabes muy bien que debido a mi corazón enfermo, este embarazo no es fácil para mi cuerpo. Los acontecimientos de esa noche asquerosa tampoco me ayudaron y el médico en Hungría dijo...

—¿Dónde?— Había un asombro en su cara. —¿Te has estado escondiendo de mí en Hungría todo este tiempo?

—¿Qué, pensaste que me sentaría en Varsovia, en nuestro apartamento y esperaría a que vinieras? ¡Como sea! Estuve en problemas durante unas semanas y reposé, porque esa fue la recomendación, no salí, no hice nada, sólo me acosté. Pero como no estaba interesada en el sexo en ese momento, no le pregunté al médico si podía hacerlo.

—Estoy enfadado contigo...— gruñó, se levantó y se acostó en su lado. No pude soportarlo más.

—Massimo, ¿qué se supone que soy?— Me senté en la cama y agarré mi almohada. —Te molesta que me haya escapado, vale, vale, pero siento que habría al menos un cadáver en una situación similar conmigo. Además, puedo estar fingiendo que esta perra está de vuelta en nuestra casa. Oh, y también ese patológico hermano pequeño tuyo que no puede mantener sus manos quietas. ¡Así que no me cabrees, Massimo, acepta mi humildad y muestra la tuya!

Volvió la cabeza hacia mí y me miró fijamente durante un rato. Estaba claro que no estaba acostumbrado a que una mujer se le opusiera. Cuando terminé mi oración, sentí un ligero escozor en el estómago y me agarré por el costado, ligeramente torcido.



# Este día

—¿Qué te pasa, cariño?— Massimo se levantó en sus piernas y me tocó la mano hasta el estómago. —Voy a llamar al doctor.

Lo miré con los ojos bien abiertos cuando estaba corriendo por la habitación buscando el teléfono. Estaba completamente desnudo, tenía el pelo deshecho y todavía un poco húmedo. Esta visión me hizo sentir muy feliz y satisfecha, y al mismo tiempo me hizo darme cuenta de lo enojado que debe haber estado cuando desaparecí.

—Tu teléfono se estrelló contra la pared hace más de una hora por lo que recuerdo, y estoy bien, Massimo. Tengo un cólico y eso es todo. Debo haber comido algo.— Black se congeló en medio paso y me miró para investigar. —Massimo, estás paranoico, y creo que estás a punto de tener un ataque al corazón. Dentro de unos meses tendremos un parto y si no cambias tu actitud, me temo que no vivirás para ver este hermoso momento y nuestro bebé será medio huérfano el día de su nacimiento.— Con diversión, levanté las cejas y alcancé la botella de agua que estaba junto a la cama.

Me la arrancó de la mano, sin dejarme tomar un sorbo.

152

—Esta agua está abierta desde hace tres días, no la bebas,— dijo, tirando una botella casi llena. —Te pediré un poco de leche.

Alcanzó el auricular del teléfono que estaba al lado de la cama, dijo algunas palabras y cuando terminó, se congeló con los ojos fijos en mí. Fui una estúpida. Su paranoia se estaba volviendo peligrosa y sabía que se convertiría en una molestia.

—Massimo, sólo estoy embarazada. No estoy enferma ni muriendo.

Black cayó de rodillas y puso su cabeza en mi vientre.

—Me estoy alejando de mis sentidos por pensar que algo podría pasarte a ti o al bebé. Desearía que naciera y que pudiera...

— ...para volverte loco,— lo terminé por él. —Donnie, deja de preocuparte todo el tiempo. Disfruta de tenerme en exclusiva, porque en unos meses estaré ocupada corriendo detrás de una bonita criatura.

Levantó la cabeza y me miró. Había algo nuevo acechando en su mirada.



# Este día

—¿Estás sugiriendo que no tendrás tiempo para mí?— Preguntó.

—Donnie, piensa, voy a ser la madre de un niño pequeño, requiere mucho tiempo, depende completamente de mí, así que respondiendo a la pregunta: sí, tendré menos tiempo para ti. Es natural.

—Va a tener una niñera— se ofendió, se levantó de sus rodillas, fue hacia la puerta donde alguien llamó. —Si me apetece follarte, ningún hombre, ni siquiera nuestro bebé, me impedirá hacerlo.

Bebí leche y me di cuenta de la hora que era porque mis ojos se estaban cerrando. Massimo estaba sentado en la cama con el ordenador en las rodillas, trabajando. Entrelace su pierna con la mía y puse mi cabeza contra su hombro, me quedé dormida.



Me desperté por la mañana y, como siempre, lleve la mano al otro lado de la cama. Por extraño que parezca, él estaba allí. Sorprendentemente, me di la vuelta y lo vi sentado exactamente en la misma posición con el ordenador en su regazo. Estaba durmiendo. Dios, qué dolor de cabeza, pensé, tratando de quitarle su laptop. Abrió los ojos y me sonrió.

—Hola, Donnie.— Dije en voz baja. —¿Te duele la espalda?

—No lo suficiente para lamer el coño de mi bella esposa.

Puso el ordenador en el suelo e intentó deslizarse bajo el edredón, pero se limitó a mirar y se cayó sobre la almohada.

—Date la vuelta, te daré un masaje,— dije, saliendo del edredón.

Después de un rato estaba sentada en sus nalgas desnudas, amasando su musculosa espalda.

—Siento que algo del entrenamiento nocturno te hizo pasar un mal rato.

—A veces tengo que relajarme, y la jaula es probablemente el mejor lugar para hacerlo. Además, la MMA es la forma más efectiva de combate, porque combina elementos de muchos estilos.— Giró la cabeza hacia un lado. —¡Más fuerte!

Aumenté la intensidad de la opresión, que él gemía con satisfacción.

—Me gusta esa jaula,— dije, inclinándome hacia su trasero. —Le veo mucho uso.

Massimo sonrió a pesar de su voluntad y se giro vigorosamente, cogiéndome en la cintura. Luego hizo un movimiento que yo ni siquiera note, de modo que después de un tiempo, estaba acostada aplastada por su peso.

—Verás, querida, esto también es MMA y probablemente te guste porque realmente tiene muchos usos en la cama. Tal vez te sorprenda, pero la mayor gala europea de este deporte se celebra en Polonia.— Me



# Este día

besó la nariz y fue al baño. Después de varios minutos salió envuelto en una toalla, tomó un teléfono nuevo y desapareció en la terraza.

—No creas que no sé lo que pasa en mi país, me repugna. He oído hablar de estas galas, que están constantemente volando en la televisión, pero nunca las he visto en vivo.

Olga se reunía con uno de ellos y pensó que sería divertido que yo fuera a esas citas con ella. Así que me encontró un novio - su nombre era Damian, y era definitivamente un producto de moda. Un enorme jugador calvo de MMA parecía un gladiador. Ojos azules, una nariz grande y rota, y una boca increíblemente atractiva con la que hizo maravillas. Lo pasamos muy bien; era un gran hombre, bueno y sorprendentemente sabio. Sorprendentemente, porque el estereotipo de estas personas sugería un troglodita sin escuela, mientras que él era mucho más inteligente que yo y mejor educado.

Desafortunadamente, después de varias semanas de conocimiento resultó que consiguió un contrato en España y se fue. Incluso me ofreció ir con él, pero para mí lo más importante era trabajar. Me llamó más tarde, me escribió correos electrónicos, pero no reaccioné a ellos, porque creo que las relaciones a distancia no tienen futuro.

La voz de Black me sacó de mi mente.

—¿En qué estás pensando?— Preguntó.

Decidí ahorrarle la historia de mi antiguo amante y le mentí:

—Que me gustaría verlo.

Massimo ya había salido de la terraza y, entrecerró un poco los ojos, dijo:

—Eso es genial, porque hay una gala en unos días. Tiene lugar en *Gdańsk*, así que si quieres verlo, podemos ir a visitar a tu hermano en el camino.

Al oír estas palabras, mis ojos estaban radiantes y una amplia sonrisa apareció en mi rostro. Echaba de menos a Jakub; Kuba de cariño para mí, solamente. Aunque nuestro último encuentro en la boda no tuvo mucho éxito, aún así saltaba de alegría al verlo de nuevo. Black se quedó

# Este día

allí de pie, mirándome reír, mientras yo me reía y rebotaba en el colchón, saltaba sobre él, rociando besos en su cara.

—Las mujeres embarazadas no deberían saltar,— dijo, llevándome desnuda hacia el armario. —Desayunemos.

Me puso en una alfombra gruesa y buscó con la mano los chándales que estaban en el estante.

—Follame, Donnie, aquí —dije, lanzando mis manos sobre mi cabeza y extendiendo mis piernas dobladas en mis rodillas de par en par.

Massimo se detuvo y se volvió lentamente hacia mí como si no estuviera seguro de lo que había oído. Puso los pantalones en su sitio y se acercó a mí, parándose tan cerca que casi nos tocamos los dedos de los pies. Metió sus dedos en mi coño y me miro con sus ojos negros y se mordió nerviosamente el labio inferior. Él agarró su masculinidad sin decir una palabra, entonces comenzó a mover su mano suave pero firmemente hacia arriba y hacia abajo en ella, hasta que después de un tiempo se volvió bastante duro. No ocultaré el hecho de que le ayudé un poco, metiéndole primero los dedos en la boca y luego, para su satisfacción, jugando con mi clitoris. Finalmente, cayó de rodillas ante mí y se aferró con avidez a mi pezón, mordiéndolo y chupándolo por turnos.

—Más fuerte...— estaba pasando mis dedos por su pelo.

Su lengua se tambaleaba en círculos sensuales alrededor de mi pezón, y mis dedos irritaban el clitoris hinchado. No podía esperar a que entrara dentro de mí, extrañaba tanto su polla, especialmente la sensación de que me estaba llenando por dentro. Empujé mis caderas para darle una señal de que no podía esperar, pero él lo ignoró y sus labios se acercaron a los míos. Me agarró la cabeza con fuerza y me frotó la lengua en la boca, mordiéndola y follando con tal fuerza que no pude recuperar el aliento.

—Ese es el único poder con el que puedes contar, pequeña— dijo, alejándose de mis labios.

Sabía que era por el niño, también sabía que tenía razón, pero todo mi cuerpo exigía una cogida decente. Pero humildemente acepté su preocupación y el sexo suave que me ofrecía esta mañana.



# Este día

Bajé las escaleras donde Domenico estaba lamiendo el chocolate del pie de Olga. Black justo después de que me llevó al orgasmo, el teléfono sonó de nuevo, así que me vestí y me fui a desayunar.

—¿Se están divirtiendo?— Pregunté, parada en el marco de la puerta y mirando su dulce comportamiento de mierda.

Ni siquiera me prestaron atención y aún así se ensuciaron, estaban haciendo una entrada a otra orgía.

—¡A la habitación, perversitos!— Grité, riendo, sentándome.  
—Además, sabes qué, Domenico, nunca hubiera pensado que eras un semental. Durante los dos primeros meses elegiste mis zapatos y mi ropa.

Domenico lamió la pierna limpia de Olga y le limpió la cara con una servilleta, y luego me envió una mirada desconcertada.

—Eso no es del todo cierto— dijo, sacudiendo los hombros. —No sé cuán decepcionante será esto para ti, pero la mayor parte de lo que recibías, lo elegía Massimo. Quiero decir, no el estilo, sino la ropa o los zapatos en sí. Sabe exactamente lo que le gusta de ti. Además, por lo que sé, te escucha cuando dices que algo te ha llamado la atención, como esas botas de *Givenchy*. Así que siento decir que no hice mucho.

—Oh, no jodas.— Dejó tranquilamente a Olga, agarrando su camisa.  
—Me estás vistiendo para desnudarme también.

—No, querida, soy yo quien te desnuda.— Dijo en la boca y se pegó a ella apasionadamente.

—Voy a vomitar, lo juro.— Levanté las manos en un gesto de rendición. —Te lo advierto. Estoy embarazada y tengo náuseas, así que vomitaré sobre ti. Y espero que no me guardes rencor.

En ese momento, Massimo entró en el comedor y, cuando se sentó a la mesa, volvió a sonar su teléfono móvil. Black miro su teléfono y contesto, alejándose de nosotros a otra habitación.

Domenico lo escuchó con las cejas ligeramente arrugadas, después de un rato suspiró y volvió a tomar café.



# Este día

—¿Qué es lo que está pasando?— Le pregunté a Domenico. —El teléfono no deja de sonar.

—Intereses— dijo sin mirarme.

—¿Sobre qué estás mintiendo?— Puse la taza sobre la mesa con más poder del que pretendía.

Massimo se asomó y me miró, oyendo el vidrio que golpeaba la madera, y entrecerró los ojos un poco.

—No puedo decir la verdad, no me molestes.— Lo cubrió con un alcance, y yo miré a Olga.

—Qué tonta soy,— dije en polaco. —A veces tengo suficiente de ellos, en serio.

—Oh, ya sabes...— Oli empezó por desplumar la tortita.

—¿Realmente quieres saber lo que está pasando? Lari, ¿por qué necesitamos saberlo? Creo que mientras vivamos aquí en un idilio idílico, soy feliz.

—Ya está hecho— dijo Massimo con una sonrisa, sentándose en la silla y tomando un café. —La próxima semana volaremos a Polonia. Veremos la gala, yo haré algunas cosas con Karlo, y tú, querida, veras a Jakub.

Al oírlo, Olga se enderezó un poco y puso los ojos en blanco, lo que no escapó de la atención de Domenico.

—Olga, ¿no estás contenta?— preguntó, tomando un sorbo de café.

—Te volviste loca,— me rompió con los ojos.

Jakub, mi querido hermano, era un coleccionista. Consciente de su propia belleza y atractivo, lo utilizó al máximo, follando todo lo que encontraba en su camino, especialmente a mis amigas. Por desgracia, y para desgracia, Oli tampoco se rindió. Teníamos unos diecisiete años cuando decidió cogérsela. Prefiero pensar que fue sólo una vez, pero las razones dictaban que debió haber sido más de una. Creo que si no fuera por la distancia entre ellos, todavía estarían saliendo; gracias a Dios casi cuatrocientos kilómetros los detuvieron efectivamente. Por supuesto, antes de que esta locura siciliana comenzara.





# Este día

Vi que el ambiente se estaba volviendo más denso y que Domenico nos observaba sospechosamente a las dos, así que decidí cambiar de tema.

—¿Qué haremos hoy? ¿Vas a desaparecer de nuevo, encerrándonos en esta prisión? ¿O Podemos contar con usted para honrarnos con su presencia?— Pregunté irónicamente, dirigiéndome artificialmente a Black.

—Si usted fuera educada y no se escapara, todavía tendría la puerta abierta y un *bentley* estacionado en la entrada.— Don se volvió hacia mí y apoyó su codo en la mesa. —¿Te has portado bien, Laura?

Me preguntaba por un momento qué responder, y no pude encontrar una respuesta, así que me arriesgué:

—Claro que sí.— Le envié la sonrisa más dulce del mundo. —Yo y tu hija.— Acaricie mi vientre con afecto, sabiendo que eso derretiría su posible hielo.

Los ojos de Massimo no se separaron de los míos ni un segundo, lo que me asustó totalmente.

—Eso es perfecto, así que Santa Claus vendrá a ti,— respondió, y en ese momento sus ojos brillaron como un niño pequeño que veía una bolsa de caramelos. —Prepárate, tenemos que salir antes del mediodía.

—¡Oh, sí!— Gritó Olga. —Nicholas, hoy es 6 de diciembre.— Ella besó a Domenico y corrió por el pasillo.

Me quedé quieta un rato tomando té, luego me levanté y me dirigí al dormitorio.

Entré en el armario y sin tener idea de lo que íbamos a hacer, me ahogué en un mar de perchas. Extraño, porque a pesar del paso del tiempo no me di cuenta de lo rápido que corría. Vine aquí en agosto, pero ya era diciembre y el año ya estaba llegando a su fin.

Pensaba en mis padres y en el hecho de que siempre pasé la Navidad con ellos. Fueron sus regalos los que cuidé y como una niña pequeña que no podía esperar a la primera estrella.



# Este día

Me sacó de quicio que el teléfono sonara en mi mesilla de noche. Fui en su búsqueda y corrí al dormitorio. Massimo estaba sentado en la cama, sosteniendo mi iPhone en su mano. Extendí mi mano para ello, pero él sólo silenció la campana y la puso de nuevo al lado de la lámpara.

—Es tu madre,— dijo con una sonrisa. —Y sé por qué llama— añadió.

Soy una estúpida. Me quedé allí mirándolo con la cara torcida y esperando una explicación.

—Dame el teléfono, por favor— exigí, acercándome.

Black me agarró por la mitad y me tiro en la cama, besándome tiernamente. Sabía que siempre podría llamarla de nuevo, y en ese momento lo más importante para mí era el hombre que estaba encima de mí.

—Llamó para agradecerte...— murmuró entre besos. —Una bolsa, y para papá el telescopio.

Me quedé mirándolo, mientras hacía preguntas.

—¿Perdón?

Black besó toda mi cara, y sus labios abrazaron suavemente mis mejillas, ojos, nariz y orejas.

—Me gusta hacer regalos— dije. —Y especialmente a mi familia.

—No quería que estuvieras triste sólo porque era una tradición pasar con tus seres queridos este año. Tu hermano consiguió entradas para el partido del *Manchester United*.

Su lengua se deslizó de nuevo en mi boca, y sin que yo respondiera, se retiró. Black inclinó su cabeza hacia atrás para verme. Estaba sorprendida, digiriendo lo que acababa de decir. El hecho de que las últimas semanas me había hecho olvidar que el tiempo de los regalos se acercaba, pero cómo diablos sabía que era tan importante.

—Massimo— Empecé a gritar desde abajo y él se volvió hacia mí, poniendo las manos bajo la cabeza. —¿Y cómo sabes, primero, cómo celebramos la Navidad, y segundo, qué quería mi familia?





# Este día

Volvió los ojos, los cerró teatralmente y los mantuvo cerrados por un tiempo.

—Esperaba que fueras feliz y me dieras las gracias.

—Estoy muy feliz y gracias. Y ahora voy a pedir una respuesta.

—Mi gente ha comprobado tus cuentas. Sé en qué te gastas el dinero y en qué no. —Terminó su sentencia, y se retorció como si supiera lo que iba a pasar a continuación.

—¿Qué carajo hiciste?— Me enojé en un segundo.

Jesús, lo sabía.

—Massimo, maldita sea, ¿hay alguna parte de mi vida en la que no te metas?

—Laura, por favor, es sólo dinero.

—¡No, Massimo! Es dinero, mi dinero para ser precisos.— Tuve un flujo de ira saliendo de mí. —¿Por qué tienes que controlarme tanto? ¿No pudiste preguntar?— Estaba gruñendo.

—No sería una sorpresa.— Dijo, parecía un muerto mirando el techo.

Mi teléfono empezó a sonar de nuevo. Lo alcancé y vi el número de mi madre en la pantalla. Antes de que yo respondiera, Black incluso había dicho:

—El bolso de la última colección de Fendi, beige, tienes uno. —Se encogió de hombros.

—Oh, hola, mami— Empecé alegremente, sin quitarle los ojos de encima a Massimo.

—Cariño, el regalo de Santa es maravilloso, pero por Dios sé cuánto cuesta esta bolsa. ¿Estás loca?

Bueno, ahora voy a tener que explicarme, pensé, maravilloso. Y me imaginé pateando a Black dentro de mi hígado.

—Los descuentos, Mami, estoy haciendo dinero en euros ahora.

# Este día

En este punto debería haber tomado una fuga y golpeado mi cabeza contra la pared. ¿Qué putos descuentos? Es a principios de diciembre. Desesperada por mi propia estupidez, me caí en la cama y esperé.

—Descuentos, ¿ahora?— Lo escuché en el teléfono. Bravo, bravo, Laura, me he dado una bofetada mentalmente. De estos nervios, el teléfono se me escapó de la mano y antes de que extendiera la mano para agarrarlo, ya estaba en la cara de Black, que empezó a hablar con mi madre con una dulce sonrisa. Fue como si alguien me hubiera pateado en la cabeza. La habitación empezó a dar vueltas y mi miedo se convirtió en pánico histérico. Mamá pensó que me había separado de él porque me traicionó, y ahora me arranca el auricular y como si nada empezó a hablar sobre la Navidad.

—Dios, joder...— estaba murmurando hasta que el teléfono estuvo en mi oído otra vez.

—Laura Biel, ¡¿cómo dijiste?!—

Casi me enderece con esas palabras.

162

—Se me escapo, — dije, esperando que me cortaran la cabeza con un machete, sin filo y oxidado.

—Este Massimo es un hombre muy culto, creo que ahora depende de ti.

En este segundo, aunque estaba acostada, mi mandíbula cayó para que ella cayera en el suelo. O mejor aún, por el ala oeste de la finca, rodando en la plataforma.

—¿Perdón?— Pregunté con incredulidad.

—Me explicó brevemente toda la confusión, eso es todo. Tendrás que aprender idiomas, así entenderías nuestra conversación.

Entonces la voz apenas audible de mi padre me vino con alivio.

—Cristo, tengo que hacer todo yo misma.— Mamá suspiró.

—Cariño, tengo que irme. Papá no puede doblar ese telescopio y lo va a romper. Te quiero, cariño. Gracias de nuevo por la maravillosa sorpresa. Te queremos. ¡Adiós!





# Este día

—Yo también te quiero. ¡Adiós!— Dije, presionando el botón rojo.

Dejé el teléfono, esperaba a mi marido, que aparentemente estaba feliz consigo mismo mirándome.

—¿Qué le dijiste?

—Que te di un aumento para que volvieras a mi hotel.—Podía sentir sus cadenas a mi alrededor. —También le mencioné la confusión que surgió de tu sospecha de traición, pero no te preocupes, mentí, tomando algo de tu inteligencia. Ella se rió, diciendo que todo fue por ti.— Me giró que ahora estábamos de manera acostados de lado, y estaba aplastando mis caderas con su pierna. —Y por cierto, no sabía que estabas celosa, eso es nuevo para mí. De todos modos, tu madre sabe que seguimos juntos.

—Gracias. —Susurré, besándolo tiernamente. —Gracias por secuestrarme.

Black tiró su pierna hasta el final y luego se colocó sobre mí.

—Te hare correr en un minuto. — Susurró, quitándome los chándales.  
—¿Y sabes por qué?

Estaba colgando debajo de él, deshaciéndome de otra capa de ropa.

—¿Por qué?— Le pregunté, quitándome los pantalones.

—Porque puedo.— Su lengua se metió brutalmente en mi boca y me agarró la cabeza con la mano.

Admiré sus músculos. Miré hacia abajo y me miré a mí misma, lanzando su camiseta que yo llevaba puesta. Suspiré al ver una pequeña bola de mi propia piel, como si estuviera adherida al fondo de mi estómago. Parecía que me había tragado un pequeño globo. Estoy loca y feliz sabiendo que llevo su bebé, pero odio cómo cambia mi cuerpo. Levanté los ojos y me encontré con la mirada preocupada de Black. Después de un tiempo, se arrodilló sobre mí.

—¿Qué es lo que pasa?— Preguntó, poniéndome en su regazo.

Acurruqué mi cabeza en su pecho, atrayéndome con el maravilloso y pesado olor del agua de su ducha.



# Este día

—Estoy engordando,— dije patéticamente. —Uno o dos meses más y no encajaré en nada.

—Te estás volviendo tonta, pequeña,— dijo, riéndose y besándome en la cabeza. —En cuanto a mí respecta, puedes ser aún más gorda, porque significa que mi hijo está creciendo, grande y fuerte. Y ahora deja de preocuparte por las tonterías y vístete, porque en menos de una hora tenemos que estar allí.

—¿Adónde vamos?

—En algún lugar donde no has estado todavía. Vístete cómoda.

Mi esposo se apretujó en sus sexy jeans de tela limpia, manga larga negra, y botas militares altas y limpias. Wow, pensé, mirándolo, no lo había mirado en eso todavía. Se peinó con las manos y desapareció en la salida. Me levanté, y luego fui a mi armario. La comodidad significaba algo diferente para mí que para él, pero como sabía que no se trataba de una salida oficial, podía relajarme. Alcancé la percha y me quité la sudadera de tigre negro *Kenzo*. No hacía calor afuera pero tampoco hacía frío, así que decidí mostrar mis piernas aún delgadas y elegí los shorts de grafito *One Teaspoon*. Todo se completó con mosqueteros *Burberry* y calcetines largos. Me metí en un bolso negro de *Chanel* y me fui.

164

Antes de salir a la entrada me encontré con Olga, que le estaba explicando algo a Domenico, y cuando Black se nos unió, los cuatro nos dirigimos a los coches aparcados. Por supuesto, cada uno de ellos tenía el suyo. Massimo me abrió la puerta del *BMW i8*, otro vehículo espacial que se suponía que era un coche, y Domenico llevó a Olga al *bentley*.

—¿Cuántos coches tienes en total?— Le pregunté cuándo cerró la puerta y encendió el motor.

—Ahora, no sé, he vendido algunos, pero algunos otros han llegado, así que hay algunos. Y no tengo ninguno, pero los tenemos. No recuerdo el acuerdo prenupcial, así que lo que es mío es tuyo, pequeña.— Me besó la mano y siguió adelante.

Mamá mía, pensé. Uhm... Es una pena que sólo uno de nosotros pueda manejarlos a todos. Tengo un tanque con una cabina como la de un avión y un millón de botones, y que decir de las ruedas.



Nos desviamos de la autopista y salimos a un camino sin asfalto, que era "*de ensueño*" para una suspensión baja. Todo en el coche estaba sonando e interviniendo, así que tuve la impresión de que se desmoronaría en un momento. Miré alrededor, estábamos en medio de la nada. El desierto pedregoso y la escasa vegetación sugerían que la sorpresa no sería demasiado exclusiva. Si este viaje hubiera tenido lugar hace unos meses, habría pensado que querían dispararnos y enterrarnos en algún lugar, porque por un millón por ciento nadie nos habría encontrado aquí. De repente el camino se volvió de lado y apareció ante mis ojos un muro de piedra con una gran puerta en el medio. Massimo sacó su teléfono, dijo unas palabras y las puertas de metal comenzaron a abrirse lentamente.

Estábamos conduciendo a lo largo de una carretera recta de asfalto; las palmeras que crecían a ambos lados de ella formaban un túnel. No tenía ni idea de dónde estábamos, pero sabía que incluso si preguntaba, no sabría la respuesta, porque esa era la sorpresa. Finalmente, el auto se detuvo bajo un hermoso edificio de dos pisos hecho de la misma piedra de la mansión en la que vivíamos. La mayoría de los edificios de la isla parecían estar hechos de piedras ligeramente sucias.

Cuando nos bajamos, un anciano apareció en el umbral de la puerta, saludando tiernamente a nuestros dos señores. No sé cuántos años podría haber tenido, pero seguro que de sesenta. Besó a Massimo, dándole una palmadita en la cara, y dijo algunas palabras. Black extendió su mano hacia mí, agarrándome la mano.

—Don Mateo, le presento a mi esposa Laura.

El viejo me besó dos veces y sonrió.

—Me alegro de que estés aquí,— dijo en un inglés roto. —Este chico ha estado esperando por ti durante mucho tiempo.

De repente hubo fuertes disparos por todas partes y me acurruqué en el hombro de Massimo con horror. Miré nerviosamente hacia los lados,

# Este día

buscando la fuente del ruido, pero sólo había una naturaleza encantadora alrededor.

—No tengas miedo, pequeña— dijo Massimo, abrazándome en el hombro. —Nadie morirá hoy. Vamos, te enseñaré a disparar.

Me guio a través de una hermosa casa, y yo trataba de entender lo que me acababa de decir. ¿Disparar? Estoy embarazada, ¿y quiere que dispare? No me deja coger una bolsa aún más pesada yo sola, y ahora de repente se supone que tengo que disparar. Revisamos todas las habitaciones, saliendo por la parte de atrás de la casa. Estaba cerrada.

—Oh, mierda, como en las películas— dijo Olga, parándose y agarrándome la mano.

Massimo y Domenico estallaron en risas por esa vista.

—¿Y a dónde fueron nuestras valientes y tenaces esclavas?

—Se quedaron en casa,— dije, dirigiéndome a ellos. —¿Qué estamos haciendo aquí?

—Queremos enseñarte a usar las armas.— Black me cogió del hombro y me abrazó con fuerza. —Creo que necesitas esto, y aunque nunca lo necesites, es una gran manera de relajarte, ya verás.

En ese momento se hizo otro disparo, y yo salté y poniendo mi cabeza en el pecho de Black con terror.

—No quiero.— Susurré. —Tengo miedo.

Massimo tomó suavemente mi cara entre sus manos y me besó suavemente.

—Pequeña, normalmente nos asusta lo que no sabemos, pero con calma. Consulté a tu médico y disparar no es tan peligroso para ti como jugar al ajedrez. Vamos.

Después de unos minutos y unas cuantas respiraciones más profundas, estaba de pie con los auriculares en los oídos, viendo a Black tomar un arma. Don Matteo se quedó de pie, sosteniéndome el hombro, como si temiera que yo necesitara apoyo.





# Este día

Massimo se paró sobre sus anchas piernas y cargó las balas en una pistola *Glock de 9 mm*. No llevaba auriculares, y en lugar de gafas protectoras tenía unas de aviador Porshe en la nariz. Se veía masculino, maravilloso, cautivante y tan sexy que estaba lista para arrodillarme ante él y azotarlo. De repente, su traje de hoy adquirió un nuevo significado y se posiciono con un arma en sus manos. Ya no tenía miedo de verlo, sino de disparar y quitar la capacidad de pensar lógicamente. Peligroso, poderoso, brutal y mío; las mariposas bailaban en mi bajo abdomen, y había sangre en mi cabeza, estaba caliente. Dios, qué sencillo es, pensé, no tiene que hacer nada, lo miré y mis piernas se ponían como algodón.

Asintió con la cabeza al viejo que estaba a mi lado, respiró hondo y disparó diecisiete balas a tal velocidad que los únicos disparos se hicieron de una sola vez. Habiendo bajado el arma, presionó un botón para recuperar el tiro al blanco. Cuando estuvo frente a él, sonrió, mostrando una fila de dientes blancos, y orgullosamente levantó las cejas.

—Todos en la cabeza,— dijo con cara de niño. —La práctica hace su trabajo.

167

Ese chiste me pareció tan espantoso, que me dolió el esternón.

—¿Pero el diez está en el medio de la jaula no? Así que no obtuviste la máxima puntuación,— dije agarrando una tarjeta. Black sonrió y me puso los auriculares.

—Pero ciertamente maté a mi oponente.— Dicho esto, me besó la mejilla. —Ahora tú, pequeña, vamos. Voy a ser muy poco profesional y me pondré en fila detrás de ti, pero quiero que te sientas segura.— Me llevó a la estación y me explicó brevemente el funcionamiento del arma en sí, dónde presionar para liberar el cargador, cómo recargar y cómo cambiar a fuego continuo sin tener que recargar después de cada disparo. Una vez que cargué el arma e hice todo el trabajo necesario, Black se alineó detrás de mí para que mi cuerpo se apoyara en él.

—Mira el objetivo, la moqueta y la mira trasera deben estar en línea. Luego inhala y exhala, lenta pero seguramente aprieta el gatillo. No lo sacudas, sólo haz un movimiento suave. Puedes hacerlo, pequeña.

# Este día

*Es como un juego de ajedrez, como un juego de ajedrez,* me repetía en mi cabeza, tratando de convencer a mi cerebro de que no había nada que temer. Sentí que Massimo se pegaba ligeramente en una pierna y me sujetaba las caderas.

Tomé un respiro y exhalé el aire e hice lo que me pidió. Fue una fracción de segundo, una patada y un golpe, o viceversa, no lo sé. La fuerza de la bala disparada me levantó las manos, lo que no esperaba en absoluto. Asustada por el poder que tenía en mis manos, empecé a temblar y me entraron lágrimas en los ojos.

Black agarró el arma y suavemente la sacó de mis manos y la puso en la parte superior delante de mí. Me volví hacia él y caí en la histeria.

—Como el ajedrez, ¿verdad?— Grité —Me importa una mierda el ajedrez.

Massimo me abrazó tiernamente, alisándome el pelo, y pude sentir su pecho temblando por una risa reprimida. Levanté los ojos y miré su diversión mezclada con cuidado.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Por qué las lágrimas?

Me mordí el labio inferior y puse mi cabeza bajo su axila un poco avergonzada.

—Estaba asustada.

—¿Por qué? Estoy aquí.

—Massimo, es una gran responsabilidad tener el arma en tus manos. Saber que puedes matar a un ser vivo con esto cambia todo el asunto. Su fuerza, su poder... Me asustó el respeto que requiere el tiro.

Black estaba allí, asintiendo con la cabeza, y su mirada parecía traicionar el orgullo.

—Estoy impresionado por tu sabiduría, pequeña— susurró, besándome suavemente. —Y ahora volvamos a la lección.

Los siguientes disparos fueron más fáciles, y después de disparar unas cuantas veces casi no me impresionó. Tenía la sensación de que había alcanzado un nivel de experto.





# Este día

Después de un tiempo, Don Matteo desapareció, trayéndonos otro "juguete".

—Te gustará.— Massimo agarró el rifle que el hombre puso delante de él. —Es un *M4*, un rifle de asalto, bonito, relativamente ligero y agradable de disparar, porque no hay tal retroceso como una *glock*. Y eso es porque lo estás apoyando contra tu hombro.

—Bonita arma.— Repetí con un poco de incredulidad.  
—Intentémoslo. Y cállate.

De hecho, este tipo de arma era mucho más fácil de disparar, aunque era más pesada.

Después de más de una hora de esfuerzo de tiros, estaba exhausta. Don Matteo nos invitó a la terraza adyacente al campo de tiro, donde se sirvió un almuerzo impresionante. Mariscos, pastas, carnes, antipastos y toda una gama de postres. Me volví loca. Me arrojé a los manjares como si no hubiera visto la comida por lo menos durante una semana.

Black bebía vino de un vaso y crujía una aceituna de vez en cuando, abrazándome.

169

—Me encanta cuando tienes tanto apetito— me susurró directamente al oído. —Esto significa que mi hijo está creciendo.

—Hija...ja...— Estaba balbuceando entre mordiscos. —Será una niña. Y si quieres terminar esta discusión, creo que podemos averiguar quién tiene razón en el próximo ultrasonido.

Sus ojos se iluminaron y su mano pasó por debajo de mi sudadera a la barriga.

—No quiero saberlo antes del nacimiento. Quiero que sea sorpresa. Además, sé que es un niño.

—Una niña.

—Lo más gracioso es que si resulta que son gemelos— Olga dijo, sirviéndoles vino a todos. —Va a ser todo un paseo. Laura, su marido gángster y dos mocosos gritones. Y Domenico.— Lo miró. —Entonces nos mudaremos.

# Este día

—Gracias a Dios que el embarazo no es múltiple. Un solo corazón me late. —Me encogí de hombros y volví a comer.

Después de la comida, me acosté en un columpio, y Olga se estiró perezosamente a mi lado. Los tres estaban hablando de algo en la mesa, y yo agradecí a Dios por lo que le había maldecido hace unas semanas.

—¿Crees en el destino, Oli?

—Sabes que estaba pensando en lo mismo. Mira lo increíble que es. Hace sólo seis meses, nuestras vidas eran tan pacíficas, caóticas y ordinarias. Y ahora estamos acostadas calentadas por el sol de diciembre en Sicilia. Nuestros hombres son mafiosos, proxenetas y asesinos. —Se levantó y se sentó, casi cayéndose del sofá. —A la mierda con toda esta mierda, ves, son malas personas, y los amamos por lo que son, así que nosotras también somos malas.

Me retorcí al escuchar esas palabras, pero básicamente había mucha verdad en ellas.

—Pero no los amamos por lo que hacen mal, los amamos por lo que hacen bien. ¿Cómo puedes amar a alguien por matar a alguien? Además, todo el mundo hace algo malo, sólo la escala es diferente. Tómeme a mí, por ejemplo. ¿Recuerdas cuando en quinto grado le di una patada en la cara a Rafal, ese chico rubio, porque te estaba pegando con un alfiler? Eso tampoco fue bueno, y todavía me amas.

—Joder.— Olga volteó sus ojos.

Al oír el sonido de los asientos deslizantes, ambas nos volvimos hacia la mesa. Domenico y Massimo se ponían algo, se divertían como niños pequeños.

—Cada vez que veo su maldita sonrisa, empiezo a asustarme,— dijo Olga, tirando de mí hacia ellos.

—Señoras, bienvenidas a la película,— dijo Don Matteo, indicando la entrada de la casa.

Ambas estábamos confundidas, mirándolo a él y a nuestros hombres.

—¿Qué tienes en mente?— Preguntó Olga, golpeando a Domenico en una pequeña caja en medio de su frente.



# Este día

—Es una cámara, tendré la otra detrás. Te mostraremos por qué puedes sentirte segura con nosotros.

Llegaron en cinco y se dirigieron hacia algo que parecía un laberinto de piedras.

—Damas.— Matteo nos mostró el camino.

Nos sentamos en los sillones y corrió las cortinas para que la habitación quedara completamente a oscuras. Luego encendió los enormes monitores y la imagen de las cámaras de Massimo y Domenico apareció a nuestros ojos.

—Déjeme explicarle lo que puede pasar ahora. Los caballeros entrenarán el asalto. El Servicio Secreto tiene ese tipo de preparación. Comprueba la velocidad de reacción, la evaluación de la situación, los reflejos y, por supuesto, la técnica de disparo. Siempre han sido los mejores que muchos de los comandos que pasaron por mis manos, pero hace mucho tiempo que no están allí, así que ya veremos.

Estaba completamente estupefacta. Un hombre que se ocupaba de los servicios especiales y los comandos, entrenó a la mafia.

171

En un momento dado hubo un movimiento en la pantalla, Domenico y Massimo entraron por otra puerta, matando a otro maniquí que imitaba a los matones.

—Qué hipocresía,— dijo Olga en polaco. —Por matar a los colegas.

Sin embargo, no se podía ocultar que su entrenamiento era sexy, y la concentración y la calma de sus caras me excitaban de una manera extraña. Se escabullían por las habitaciones, disparando y escondiéndose. Parecían niños jugando a la guerra, pero tenían armas de verdad. Después de unos minutos, se acabó. Estaban tonteando, gritando algo y agitando armas como los raperos en los videos americanos.

—Los idiotas...— Oli fue la que se levantó primero.

Después de despedirnos de Don Matteo, nos subimos a los coches y nos fuimos a casa. Un BMW cósmico se deslizaba silenciosamente por la autopista, y los altavoces resonaban con la melodía menos masculina del mundo, a saber, *el Strani Amori* de Laura Pausini. Black sintió la letra

# Este día

con diversión y me cantó en italiano. Hoy se ha comportado y se ha visto como un joven, un treintañero corriente, al que le gusta hacer el tonto, divertirse y tener mucha pasión. No se parecía en nada a un gobernante, un imbécil duro y totalitario que se vuelve loco por mi seguridad y no puede manejar la oposición.

Pasamos nuestra reunión y vi al *Bentley* girar donde debíamos. Miré a Black haciendo preguntas, sin hacer ruido; no tenía que hacerlo. Y sabía muy bien lo que quería preguntar. Simplemente sonrió, sin apartar la vista de la calle, y apretó más el acelerador.

Bajó después de unas decenas de kilómetros, cuando las señales indicaban el camino a *Messina*. Doblo por las estrechas calles, hasta que finalmente se dirigió a la monumental pared de piedras intrincadamente colocadas.

Sacó del bolsillo del co-piloto algo y abrió una gran puerta de madera. Lo apuñalé de nuevo con una mirada inquisitiva, pero él sólo levantó las cejas, me frunció los dientes y se fue por el camino de entrada.

Aparcó junto a una hermosa casa de dos pisos y se bajó del BMW.

—Vamos.— Abrió la puerta y me dio una mano para que pudiera salir del coche espacial.

Me mantuve en silencio, esperando una explicación. Pero no dijo nada. Todo lo que hizo fue girar la llave y meterme dentro. Mierda... me quedé sin aliento. En la gigantesca sala de estar, que probablemente llegaba hasta el primer piso, estaba el árbol de Navidad más hermoso que había visto nunca, vestido con adornos y luces de oro y rojo. Un fuego crepitaba en la chimenea, y justo al lado había piel blanca y peluda de algún animal. Luego había sofás, sillones en marrón y beige, un banco de madera y un gran televisor. Y aún más allá había un comedor con una enorme mesa de roble, maravillosos candelabros y sillas cubiertas con tela granate. El conjunto se mantenía en colores cálidos y con un acabado muy sutil.

—¿De qué se trata, Massimo?— Me di la vuelta y abrí mis ojos del tamaño de un plato.

—Este es mi regalo para ti.



# Este día

—¿Este árbol de Navidad?

—No, esta casa. La compré para que pienses sólo en mí, el bebé, y sólo tendrás buenos recuerdos aquí. Quiero que tengas tu lugar en la tierra y que nunca vuelvas a huir de mí, sino a mí. Y si alguna vez sientes la necesidad de esconderte en algún lugar, este lugar te estará esperando.— Se acercó a mí y tomó mi cara de sorpresa en sus manos.

—Si quieres mudarte de la propiedad, podemos vivir aquí. Con menos servicio, pero nosotros tres: tú, yo y nuestro hijo...

—¡Hija!

—...te daré la máxima privacidad y seguridad aquí. Feliz navidad, cariño.

Sus labios se pegaron a los míos, y sus dientes me mordieron suavemente mi labio inferior. Me agarró por las nalgas y me levantó, plantándome en su cintura. Le envolví los muslos en la cintura y le devolví el beso. Acarició mis labios, y sus manos vagaban por todo mi cuerpo mientras me llevaba a la gran mesa del comedor. Me puso sobre la mesa, se agarró la parte de atrás de la camisa y se la puso sobre la cabeza en un solo movimiento. La amplia sonrisa no desapareció de mi cara cuando me quitó los pantalones cortos.

—¿Y los zapatos?— Pregunté cuando los calzoncillos se fueron al suelo con la ropa interior de encaje.

—Los zapatos se quedan.

Con un gesto me mostró que levantara las manos, y después de un rato estaba acostada frente a él sólo en calcetines largos a la mitad de mi muslo. Tomó mis caderas con sus grandes manos y, levantándolas ligeramente, las movió hacia las profundidades de la mesa, sorprendiéndome un poco. Pensé que prefería deslizarse y entrar en mí. Sus lujuriosos y ligeramente bizcos ojos me miraron. Abrí bien las piernas, apoyando los pies en la mesa, y puse las manos detrás de la cabeza. Black se quejó.

—Me encanta.— Susurró, desabrochándose los vaqueros con los ojos clavados en mi coño mojado.



# Este día

—Lo sé.

Se paró desnudo frente a mí, alisando y apretando la parte exterior de mis muslos.

—Esta casa tiene otra gran ventaja— dijo y se dirigió hacia la pared, después de un rato presiono un botón del panel que colgaba junto a la chimenea. Al mismo tiempo, se escuchó *Silencie for Delerium*, resonaba por todas partes. —El sonido— susurró, poniendo su lengua en mi grieta húmeda.

No podía esperar a verle hacer el primer disparo. Me saludo bajo el toque codicioso de sus labios y su lengua penetrando en mí. Atacó brutalmente un clítoris ardiente e hinchado. Suavemente deslizó dos dedos en mi coño y perezosamente comenzó a moverlos de un lado a otro. Sabía que me vendría en cualquier momento y que estaría al borde del deleite. En realidad, estaba en ello desde que se quitó los pantalones, pero no quería terminar después de unos segundos.

—Sé que quieres venirte,— dijo, poniendo otro dedo en mi entrada trasera.

174

No podía soportarlo más. Alcancé en un segundo, y mi cuerpo se levantó como si hubiera sido alcanzado por un rayo. Black no se detuvo, al contrario, aceleró los movimientos.

—Otra vez, Pequeña.— Otro dedo se deslizó suavemente en mi trasero.

—¡Oh, Dios!— Grité sorprendida por la intensidad de la sensación.

Su lengua se frotaba nerviosamente contra el palpitante clítoris, vagando a un ritmo frenético. El siguiente orgasmo vino después de unos segundos, y luego otro y otro. Se rompían y venían en oleadas, dándome un placer extremadamente agotador. Delante de mis ojos Massimo volaba a través de la música, estaba de pie como una pistola, concentrado y fuerte, estaba divertido y despreocupado. Abrí los ojos y lo miré. Su mirada, que se me quedó grabada, era animal y llena de deseo, lo que me llevó a la cima. Le agarré la cabeza y cuando el último orgasmo atravesó mi cuerpo, sentí que los espasmos musculares me paralizaban. Me caí sobre la mesa con un golpe, y él se retiró lentamente de mí.



# Este día

—Una buena chica— me mordió el labio inferior, luego me agarró de los tobillos y me deslizó hasta el borde de la mesa.

Había una música rítmica parecida a una oración a nuestro alrededor, y yo lo amaba más que nunca.

Sin apartar la vista de mí, tomó su hinchada masculinidad con la mano y la dirigió en la dirección correcta, entrando lentamente en mí, observando mi reacción.

—Más fuerte— susurré casi sin hacer ruido.

—No me provoques, Pequeña. Sabes que no puedo.

Echaba de menos al Massimo tan agresivo. Era la única cosa que odiaba de estar embarazada, que no podía simplemente cogerme de la manera que más me gustaba. Tampoco estaba plenamente satisfecho, pero más importante que un buen polvo era el bien del bebé.

Se quejó e inclinó la cabeza cuando entró en mí. Después de un tiempo, sus caderas empezaron a moverse con cuidado y de forma constante. Me hizo el amor, paradójicamente encarnando la delicadeza y la ternura. Reaccionó a cada uno de mis suspiros, a cada movimiento de su cabeza. Me acariciaba los pezones con los dedos de su mano derecha, apretándolos con fuerza de vez en cuando, y con el pulgar izquierdo hacía tambalear mi hinchado clítoris. La combinación del dolor y el relleno de la explosión me dio una sensación de ingravidez absoluta.

—Me golpearás— le pregunté cuando la canción comenzó de nuevo. Sus caderas se congelaron. —¡Golpéame, cariño!—Grité cuando no reaccionó.

Sus ojos brillaban con furia, y su mano bajó por mi garganta y apretó sus dedos sobre él. Un grito lleno de lujuria salió de mi boca, y mi cabeza se inclinó hacia atrás. Sentí que quería cogerme fuerte y brutalmente, pero sabía que no lo haría. Analizó la situación durante un tiempo, hasta que finalmente me sacó de la mesa con un movimiento, poniéndome junto a la pared y apoyándome en ella.

—¿Como un trapo?— Estaba silbando, poniéndolo de nuevo dentro de mí cuando apoyé mi frente contra la piedra delante de mí.

# Este día

—Por favor.— Sentí el placer de que mi cuerpo se despertaba de nuevo cuando me agarró por el pelo con una mano y la otra por el cuello.

No importaba que su movimiento en mí fuera lento y suave, todo lo que hacía además de eso me ponía al rojo vivo. Me asfixió tan hábilmente que apenas pude contener mi creciente excitación. De vez en cuando, me arrancaba la mano del cuello para agarrar dolorosamente mis hinchados pechos. Sus dientes me mordieron las orejas, el cuello, el hombro, sin darme la oportunidad de hacer algo.

Cuando sintió que estaba cerca, me soltó y me retorció delante de él.

—Siéntate,— dijo, señalando un taburete bajo. Agarró mi rostro fuerte en sus manos y abrió mis labios con los pulgares. —Hasta el final, Pequeña.— Después de estas palabras, él brutalmente y sin previo aviso comenzó a follar mis labios, después de un tiempo inundándolos con una poderosa ola de esperma. Me ahogué, agarrándole las manos desesperadamente, pero no se detuvo hasta que terminó. Su movimiento se detuvo, pero seguía pegado con su polla contra mi lengua.

—Traga— ordenó, mirándome fríamente a los ojos.

Seguí su orden, y luego me dejó ir y me empujó en el sofá.

—¡Te quiero!— Grité con una sonrisa cuando se giró hacia la pared para bajar la música.

—¿Sabes que la mayoría de las putas no son tan perversas como tú?— Preguntó, tumbándose a nuestro lado y cubriéndonos con una suave manta.

—Putas tan débiles.— Se encogió de hombros y empezó a lamerme los pezones suavemente. —Mañana tengo una cita con el médico, espero que nos deje comportarnos normalmente en la cama.

Massimo me apretó bajo su brazo, abrazando mi hombro.

—Yo también, porque no tengo ni idea de cuánto tiempo más podré soportar tus provocaciones.

—Bueno, no puedo evitar que me guste cuando me duele un poco.

Black se giró hacia un lado para ver mis ojos.





# Este día

—¿Un poco? Mujer, casi te estrangulo.— Suspiró en voz alta y se volvió a recostar de espaldas. —A veces tengo miedo de lo que estás provocando en mí, pequeña.

—Entonces imagina lo asustada que estoy en lo que me convierto por ti.



—Buenos días.— Su cálida voz me envolvió antes de que pudiera abrir los ojos.

Ronroneé y presioné mi nariz contra su pecho, tratando de absorber el olor del gel de ducha apenas perceptible.

—Me duele el cuello— dije, todavía no abría los párpados.

—Probablemente porque pasamos la noche en el sofá.

Abrí los ojos con pánico y sólo cuando vi un árbol de Navidad gigante, me acordé de ayer por la tarde.

—No sé tú, pero nosotros armamos el árbol de Navidad antes de la víspera de Navidad, no eventualmente 24 horas antes, cuando los niños se visten. Pero para tenerlo desde el 6 de diciembre...— Bostecé.

—Si tienes ganas de verlo, lo tendré armado por un año. Además, ¿qué se suponía que hiciera, envolver la casa con un gran lazo rojo?

178

—En primer lugar, no tenías que comprarla.

—Oh, cariño.— Se dio la vuelta y me puso bajo su brazo, presionando mi hombro. —Es una inversión, y además, no sé si la finca en *Taormina* es lo mejor para el bebé. Me gustaría tenerlos a ustedes para mí, y todavía hay algunas personas alrededor.

—Pero también está Olga.— Me di la vuelta y me levanté ligeramente, apoyándome en el codo. —¿Qué se supone que debo hacer aquí sola?

Black se sentó y se apoyó en el sofá, volviendo la cara hacia mí.

—Vas a tener un bebé y a mí, ¿es suficiente?— Había tristeza en sus ojos. La primera vez que vi el aspecto de Massimo cuando estaba realmente arrepentido. Agarré su cara en mis manos y apoyé mi frente contra la suya.

—Cariño, sigues perdido.— Me froté las sienes con nervio, buscando una solución. —Hagámoslo. Cuando nazca el bebé, viviremos en la mansión y veremos. Si resulta que tienes razón, nos mudaremos aquí, y



# Este día

si no, se quedará como está. Y entonces este lugar se convertirá en mi asilo, y un lugar de libertinaje, cuando pueda follar todo y beber.

Salté de debajo de la manta y bailé sobre la alfombra un baile salvaje de alegría de un alcohólico adicto al sexo. Massimo me miró divertido, luego me tomó de las manos y me llevó por la casa.

—Así que marquemos cada lugar de aquí para que se asocie sólo con el libertinaje que te proporciono.

Cuando llegamos a la entrada de la residencia en *Taormina*, salté del coche y corrí al comedor. La comida, la comida, como un mantra, no dejaba de decir esa palabra en mi cabeza. Nuestra nueva casa era realmente maravillosa, pero desafortunadamente nadie subió a llenar la nevera.

—¡Tortitas!— Llamé, corriendo a la habitación donde Olga estaba sentada en la mesa grande.

Me miró desde el ordenador y se alegró de verme y lo cerró, poniéndolo en el suelo.

—Recuerdo los buenos tiempos cuando querías vomitar con sólo pensar en comer. ¿Y ahora? Por favor, tu trasero está creciendo.

—No el culo, sólo el estómago.— Me encogí, superponiéndome demasiado. —Además, mi trasero es tan pequeño que si crece aunque sea un poco, me alegraré.

Olga me sirvió té y leche con una sonrisa y luego puso dos cucharaditas de azúcar en una taza.

—Tengo un *rolex*,— dijo, agitando su mano frente a mi cara. —Oro rosa, masa de perlas y diamantes. ¿Y tú qué tienes?

—Una casa— dije mordiéndome el labio inferior conteniendo una sonrisa.

Oli hizo ojos grandes y tragó saliva tan fuerte, como si alguien le hubiera puesto un micrófono en el cuello.

—¿Qué...es... lo... que... tienes...?— lo sacó con incredulidad.

—¿Estás jodidamente sorda?



# Este día

—Joder, yo tengo el reloj y tú la casa. ¿Y dónde está la justicia?

—Quedar embarazada de la mafia, casarse con él, y luego tolerar a un imbécil apodíctico agitando un arma, te aseguro que te quedarás con un candado.

Las dos nos reímos, chocando cinco.

—¿Qué es tan gracioso?— Massimo se interesó por nuestra conversación, entrando y sentándose en la mesa.

Estaba vestido con un traje negro y una camisa negra, lo que anunciaba un funeral o trabajo.

—¿A dónde vas?— Miré a don, dejando el tenedor. —Tengo la cita con el médico a las trece en punto.

—Y sólo voy a ir allí.— Dijo, poniendo huevos.

—¿En un traje de sepulturero?— Olga le disparó.

Black la miró con un ojo muerto, luego tomó una jarra de café y vertió el líquido en la taza.

—Creo que Domenico se está tirando su polla solo en el dormitorio. ¿Por qué no compruebas si necesita una mano?— Preguntó, sin siquiera mirarla.

Olga resopló y se apoyó en el asiento, cruzando sus manos sobre sus pechos.

—Se ha venido tantas veces en las últimas dos horas que dudo que pueda caminar, pero es bueno que cuides de tu hermano, Massimo.— Terminó y le envió una de sus sonrisas artificiales favoritas forrada de veneno.

—Vale, vamos a centrarnos en mí,— dije, haciendo el trabajo pesado. —¿Quién va a ir conmigo al médico?

—¡Yo!— Casi gritaron los dos en coro. Luego se miraron a los ojos, lo que debería haberlos incinerado.

—Genial, vamos todos.— Dije.

Olga tomó un sorbo de café y se levantó de la silla.





# Este día

—Estaba bromeando, sólo quería hacer enojar a Black por la mañana, lo extrañé.— Me besó en la frente y se fue.

—Ustedes son como niños,— dije gruñendo, añadiendo otra porción de panqueques con *Nutella*.

En la casa del doctor, tanto Black como yo estábamos sentados como en tacones. Aunque, a juzgar por su expresión facial, el Dr. Ventura estaba mucho más nervioso. No es de extrañar, ya que esta vez Black decidió honrar su cargo sin salir ni un momento. Quería asegurarse de que el doctor no me dijera el sexo del niño. Cuando llegó el momento del examen y el doctor sacó un condón en el ultrasonido, casi por rabia perdió el conocimiento, casi matando previamente al doctor. Estaba divertida y nerviosa a la vez, porque probablemente hubiera sido mi tercer médico. Sin embargo, Massimo sobrevivió valientemente toda la visita, tratando de no apartar la vista del monitor, posiblemente sólo mirando mi cara.

—Damas y caballeros— comenzó el Dr. Ventura, sentado en una silla con imágenes de ultrasonido y resultados de pruebas. —Llamé al médico húngaro de Laura porque no tenía una imagen clara. Me envió toda la documentación que faltaba y sus observaciones. Tengo que admitir que te cuidó muy bien, aunque de hecho hubo algunas preocupaciones.— Tomó y bebió un sorbo de agua. —Ahora los resultados son perfectos, usted está en gran forma, y el bebé se está desarrollando adecuadamente, grande y saludable. Tu corazón puede manejar la carga del embarazo perfectamente. No tenemos absolutamente nada de qué preocuparnos.

—Dr. Ventura.— Massimo entrecerró los ojos, empalmando sus dedos en mi abdomen.

—¿Sí, don Massimo?— hizo explotar a un médico asustado.

—¿Por qué estaba la vida de mi hijo en peligro?

—Bueno...— El doctor agarró los documentos delante de él y empezó a mirar nerviosamente. —Del examen y la observación del médico en *Hungría* y de la información que tengo, parece que su cónyuge ha estado bajo gran estrés. Probablemente duró más de un día o dos y su corazón no pudo soportar el estrés. El cuerpo comenzó a rebelarse y, por decirlo

# Este día

suavemente, rechazó al feto como una amenaza y algo que le quita la energía vital.

—¿Pero ahora no pasa nada?— Pregunté, acariciando la mano de Massimo y mirando al médico al mismo tiempo.

—Sí, todo está bien.

—¿Y el sexo?— Black miro al Dr. Ventura a través de una mirada de asesino otra vez.

Creo que incluso si ayunara durante el resto de mi embarazo, el doctor no se atrevería a decírselo.

—Si pregunta si hay alguna contraindicación, no, no la hay.

—¿Y se permite cualquier intensidad, por así decirlo?— Pregunté con los ojos en el suelo.

Levanté la vista y vi los ojos del Doctor dirigiéndose de mí a Massimo.

Oh Dios, me imagine tratando el tema como una madre y dos jóvenes, no lo quería averiguar, sólo estaré follando adecuadamente durante casi medio año. Respiré profundamente.

—Doctor, voy a preguntarle directamente, nos gusta tener sexo, ¿podemos tenerlo?

La cara del Dr. Ventura estaba roja, y parecía estar buscando respuestas en los papeles que encubrió. Aunque era ginecólogo y tenía este tipo de conversaciones varias veces al día, no hablaba a menudo con el jefe de la familia mafiosa sobre lo mucho que quería follar con su mujer.

—Puedes tener el sexo que quieras.

Massimo se levantó con gracia de su silla y me arrastró hacia la puerta tan rápido que ni siquiera pude despedirme. Casi salimos corriendo a la calle donde me agarró y me empujó a la primera pared que encontró.

—Quiero follarte... ¡ahora!— susurro justo en mi boca, cerrándola con un beso codicioso. —Te follaré para que puedas sentir cuánto lo he echado de menos. Vamos.— Y tirando de mi mano, corrió hacia el coche, luego me tiró dentro y casi se teletransportó para que antes de que



# Este día

yo pudiera abrochar mi cinturón, ya estaba corriendo por las estrechas calles hacia la autopista.

Después de una docena de minutos nuestra salida pasó, yendo a Messina. Sabía dónde me estaba secuestrando, y estaba deseando follar en la absoluta privacidad de mi nuevo hogar. Sin servicio, sin seguridad, sin amigas pervertidas, sólo él y yo.

—Tengo otra sorpresa para ti,— dijo, abriendo la gran puerta del piloto.

Me echó una mirada helada, esperando que entrara. Una inteligente sonrisa pálida recorría sus labios, y sus manos estaban fuertemente apretadas en el volante. Cuando la puerta finalmente se abrió lo suficiente para que el *BMW* pasara, con un chirrido de neumáticos, se movió a lo largo del camino de entrada, deteniéndose en la puerta misma.

Saltó del coche, abrió galantemente mi puerta y me sacó como una bolsa, agarrándome en sus brazos.

183

Cuando llegamos a la puerta principal, puso la llave en la cerradura y la giró, sin dejarme ir ni un segundo. Luego la cerró de una patada y subió por la amplia e impresionante escalera que golpeaba directamente en los ojos cuando entramos en la casa.

—Primero te lavaremos,— dijo, poniéndome en el suelo en un hermoso baño climatizado. —No soporto el olor de otro hombre en tu cuerpo.

Me reí a carcajadas. No pensé que un condón de goma o un aparato de ultrasonido tuvieran ningún olor.

—Massimo, es sólo un médico.

—Es un hombre. Levanta las manos.— Me quitó rápidamente la chaqueta de cachemir que yo llevaba puesta y luego el sostén, la falda y las bragas. Todo cayó al suelo. —¡Mío!— ronroneó, barriendo mi cuerpo desnudo con una mirada salvaje.

—Sólo tuya— asentí con la cabeza cuando me puso bajo el agua caliente.



# Este día

—Tienes tres minutos.— Se dio la vuelta y salió del baño.

Me sorprendió; esperaba que me follara en la ducha o al menos jugar con el jabón, y aquí estaba la decepción. Tomé un poco de gel y empecé a enjabonar mi cuerpo.

—Pasaron los tres minutos,— declaró después de un rato, de pie en el umbral.

Pensé que los tres minutos eran una metáfora. Me enjuagué a toda prisa.

—¡Preparada!— Extiendo mis manos, presentando la piel lavada y desnuda.

Massimo se acercó, se quitó la camisa por el camino y se dejó llevar por el olor a mí.

—Definitivamente mejor,— dijo, abrazándome felizmente por la cintura y cogiendo mis manos.

Me llevó al dormitorio, donde, aunque era el medio día, había un agradable crepúsculo.

184

Lo que más me gustó en los países mediterráneos fue el hecho de que en cada ventana se instalaron persianas eléctricas de sombreo. Me gustaba la oscuridad; Martin siempre me dijo que era un vampiro, un rasgo depresivo que él odiaba.

En la habitación había una cama gigante sostenida por cuatro columnas, sobre las que se extendía un dosel negro. Delante de él había un pequeño banco tapizado en satén acolchado con grafito, de longitud idéntica a la de un colchón, en los laterales de madera, mesas de noche con frentes decorados a mano y una cómoda con velas en la esquina. Todo oscuro, pesado y muy elegante.

Me puso en un colchón suave, dejando caer docenas de cojines en el suelo.

—Sorpresa— dijo, alcanzando una de las columnas y sacando una cadena con una suave pulsera detrás de ella.



# Este día

Delante de mis ojos, mientras mi mente volaba sobre escenas de hace varias semanas, cuando me encadenó a la cama y me dijo que viera la actuación de Verónica chupándolo.

—Nada de eso.— Me levanté de la cama, confundiéndolo completamente.

—No te burles de mí, pequeña— se volvió agarrándome el tobillo.

—Me debes treinta y dos minutos, ahora los quiero de vuelta.

Me soltó la pierna, mirándome con curiosidad.

—¿Qué? ¿No lo recuerdas?— Pestañeeé, volviendo atrás. —Tengo unas horas de mi noche de bodas, usé un poco más de la mitad. Prometiste que tendría sesenta minutos, así que ahora te acuestas.— Señalé donde había estado atascado un tiempo antes.

Los ojos de Black ardían de deseo y sus mandíbulas se apretaban rítmicamente cuando se mordió el labio inferior. Se acostó de espaldas en el centro del colchón y levantó las manos a los lados, dirigiéndolas hacia los pilares. Me sorprendió su sumisión, pero preferí forjar el hierro mientras estaba caliente, y sin esperar a que se deleitara, le apreté las ataduras de las muñecas.

—A los lados de los cierres hay pequeños broches— me instruyó, mirando mi mano derecha. —Tienes que presionarlo con dos dedos para desbloquearlo. Pruébalo.

Hice lo que me pidió con cortesía, sabiendo que quería enseñarme algo que pudiera usar en unos pocos minutos. De hecho, el mecanismo era bastante simple, pero tan complicado que era imposible liberarse de las ataduras.

—Inteligente,— dije, volviendo a la pulsera.

—Gracias. Lo inventé yo mismo.

—¿Así que sabes cómo liberarte?

Massimo se quedó inmóvil, y una sombra de ansiedad recorrió su cara.

—No hay forma de salir de esto. Nunca asumí que sería un sumiso.

# Este día

Me pregunté por unos segundos si estaba diciendo la verdad, pero cuando lo miré a sus ojos ligeramente asustados, supe que no estaba mintiendo. Me hizo feliz y asustada al mismo tiempo. Sabía bien lo que quería hacer, y también sabía que Black no aceptaría esto en la vida, y cuando lo liberara, lo cual era inevitable, se vengaría severamente.

—¿Hay algo que no pueda hacer?— Le pregunté, bajándole lentamente los pantalones y rezando en espíritu para que no se le ocurriera lo que yo pretendía hacer.

Massimo pensó por un momento, y cuando no le vino nada a la mente, movió la cabeza en negación.

—Eso es perfecto.— Sus calzoncillos y sus pantalones cayeron al suelo, y me incliné sobre él.

Agarré su masculinidad con mi mano, moviendo mi mano lentamente hacia arriba y hacia abajo en ella. Black gimió y apoyó su cabeza contra las almohadas, cerrando los ojos. Me gustaba cuando estaba relajado, y necesitaba mucha holgura para lo que yo quería hacer. Sentí su polla endureciéndose en mi mano y mi aliento acelerándose.

Sin dejar de mirarle los ojos, hice un círculo perezoso alrededor de la grieta de su punta con el extremo de mi lengua. Se atrajo enérgicamente, sin dejarle salir, siempre que mi lengua tocaba su polla. Se calentaba hasta ponerse rojo, pude sentir el sabor de lo mucho que me deseaba.

Pero no quise apresurarlo. Me quedaba una media hora entera y la iba a usar cada minuto. Puse mis labios alrededor de su cabeza y lentamente me deslice hacia abajo para sentir cada pulgada de él. Las caderas del Black subieron como si quisiera acelerar hasta el final, pero las inmovilicé con mis manos.

Mientras continuaba mi lenta caricia, Massimo murmuró algo incomprensible. Cuando su pene finalmente entró completamente, apoyado en mi garganta, un largo gemido salió de su boca y las cadenas se frotaron contra las vigas de madera. Levanté mi cabeza de nuevo y repetí la tortura sin prisa. Don se retorció y me provocaba para que acelerara, pero esto sólo ralentizaba mis movimientos.



# Este día

Me levanté flotando, apoyándome en mis manos, y le mordí el pezón, escuchando con satisfacción las maldiciones que salían de su boca. Le besé el pecho, le acaricié los hombros, frotando de vez en cuando mi entrepierna contra su polla hinchada. Sabía lo cansado que estaba, a pesar de sus ojos cerrados, era perfectamente consciente de cómo estaban sus pupilas en ese momento. Moví mi lengua a lo largo de su cuello hasta que sus labios estaban apretados. Lentamente, empujé mi dedo índice dentro de su boca, inclinándolo ligeramente.

—¿Massimo?— Pregunté en un susurro. —¿Cuánto confías en mí?

Black abrió los ojos y me echó una mirada lujuriosa.

—Infinitamente. Tómallo en tu boca.

Sólo me reí burlándome y pasé mi lengua por sus labios secos. Trató de atraparlo con los dientes, pero yo fui más rápida.

—¿Quieres que te la chupe?— Con mi mano derecha, agarré su miembro firmemente, y con mi mano izquierda, agarré su mandíbula.

—¡Dime!— le ordené con los dientes apretados.

—No te retires, Pequeña.— Estaba resoplando en mi boca, todavía tratando de atraparlo.

—Vale, cariño, voy a ser la mejor chica de tu vida.

Cuando solté su pene de mi mano, empecé a bajar lentamente hasta que encontré mi cabeza justo encima de su dura polla de acero, entonces la cubrí con mi boca y empecé a chupar con fuerza. Creo que nunca he hecho una mamada a esta velocidad. Black estaba lloriqueando, murmurando y follando la boca.

—Relájate, cariño,— dije, me lamí el dedo índice y se lo metí entre las nalgas.

El cuerpo de Massimo se puso rígido y dejó de respirar.

Mi mano no se acercó ni un centímetro cuando las poderosas manos de Black me agarraron, dándome la espalda. Me sorprendió que me acostara debajo de él, mirando sus furiosos ojos negros. Estaba colgando sobre mí sin decir una palabra, atravesándome con su mirada. Respiraba fuerte y su frente estaba sudando.

# Este día

—¿No te gustó, cariño?— le pregunte dulcemente, poniendo una cara tonta.

Don permaneció en silencio, respirando sobre mí, y sus manos se apretaron más y más fuertemente en mis muñecas.

Cerré los ojos, sin querer ver más su reacción violenta, y entonces sentí que me apretaba las cadenas. Entonces el colchón se inclinó y cuando abrí los ojos, descubrí que estaba sola. Había un ruido de agua que venía del baño de la ducha. Increíble, a mitad de la acción fue a lavarse, pensé. ¿Llegué tan lejos? No quería hacerle daño. Sólo quería probar algo de una manera poco convencional. Una vez leí acerca de la anatomía masculina y descubrí que algunos experimentos pueden ser tan agradables para los hombres como para las mujeres y aún más. Bueno, tal vez no para el hombre más masculino de la tierra, pero la mayoría de ellos probablemente sería divertido.

—La última vez que me controlaste,— oí una voz que me estaba sacando de mi mente.

Massimo estaba de pie en el umbral, goteando agua, y su pecho seguía agitándose a un ritmo alarmante.

—¿Cómo te liberaste?— Pregunté, cambiando un tema incómodo.  
—¿Y por qué te lavaste durante...

Sonrió inteligentemente y se acercó a mí, poniéndose tan cerca que su polla se encontraba triunfante a unos pocos centímetros de mi cara.

—No crees que te voy a decir esto ahora que te voy a follar tan fuerte que vas a huir y te van a oír gritar en Varsovia.— Me agarró la cabeza y me puso su pene duro en la boca. —Chúpalo fuerte—dijo, poniendo sus caderas en un apuro loco. —No me estaba lavando, sólo intentaba refrescarme con agua fría.

Me sofocaba con su espesor, poniéndolo tan profundo que a veces tenía la impresión de que me llegaba al estómago. Se detuvo un rato, acariciando tiernamente mi cara con sus pulgares, pero inmediatamente se aceleró, tratándome como a una puta privada.



# Este día

De repente, sonó su teléfono móvil que estaba en la mesilla de noche. Black miró la pantalla y rechazó la llamada, pero después de un tiempo el zumbido volvió a resonar. Massimo cantó unas palabras en italiano y agarró el teléfono en su mano sin interrumpir el movimiento de su cadera.

—Es Mario, tengo que responder, y chupa más fuerte— exhaló, soltando mi única mano para que pudiera agarrar la raíz de su pene.

Sabía que le excitaba. Sabía que le encantaba que interrumpiera sus conversaciones de negocios. Apreté mi mano sobre él, llevándolo aún más adentro de mi boca.

—Jesús...— Susurró, respiró hondo y se puso el teléfono en el oído.

Trató de no hablar, pero escuchó, de vez en cuando calmando la boquilla. Le temblaban las rodillas y su cuerpo estaba cubierto de sudor frío. Con su mano libre se apoyó en la estructura de madera de la cama; sabía que estaba cerca. Después de docenas de segundos de cansada conversación, o más bien un monólogo de Mario, lanzó dos frases a través de sus dientes apretados y presionó el teléfono.

189

Me agarró y me retorció, me desabrochó la mano y la volvió a mover. Cogió los brazaletes y me los volvió a poner, pero esta vez me quedé boca abajo.

—Tienes suerte, Pequeña, de que no tengo tanto tiempo como el que dispongo ahora— dijo, levantando las caderas para que tuviera los glúteos bien estirados y la cara metida en la almohada. —Tenemos que darnos prisa.

Terminó de tenderme una trampa y metió la mano en el cajón de la mesita de noche. Sacó algo de él, y con su rodilla dobló mis piernas dobladas con firmeza.

—Ahora relájate— susurró, inclinándose sobre mí y mordiéndome ligeramente el cuello.

Luego se deslizó hacia abajo, y su lengua se hundió en mi coño sediento de su boca. Gemí por placer y estiré mis caderas con más firmeza. Después de un rato, me encontré al borde del deleite, entonces

# Este día

se detuvo y se arrodilló justo detrás de mí. Acarició suavemente mi nalga, y la otra mano se deslizó en mi pelo y tiró vigorosamente detrás de ella. Incliné la cabeza hacia atrás y luego sentí lo fuerte que me estaba golpeando en el trasero. Grité; su agarre en mi pelo se hizo más fuerte, y su mano me golpeó de nuevo.

Sentí que mi piel se quemaba, y el lugar después del impacto era pulsante.

—Relájate,— dijo.

Su polla dura la metió brutalmente y con fuerza, y sentí que me iba volando. Sólo entonces me di cuenta de cuánto extrañaba a mi amante. Me soltó la cabeza y me agarró con firmeza las caderas, frotándose contra mí una y otra vez con creciente ímpetu.

—¡Sí!— Gritaba aturdida por la sensación.

Massimo respiraba con fuerza y sus dedos se pegaban a mi cuerpo. De repente, una mano soltó el abrazo y alcanzó algo que estaba junto a su pierna. El sonido de una vibración silenciosa resonó por todas partes. Quería ver lo que era, pero no podía darle la espalda, simplemente me las arreglé para girar la cabeza a un lado.

—Abre la boca,— dijo, sin interrumpir.

Abrí la boca, y él puso algo de goma en ella y sólo un poco más grueso que un dedo. Después de unos segundos lo sacó y empezó a frotar suavemente mi entrada trasera. Adiviné lo que era, así que me relajé, aunque no fue fácil con el brutal empuje de sus caderas.

Sentí que un pequeño vibrador, que acababa de tener en la boca, se deslizó por mi trasero. Cuando el placer se derramó sobre mi cuerpo, grité en voz alta. Su movimiento rítmico y su vibración dentro de mí me acercaron inevitablemente a mi meta: un poderoso orgasmo que no podía esperar.

Sujetando el vibrador dentro de mí, me golpeó el trasero de nuevo y comenzó a llegar a la cima. Cuando lo sentí explotar dentro de mí, me uní a él, agradeciéndole en espíritu que la casa estuviera vacía. El silencio sólo se desgarró por nuestros fuertes gritos y palmadas de



# Este día

caderas golpeando mis nalgas. Estuvimos juntos por un largo e intenso rato, hasta que en algún momento sentí que mi cuerpo se hundía y perdía fuerza. Abrí bien las rodillas y caí sobre el colchón inerte, sintiendo que Massimo seguía mis pasos, pero apoyándose en los codos para no aplastarme.

Con un hábil movimiento, me desabrochó las muñecas y se movió a un lado, cubriéndome en la cintura con su pierna. Me quitó el pelo mojado de mi cara sudorosa y me besó suavemente.

—¿Puedes sacármelo ahora?— Me estaba aniquilando, sintiendo que mis nalgas aún vibraban.

Massimo se rió y alcanzó el corcho mágico con su mano.

Me quejé cuando sentí que abandonaba mi cuerpo y permanecía en silencio.

—¿Estás bien?— preguntó con cuidado.

No podía pensar ni hablar, pero sabía que el niño y yo nos sentíamos muy bien.

—Perfectamente.

—Me encanta follarte, Pequeña.

—Te he echado mucho de menos, cariño.

Después de ducharme, me metí en la cama envuelta en una suave bata. Massimo entró en la habitación envuelto en una toalla y me dio un vaso de cacao frío.

—Hace sólo dos meses habría conseguido champán— suspire con decepción, tomando un trago.

Black se encogió de hombros y se quitó la toalla, limpiándose el pelo con ella.

Dios, qué hermoso es, pensé, casi me ahogo con el líquido del cacao. Es injusto, terrible y aterrador que un hombre pueda ser tan perfecto. Ya han pasado casi cuatro meses, y todavía no me he saturado con su vista.

—Tenemos que volver.— Dijo oscilante. —Debería estar en Palermo hoy.



# Este día

Me senté, tomé un sorbo y torcí la boca.

—No pongas esa cara, pequeña, tengo que trabajar. Hay un pequeño problema con uno de los hoteles. Pero tengo una idea,— añadió, sentado a mi lado. —Dentro de unos días hay una gala a la que vamos a ir, así que quizá vuelas a Polonia antes, ves a tus padres y yo voy lo antes posible.

Estaba feliz de escuchar la palabra "padres" y luego miré mi panza en crecimiento. Mamá no echará de menos el hecho de que engordé, y mucho.

—Te llevarás a Olga contigo, porque Domenico tiene que venir con nosotros. El avión está a tu disposición. Pueden volar cuando quieran.

Estaba sentada desconcertada, triste y alegre al mismo tiempo.

—¿Qué pasa, Massimo?

Se dio la vuelta y me miró, levantándose. Sus ojos estaban tranquilos y sin palabras.

—Nada,— Massimo. Pasó su pulgar sobre mi labio inferior. —Tengo que trabajar. Vístete.

Volvimos a la mansión, y después de una tierna despedida, Black desapareció en la biblioteca. Estaba de pie frente a la puerta, contra la pared y mirando la manija. Cientos de pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, y las lágrimas se derramaban en mis ojos. Que me pasa, pensé, no lo he visto ni un minuto, y ya lo extraño mucho. Agarré suavemente la manija, empujándola lentamente e inclinando la puerta.

En la habitación junto a la ventana había un hombre que miraba hacia Domenico, que le mostraba algo pequeño que tenía en las manos. Mi vista se elevó sobre el objeto y me congelé. Oh, Dios, era una caja con un anillo, ¿no? planeaba declararse a Olga. ¿O había algo que no me estaban diciendo? Sorprendida por los conocimientos adquiridos, o más bien por la falta de ellos, decidí no molestarlos e ir a mi cama.

Me senté en la terraza y, envuelta en una manta, miré la puesta de sol. No estaba nada bien, había una docena de grados sobre cero afuera, pero me gustaba cubrirme. No quiero ir a la fría Polonia, pensé. No sin ella y





# Este día

no cuando tengo que enfrentarme a mi madre. Por un lado quería ver a mis padres, pero por otro lado no necesitaban esta confrontación.

Estaba bebiendo té y haciendo un plan en mi cabeza. Lo más importante es la ropa para que no se vea la barriga. Puedo manejar el aumento de peso con un cuento de hadas de demasiada pasta y pizza.

Alabado sea Dios, y no vomite, pensé, porque simular un envenenamiento permanente despertaría la sospecha de mi inteligente madre. De repente me entró el pánico: ¿Qué me voy a poner? Después de todo, no tengo nada de ropa, no tengo ropa para esconder un embarazo. Cansada de pensar, puse mi cabeza entre mis rodillas dobladas.

—Nunca me quedaré embarazada— escuché la voz de la Olga que se acercaba. —¿Qué haría yo sin el alcohol?

Aterrorizada por este pensamiento, se sentó en la silla de al lado, poniendo sus piernas sobre la mesa.

—Creo que necesitas un trago,— dijo.

—No lo creo,— dije, guardando la taza. —Nos vamos.

—Joder, ¿otra vez? ¿Dónde y para qué? Acabamos de llegar,— dijo, y miramos al cielo.

—Para Polonia, querida, a mi patria. Creo que nos iremos por la mañana. ¿Qué opinas?

Pensó por un momento, mirando a los lados, como si estuviera buscando algo.

—Me voy a ir a la mierda.— Definitivamente se estaba golpeando la cabeza.

—¿Con quién está?— Le pregunté perversamente, sabiendo que Domenico estaba con Mario y Massimo.

—¿No lo se? Dormí una hora, y Domenico se había ido, voy a buscarlo y a trabajar.

Me levanté y bajé la manta, la puse en la silla.

—Me temo que no.— Me encogí de hombros, golpeando mi labio inferior. —¡Negocios! Esta noche estás condenada a mí. Vamos.

Oli fue a hacer sus maletas, y a pesar de un fuerte intento de obligarme a hacerlo, no lo logré. Al perder la guerra con mi propia pereza por tercera vez hoy, decidí tomar una ducha. No es que me sintiera sucia, pero simplemente me sentí como si estuviera bajo agua caliente.

Entré en el enorme baño y abriendo todos los chorros, llenando toda la habitación de vapor en pocos segundos. Tomé el teléfono en mi mano y lo conecté al altavoz del tocador. Después de un tiempo *Silencie Delirium* se escuchó. Me resbalé bajo el agua y cerré los ojos, el ruido calmante me relajó y la música que sonaba a mí alrededor me relajó aún más. Apoyé mis manos contra la pared, permitiendo que una corriente cálida fluyera sobre mi cuerpo, calmando el flujo de mis pensamientos.

—Me lo perdí— escuché una voz justo detrás de mi oreja.

Estaba asustada, aunque sabía quién estaba detrás de mí. Pero no era un miedo a lo que pasaría, sino una reacción a un sonido inesperado.

194

—Creo que nuestra despedida no fue lo suficientemente sensible,— dijo, agarrando mis caderas.

Todavía de pie frente a él, agarré con las manos los tubos transversales, que se convirtieron en látigos de agua cuando encendí el botón derecho. Apretó sus manos sobre las mías, moviendo sus labios y dientes alrededor de mis hombros y cuello hasta que llegaron a mi boca. Su lengua, habiéndose roto por dentro, se enredó suavemente con la mía. Estaba desnudo, mojado y muy listo cuando se paró detrás de mí. Dobló un poco las rodillas y con un hábil movimiento me dio un puñetazo con su gran polla pegajosa. Gemí, apoyando la parte posterior de mi cabeza contra su musculoso pecho. Las manos de Black se posaron sobre mis senos hipersensibles, aplastándolos con firmeza, y mis caderas se tambaleaban como ruedas perezosas. Sentí que el deseo crecía dentro de mí; mi cuerpo se agarraba y se aflojaba al ritmo de sus movimientos.

—No creerás que he venido aquí para frotarme contra ti.— Los dientes de Massimo me mordieron la oreja.



# Este día

—Eso espero, Don Torricelli.

Me agarró brutalmente, me sacó de la ducha y me puso delante de un gran lavabo con un espejo. Luego apoyó mi cuerpo desnudo contra una mesa fría a su lado y me tiró del pelo para que lo viera en una enorme sábana.

—Mírame...— estaba gruñendo, entrando dentro de mí otra vez.

Con su mano libre, me agarró las caderas con firmeza empezó a follarme a un ritmo loco. Abrumada por el placer, cerré los párpados en éxtasis. Me estaba alejando nadando.

—¡Abre los ojos!— Gritó.

Lo miré y vi la locura; aunque vi que tenía el control, me excitó. Agarré la parte superior del lavabo para inmovilizar mi cuerpo y abrí suavemente la boca, lamiéndolo.

—Más fuerte, Donnie,— susurré.

Una malla de venas hinchadas apareció en el cuerpo de Black, y los músculos se apretaron para que pudiera hacer un muñeco en las lecciones de anatomía. Mordiéndose los labios, no me arrancaba sus negros y susurrantes ojos.

—Como quieras.— El ritmo que dio sus movimientos me estaba matando. Después de un tiempo, sentí el placer de que la parte inferior de mi abdomen se derramara. —Todavía no, Pequeña.— Susurró entre dientes.

Desafortunadamente, su prohibición me sonó como una orden. Empecé a acercarme a su mirada con un fuerte gemido que se convirtió en un grito. Ni siquiera disminuyó la velocidad por un momento, y después de unos segundos llegué por segunda vez. Estaba respirando, y mi cuerpo estaba temblando.

—Arrodíllate,— dijo cuándo me caí en el fregadero.

Al no poder recuperar el aliento, seguí su orden, y él entró en mi boca, sosteniendo mi cabeza con firmeza. Pero no me follo, sólo se deslizó suavemente y me dejó marcar el ritmo. Después de que su gusto se



# Este día

combinó con el mío, sentí que estaba cerca, así que me ajusté a él y lo tiré con avidez y profundidad.

Las nalgas de Black se estaban apretando y su boca no seguía el ritmo de su respiración. Me sacó el pene y rugió en voz alta, vertiendo esperma caliente en mis pechos húmedos. Me miró, derramando todo el contenido. Inclinandose hacia atrás y estirándose fuertemente, gemí, frotando sus pesados testículos con una mano.

Cuando terminó, apoyó sus manos contra la mesa de mármol detrás de mí.

—Me vas a matar, Pequeña,— dijo, respirando.

Me reí, frotando una secreción pegajosa en mis pechos y mirándolo desde abajo.

—*¿Crees que es tan simple?*— Dije —*¿Crees que no lo intentaron?*

Repetí sus palabras desde la primera noche que intenté dispararle con un arma insegura.

Los labios de Black sonreían y sus manos se dirigieron a mi cara.

—Sabes cómo escuchar. Es a la vez agradable y peligroso.

Me levanté y me puse de pie delante de él, agarrándome firmemente a su cuerpo maravillosamente construido y musculoso.

—No me gusta despedirme de ti, Massimo.

—Por eso no nos despedimos, cariño. Volveré antes de que me eches de menos.— Estaba limpiando el resto de su esperma con una toalla, besándome suavemente en la boca. —Tienes un avión a las doce en punto, estarás allí por la tarde. Te recogerá Sebastián, el mismo chico que te llevó la última vez. Su número está en tu celular. Si necesitas algo, llámalo. Él te cuidará hasta que yo llegue.

Lo miré asustada porque las instrucciones que decía sonaban como si yo estuviera en peligro. Todo lo que hizo fue sospechoso, una partida repentina, enviándome de vuelta a Polonia. Massimo ocasionalmente no me permitía alejarme de él.



# Este día

—Don, ¿qué está pasando?— Se mantuvo en silencio y siguió limpiando mis pechos. —¡Joder, Massimo!— Grité, arrancando la toalla.

Bajó sus manos a lo largo de mi cuerpo y me atravesó con una mirada furiosa.

—Laura Torricelli, ¿cuántas veces tengo que decirte que no pasa nada?— Me agarró la cara en sus manos y me besó con fuerza. —Te amo, Pequeña, y estaré contigo en tres días. Lo prometo. Y ahora no te enfades porque a mi hijo no le gusta.— Acaricio la parte inferior de mi estómago con su mano, sonriendo felizmente.

—Hija.

—Espero que no sea tan maliciosa como su madre.— Se alejó porque sabía que recibiría un golpe después de esas palabras.

Yo corrí detrás de él desnuda, tratando de golpearlo con una toalla mojada, pero él era más rápido. Y cuando corrí al dormitorio, me agarró y me subió en la cama, poniéndome bajo el edredón.

—Tú me complementas, Pequeña. Me haces despertar cada día para vivir, no sólo para existir.— Me miró con una mirada llena de calidez y amor. —Todos los días le agradezco a Dios que casi muriera.— Se acercó a mi boca y me acarició suavemente con ella. —Realmente tengo que irme, llámame si pasa algo.

Se levantó y se fue a su armario, regresando después de unos minutos con un traje negro estándar y una camisa del mismo color. Me besó de nuevo y desapareció en las escaleras.

Me desperté sorprendentemente temprano. Cuando miré el reloj, resultó ser las siete en punto. Me acosté por unos minutos, viendo la televisión, y fui al baño. Por cuarta vez en las últimas veinticuatro horas me duché y me lavé la cabeza; tuve tiempo. No sé por qué, porque Massimo se había ido, me peine el pelo y me pinté los ojos.

Me senté en la alfombra de mi armario y me quejé, exhausta ante la sola idea de empacar. Por supuesto, María podría haberlo hecho por mí como de costumbre, pero esta vez tenía que elegir mi ropa con mucha precisión. Estuve revisando toda la ropa, enterrando en montones de ropa

# Este día

de marca. Desafortunadamente, la mayoría de mis cosas favoritas enfatizaban mi barriga en lugar de enmascararla. Mientras que en Sicilia me gustaba exponer mi barriga, en Polonia me gustaría llevar una tienda de campaña. Dios, qué maravilloso sería poder contarle al mundo entero sobre un bebé, pensé, sentada en un enorme montón de blusas y vestidos.

—¿Una venta?— Preguntó Olga, de pie en la puerta con una taza de café. —¡Me llevo todo! ¡Me llevo todo!

—¡Joder, Oli!— Grité terriblemente, ahogándome. —¿Sabías que no tengo nada que llevar? Ni siquiera tengo ropa de invierno. Aquí no hay invierno.

Oli puso la taza sobre la mesa vigorosamente y, después de haberme rodeado con un grito, al cabo de un rato dijo burlonamente:

—¡Qué terrible! Tendremos que ir de compras.— Se cayó a mi lado. —Jesús, ¡¿qué vamos a hacer ahora?!

La miré molesta, sabiendo que se estaba burlando de mí, y realmente no necesitaba más ropa.

—Vete a la mierda.— Me cabreé, poniendo algunas cosas en mi maleta. —Es bueno que quepa en los zapatos,— dije, abrazando las botas de *Givenchy*. —¿Estás lista?

—Claro, más que tú.

Después del desayuno y gracias a nuestra cooperación en el embalaje antes de las once, ya estábamos sentadas en un coche que se dirigía al aeropuerto. Antes de llegar a esa trampa voladora, tomé una píldora tranquilizante y me senté en mi asiento, dormitando justo antes del despegue. Esto hizo que el viaje pareciera una tele transportación.

—Encantado de verte de nuevo— Sebastián me saludó, abriendo la puerta del Mercedes.

—A ti también.— Le di una sonrisa radiante y me senté en la silla.

Entramos en el garaje subterráneo de mi edificio y unos minutos después ya estábamos en el apartamento.





# Este día

—¿Por qué no puedo ir a mi departamento?— Preguntó Olga, cayendo en el sofá. —Después de todo, tengo un apartamento.

Puse agua en mi té y miré en la nevera, sorprendida al descubrir que estaba agachada por la comida.

—Porque Massimo quiere que estemos juntas, y ¿por qué querías quedarte sola? ¿Estás cansada de mí?

Alcancé un frasco de mantequilla de chocolate que estaba en el estante y sumergí una cuchara en él. Oli se levantó y se paró en el umbral, apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Qué hacemos? Me siento tan confundida aquí y... extraña.— Se inclinó y puso una cara triste.

—Lo sé, yo también. Mira qué extraño es cuántos meses puede cambiar la vida. Mañana iremos con nuestros padres, tú ve con los tuyos, yo con los míos. Tenemos que prepararlos de alguna manera para que pasen su primera Navidad sin nosotras.

Sólo pensar en tener que ir allí me ponía enferma. Los echaba de menos, pero la conciencia del teatro que tendría que representar me privó del deseo de este encuentro.

—Oh, está nevando— dijo Oli, mirando por la ventana. —¡Está... jodidamente... nevando!

Estábamos de pie, mirando como si fuera algo inusual. Y soñé con volver a Sicilia.

—Compras.— Estaba entrecerrando los ojos sin apartarlos de la ventana. —Vamos, hagámonos sentir mejor.

Y justo cuando iba de compras, empezó a darse la vuelta, presumiblemente. —Domenico me dio una tarjeta de crédito. Qué tarjeta tan extraña tengo encima.— Abrió bien los ojos y asintió significativamente con la cabeza. —Tengo la impresión de que realmente quiere imitar a Massimo. Es sólo que no sé si ya siente todo esto o si sólo quiere copiar a su hermano.



# Este día

Una escena que vi ayer en la biblioteca se me pasó por la cabeza. Me costaba pensar si debía decírselo, pero llegué a la conclusión de que no es asunto mío y no voy a estropearle la sorpresa.

—En mi opinión, Oli, estás rompiendo la mierda en átomos. Tomemos un poco de té y vayamos a comprarme ropa holgada.

—Laura, ¿pero sabes que estás exagerando con esa barriga? Apenas se ve, y sólo se nota cuando alguien quiere verla de verdad; sin exagerar.— Giró la cabeza.

—No lo sé.— Me agarré el estómago con las manos y acaricié el bulto. —Puede que tengas razón, pero conozco a mi madre, me va a quitar este embarazo de encima, así que prefiero tener cuidado.

Después de más de una hora, té, unas cuantas barras y medio frasco de nuez moscada, condujimos mi *BMW* blanco hasta el estacionamiento del centro comercial. Por supuesto, no nos fuimos sin vestirnos con algo más invernal. Aposté por unas botas negras de *Givenchy*, unos leggings de cuero en los que apenas apreté la barriga, o al menos eso creía, una túnica suelta de color crema y, mientras pasaba el invierno en el exterior, un chaleco peludo de zorro gris. A Olga, en cambio, le gustaban mucho los pantalones cortos y las botas de *Stuart Weitzman* hasta la mitad del muslo, así como un suéter de color de zapatos sueltos y una chaqueta de cuero. Un estilo de puta, una especie de estándar.

Estábamos deambulando por las tiendas, gastando mucho dinero y cargando con más bolsas llenas de cosas de invierno. No sabíamos muy bien para qué necesitamos esas cantidades, cuando en Italia no las necesitaremos en absoluto. Finalmente, para ahogar nuestros remordimientos, acordamos que dejaríamos todo esto en Polonia, porque seguramente lo necesitaríamos algún día. Impulsadas por este pensamiento, continuamos despilfarrando descuidadamente el dinero que nuestros hombres ganaron con tanto esfuerzo. Mientras caminábamos entre las boutiques, mi teléfono empezó a sonar. Cuando lo saqué de mi bolso y vi el número reservado, me sentí feliz.

—Hola, Pequeña.— Un maravilloso acento británico surgió en el teléfono. —¿Cómo fue la compra?



# Este día

—Ropa perfecta y holgada es lo que me gusta— dije con una sonrisa.  
—¿Cómo sabes dónde estoy?— Dios, qué pregunta tan estúpida. En cuanto terminé de hacerla, me golpeé la cabeza mentalmente.

—Cariño, tu teléfono tiene un transmisor, tu reloj también, y llegaste allí en un coche que también tiene uno,— se rió. —Y ese vestido rojo que acabas de comprar es impresionante y no parece un bolso.

Mi cuerpo pasó por un escalofrío y empecé a mirar a mi alrededor nerviosamente ¿cómo diablos sabía él lo que yo había comprado? Quise preguntar eso cuando vi a dos hombres altos parados cerca.

—¿Por qué necesito protección, Donnie?— Me sorprendió.  
—Después de todo, estoy en *Polonia*, y además, estoy a salvo.— Dudé por un tiempo. —¿No es así?

—Claro que no.— Dijo que no, sin pensarlo. —Pero me gusta saber que mis amadas criaturas están a salvo.

—¿Entiendo que estás hablando de mí y Olga?— Me reí y me senté en un banco en medio de la sala.

201

Massimo dijo algo en italiano que no entendí.

—Sobre ti y mi hijo.

—¡Mi hija!— Lo interrumpí.

—No debes usar ese vestido rojo hasta que lo bautice.— Su voz era poderosa, y aunque no lo vi, supe cómo era su cara cuando lo dijo.

—Ahora vuelve a las compras y saluda a tus padres de mi parte.

Suspiré, escondiendo el teléfono en mi bolso, y miré a Oli.

Estaba metiendo dos dedos en su garganta, tratando de hacerla vomitar.

—Estoy vomitando un arco iris— ella estalló, girando los ojos.

—No te pongas celosa.— Me incliné y me levanté, cogiendo su brazo.  
—Verás, tenemos una compañía que documenta todo lo que hacemos.—  
Incliné mi cabeza hacia los burros.

—Joder— Ella maldijo. —Tiene una psiquis peor que la de tu madre.



# Este día

—Y eso es un hecho.— Resoplé una risa. —Vamos.

Al día siguiente, vestida con una túnica holgada con sólo el busto, las mallas y el abrigo, fui a la casa de mi familia. Decidí no advertir a mis padres sobre mi visita, esperando sorprenderlos. Dejé a Olga bajo la cuadra donde vivía de niña y fui a mi casa. El hogar familiar fue siempre el único lugar donde lo llamaba "hogar". Mi hermano y yo acordamos hace mucho tiempo que aunque ninguno de los dos viviera en ella permanentemente, no la venderíamos. Jakub estaba a casi quinientos kilómetros y tenían casi cinco años viviendo en Varsovia. Sin embargo, esto no cambió el hecho de que teníamos los recuerdos más felices de aquí.

Mamá puso mucho trabajo en el jardín, y la casa había cambiado más allá de lo reconocible en los últimos años. No podía imaginar a nadie viviendo en ella excepto a nosotros.

Me paré frente a la puerta principal y presioné el timbre. Después de un tiempo se abrieron y vi a mi padre en ellas.

—¡Hola, cariño!— llamó, arrastrándome. —¿Qué estás haciendo aquí? Qué hermosa estás.

Vi lágrimas fluyendo en sus ojos, así que lo abracé aún más fuerte.

—¡Sorpresa!— Susurré, y le abracé el hombro.

Después de un rato, mi encantadora madre salió del salón, como siempre, impecablemente vestida y llena de maquillaje.

—La niña— se encariñó, extendiendo los brazos.

Me arrojé a sus brazos y, por razones desconocidas, escuché. Cada vez que ella reaccionaba tan emocionalmente a mi visita, las lágrimas salían de mis ojos.

—Mami.

—¿Y por qué lloras?— Me preguntó, acariciando mi cabeza. —¿Qué pasó? ¿Algo pasó? ¿Por qué la visita inesperada?



# Este día

La oscuridad. Era una pasión oculta y un talento de mi madre, le encantaba preocuparse y crear problemas para sí misma, aunque no existieran.

Gracia a Dios, no me tocó. Estaba farfullando, sorbiendo por la nariz.

—Vamos, cariño, es suficiente.— Me dio una palmadita en la espalda.  
—Tomasz, haz un poco de té, y tú te quitas la ropa y te sientas.

Mi habilidad para mentir rápidamente había sido probada de nuevo. Les conté sobre mi entrenamiento en Budapest y cómo funcionaba para mí. Estaba hilando una larga historia sobre los eventos imaginarios que logré organizar, y cuando llegó la pregunta sobre la lección de italiano, usé tres palabras que conocía y cambié el tema.

Después de una hora y media de monólogo llegó el momento de presentar el funcionamiento del telescopio que papá recibió de Black, y oficialmente de mí. Lo vi hablar, sosteniendo un cartón redondo en su mano, que estaba girando, murmurando algo bajo su nariz.

—Puede tomar algún tiempo,— dijo mamá, poniendo una botella de vino tinto y dos vasos sobre la mesa.

203

Lo mire bajo mi nariz. No sabía esa parte de la noche, y debería haberlo sabido.

Mamá sirvió vino y levantó su copa como un brindis, esperándome. Con un ligero pánico en los ojos, levanté el vaso y me mojé la boca después de dar golpecitos. Oh, Dios, ¿qué tan bueno es eso? Pensé, sintiendo el sabor del alcohol en mis labios. Si pudiera, me bebería toda la botella de una vez.

Papá seguía tratando de rastrear algo más que la oscuridad mientras que mamá se servía otra ronda.

—¿No te gusta?— preguntó, mirando mi constante cantidad de vino.  
—Es tu *pinot noir moldavo* favorito.

—En realidad, dejé de beber.— Su mirada de sorpresa que se me quedó grabada no anunciaba nada bueno. —Bueno, verás, mamá, no bebo en Italia.— Estaba cociendo una mentira, preguntándome qué

# Este día

quería decir. —Y el alcohol son los carbohidratos,— terminé, sonriendo tontamente.

—Acabo de notar que te ves mejor,— respondió mamá, señalándome. —Quiero decir, estás redondeada, ¿no estás ejercitando?

*No estoy embarazada*, pensé, sonriéndole artificialmente.

—No tengo tiempo para hacer ejercicio, pero desafortunadamente tengo tiempo para comer, especialmente en el trabajo. Ya sabes, la pizza, la pasta y el culo está creciendo todo el tiempo, así que he dejado de beber, he limpiado mi cuerpo.— Recé en mi mente para que me creyera. No fue fácil, porque siempre he amado el vino y nunca lo he rechazado. Prefiero dejar de tomar alimentos sólidos que rechazar el alcohol.

Me miró sospechosamente durante un rato, girando la pata de cristal en sus dedos. Sus ojos ligeramente bizcos mostraron claramente que no me creía. La voz de mi querido padre me salvó de una situación incómoda.

—¡Ja! ¡Ahí está! Laura, vamos.— Él dijo, asintiendo con la cabeza.

Me levanté de la silla como si quemara, corrí hacia él y puse mi ojo en el telescopio. De hecho, localice la luna, que parecía tan impresionante y extremadamente hermosa en este primer plano. Estaba demasiado entusiasmada, charlaba todo lo que podía, comentando lo que veía. Tuve la suerte de que mi padre compartiera sus conocimientos, después de una conferencia de 15 minutos sobre astronomía, mi aburrida madre se fue. Todavía fingía escuchar, pensando en cómo evitar otra confrontación aquí. Pero el conocimiento de papá sobre los cuerpos celestes era tan amplio que lo compartió conmigo durante otra hora.

Luchando con mis párpados, que se estaban cayendo de aburrimiento, cuando pensé que iba a perder esta lucha desigual, Mamá entró en acción y esta vez fue ella quien me salvó de Papá.

—La cena, por favor,— dijo, señalando la cocina con la mano.

Me volveré loca, pensé, si no me voy mañana. Papá me está salvando de mamá, mamá de él, estoy a punto de perderme en mis propias mentiras, no he tenido un esfuerzo intelectual tan grande durante mucho tiempo.



# Este día

Mi cabeza estaba rogando por un descanso.

Me senté a la mesa, mirando los manjares preparados, y sentí un hambre abrumadora. Me puse un poco de cada golosina, luego comí y añadí otra vez, se podría decir que estaba comiendo, porque no lo llamaría comida. Después de veinte minutos de esta fiesta, levanté los ojos de mi plato y me encontré con los ojos de mis padres aterrorizados. Creo que me iré hoy. Mamá masticó tranquilamente el bocado, mirando mi plato vacío.

—¿Qué?— Estaba levantando las cejas por sorpresa. —Soy un poco más poderosa, todavía comiendo pasta.

—Ya lo veo.— Mamá lo desaprobaba.

Iba a empujar la sidra y el postre, pero me di por vencida sabiendo que sus cerebros no podrían soportarlo. Además, planeaba frecuentar la cocina por la noche, cuando nadie me molestara o me iluminara los ojos.

Después de cenar vimos una película juntos y luego me acosté en mi vieja habitación de arriba. Podría haber dormido abajo en la sala de estar, pero habría significado bordear el dormitorio de mis padres, así que, pensándolo bien, me dejé llevar.

Por la mañana, cuando me desperté, recordé que mis padres estaban en el trabajo y no tendré que preocuparme por sus miradas sospechosas al menos durante las próximas horas. Me aburrí de ver la televisión por un tiempo y fui a tomar una ducha. Abrí el agua y me paré bajo un chorro de agua caliente. Cerré los ojos, recordando mi última ducha con Massimo. Lo extrañé. Casi sentí el toque de su mano sobre mí. Impulsada por esta visión, comencé a tocarme a mí misma alisando los senos hinchados y frotando mi clítoris unas cuantas veces. Sentí que lo estaba haciendo bien demasiado rápido. Esta fue una de las ventajas indiscutibles del embarazo, mi cuerpo era muy sensible y reaccionaba más fuertemente al tacto.

Pensaba en lo brutal que era Massimo para mí, en el dolor que me causa y en lo mucho que lo amo. Casi sentí el toque de su lengua en mí misma. Abrí más las piernas, frotando el clítoris hinchado con los dedos aún más rápido. Las escenas volaron por mi cabeza cuando me agarró

# Este día

fuertemente de las caderas, me tomó por detrás, mientras se burlaba de mí. Un grito apagado salió de mi garganta cuando un orgasmo corrió por mi cuerpo. Dejé salir el aire, sintiendo que toda la presión salía de mí. Uff, eso es lo que necesitaba.

Cerré el agua, salí de la ducha y me quedé junto a la ducha. Miré alrededor y, al no encontrar ni una sola toalla, pensé que tenía que volver a mi habitación a buscar mi bata de baño.

Suspiré, abriendo la puerta y caminando por el suelo.

Después de caminar un par de pasos, me quedé congelada en el umbral de mi habitación. Los ojos de mi madre, que me miraban fijamente a mi redonda barriga, me atravesaban como platillos. Estaba congelada así con las manos bajadas a lo largo de mi cuerpo, sin poder moverme. Mamá, por no decir nada, sólo sacudía la cabeza, como si quisiera ahuyentar un pensamiento intruso de ella o despertar, pero seguía mirando mi redondo estómago. Finalmente se sentó, suspiró y me miró directamente a los ojos. Empecé a respirar desesperadamente, profundamente y muy rápido, y escuché un silbido en mis oídos.

206

Agarré mi bata que estaba en la silla de al lado y me envolví en ella, cayendo en el asiento.

Cerré los ojos, tratando de calmar mi corazón.

—Toma,— dijo, metiendo una pastilla en mi boca.

—No puedo aceptarla,— dije. —En mi bolso.

La escuché escarbar en mi bolsa, luego sacó una caja de pastillas y me dio la píldora correcta. La puse bajo mi lengua, esperando que funcionara. Sentí ardor y dolor en el esternón, y un corazón que latía ahogaba cualquier otro sonido. Dios, en ese momento quise morir más que vivir y enfrentarme a mi madre.

—Llamo a una ambulancia...— dijo ella levantándose.

—Mamá, no.— Abrí los ojos y la miré. —Me calmare enseguida.

Se sentó en la alfombra delante de mí, midiéndome el pulso. Le pedí a Dios en mi mente que me tele transportara a Sicilia por algún milagro. Los minutos pasaron, y a pesar de mis ojos cerrados, todavía podía sentir



# Este día

su castigo, clavándome los ojos. Subconscientemente y sin saberlo, puse mi mano sobre mi estómago, luego respiré profundamente y abrí los ojos.

En su rostro vi decepción, desilusión, cuidado y tristeza. Cuando llegó el momento, me auto flagelé en mi cabeza, después de todo, planeé todo tan perfectamente, la ropa, la historia.

—Mamá, ¿qué haces en casa?

—Quería pasar el día contigo, así que cancelé las reuniones— respondió, levantándose y sentándose en la silla de al lado. —¿Cómo te sientes?

Por un momento me preguntaba sobre la respuesta, porque físicamente me sentía incluso bien, pero mentalmente, ¡dramática!

—Estoy bien, estoy un poco nerviosa.— Sabía que estaba callada porque no quería estresarme, pero eso no cambiaba el hecho de que esta conversación no pasaría. —Es el comienzo del cuarto mes— susurré, sin siquiera mirarla. —Y sé lo que vas a decir, así que por favor, ahórrate las palabras.

—No sé qué decir.— Sus manos estaban levantadas, cubriendo su cara. —Laura, todo esto ha estado sucediendo demasiado rápido últimamente. Nunca has estado así. Primero ese viaje al extranjero, luego ese hombre extraño, todavía con algunos secretos, y ahora... ¡un bebé!

Sabía que tenía razón. También sabía que no cambiaría nada de lo que dijera de todas formas.

—Mamá, lo quiero.— Le dije.

—¿Pero el bebé?— gritó, levantándose. —No tienes que hacer un bebé con alguien porque lo amas. Especialmente si no lo conoces...— Ella rompió a llorar, y yo sabía por qué.

Corrí a mi bolsa y saqué la primera ropa que encontré. Me la puse mientras ella contaba en su mente, agarré mis cosas y abroché el candado.

—Laura Biel, ¿cómo diablos conociste a este hombre, cuando decidieron ser padres?

# Este día

Estaba apretando los puños por la ira, pero estaba muy enojada conmigo misma.

—Mamá, ¿cuál es la diferencia?

—No es así como te crie. ¿Cuánto lo conoces?

—No lo planeé. Simplemente sucedió. ¿No crees que soy tan estúpida?— Agarré la bolsa. —Y lo conocí durante unas tres semanas.— No fue hasta que lo dije que me di cuenta de la situación idiota. Esperaba que mi madre entendiera algo que incluso me parecía inútil.

Se puso pálida y se congeló. Sabía que la había lastimado, y sabía que lo haría. Pero no podía decirle la verdad sobre el secuestro, la visión de la muerte de Massimo, la mafia, o todo el lío siciliano.

—¿Y qué pasa si se aburre ese niño rico?— preguntó en voz alta. —Te dejará con el niño, y creo que te crie de forma diferente. ¿Recuerdas que la familia es de al menos tres personas? ¿Cómo puedes ser tan irresponsable?— Intentó estar tranquila, pero las emociones se apoderaban de ella. —¿Alguna vez te has preguntado qué podría pasarle a una mujer soltera con un hijo? ¡Ahora no se trata sólo de ti!

—Me casé una semana después de regresar de Polonia, sin un acuerdo prenupcial, mamá— le di una bofetada con eso en la cara. —Así que tengo derecho a todo su maldito patrimonio. Tengo tanto dinero que el bebé puede usarlo en lugar de un pañal. Y Massimo me quiere y a este bebé, me quiere tanto que se mataría antes de dejarnos ir.— Levanté la mano cuando vi que quería decir algo. —Y créeme, lo sé, porque me escapé de él. ¡No me juzgues, mamá, porque no tienes ni idea de la situación que quieres analizar!— Grité y bajé corriendo las escaleras.

Agarré mi abrigo, me puse los zapatos y salí corriendo. Estaba nevando; mi cara estaba envuelta en aire helado. Lo metí profundamente en mis pulmones, presioné el botón del control remoto. Tiré la bolsa para el asiento y me puse en camino hacia la calle. Quería llorar, estaba enojada conmigo misma, quería gritar, vomitar y morir. Después de un tiempo dejé la ciudad y me fui a un camino forestal.

Después de conducir unas docenas de metros me detuve, salí y empecé a gritar. Grité hasta que sentí que ya había tenido suficiente. Me acerqué



# Este día

al coche y pateé varias veces el neumático con las botas Givenchy, que eran terriblemente caras.

Necesitaba a Black como nunca antes en mi vida.

Me calmé después de un tiempo y puse mi creciente trasero en el auto. Marqué el número de mi marido y él respondió después del tercer bip. Resoplando y sorbiendo por la nariz, abrí la boca para decir algo, pero no sirvió de nada. Cuando oí su voz, me puse a llorar. Con una mezcla de inglés y polaco, traté de explicarle lo que había sucedido, golpeando el volante con las manos de vez en cuando y gritando salvajemente. En el fondo de la conversación oí a Massimo murmurar algo en italiano, y un momento después en el espejo retrovisor vi un *volkswagen passat* negro que se precipitaba hacia mí, del que salieron dos voluminosos invitados, a los que vi en la galería. Uno de ellos corrió hasta mi puerta, la abrió y, con consternación, me clavó la mirada a mí y al centro del coche, mirando a través de ella como si estuviera buscando a alguien.

—¿Qué carajo, no puedo llorar?!—Grité, cerrando la puerta delante de su nariz.

El tipo se puso el teléfono en la oreja y lo sostuvo en la mano y luego se fue, llevándose a su amigo.

—Pequeña,— escuché una voz suave y tranquila en los altavoces.  
—Limpiate la nariz y repite, en inglés, lo que pasó.

Así que le conté toda la historia de la última hora y me golpeé la frente con el volante.

—No tengo fuerzas, Massimo. Hago daño a la gente que me quiere, estoy enfadada y deprimida, y tú te has ido.— Sentí la furia creciendo dentro de mí, y el cuerpo se estaba enojando. —¿Y sabes qué, Donnie?— gruñí. —Me complicaste la vida, todo se ha jodido por tu culpa, y estoy colgando, porque estoy a punto de llorar otra vez.

Colgué y apagué mi teléfono. Sabía que no me estaba permitido, pero también vi el pasaje detrás de mí, así que Massimo tenía los detalles exactos de lo que estaba haciendo y dónde estaba. Me di la vuelta, pasando a los chicos guapos del coche negro, y mientras levantaba una nube de nieve fresca, me puse en marcha.



# Este día

Conduje hasta la cuadra de Olga, salí y llamé al intercomunicador. Cuando lo recogió, le dije que volveríamos, y la hice muy feliz.

—Entonces, ¿qué pasó?— Estaba bromeando, subiendo al coche.

—No preguntes. Me peleé con mamá, ella se enteró del embarazo y de la boda, y luego me peleé con Massimo porque me volví loca.— Me puse a llorar y caí en sus brazos. —¡Estoy harta, Olga!

Sus ojos estaban aterrorizados y su boca abierta fue una completa sorpresa.

—Ven aquí.— Se desabrochó el cinturón y se dirigió a mi puerta, caminando alrededor del coche. —Ven, Lari.— repitió, desabrochando mi cinturón y tirando de mi abrigo. —No vas a conducir así. ¡Fuera!

Parecíamos idiotas, ella gritaba, estaba inundada de lágrimas y se agarraba al volante y me sacudía y agitaba las manos. Incapaz de arrancarme la mano del volante, se inclinó y me mordió el dedo.

—¡Ay!— Grité, disminuyendo la velocidad del abrazo, y sólo entonces me saco del coche.

—Joder, si no estuvieras embarazada, te jodería, entra.

Los primeros kilómetros los recorrimos en completo silencio hasta que sentí toda la rabia en mí dando paso a la consternación y el remordimiento.

—Lo siento— susurré, abriendo la boca. —El embarazo es una enfermedad mental.

—Bueno, en tu caso, ciertamente lo es. Vale, mejor que me lo cuentes, algo pasó en casa.

Así que le conté la misma historia de nuevo y esperé a que reaccionara.

—Bueno, eso es grueso,— se puso de pie, asintiendo con la cabeza. —Clara tiene una uña mala ahora.

—Me desheredó.— Me encogí de hombros. —No sobrevivirá a tal golpe y renunciará a mí.





# Este día

—Lo superará.— Después de un rato de pensar, hizo un sonido tranquilo: —Sabes, no todos los días te enteras de que tu bebé está embarazada y recién casada. Además, no es tan malo, porque al menos no sabe que Massimo es el jefe de la familia de la mafia. Tampoco sabe que alguien regularmente quiere matarte, a ti o a él. Mira lo positivo, Lari.— La estaba mirando, pero no podía creer lo que estoy escuchando. —Bueno, me estoy burlando de mí misma. Además, Laura, disfrútalo, lo has sacado de tu mente. Bueno, tal vez el camino no fue el más feliz, pero al menos no más mentiras.

Sí, básicamente, ella tenía razón. ¿Y qué? La situación parecía haberse aclarado un poco, pero no cambió el hecho de que mamá ya no me hablaba. Y como éramos tercas de la misma manera, no iba a llamarla después de lo que me dijo.

Dos horas más tarde estábamos en casa y aunque sólo eran las dos, me caí de bruces. El embarazo, un corazón enfermo, una discusión con mi madre, todo esto me hizo querer dormirme en ese fatídico día. Olga me preparó una taza de té y me dijo que hizo una cita con su amante para terminar oficialmente todo y completar el asunto, que debería haber cerrado hace varias semanas. Estuve de acuerdo con ella y cuando se fue, encendí la televisión y me fui a dormir.

211



—¿Por qué no estás desnuda?— Escuché un silencioso susurro justo detrás de mí oído.

Abrí los ojos. Estaba completamente oscuro en el dormitorio y en el cuarto de estar, a pesar de que el reloj del televisor indicaba las 11 de la noche. Me di la vuelta, acurrucando mi cara en el torso desnudo de mi marido.

—Porque, en primer lugar, no esperaba despertarme a tu lado, y, en segundo lugar, necesito sentir tu olor.— Agarré el borde de su camisa que llevaba puesta y se la quité, tirándola al suelo.

Black me abrazó con fuerza en sus brazos y me empujó aún más fuerte hacia su pecho.

—No sonabas como una mujer perdida en el teléfono.— Se movió un poco hacia atrás para mirarme. —Y hablando del teléfono, el tuyo está apagado desde ayer.

Entré en pánico y levanté los ojos hacia él; de hecho, apagué el teléfono y desafortunadamente, con toda la confusión, me olvidé de encenderlo. Sabía perfectamente bien que si salía del curso en un momento, él tendría toda la razón. Pero su mirada fue sorprendentemente suave, y las manos que deambulaban por mi cabello no anunciaban problemas.

—¿Qué estás haciendo aquí realmente?— Pregunté, frunciendo el ceño. —No se suponía que tenías que llegar mañana, ¿no?

—Cariño,— me susurró, besando mi frente. —Tú llamada telefónica me asustó, o más bien el estado en que estabas.— Volvió a suspirar, empujándome hacia sí mismo. —Debí haber estado contigo cuando tu mamá se enteró de lo del bebé.



# Este día

—Siento haber gritado así; a veces no puedo controlarme.— Me di la vuelta, suspirando fuerte. —Y no sólo se enteró de lo del bebé, en una marea de honestidad le dije lo de la boda. Le di todo el paquete en unos minutos.

Massimo se levantó de la cama y pulsó el botón del mando a distancia, y entonces la habitación se inundó de luz brillante. Se mordió el labio inferior y su hermoso cuerpo musculoso cambió, se apretó, se aflojó. Se puso de pie, mirando a través de la puerta a las grandes ventanas, claramente confundido por algo. En cuanto a mí, él podría estar de pie así el resto de su vida, extendiendo sus encantos, pero por desgracia, mi vientre estaba burbujeando.

—Laura, tengo algunas cosas que hacer,— dijo finalmente, desapareciendo en el baño, donde se lavó los dientes, y luego en su vestidor, y después de un rato regresó con un traje negro. —Por favor, prepárate para salir, estaremos volando a *Gdańsk* hoy. Domenico y Olga están en su apartamento, deberían estar de vuelta antes de las cuatro.

213

Estaba acostada con la cara más estúpida del mundo y me preguntaba qué era tan importante como para que se vistiera en treinta segundos y se fuera.

—Massimo, acabas de llegar, ¿no puedes comer conmigo?

—Vine esta noche, y si quieres ser minuciosa, pasé la noche contigo. —Se sentó al borde de la cama, besándome suavemente. —Lo haré en poco tiempo y seré todo tuyo.

Coloque las manos en su pecho, y como una niña pequeña, me mordí el labio inferior.

—Debes saber, Massimo, que estoy insatisfecha,— dije con cara de amargada. —Y como mi marido, tienes el deber de satisfacer a tu esposa. —Respiré profundamente. —Además, estoy enfadada, frustrada, triste, hambrienta...— Estaba lanzando palabras fuera de mi mente, sintiendo una abrumadora ola de desesperación y miseria.

# Este día

Los ojos de Massimo se oscurecieron, los entrecerró ligeramente, mirándome. Ignoré esa señal animal y fue mi error. Sólo noté cómo se quitó la chaqueta de los hombros y sonrió con astucia. Se acercó a mí y me tomó en un movimiento decisivo, luego caminó a través de la sala sin decir una palabra y me puso frente a la gran mesa. Y se paró en la parte de atrás.

—Lo haremos como antes—, dijo en tono serio, quitándome las bragas y extendiendo las piernas a los lados con su rodilla.

Se arrodilló detrás de mí y empujó ligeramente en la parte superior, y su cálida lengua se deslizó sobre mi coño. Me quejé en voz alta cuando lentamente comenzó la marcha de sus andares. Me acosté sobre mi espalda, descansando mis manos contra la mesa fría. Massimo me lamía el coño con avidez, llevándome al borde del deleite. Cuando se puso de pie, me metió dos dedos como si quisiera prepararme para el tamaño de su pene. Frotando el interior de mi coño con su mano derecha constantemente, desabrochó el cinturón de sus pantalones con su mano izquierda.

214

—Rápido y duro— susurró cuando cayeron al suelo. —Y no me digas más...— En ese momento sus dedos fueron reemplazados por su miembro, y su mano, que estaba en mí, me agarraron el pelo, doblando mi cabeza —...que no te satisfago.— Sus caderas se volvieron locas y un fuerte grito salió de mi garganta.

Me soltó la cabeza y me agarró el culo con fuerza, conduciendo hacia mí a un ritmo loco.

—Te gusta provocarme, ¿verdad?— ...silbaba, bajando una de sus manos para que sus dedos irritaran mi clítoris.

Su dura polla se frotó contra mi interior a tal velocidad que sentí que no tardaría mucho. Casi se acostó sobre mí sin dejar de acariciar con los dedos o de cambiar el ritmo. Con su mano izquierda me agarró el pecho, pegando su pecho firmemente a mi espalda. Me aplasta el pezón con los



# Este día

dedos, luego lo giró y luego lo acarició por turnos. Fue demasiado para mí. Llegué con un fuerte gemido, estirada en una camiseta empapada de sudor. Cuando Black sintió que yo llegaba a la cima, apretando los músculos alrededor de su pene, me mordió en el hombro y se unió a mí, vertiendo un poderoso chorro de esperma.

—Me encanta— exhaló cuando ambos tratábamos de recuperar el aliento en la mesa.

Después de un rato, se levantó de mí y, con un hábil movimiento, me giró de tal manera que ahora yo estaba acostada de espaldas ante él. Miró a su miembro aún duro y con una sonrisa entró en mí por segunda vez. A mitad del orgasmo pasajero, no tuve la fuerza para ahogar ni una palabra de mí cuando él empezó a acelerar de nuevo.

—Estabas diciendo algo sobre lo insatisfecha que estás.— Dobló mis piernas caídas en las rodillas y apoyó mis pies en la parte superior.

—Una vez más, Pequeña, —susurró, frotando mi cansado e hinchado clítoris con el pulgar.

Después de otros quince minutos de follar, recé sólo para que no hubiera un tercer asalto. ¿Cómo es posible que un chico de su edad pueda copular como un adolescente? Me preguntaba, recostada medio consciente en la alfombra de la sala de estar. Massimo se abrochó los pantalones y sonrió feliz mirando mi cuerpo tratado con placer. Se acercó, me tomó en sus brazos y me puso en el sofá, cubriéndome con una manta.

—Como dije, tendré unos dieciséis años. —Me besó en la boca con placer, luego tomó su saco negro y se fue.

Pero estaba follada, pensé cuando la puerta delantera se cerró detrás de él. Supongo que incluso más de lo que quería, suspiré. La próxima vez, antes de que lo provoque, lo pensaré dos veces.

Me quedé ahí media hora mirando la televisión, hasta que finalmente me levanté y fui a darme una ducha. Me puse el pelo de una manera muy

# Este día

minuciosa y me pinté los ojos con mucha nitidez. No quedaba ni rastro de mi maravilloso bronceado italiano, pero sin él, también me veía extremadamente bien. Andando por ahí en bata, buscando la ropa adecuada, oí un ruido.

—Tengo hambre, vamos a comer algo— escuché el llamado de mi amiga.

Miré en el salón, pero ella no estaba allí, así que fui a la cocina y vi a Oli con el culo estirado, con unos leggings ajustados revisando el contenido de la nevera.

—Dulces, vino sin alcohol, zumos— cambió, se apretó a mitad de camino entre los estantes. —Comería fideos... o carne...— Se alejó de la nevera. —Sí, quiero filete, patatas, ensalada y cerveza. Mueve el culo, o me voy a morir de hambre.

Estaba de pie contra la pared, mirando la locura en sus ojos.

—¿No me digas que no has comido nada hoy?!

—Joder, había cosas más importantes que la comida, vamos, Lari. Domenico está haciendo sus negocios con los chicos de enfrente, y creo que está en una condición similar a la mía, así que muévete.

En ese momento, la puerta principal se abrió y cerró con un golpe, y Domenico cayó en la cocina. Lo mire con un ojo asustada, preguntándome qué estaba pasando.

—¿Por qué no estás lista?—preguntó sorprendido.

Giré la cabeza, los dejé solos y fui a vestirme. Tenía todo listo: lo que quería ponerme hoy para complacer a mi marido. Las botas negras de gamuza de *Casadei*, un vestido corto gris de *Victoria Beckham* y un abrigo de *Chanel* con el mismo color de zapatos. Agarré mi bolso y después de diez minutos me paré en el umbral de la cocina, donde Domenico y Olga estaban lamiendo *Nutella*.

—Eres extremadamente asquerosa. Vamos.





# Este día

Los tres tomamos el ascensor hasta el garaje y nos metimos en un todoterreno negro. Domenico se sentó con el hombre de seguridad y Oli conmigo en la parte de atrás.

—¿Lo has hecho todo?— Le susurré en conspiración, olvidando que nadie sabía polaco.

—No hice una mierda.— Ella suspiró. —Antes de que Adam tuviera tiempo de presentarse, aparecieron los sicilianos y los chupa-vergas.

Me incliné y me encogí de hombros.

—Pero por el tono de nuestra conversación, pensé que se dio cuenta de lo que quería decirle.

El coche se detuvo frente a un popular restaurante de un conocido chef polaco con un nombre mediático. Me sorprendió que los italianos conocieran tales lugares en el mapa gastronómico de Varsovia.

Entramos, todas las mesas estaban ocupadas. Bueno, es mitad del día, pensé. Domenico se acercó al gerente que estaba cerca y le susurró unas palabras al oído, poniéndole algo en la mano. Para lo cual nos condujo después de unos minutos a una pequeña e íntima habitación, lejos de las miradas entrometidas de los demás huéspedes. Nos sentamos en una mesa redonda, vertiendo las cartas del menú. Un momento más tarde hicimos un pedido y el camarero nos entregó al placer de ambos cheques polacos.

Cuando satisficieron un poco su hambre, cortando en manteca de cerdo y pepinos en escabeche, Olga se inclinó hacia mí.

—Tengo que ir al baño— dijo. Nos disculpamos con Domenico y nos dirigimos hacia el salón principal.

El interior del restaurante estaba arreglado de manera minimalista, pero con gusto, había mucha madera y retratos en blanco y negro en las paredes de todas partes. Además, las calorías blancas en jarrones, la

# Este día

música casual que se filtra por los altavoces y el maravilloso olor de la comida. Hasta yo tuve hambre.

De repente Oli se paralizó, clavando su mirada en un hombre sentado en una de las mesas.

—¡Oh, maldita sea, maldita sea!—ella escupió en voz baja, apretando mi mano.

Moví mi mirada hacia la dirección en la que sus ojos estaban clavados, y de repente entendí. Un hombre rubio brillante excepcionalmente guapo se levantaba de la silla: hombros anchos, chaqueta perfectamente cortada, boca llena. Sí, Adam era definitivamente una mercancía. Rico, atractivo e inteligente. Cuando vio a Oli, se disculpó con sus invitados y se dirigió hacia nosotras.

Se acercó con cierto paso y estando demasiado cerca de nosotras, la besó para saludarla, luego inclinándose hacia mí, me saludó brevemente.

—Te extrañé— dijo, lamiéndose los labios y sin perder de vista a ella.

Sus manos se metieron en los bolsillos y su cuerpo adoptó una postura indiferente cuando se apoyó en sus piernas. Estas eran las cualidades de todos los hombres ricos: despreocupación, sentido del poder y confianza en sí mismos. Ambas las amábamos, y este hombre las emanó.

—Hola, Adam.— Ella estaba nerviosa mirando hacia atrás. —Quería, ya sabes, hablar, pero este no es el lugar ni el momento.

Traté de salir de esta situación incómoda, pero mi amiga me apretó los dedos alrededor de la muñeca, dejando claro que no funcionaría.

—Nunca te molestó el lugar o la hora.— Levantó las cejas provocativamente y le dio una sonrisa.

—Adam, te llamó,— dijo, arrastrándome.

Intentó pasar a su patrocinador angelical, pero él no pensó en rendirse. La tomó en sus brazos y le puso la lengua en la boca. La mano de Olga



# Este día

me soltó y con ambas manos alejó al rico cachondo con todas sus fuerzas. Luego se balanceó y le golpeó con tal fuerza que la suavidad del golpe ahogó la música y los ojos de los invitados se volvieron hacia nosotros tres. Me alejé de ellos y vi a Domenico, que se dirigía hacia nosotros con un paso decisivo.

—Domenico...— Sólo logré balbucear antes de que su puño cerrado llegara a la cara de Adam. El rubio cayó muy duró, pero el siciliano no dejó de cubrirlo con los puños hasta que intervinieron los guardias.

El gerente gritó fuertemente, los invitados se levantaron de sus sillas, y el italiano, que ardía en deseos de asesinar, se lanzó, sostenido por dos gorilas. La protección de los italianos trató de liberar a Domenico, pero desafortunadamente, había más del personal del restaurante. De repente, sin saber cuándo ni desde dónde, la policía apareció y esposó a Domenico. Adam, mientras tanto, recogía su cara del suelo, gritando algunas amenazas y maldiciones bajo sus narices, y Olga, inundada de lágrimas, murmuraba algo incomprensible. Dios, *¿llegará algún día el momento en que nuestra vida sea simple, fácil y agradable?*, pensé.

219

Después de un rato, ambos hombres desaparecieron, y nos quedamos completamente solas, cojeando bajo el fuego de los ojos de los otros invitados. Oli se inclinó hacia la mesa con sarcasmo. Antes de que pudiéramos llegar a ella, el teléfono vibraba en mi bolso.

—¿Estás bien?— Escuché la voz de pánico de Massimo.

—La policía se llevó a Domenico.

—Lo sé. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Ve a casa y espérame.— Él dijo antes de colgar.

—Bueno, tendremos una charla.— dije maldiciendo, tomando mi abrigo y arrastrando a Olga hacia la salida. Nos subimos al todoterreno, donde el llanto de Oli se convirtió en furia.



# Este día

—¡Qué jodida mierda! ¡¿Cómo puedo ser tan idiota, cómo puedo?!—  
Agitó las manos con furia y golpeó el asiento del conductor.

—Oh, bien.— Dije subiendo el cierre de su abrigo. —Tendrán una lección, los dos. El rubio, que será no besar a las mujeres de los demás, y Domenico, que no es un dios en todas partes.

—¡Tengo mucha hambre!— añadió después de un rato de silencio.

Me eché a reír y dirigí al conductor hacia su comida china favorita.

Nos sentamos en la alfombra y sacamos cajas de comida. Saqué una botella de vino de la nevera y le serví un vaso a Oli. Se lo bebió como un fantasma y me pinchó, haciéndome saber que quería un relleno. Después de beber tres de ellos, casi se ahogó, cayó de espaldas y escondió su cara en sus manos.

—Oh, Dios, ¿y si le pasa algo?— murmuró, casi llorando.

—Creo que se rompió la nariz...

220

—Me importa una mierda Adam y su nariz, me preocupa Domenico.

—Puede que le haya metido su nariz en tu culo, pero está pasado de moda—dije llevando un bocado de pasta de pato. Oli apartó las manos de su cara y me envió una divertida mirada de desaprobación.

—Eres despreciable.

—Y si tienes hambre, come.

Oli frustrada, vació la botella hasta el fondo y alcanzó otra. Para hacerle compañía, decidí beber mi vino también. Encendí la chimenea y me senté a su lado en el sofá. Cubiertas con mantas, vimos la televisión sin intercambiar una palabra entre nosotras. Este era el plus de la amistad: sentirse cómodo con alguien, en silencio.

Ya eran más de las 12, y todavía no había sabido nada de Massimo. Miré a mi amiga la cual, borracha y con el maquillaje borroso, se quedó





# Este día

dormida en el sofá. Decidí desnudarla, pero en cuanto lo intenté, estaba arremolinándose en la manta y se envolvió fuertemente.

—No, no lo haré...— susurré, la besé en la frente y fui a asearme.

Me duché y volví a ella en el sofá. Pensé que cuando se despertara, no querría estar sola. Aburrida, salté a las redes por un tiempo. Estaba tirada ahí, mirando fijamente la pantalla de cristal. Incluso quise llamar a Massimo para ver qué pasaba, pero sabía que si quería hablar, lo haría personalmente. Eran más de las dos cuando me quedé dormida.

Medio dormida, sentí que alguien me tomaba en sus brazos y me llevaba al dormitorio. Abrí los ojos y vi la cara cansada de mi marido.

—¿Qué hora es?—Le pregunté cuándo me iba a acostar.

—Las cinco en punto. Duerme, cariño.

—¿Qué pasa con Domenico?—Abrí bien los ojos, haciéndole saber que no me engañaría tan fácilmente.

221

Black se sentó en el borde del colchón, se quitó la chaqueta y comenzó a desabrocharse la camisa.

—Está sentado en el calabozo polaco y, por desgracia, es probable que se quede allí un tiempo.— Bajó la cabeza y suspiró profundamente. —Le dije tantas veces que no era Sicilia. Y no habría sido un problema si hubiera extendido sus manos a una persona normal, pero tenía que apuntar a un magnate, casi un orgullo nacional.— Levantó la cabeza y puso los ojos contra la pared. —Karlo dice que las sanciones que se le impondrán pueden ser inamovibles a pesar de su conocimiento.

—¿Sanciones?— Me sorprendió.

—Tres meses de prisión por la posibilidad de fuga o matriculación. Y todo podría arreglarse si no fuera porque el hombre que ha decidido golpear es una de las personas más ricas de la ciudad. Además, de todo esto Adam tiene la nariz rota, es decir, daño a su salud por más de siete días. En tu país algo así se procesa de oficio, ni siquiera tienes que



# Este día

demandar a Domenico. Por supuesto, si quiere, tal vez, pero incluso si no quiere, la oficina del fiscal se encargará del caso de todos modos.

Lo miraba con los ojos bien abiertos y sentía que el resto de mi sueño se desvanecía.

—Massimo.— Le abracé la espalda. —¿Y ahora qué?

Don estaba sentado y podía sentir su corazón galopando.

—Nada. Tengo una reunión con los abogados mañana, probablemente veré a ese imbécil. Tal vez le dispare sin testigos y lo entierro en el bosque.

Me di la vuelta y me senté en mis rodillas para mirarlo a los ojos; agarré su cara en mis manos.

—No lo encuentro divertido— dije, perturbada.

—Mañana estaremos volando, mi estancia aquí es inútil de todas formas. Volaremos a *Gdańsk* para la gala, también tengo algunas reuniones, y luego regresaremos a *Sicilia*— suspiró e inclinó su frente contra la mía. —Karlo se encargará de todo. No te preocupes, pequeña.— Me besó la nariz. —Esta no es la primera visita de Domenico tras las rejas. —Sonrió y me levantó ligeramente, me puso en la suave ropa de cama y luego se cubrió. —No crees que es la primera vez que está en prisión por su carácter.

Me sorprendió, realmente me sorprendió, el descuido con el que lo dijo.

—Verás, cariño, mi hermanito es bastante guapo, pero, ya sabes, has visto muestras de sus habilidades. También es, aunque no lo parezca, bastante cariñoso. Tuvo un episodio con una de nuestras managers en un club de Milán. Para su desgracia y la de ella, esta señora resultó tener un marido que parecía una combinación de gorila y caballo. Y como mi hermano no es un maestro de la discreción, el hombre caballo se enteró del asunto.— En ese momento se rió y empezó a besarme el cuello. —





# Este día

Supongo que podría haber reaccionado, pero por otro lado sabía exactamente lo que estaba haciendo. Cuando se produjo el enfrentamiento, las habilidades de Domenico fueron puestas a prueba. Estuvo agitando un buen cuarto de hora con él hasta que finalmente le disparó en la rodilla.

—¿Perdón?— Me ahogué estupefacta.

Massimo se divirtió como un niño, lo cual no entendí en absoluto.

—Bueno, le disparó porque sabía que no ganaría la pelea. No tuvo suerte de ser de una familia de policías. El chico cumplió su tiempo, pagué todo el dinero que necesitaba, y eso es todo.— Se encogió de hombros.—Así que, cariño, como puedes ver, no hay nada de qué preocuparse, Domenico no aprende de sus errores.— Se deslizó hacia abajo y se acostó a mi lado, mirando al techo, y su diversión se desvaneció. —El problema es que esta vez, ha encontrado una persona rica y elevada, como él. Así que el dinero en este caso puede no ser suficiente para convencer a Adam de cambiar su declaración.

223

Escuché un ruido en la sala de estar y ambos levantamos la vista. En el umbral del dormitorio, una asustada Olga estaba envuelta en una manta. Sus ojos estaban húmedos por las lágrimas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?— Pregunté, levantándome.

—Si preguntas si lo he oído todo, lo he hecho. ¡Maldita sea!— Se deslizó por la pared y escondió su cara entre sus manos. —Todo fue por mi culpa, por lo estúpida que pude haber sido.— Había un gran llanto saliendo de su garganta, y su cuerpo estaba temblando.

Me incliné sobre ella y la tomé en mis brazos.

—Cariño, pero no es tu culpa que no hayas hecho nada.

Su aullido se hacía cada vez más fuerte y me desgarraba el corazón.

—Olga, si alguien aquí es culpable, es Domenico y su estupidez—, dijo Massimo, acercándose a ella. —Y ya que escuchaste la

# Este día

conversación, sabes que no es la primera vez.— La agarró por los hombros y la puso delante de él. —Si quieres verlo mañana, vendrás conmigo, pero ponerte histérica no nos ayudará.— Miró el reloj de su muñeca. —Especialmente antes de las seis de la mañana. No he dormido en casi 24 horas, así que por favor duérmete y hablaremos mañana.— Giró a Oli hacia la puerta y le dio un pequeño empujón. —Buenas noches.

Lo miré fijamente y fui por ella. La puse en la habitación de invitados de arriba y le di una pastilla tranquilizante para dormir.

Cuando volví con Black, me sorprendió descubrir que estaba durmiendo. No sé por qué me sorprendió que un hombre cansado estuviera durmiendo, pero probablemente porque yo era la que ocasionalmente no tenía la oportunidad de observarlo mientras dormía. El cuerpo desnudo de mi marido descansaba sobre la ropa de cama blanca. Su rostro era hermoso y tranquilo; su boca estaba ligeramente abierta y respiraba con firmeza. Una mano estaba doblada bajo su cabeza y la otra estaba extendida hasta mi mitad de la cama, como si esperara que me deslizara bajo su brazo. Mis ojos vagaban por su pecho musculoso, el estómago, hasta que llegaron a la unión de los muslos.

—Es...— Estaba silbando, lamiéndome los labios. Su hermosa polla se apoyaba perezosamente en su pierna derecha, provocándome a actuar.

—Ni siquiera lo pienses.— Dijo sin abrir los ojos. —Acuéstate.

Gemí, suspiré, me quedé un rato en silencio y educadamente ejecuté su petición.

Me desperté después de las doce y, lo que no me sorprendió en absoluto, descubrí que Massimo se había ido. Fui a la cocina, me preparé un té con leche y encendí el televisor del salón. Después de la una, preocupada por el largo sueño de mi amiga, fui a su dormitorio. Tan silenciosamente cómo fue posible, abrí la puerta y me paré como pude. La cama estaba vacía.



# Este día

—¿Qué coño está pasando aquí?!— Me estaba yendo, bajando las escaleras y tomando el teléfono.

Marqué el número de Oli y esperé, pero no respondió. Lo intenté de nuevo y dos más, y luego llamé a Black. Descubrí muy poco... no podía hablar y Oli no estaba con él. Completamente confundida, me senté en el sofá frotándome las sienes. ¿Adónde fue y por qué diablos no contesta el teléfono?

Se me estaba alterando el estómago. Miré hacia abajo y recordé que estaba embarazada. Desde las náuseas de esta mañana, a veces me olvidaba por completo de ello. Subí el volumen del televisor, lo puse en un canal de música y fui a la cocina a prepararme el desayuno. Cuando abrí la nevera, miré mi reloj. Eran casi las dos. Un momento perfecto para la primera comida, pensé.

*Rihanna* y su "*Don't Stop the Music*" me acunaron cuando estaba friendo huevos. Estaba dando vueltas por la cocina, preparándome una comida como si fuera para cinco personas y después de unos minutos me fui a la sala de estar.

225

Atravesé la puerta, entré en una habitación enorme, y casi tuve un ataque al corazón cuando vi una figura sentada en el sofá. Olga me miraba fijamente con sus ojos de piedra, sin decir una palabra. La miré, puse el plato sobre la mesa y oprimí el ruido de la televisión.

—¿Por qué estás vestida así?—Le pregunté, barriendo su cuerpo con mi mirada.

El vestido que llevaba era más adecuado para nuestras salidas del sábado que para el medio día, y los zapatos de tacón alto para la cama, no para un paseo. El material negro mostraba sus pechos y dejaba al descubierto casi por completo sus nalgas. Se quitó de los hombros el pelo gris, que apenas llegaba a la cintura, y lo tiró al suelo. Se resbaló de sus zapatos, se quitó las medias rotas y se echó a llorar.

# Este día

—Tuve que hacerlo...— ella derramó sus lágrimas. —Tenía que hacerlo.

Mi corazón casi se detuvo en mi pecho cuando miré este desafortunado cuadro. Me acerqué a ella y me senté en la alfombra, agarrándola por las rodillas. —Olga, ¿qué hiciste?

Había lágrimas corriendo por sus pestañas artificiales, manchando su línea cuidadosamente hecha; se veía patética.

—¿Tienes vodka?

—¡¿Maldita sea, en serio?!— Grité, en cuclillas, a lo que ella respondió con un asentimiento. —Creo en el congelador. Lo comprobaré.

Entré en la cocina y luego volví con un vaso, una lata de Coca-Cola cero y una botella de Belvedere. Vertí su vaso; ella lo bebió de un solo trago, sin siquiera alcanzar una bebida espumosa.

226

—Severo.—Dije, sirviendo otro. Bebió tres, se limpió la nariz y la cara y luego empezó a hablar.

—He estado pensando en todo esto durante mucho tiempo, sé que Adam y yo sabemos que no lo dejará ir.— Tomó un sorbo de coca de la lata. —Y no es que me quiera tan terriblemente, porque no me quiere, es el orgullo. El maldito orgullo masculino que Domenico ofendió. ¿Sabes quién estaba sentado en esa mesa con él? — Sólo giré la cabeza. —Esos amigos suyos, esos ricos imbéciles, la mitad de los dueños de los clubes, los cabrones y los pseudo-chupapollas. Así que puedes imaginarte la maldita calumnia que fue para él ser jodido delante de sus amigos. Adam tiene la nariz rota, la mandíbula rota y parece un mongol.— Ella me asintió para que la sirviera de nuevo.

—Así que fui a él, a hablar con él.

—¿Qué es lo que has hecho?— Grité, derramé vodka.



# Este día

—¿Qué más se suponía que debía hacer? ¿Esperar el juicio del chico y luego esperar a que salga? Joder, Lari, no son indestructibles, y están aquí. El propio Massimo dijo ayer que podría ser duro y difícil, así que quise hacerlo más fácil.

—¿Qué es lo que has hecho?— Pregunté de nuevo un poco más tranquila, pero aún así demasiado fuerte.

—No grites, sólo escucha.— Se bebió el trago y se apresuró. —Me levanté por la mañana y cuando Massimo se fue, me vestí, fui a mi casa y me arreglé. Adam siempre tuvo debilidad por las prostitutas exclusivas. Luego me subí al auto y conduje hasta él. Me paré en la puerta, respiré hondo y llamé. No se sorprendió en absoluto de que yo viniera. Abrió la puerta y volvió a la sala de estar para ver la televisión sin decir una palabra. Lo seguí, me senté en el sillón y le di un pedazo de papel. Le pedí que escribiera en él que no era un asalto, sino una defensa de Domenico.

227

—¿Qué?— Grité, esta vez casi me asfixio de la risa. —¿Me estás tomando el pelo?

—Su reacción fue similar. Quería tener por escrito que si él conseguía lo que quería, y yo sabía exactamente lo que sería, dejarían ir a Domenico.

—¿Entonces...?

—Llamó a su abogado, le pidió detalles. ¿Qué escribiría, diría y haría para que el hombre que ahora está en custodia fuera liberado, y luego lo escribiría todo y lo firmaría?— Tomó un sobre de su bolso y lo tiró sobre la mesa. —Entonces se suponía que debía decir lo mismo a la policía y teóricamente debería funcionar. Dejó la tarjeta, selló el sobre y lo puso en mi bolso.

Miré el papel y viceversa, preguntándome si quería escuchar el resto. Respiró profundamente y me miró con ojos tristes.

—Y...?



# Este día

—Me dijo que esperara un rato, que dejara la habitación y que me fuera unos minutos. Cuando regresó, me dijo que fuera al baño, porque todo estaba preparado allí, y tenía cinco minutos para eso. Por supuesto, hice lo que me dijo que hiciera sin dejar mi bolso. Cuando llegué allí, había un juego de cuero en el tocador junto a la bañera, botas, látigo... Me vestí, volví y... ¿Qué puedo decirte, Lari? Me follaron como a una puta. No una vez, ni siquiera dos; me cogió durante dos horas hasta que se aburrió. Sonrió cuando me iba y dijo que siempre sería una puta.

Ella me mató con esa historia. Me sentí como si estuviera en una película de terror, sólo que era real.

—No me jodas, Oli.— Susurré, sacudiendo la cabeza. —De acuerdo, ¿y qué pasa con la corte? ¿Lo dejaran ir sin más? ¡¿No crees que será un poco raro y los sicilianos no creerán su buen corazón?!—

—Lo he pensado. El abogado de Adam se pondrá en contacto con ellos, exigiendo algo de dinero para un acuerdo y no ir a la corte. Claro, como conozco la vida, Adam se va a disculpar, Massimo va a aterrorizar a su hermano, y todo se acabará antes de que empiece. Oh, y lo mejor de todo... ¿Sabes por qué la policía llegó tan rápido?— Volví a girar la cabeza. —Vinieron a buscar el dinero de uno de sus amigos, ¿vale? Este idiota se jactó de su amistad.

Escondí mi cara en mis manos y dejé salir el aire en voz alta, mirando a sus ojos nublados.

—¿Cómo te sientes?

—En promedio,— dijo, sacudiendo sus hombros. —La peor parte fue antes de ir al baño, Adam me dijo que nada cambiaría, así que se suponía que iba a estar bien para mí, y la evidencia de eso fue que se suponía que debía tener orgasmos para probarlo. Dijo que debería hablarle en inglés como si le hablara a mi nuevo novio.— Le grité con los ojos. —Y entonces, conseguí concentrarme en él hombre, así es como lo conseguiría, ardiendo en deseos de asesinarlo, y aún así compensarlo



# Este día

verbalmente en inglés.— Se encogió de hombros. —Así que me imaginé que era Domenico, y en definitiva, si no fuera por el hecho de que era esa basura, te diría que me siento de puta madre. Satisfecha, jodida, harapienta y hasta el punto de estar saciada. Pero fue Adam, y tuve seis orgasmos, así que me siento como una mierda porque traicioné al primer chico que amo.— Ella giró la cabeza. —Voy a ir a lavarme porque huelo a ese bastardo.

Estaba sentada en el sofá, analizando lo que escuché. No tenía ni idea de qué pensar. Por un lado, la admiraba por su terquedad y dedicación, y, por otro lado, la castigaba por no dejar que Black se ocupara de ello. Me pregunté si yo hubiera hecho lo mismo y cuando llegué a la conclusión de que lo haría, me condené en espíritu.

Miré el plato de comida fría que estaba sobre la mesa. Había estado atascado allí durante una buena hora y lo que llevaba encima no era apto para comer. No tenía hambre, estaba nerviosa, pero sabía que el niño no era culpable de nada y necesitaba que comiera. Fui a la cocina y saqué las sobras de la comida china, las calenté y me las comí sin dejar la encimera.

229

Cuando terminé, Olga estaba sentada en el sofá envuelta en una bata de baño y tirando los canales. Entonces se abrió la puerta principal y Massimo entró en la sala, seguido por Domenico. Oli lloró y se precipitó hacia él con un sendero salvaje, saltando sobre el exultante italiano.

—Vamos— repitió, llevándola a través de la habitación. —Estoy aquí, no pasa nada, somos Torricelli, no es tan fácil deshacerse de nosotros.— Se sentó en el sofá y siguió acariciando la espalda de Oli.

Me acerqué a Black y lo abracé. Me besó suavemente la frente y sonrió.

—Volaremos en dos horas. ¿Cómo está mi hijo?—Me acarició el estómago.

—¡Es hija!— Gritó Oli, volviéndose hacia nosotros.

# Este día

Massimo me besó en la frente y después de colgar su abrigo se sentó en la mesa, encendiendo el ordenador. Me acerqué a él y le abracé la espalda, todavía mirando esa escena de amor. Después de diez minutos, dejó de llorar y empezó a gritarle, aplastando sus puños contra su pecho y tirando a la basura su comportamiento idiota de ayer. Domenico, riéndose, evitó sus golpes y le agarró las manos hasta que finalmente la coloqué en la suave alfombra y la besó con fuerza. Miré hacia otro lado, sintiéndome como un intruso o un mirón. Después de un momento de silencio Massimo le dijo algo en italiano a Domenico, que se puso de pie, besando de nuevo a mi amiga, y después de un rato ambos desaparecieron arriba. Entré en el vestidor y empecé a meter cosas en las maletas.

—¿Y si quiere tener sexo?— Dijo conspiratoriamente Oli, sentada a mi lado.—Joder, ¿crees que los tíos sienten cosas así, se dará cuenta?

Le grité con los ojos, poniéndome otro vestido.

230

—Me estás preguntando algo que no sé, pero tal vez se te ocurra algo seguro. ¿Intoxicación alimentaria o dolores de cabeza, tal vez el período?

—El período no es un obstáculo.— Estaba inclinada. —La alegoría del afecto y el abrazo siempre funciona.

Levanté mi mano como gesto de solidaridad y me di un golpecito con el dedo índice en línea recta. Cuando no supe cómo decirle a Massimo lo del embarazo, también empujé a ese cabrón y después se me pasó.

Después de una hora estábamos listas. Seguridad tomó nuestras maletas y a las seis estábamos en el avión. Hoy me sentía extremadamente bien, ni siquiera pensé en tomar la píldora por un tiempo. Pero cuando me senté un rato en la lata de metal, dejé de ser tan dura. Alcancé mi bolso para encontrar mi medicamento, y luego mi esposo me tomó de la mano, me sacó de la habitación y me llevó al dormitorio.



# Este día

—El vuelo dura menos de treinta minutos, organizaré tu tiempo para que puedas olvidarte de lo que está pasando,— dijo, empujándome sobre el colchón y quitándome la camisa.

231



BLANKA LIPÍŇSKA

De hecho, el vuelo fue muy corto, y con Massimo entre las piernas, ni siquiera me di cuenta de cuando empezó y terminó. Nos bajamos en el aeropuerto de Gdansk, de donde la seguridad recogió nuestro equipaje, dándole a Black su Ferrari. Dios, algún pobre hombre tuvo que venir aquí para que el príncipe maestro pudiera tener su juguete en la Antigua Ciudad. Giré la cabeza ante ese pensamiento, entrando. Miré por el interior y me quedé desconcertada al ver que era el mismo coche.

—¿Alguien lo trajo de Varsovia?—Pregunté cuando el motor rugió.

Black se rió y se movió, dejando a todos atrás.

—Cariño, este es un coche completamente diferente. Hay un Ferrari Italia en casa, pero no es adecuado para la conducción en invierno debido a la tracción trasera. Es un Ferrari FF, tiene tracción a las cuatro ruedas y es definitivamente mejor para este clima.

232

En ese momento me sentí como una idiota; no distinguí entre dos coches teóricamente diferentes y en la oscuridad un vehículo deportivo negro se parece a otro negro. Justificada por ese pensamiento, clavé los ojos en la ventana. A través de una rápida acción con la salida, me olvidé completamente de estar sorprendida de que dejaran libre a Domenico. Así que le di la espalda a mi marido, agarrándole la rodilla.

—¿Cómo has sacado a Domenico tan rápido?

—No lo hice, había avaricia en ese gilipollas. Su abogado se puso en contacto con nosotros y una vez que se determinó la cantidad, el caso dejó de ser relevante.

—Oh,— dije en tono patético, sin querer arrastrar el tema.

—Y, por cierto, es extraño— Black empezó a mirarme. —Tiene tanto dinero que estaba convencido de que no habría ningún acuerdo. Incluso



# Este día

investigue un poco de su rica historia, pero no tuve que usar los conocimientos adquiridos.

—¿Qué quieres decir con rica?

Black se rió, saliendo de la carretera de circunvalación de la ciudad.

—Recuerda, querida, no hay ningún hombre rico en el mundo que sólo haga negocios legítimos. Tampoco Adam, es mucho más cercano a mí que a la Madre Teresa.

—¿Entonces Domenico saldría de todos modos?— Le pregunté, yo también estaba horrorizada y consternada de que no era necesario sacrificar a Oli.

—Poco, hay dos cosas que sé: hacer dinero y chantaje.

Estaba harta de pensar en lo que ella había hecho y de que pudiera salir a la luz. Por otra parte, ella pensaba que no había ninguna salida, y actuaba por razones altruistas.

233

—Llegamos— dijo Massimo, conduciendo hasta el *Sheraton* en *Sopot*. Llevando este conocimiento, sumergida en pensamientos sombríos, lo seguí mientras caminaba por la entrada principal y entraba en el ascensor.

El apartamento era extremadamente espacioso y estaba situado en el último piso en un ala con vista al mar. Desafortunadamente, no tuve muchas oportunidades de disfrutar de la vista, porque estaba oscuro y la nieve estaba cayendo a cántaros. Me senté en un sillón en una galería de entrenamiento, mirando fijamente la vista fuera de la ventana. No sabía qué pensar, si preocuparme o ignorar toda la situación, que afortunadamente ya había terminado.

—¿En qué estás pensando?— Preguntó Massimo, poniéndose detrás de mí y suavizando mis hombros. —Algo te está tomando muy mal hoy, me gustaría que me dijeras qué es, por cómo te ha estado distrayendo durante tantas horas, debe ser importante.

# Este día

He barajado en mi cabeza todas las mentiras que puedo usar para evitar su curiosidad, pero no me ha ido muy bien.

—Estoy pensando en mi madre— dije, recordando sobre lo que pasó en mi casa.

Black rodeó el sillón y se arrodilló frente a mí, doblando ligeramente mis rodillas a los lados. Su cuerpo se deslizó dentro del mío y sus labios murieron a unos pocos milímetros de mi boca. Suavizó mi cara con su pulgar, observando desde abajo con los ojos medio cerrados.

—¿Por qué mi esposa me está mintiendo?— Estaba ensombrecido y tenía una arruga en la frente. Suspiro y bajo los brazos en un gesto de resignación.

—Massimo, hay cosas de las que no puedo ni quiero hablar contigo. —Agarré su cara en mis manos y lo besé con fuerza. —Tu hija tiene hambre— le dije, alejándome de él y esperando que el cambio de tema lo distrajera. —Así que haz algo al respecto.

—Ya he pedido la cena, la comeremos en la habitación— dijo, agarrándose las caderas y deslizándose ligeramente del sillón en mi dirección. —Y ahora estoy escuchando, ¿qué está pasando?

¡Maldita sea! Grité al espíritu millones de maldiciones, frustrada hasta el límite de no poder deshacerme de este hombre o de su curiosidad, pero decidí permanecer en silencio. Por un lado, sabía que no tenía ningún sentido, pero por otro lado, decidí que no era capaz de sacar este conocimiento de mí por la fuerza. Mi esposo estaba arrodillado, investigándome, y su vista gradualmente comenzó a arder de rabia.

—Si no quieres hablar, déjame adivinar— se levantó, y se giró hacia las ventanas. —¿Esto es por Olga?— En ese momento giró la cabeza, y su mirada llena de ira se encontró con mis ojos llenos de pánico. —Así que sí— dijo, doblando sus brazos sobre su pecho. —Compartiré mi conocimiento contigo si eso te alivia de saber que yo lo sé.





# Este día

Oré al espíritu para que él estuviera fanfarroneando, pero como él pudo haberme descubierto tan fácilmente, no debería sorprenderme si él ya lo sabía todo.

—Massimo, ¿qué pasa?— Le pregunté lo más indiferente que jamás haya imaginado. —¿Qué te hizo mi amiga esta vez?— Siempre vale la pena tratar de mentir, pensé, o al menos quemar al tonto del que no sé nada.

Black se rió, bajo los brazos, que metió en los bolsillos, y apoyó la espalda en los marcos de las ventanas desde el suelo hasta el techo.

—A mí nada, pero la dedicación a la causa de mi hermano fue admirable, fue una pena que no fuera necesaria— dijo sarcásticamente. Mis ojos se volvieron grandes, redondos y exagerados cuando escuché eso. —Sí, cariño, sé lo que hizo para que ese bastardo retirara su declaración. Me enojé con ella primero porque no me escuchó cuando le dije que me encargaría de ello. Pero entonces me di cuenta de lo lejos que llegó por Domenico. ¿Y sabes qué?— Se acercó y se inclinó sobre mí, apoyándose en los lados del sillón. —Es una característica perfecta para una mujer en una familia como la nuestra. Me impresionó. —Me besó en la frente y se dirigió a la puerta con un golpe.

Estaba sentada en aturdimiento, atascada en el sillón y me preguntaba si podría contar con al menos un día sin ninguna revelación.

El camarero trajo la comida, la puso en la mesa, quitando las flores, y puso un enfriador de vino. Lo preparó todo, lo dejó y desapareció después de un tiempo. Me levanté y me senté en la mesa, poniendo una servilleta de lino en mi regazo. En ese momento Don se sacó la ropa y se sentó frente a mí con una camisa ligeramente desabrochada y pantalones negros, descalzo. Quería decir algo, pero en general no se me ocurrió nada.

—Pedí un ganso...

# Este día

—Yo habría hecho lo mismo— lo interrumpí, y los cubiertos zumbaron el plato de Massimo. —Es normal cuando amas a alguien.

—¡Suficiente!— Gritó, con ímpetu levantándose de la mesa. —Ni siquiera digas esas cosas, Laura.

—Bueno, ¿se supone que debes estar impresionado con eso?— Yo murmuraba y él estaba allí de pie, mirándome con incredulidad.

—Sí, en el caso de Olga, que es una mujer despreocupada. Tenía grandes dudas sobre si su afecto por mi hermano era real, ahora lo sé.

—Oh, quiero decir, si le importa un carajo salvar a un ser querido, es bueno, y si lo hiciera yo, es malo.

Se acercó a mí y me agarró por los hombros, me levantó.

—Eres mi esposa, llevas a mi bebé, lo mataría, y luego me suicidaría, sabiendo que estabas tan dedicada a mí.— Me apretó colgando en el aire, y mis pulmones no pudieron seguir bombeando aire. —Nunca pienses en eso, pequeña. ¡Mierda!— gritó, dejándome ir, y luego comenzó a balbucear algo en italiano, caminando de un lado a otro de la habitación.

Sí, mi confesión no era necesaria, pensé, viendo su reacción. Lo que no cambió el hecho de que yo hubiera hecho lo mismo para salvarlo.

—Bueno, ¿cómo sabes eso?— Pregunté, sentándome y hundiendo un tenedor en la carne jugosa.

Massimo se detuvo y me miró desconcertado y probablemente sorprendido por mi calma.

—Por la grabación.— En ese momento mis cubiertos estaban golpeando el plato.

—¿De qué?— Volví la cabeza hacia mi marido, que volvía a ocupar su lugar.

—Come, y cuando termines, te lo explicaré todo.



# Este día

Animada por estas palabras, y sabiendo que mi oposición y mis aspiraciones no tenían sentido, literalmente eché los platos dentro de mí. Ganso, patatas, ensalada, remolacha, que no parecía ni sabía a remolacha, postre, una segunda porción de postre, hasta que fui más lento para el té con limón, ligeramente fatigada con la cantidad de comida.

Black con cara feliz estaba mirando el festín, mirándome fijamente desde una copa de vino.

—Ya— dije, aguantando. —Te escucho.

—Al principio estaba confundido, porque toda la situación parecía como si Olga lo quisiera.— Respiró hondo y se sirvió un poco de vino. —La escena parece como si entrara en la habitación vestida con un bonito traje.— las comisuras de su boca se levantaron con una sonrisa burlona. —Y luego se la cogió, como por dos horas, a juzgar por lo que muestra el reloj, luego ella sale y eso es todo.

—¿Entonces cómo sabes que es una grabación actual?

—Sí, porque verás, querida, la cara de Adam está rota, y en la mesa donde la llevó estaba el periódico de ayer.— Extendió sus brazos y movió sus lamentables hombros.

—¿Y dónde conseguiste la grabación?

—No era para mí. Se suponía que Domenico lo viera. Ese maldito quería ridiculizarlo, y, por cierto, creo, destruir la vida de Olga. Su abogado les dio el disco a los policías en custodia, pero esos idiotas nos confundieron y cuando nos fuimos, recibí un paquete para él.

De repente, todo lo que él y Oli dijeron tenía sentido. Desde el principio, Adam tenía un plan para humillar a su oponente y romper su relación. El hecho de que él quería que ella tuviera orgasmos y hablara en inglés se había convertido ahora en algo aún más lógico, la grabación debe haber demostrado que ella era buena con él, como si lo quisiera. Preparó su ropa en el baño, para tener tiempo de ajustar la cámara, y



# Este día

también para que se viera aún más natural. Y por lo que dijo Massimo, la grabación empezó después de la escena de la firma del testimonio que garantizaba la libertad, así que básicamente fue una buena cogida de dos horas.

—¿Cómo supiste que Olga simplemente no traicionó a Domenico?

—No lo sabía— dijo al levantarse. —Estaba fanfarroneando un poco, fue tu reacción la que me hizo creerlo. Ya estaba en el coche dejándote hablar, pero supongo que fue difícil para ti concentrarte después del viaje.

—¿Y ahora qué?— Me paré a su lado, apoyando mi cabeza sobre su pecho.

—Nada, he destruido la grabación, Domenico está libre, y mañana iremos a la gala.— Sonríó, alejándome un poco. —Y si me preguntas por esta noche, voy a disfrutar de mi esposa embarazada.

238



A la mañana siguiente, para mi sorpresa, me desperté cerca de mi marido. Fue tan tonto que cuando abrió los ojos, le pregunté qué había pasado, haciéndole reír nerviosamente. Incluso bajamos a desayunar juntos, lo que una vez más me hizo preguntarme si no estábamos comiendo en la habitación, y no tenía prisa. Entramos en el restaurante y cuando vi a Olga sentada en la mesa con Domenico, me quedé helada. Black apretó su mano sobre la mía, tirando hacia ellos.

Después de treinta minutos de comer juntos, nuestro idilio familiar termino.

—A las doce en punto tenemos nuestro primer encuentro— dijo Massimo, dirigiéndose a mí. —Entonces una cosa más, volveremos por ti alrededor de las cuatro. Sebastián está ahí. Llama a recepción y di que





# Este día

necesitas un coche.— Me besó en la cabeza y, después de acariciarle el brazo a Olga, se alejó.

La bomba que hizo después de ese gesto no tuvo precio. Terror mezclado con asco y convulsiones.

—¿Qué coño quiere decir?!— preguntó, frotando el lugar donde estuvo la mano de Black.

Durante un tiempo traté de no mirarla, preguntándome si debía decirle la verdad, pero en este asunto mi amiga era como Massimo. Era tenaz, insistente, curiosa y difícil de deshacerse de ella.

—¡Laura!— estaba gruñendo. —Te estoy hablando a ti.

Oh, Dios, me sentía atrapada de nuevo. Iba a ser otro día con demasiada información, demasiada curiosidad y demasiadas situaciones que preferiría evitar.

—Lo sabe.— Me ahogué, mirándola fijamente. —Sabe lo de Adam. — Respiró hondo y se puso morada en la cara. —Antes de que empieces a gritar, él no lo sabe por mí.— Después de esas palabras, su rostro se volvió verde y blanco para variar. —Empieza a respirar Oli, y te lo contaré todo.

Su frente golpeaba rítmicamente la mesa donde saltaban, sonaban, vasos y platillos. Puse mi mano en el lugar donde ella golpeó para amortiguar los golpes.

—Basta. No pasa nada, carajo.— Miré a mi alrededor, susurrándole en secreto. —Pero más vale que sepas lo que tu maldito amante estaba planeando todo.

Miró hacia arriba y se quedó helada, apretando los párpados.

—Vamos, no creo que vaya a empeorar.

Le dije todo lo que supe por Black, explicándole su extraño comportamiento hacia ella. Bizarro y bastante peculiar, ya que nunca

# Este día

tuvo un amor particular por Olga. La respetaba y sabía que yo no podía vivir sin ella, pero me parece que también sentía celos irracionales, que no le permitían ser comprensivo. Esos tiempos se han ido, después de lo que hizo por Domenico. Su actitud hacia ella había cambiado en ciento ochenta grados.

—Buenos días— escuché a mis espaldas y miré la cara de miedo de Oli.

—¿Qué carajo hay más?— estaba gruñendo, mirando a mi guapo hermano, de pie detrás de mí.

Me levanté y me arrojé a su cuello, olvidando que solía follar con mi amiga.

—Hola, jovencita— dijo, abrazándome. —Tu chico me estaba levantando fuera de la cama, y uno de sus gorilas me trajo aquí a través de los vagabundos.— Se sentó a mi lado y giró a la izquierda. —Hola, Olgi, cariño, ¿cómo estás?— Movié suavemente su mano sobre el muslo de ella, sonriendo tontamente.

—¡Jakub, cálmate!— estallé en él.

Me puso los ojos en la barriga.

—Oh, mierda, mamá no mintió.— Me senté en la silla, curvándome un poco. —Yo seré tío, pero él sigue siendo un imbécil. Vas a ser la madre, algo increíblemente retorcido.

Yo también miré el lugar que él estaba buscando. De hecho, en la camiseta tan estrecha que llevaba, mi vientre perfectamente plano no parecía tan plano.

—Voy al gimnasio, a correr— dijo Olga, dejando la mesa.

—¿Y por qué estás mintiendo?— mi hermano dijo. —Di la verdad, te vas a follar la rama de alguien.

Dios, está empezando, pensé, volviendo mis ojos.



# Este día

—Adivinaste.— Aplaudió con una cara sarcástica. —Pero desafortunadamente, no vas a experimentar mi maestría.

Después del intercambio de malicia, Olga salió a correr, lo cual no le servía, y Jakub se concentró en mí.

—Entonces, el embarazo, el marido, la mudanza... ¿Algo más?— Empezó mezclando café. Estaba nerviosa, frotando mi vientre. —Y, bueno, *cosa nostra*, olvidé lo más interesante.

Levanté la vista, echando una mirada asustada, mientras él bebía tranquilamente una bebida oscura, sonriendo amorosamente. Sus brazos abiertos temblaban de risa. Apartó la taza y puso las manos detrás de la cabeza.

—Hermana, después de todo, era visible desde el principio, además, tu marido no es anónimo.

—Jesucristo,— susurré, escondiendo mi cara en mis manos.—¿Mis padres lo saben?

—¿Eres estúpida? Por supuesto que no. Tal vez sospechen algo. Además, hace tiempo que me he metido en las finanzas de una de las empresas de Massimo, así que he notado algo.

—¿Qué?— Dije un poco demasiado alto, enfocando nuestra atención en los invitados de las mesas adyacentes.—¿Trabajas para él?

—Le estoy aconsejando, pero no hablemos de ello. Será mejor que me digas cómo te sientes y qué pasó en casa.

Hablamos mucho tiempo, y como el desayuno había terminado, nos fuimos al apartamento. Había demasiados temas, muy poco tiempo, y mi encantador hermano demostró ser muy cuidadoso con su hermana embarazada.

—¿Almorzaremos juntos?— Pregunté cuando se estaba haciendo tarde.



# Este día

—Más bien una cena, porque ahora tienes que prepararte. Estaré ahí para ti alrededor de las nueve. La gala comienza a las 8:00.— Le grité cuando terminó su frase.

—¿Qué quieres decir con estaré?

—Massimo me dijo que te llevara y llegará allí porque está arreglando algo.

Lo siento, no es la primera vez y probablemente no sea la última. Se que está en una reunión de nuevo, y alguien más me llevará al lugar donde se suponía que debía ir con él. No me interesaban mucho estas peleas sin él, porque fue Black quien me inspiró a prestar más atención.

Mi hermano se fue y yo llamé a Olga, averiguando que nos había encargado una peluquería y maquilladores como parte de perder el tiempo. Tenía una hora para bañarme y desenterrar mi equipaje en busca de un vestido para la noche. Me senté frente a las maletas, tirando el contenido de las mismas. Nunca he estado en una gala como esta, así que no tenía ni idea de si iba a ser un vestido de plumas o unos vaqueros eran suficiente. En un momento dado me deslumbró el negro. No importa lo que lleve puesto, si es negro, será perfecto.

242

De mi maleta saqué unas botas altas y negras de *Manolo Blahnik*, y elegí unos pantalones de cuero del mismo color que parecían más bien unos leggings, y una camisa negra suelta de *Chanel* que cubría perfectamente mi embarazo. Satisfecha con mi rápida decisión, fui a tomar una ducha y luego me puse un juego de encaje negro y me puse una bata de baño.

Los maquilladores y peluqueros terminaron después de las seis. Cuando se fueron, me paré frente al espejo. Me veía muy bien; el pelo pegado se convertía en una gruesa trenza, y el maquillaje gris ahumado combinaba perfectamente con mi ropa elegida. Dejé caer mi bata blanca y alcancé mi blusa, luego la guardé y escuché la voz de mi amiga.



# Este día

—Lláname cuando el imbécil de tu hermano aparezca— dijo Olga al salir de la habitación. —Y respóndeme, estás desfilando en ese set, ¡como si quisieras atraer a alguien!

—¡Me estoy vistiendo!—dije gruñendo.—Además, estoy embarazada, y no es sexy.

Olga me golpeó en la cabeza y agarró el mango y dijo:

—Estás casi chiflada, eres más delgada que yo, y por lo que sé, no espero una descendencia. Vístete y llámame.

Cerré la puerta detrás de ella y apagué las luces, luego encendí el teléfono, *Delerium's Silence* y me puse los auriculares en los oídos. Tenía tiempo, o de hecho no tenía prisa. Estaba de pie en la oscuridad, mirando por la ventana a la nieve, tan espesa que cubría casi por completo el muelle hundido.

La canción estaba volando de nuevo cuando uno de los auriculares se deslizó, reemplazado por un suave acento británico.

243

—Mía— dijo Massimo, moviendo sus manos desde las caderas hasta el estómago y frotándose contra el material. —No te molestes— susurró, volviendo a poner el pequeño altavoz en mi oído.

Una maravillosa voz femenina resonaba en mi cabeza, pero no podía concentrarme en ella, confundida por la situación. De repente sentí una delicada cinta que me cubría los ojos y apoyé mi mano en el cristal, sujetándola. Estaba ciega y sorda, a su merced. Todo el tiempo parado a mis espaldas, sacó el teléfono de mi mano y lo deslizó entre mis pechos, colgando de mi sostén. Luego me giro vigorosamente y levantó las manos sobre mi cabeza, cogiendo las dos con una mano. Me mordió los labios suavemente y sin prisa, deslizando su lengua entre ellos. Abrí la boca y esperé a que entrara, pero no pasó nada de eso. Sentí sus dientes mordiendo mi barbilla, cuello, clavícula hasta que llegaron a mi pezón. Massimo le irritó a través de la corona del sujetador, mordiendo y lamiendo por turnos. Gemí, tratando de liberarme, pero su agarre en las

# Este día

muñecas se hizo más fuerte. Con su mano libre alisó lentamente la parte interior de sus muslos, deslizándolos hacia los lados. La música estaba sonando, desorientándome, cuando me atacó los pechos por turnos, con sus dedos penetrando en el interior.

En un momento dado, sólo pude sentir su rítmico roce sobre mi clítoris hinchado cuando inesperadamente empujó su lengua profundamente en mi boca mientras soltaba sus manos. Me besó y yo con avidez apreté su cara contra la mía. Deslicé mis manos sobre sus hombros, estaban desnudos, sin interrumpir el baile de nuestras lenguas, las empujé más abajo, y descubrí con sorpresa que estaba completamente desnudo. Puso sus manos bajo mis nalgas, y me levantó hábilmente, llevándome a través de la habitación.

—Massimo— dije, sin oír el sonido de sus propias palabras, que la música ahogó. —Quiero...

—Sé lo que quieres.— Susurró de nuevo, soltando una de mis orejas. —Pero no lo conseguirás y no te centres en ello.— Me puso el auricular en la oreja otra vez, me puso en el suave colchón.

Me sacó el teléfono del pecho y lo guardó. Luego deslizó una correa del hombro, luego la otra, hasta que finalmente ambos senos quedaron libres. Los mordió más y más fuerte, los chupó, los acarició, los giró en sus dedos. El estruendo de la música comenzó a irritarme, al mismo tiempo que aumentaba la sensación en cada milímetro de mí cuerpo. Sabía que estaba respirando y gimiendo más fuerte que de costumbre, pero al no escuchar el poder de mi propia voz, no me importaba en absoluto. Los labios de Massimo vagaban por mi vientre, alcanzando el encaje de una pequeña tanga. Abrí bien las piernas, dándole una clara señal de que la irritación había terminado y que debía tomarme en serio. Desafortunadamente, todo lo que sentí fue su aliento caliente. Se puso de pie, cosa que reconocí por el colchón.

Quería quitarme la cinta y los auriculares, pero sabía que me arrepentiría. No porque mi marido me castigara, sino porque yo

244



# Este día

estropearía la sorpresa. Acostada, confundida, sentí su mano retorciéndome suavemente la cara a un lado, y la hinchada masculinidad se deslizó en mi boca abierta. Gemí de placer y lo agarré firmemente con mi mano, chupando y lamiendo como una loca. Su sabor era perfecto y el olor me dejó sin aliento. No tenía ni idea de si estaba bien lo que estaba haciendo hasta que sus manos se apoyaron en mi pelo. Me gustaba cuando me dirigía, moviendo mis labios como a él le gustaban, y estaba segura de que lo estaba volviendo loco.

Después de un rato, soltó la parte posterior de mi cabeza y la movió, inclinándose hacia atrás para que yo me acostara completamente recta. Sentí que el colchón se desplomaba a ambos lados y su miembro me frotaba los labios. Lo levanté, tomándolo obedientemente en mi boca. Las caderas de Black marcaban lentamente el ritmo, y se deslizó desde mi estómago con los labios, alcanzando el pulsante clítoris después de un rato. Sus largas manos deslizaron mis bragas casi hasta los tobillos, y cuando me deshice de ellas, inclino mis muslos hacia los lados.

245

Estrangulada por su poderosa erección, grité cuando con avidez comenzó a lamerme, mientras deslizaba dos dedos en el interior. Luego se dio la vuelta, arrastrándose para que ahora estuviera acostada encima de él. Apoyé mi codo contra su muslo y agarré la parte dura. Rápida y brutalmente empecé a mover mi mano hacia arriba y hacia abajo, sintiendo que se hacía más duro. Massimo no estaba en deuda conmigo, me mordió y me chupó, mientras aumentaba la fricción, añadiendo otro dedo. Me cogió con la lengua y los dedos, llevándome al borde del placer. Me encantaba esta posición. El 69 siempre me daba dos sentimientos que me encantaban: poder y placer.

Sentí que mi estómago se calentaba y todos mis músculos comenzaron a apretarse con firmeza. Mi respiración se aceleró y los movimientos de Massimo dentro de mí se intensificaron cuando sintió que yo me venía.

—¡No!— Grité, quitándome el pañuelo de los ojos y de los oídos el auricular. Sentí que el orgasmo desaparecía, y Black me miró sorprendido, sonriendo ligeramente. —Quiero sentirte.

# Este día

No tuve que decirlo dos veces; Don se alejó de mis pies y luego se pegó a mí, deslizándose en mi centro ya preparado y mojado.

—Cógeme, te lo ruego,— susurré, agarrándole el pelo y apretando sus labios firmemente contra los míos.

Le gustaba. A Massimo le encantaba el sexo brutal. Le encantaba cuando yo era vulgar. Se enderezó, se arrodilló, luego me agarró la pierna, la puso sobre su hombro, torció un poco las caderas y me atacó con gran fuerza. Su polla alcanzó la parte más lejana de mi feminidad, y su mano izquierda se agarró lentamente a mi cuello. Me puso el dedo índice en la boca y cuando sintió que se la chupaba, empezó a follarme con un rugido salvaje.

Después de unos minutos, sentí que mi orgasmo regresaba y explotaba dentro de mí. Estaba nevando fuera de la ventana, estaba oscuro en la habitación, y sólo podía oír mi propio aliento roto y sonidos apagados.

De *Delerium*, saliendo de los auriculares tirados por ahí. Me asomé largo y tendido, clavando mis uñas en sus muslos. Y cuando pensé que el placer se había ido, llegó Massimo, cayendo sobre mi cuerpo, y una vez más me llevó al placer, frotándose contra mi hinchada feminidad.

Nos quedamos sin aliento y sudorosos durante unos minutos, tratando de recuperar la respiración.

—Estaba peinada—dije con tristeza cuando por fin pude recuperarme.  
—Y maquillada

—E insatisfecha. — Me besó en la frente, todavía con su respiración irregular. —Además, te ves muy bien. Es tarde. Tenemos que irnos. —Y desapareció en el baño.

Hipócrita, pensé, apenas caminando con piernas blandas hacia el espejo. Cuando me paré frente a él, estaba furiosa. Tal como pensaba, mientras el maquillaje, digamos, seguía en su sitio, el pelo definitivamente no. Agarré el teléfono, rezando para que la peluquería

246



# Este día

del hotel tuviera lugar. Lo tenía. Cinco minutos después volvió a trenzar, mirándome de forma extraña.

Mientras tanto, Massimo terminaba de asearse y hablaba por teléfono, caminando por la habitación y gritando algo en italiano. Agradecí a mi salvador, y Black, sin interrumpir la conversación, puso un billete en su mano antes de cerrar la puerta, casi empujándolo al pasillo.



—¡Tienen pase libre!— una chica gritó en la entrada lateral del pasillo, levantando la mano.

La nieve silenciosa la cubría casi por completo. Llevaba un chándal, una chaqueta y en su oído un receptor de radio, al que gritaba de vez en cuando. Miré a mí alrededor y vi enormes colas de gente esperando para entrar. Me alegré de no tener que quedarme ahí. Massimo me cogió la mano y se dirigió hacia la puerta. Domenico, Olga y mi hermano, claramente molestando a los dos amantes con su presencia, estaban atravesando la nieve.

La joven me envolvió una banda de papel con un cartel VIP en la mano y me mostró el camino. Entramos en la habitación por un estrecho pasillo, que después de un tiempo se convirtió en una habitación más grande. Los camareros se pararon allí con bandejas llenas de copas de champán, algunas botellas se enfriaban en neveras. Aperitivos, platos calientes y una multitud de postres. Por un tiempo pensé que estábamos en una fiesta, pero cuando los campos de batalla aparecieron, supe que estábamos donde debíamos estar.

248

Oli entró despreocupadamente, agarró dos copas de champán e inmediatamente se bebió una.

—¿Qué tienes ahí?— Me preguntó, sacando de mis manos la tarjeta de los luchadores. —Veamos estos tipos.

Dejó la copa y murmuró de vez en cuando y felizmente volteó las cartas. Me volví hacia mi marido, que estaba hablando con Jakub y Domenico. Traté de escuchar lo que estaban susurrando tan conspiradores, pero desafortunadamente, estaban efectivamente susurrando las voces para que yo no entendiera una palabra. Entonces escuché el chillido de Olga y los cuatro la miramos de pie, asombrados



# Este día

ante la mesa de cócteles. Mi amiga puso la cara más estúpida del mundo, tratando de fingir que ese horrible sonido no era nada especial.

—¿Qué? Me emocionó que haya tan buenas peleas.

Se encogió de hombros y se acercó a mí, dirigiéndose hacia otra mesa.

—Mira, joder.— Señaló con el dedo el penúltimo lado.

Puse mis ojos en la foto del luchador y me quedé helada. La foto era de Damian, mi ex -chico. Agarré el folleto y lo miré fijamente, sin creer que estaba viendo lo que estaba viendo. Por desgracia, tanto si quería verlo como si no, mi ex luchaba hoy de forma innegable. Al ver que Oli me miraba con una mirada alegre, me tragué el nudo que crecía en mi garganta, de modo que finalmente logré sacar mi voz:

—¿Y por qué estás feliz, larva?— Le pregunté, pegándole con las hojas. —Admítelo, ¿lo sabías?

Olga se puso un poco atrás y estaba de pie en el lado opuesto de la mesa, tomando un sorbo de la copa que logró traer. —Algo llegó a mis oídos.— Se limpió los dientes, sonriendo.

—¿Y por qué no me diste esa información?— Parpadeé y le eché una mirada de enfado.

—Porque no habríamos venido aquí en nuestras vidas, y yo quería verlo.— Se acercó a mí y me puso la mano en el hombro. —Además, Lari, hay varios miles de personas aquí, no hay posibilidad de que te lo encuentres.

Incliné la cabeza y volví a mirar la foto de Damián, esta vez centrándome en el valor visual y fáctico. Las notas describían sus logros hasta el momento, récords, éxitos profesionales en rings internacionales. Me calenté cuando lo miré de esa manera, y a pesar de mi voluntad, los recuerdos comunes vinieron a mi cabeza. Desafortunadamente, no pude decir nada malo de él, porque todo lo que recordaba era bueno y genial.

# Este día

Desafortunadamente, porque sería mucho más fácil para mí no gustarle en este momento.

—¿Apuestas a que ganará?— Escuché una voz junto a mi oído y me quedé paralizada. —Su oponente es fuerte en la zona baja, podría tener problemas con él.

Jesús, ¿en la zona baja? Cuando me trajo a esas zonas, yo también estaba en problemas. Sacudí mi cabeza, como para ahuyentar pensamientos innecesarios, y con una tonta sonrisa me volví hacia Black.

—Creo que va a ganar— respondí con convicción, besándolo suavemente. —Terminará con una guillotina o un pasamontaña. Es un grapador, así que buscará una solución en el suelo.— Me encogí de hombros con una sonrisa en los labios.

Massimo se quedó allí con la boca abierta y me miró con sorpresa.

—¿Qué has dicho?— Se rió, sacudiendo la cabeza. —Cariño, ¿debería saber algo?

250

Lo mantuve en la oscuridad por un tiempo, disfrutando de mi intelecto.

—Deberías saber que sé leer.— Golpeé con el dedo las páginas que sostenía, indicando una nota de perfil. —He oído que hace eso.

—Aparentemente lo probó contigo— dijo Olga en polaco con cara de piedra, mirándome.

Ignoré su atención y tomé una copa de jugo, que Massimo puso a mi lado. Tomé un sorbo, fingiendo ser indiferente, aunque por dentro, estaba marcando en mi memoria el teléfono del guerrero cuya lucha iba a ver hoy.

Una chica del servicio vino por nosotros, señalando el camino hacia el salón. Divertidos, caminábamos por amplios pasillos, hasta que en algún momento, pasando por una puerta metálica, entramos en la plancha. Miré a mi alrededor y me quedé helada: el centro del edificio era enorme, las tribunas de dos pisos rodeaban el conjunto, más abajo en el piso había





# Este día

sillas agrupadas en varios sectores, y en el medio una jaula. Sentí que mi estómago se acercaba a mi garganta, y mi mano, sin saberlo, se apretó más fuerte en las manos de Massimo-esta jaula. Era mucho más grande que la que teníamos en la residencia, pero eso no era importante. El recuerdo de la red y de las posibilidades que ofrecía me hizo olvidar lo satisfecha que estaba, y de repente sentí una necesidad enfermiza de que me follaran grotescamente. Jesús, por este embarazo finalmente me lo voy a follar hasta la muerte, pensé, mirando a mi marido con ojos entrecerrados.

Massimo me miró tranquilamente, impregnando cada sucio pensamiento que zumbaba en mi mente. Sonrió y me mordió suavemente el labio inferior, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Movié sus labios hacia los míos y, sin prestar atención a la mujer que estaba a su lado, metió su lengua en mi boca. Le puse las manos alrededor del cuello, permitiéndole que me golpeara más y más fuerte con un beso.

251

Estuvimos atrapados así por un tiempo hasta que mi hermano volteó sus ojos y siguió a la mujer tratando de mostrarnos los lugares. Los tres desaparecieron, dejándonos solos, y cuando mi necesidad de amor ostentoso fue satisfecha, nos dirigimos hacia la jaula.

No me sorprendió que estuviéramos sentados en primera fila. Sería más raro si nos sentáramos en otro lugar. Lo que me sorprendió fue que Oli se sentó junto a mí y Domenico y Jakub junto a Massimo. Una vez más, se vieron envueltos en algún tipo de conversación conspirativa, así que llegué a la conclusión de que no se trataba exactamente de una reunión social, y ni siquiera traté de escuchar por casualidad.

Las dos primeras peleas fueron largas y fascinantes; la brutalidad del deporte, que es MMA, fue incluso emocionante. Aunque la disciplina había descrito claramente las reglas, a veces parecía como si no hubiera ninguna. Después de la tercera pelea se anunció una pausa de quince minutos, que decidí utilizar para una visita al baño. Agarré a Olga y,

# Este día

obedientemente informando a mi esposo a dónde iba, salimos en busca de un baño. Al principio Massimo quiso venir con nosotros, pero como un rescate, el presidente de la federación que organizaba los combates vino y lo detuvo. Sólo nos presentamos cortésmente y saltamos hacia el pasillo, y entramos en la sala.

Cuando la guardia de seguridad vio el color de mi brazalete, nos dejó pasar por todas las entradas, hasta que descubrí con horror que no tenía ni idea de dónde estábamos.

—Lari, ¿a dónde me estás arrastrando?— preguntó Oli, mirando alrededor del campo de batalla. —No creo que esto sea un retrete.

Miré por todas partes y, retorciéndome de rabia, admití que ella tenía razón. Estábamos paradas en un pasillo que estaba completamente vacío, por lo que no había nadie a quien pudiera pedir direcciones. Agarré la manija de la puerta, que encontramos aquí, y con decepción descubrí que se estaba cerrando de golpe. Para abrirlo desde nuestro lado, necesitabas una tarjeta magnética.

252

—Vamos,— dije, tirando de mi amiga. —Bueno, llegaremos a alguna parte.

Después de un rato deambulando y pasando por la puerta de al lado, llegamos a la parte de atrás de todo el evento. El equipo organizador del evento corrió con auriculares en los oídos, gritando algo a la radio. Alguien estaba sentado en el suelo y mirando el monitor, comiendo un sándwich, otros estaban fumando. Fascinada, me detuve a observar este caos planeado. Pasamos junto a hombres vestidos con camisetas idénticas con el logo de la empresa y del organizador. Creo que eran los entrenadores, pensé. Luego estaban los camerinos de los artistas que actuaban en la inauguración y las chicas que mostraban el número de la ronda durante los descansos. Las "*Chicas de Oktagon*", porque esta era la inscripción en la puerta de su guardarropa, eran fenomenales: las bellezas gráciles, atléticas y de pelo largo se reían. Era agradable mirarlas cuando sus narices estaban empolvadas y sus labios pintados,





# Este día

tomando un descanso de quince minutos. Su gerente o niñera corrió a su alrededor con un grito salvaje, pero aparentemente los respetaban profundamente, no haciendo nada de su ataque loco. Qué mujer tan mala, pensé, mirándola, debería tranquilizarla, especialmente porque hay más de ellas; una perra mala.

—¡Ahí está!— gritó Oli, al ver el cartel del baño. —Yo iré primero. Te descompones después de ese champán.

Cuando ambos resolvimos la necesidad, decidimos preguntar a alguien de la cuadrilla cómo volver a entrar. Miré a mi alrededor y encontré señales que se dirigían a la oficina central. Allí, alguien definitivamente nos ayudará, pensé, dando la vuelta. Cuando di un paso, la puerta de al lado se abrió y un tipo enorme con una gran barba apareció delante de nosotros. Casi saltamos del horror. La puerta del guardarropa, de la que salió, se estaba cerrando cuando mis ojos se encontraron con una vista familiar. Me paralice.

253

—¡Oh, joder!— Susurré en el suelo en el momento en que dieron el golpe. —Fue...

Me separé, y la entrada se abrió de nuevo y Damian estaba confundido.

—No lo creo...— Dijo, sacudiendo la cabeza. —Finalmente estás aquí.

Me tomó en sus brazos y me abrazó fuertemente, y yo estaba colgando de sus poderosos brazos como una marioneta. Mi amiga estaba quieta en el suelo: en lugar de rescatarme, estaba de pie con la boca abierta y yo rezaba para que Massimo no me viera en este momento.

—Te he escrito tantas veces, pidiendo una reunión, y lo estás haciendo.— Respiró hondo, poniéndome en el suelo. —Has cambiado... y ese pelo.— Sus manos vendadas vagaban por mi cara.

—Hola.— susurre porque no se me ocurrió nada más sabio. —Te ves bien.

# Este día

Cuando terminé de hablar de ello, me jodí la cabeza -Jesús, sólo quería pensar en ello, a pesar de que en realidad se veía divino.

Oli se rió al lado hasta que su antiguo amante se paró en la puerta.

—Oh, joder...— estaba gimiendo como una tormenta.

Estuvimos parados en la entrada de su vestuario y yo me preguntaba si quería morir aquí y ahora o si podría matar a Oli. Un momento de silencio incómodo fue interrumpido por un chico con auriculares que gritaba:

—¡Tres minutos para salir al aire!

—Tenemos que irnos— dijo Olga, arrastrándome.

El amigo de Damian también lo agarró, entrando.

—Buena suerte— susurré cuando desapareció detrás de la pared.

Las dos casi huimos, ignorando la oficina que era originalmente nuestro objetivo. Aturdidas sin decir una palabra, nos precipitamos por el pasillo hasta que salimos corriendo hacia el tablero principal.

254

Me apoyé en la pared, tratando de calmar mi respiración, y miré a Olga, que estaba soñando delante de mí.

—Varios miles de personas, ¿verdad? No se encontrará con nosotros, ¿verdad?

Mi amiga trató de mostrar remordimiento, pero sin éxito. En lugar de eso, ella estalló en risa.

—Pero eres una maldita gata.— Gimió, se relamió. —¿Viste lo grande que es, y a Kacper lo bien que se ve...?

—Y además estamos tan jodidamente calientes.— Me estaba riendo.

No creí lo que pasó hace un momento, pero por otro lado, estoy de acuerdo con ella al 100%. Ambos se veían increíbles.

Nos sentamos, conociendo la mirada desaprobadora de Massimo.



# Este día

—¿Dónde has estado tanto tiempo? Seguridad te está buscando.—  
Gruño entre dientes.

—Es un gran salón. Nos perdimos.— Lo miré con pena y lo besé suavemente. —Tu hija quería ir al baño.— Agarré su mano, la puse sobre mi estómago.

Era mi forma de calmarlo, sin importar lo que pasara. Cada vez que mencionaba al bebé, se tranquilizaba y olvidaba su ira. Y así sucedió también esta vez; su mirada enojada se derritió como un helado al sol, y una tímida sonrisa bailó en sus labios.

Recuerdo las siguientes peleas como si fuera a través de la niebla, porque estaba concentrada con el estómago revuelto, esperando el penúltimo turno de la noche. Cuando finalmente se leyó su nombre, casi salté. Las luces se apagaron y sonó la conocida música de *Carmina Burana O Fortuna*. Todo mi cuerpo temblaba y los músculos de la parte baja de mi abdomen estaban tensos. Recordé bien esta canción y las situaciones en las que la escuché.

255

Miré a Black por el rabillo del ojo; él estaba mirando fijamente la salida del luchador sin saber nada. Miré a Olga y a sus ojos alegres con las cejas levantadas clavadas en mí. Conocía bien esta visión burlona y sabía muy bien que ella sabía exactamente lo que yo estaba pensando ahora. Las luces parpadeaban y Damián apareció en el camino que conducía a la jaula. Caminaba con confianza, moviendo de vez en cuando sus hombros relajadamente, seguido por Kacper y los otros entrenadores. Lo desnudaron y después de un rato pudimos admirar a este gladiador dando vueltas al octógono. Levantó la mano, saludando a la multitud, y se alineó en una de las barras de la jaula.

La mano de Olga se agarró a la mía cuando intenté observar esta montaña de músculos a una docena o más metros de distancia de mí con la menor fuerza posible. Los faros se atenuaron de nuevo y sonó otra canción. Damián estaba calentando en el lugar, esperando a su oponente, y tuve la impresión de que sus ojos vagaban por la multitud, me estaban

# Este día

buscando. Durante todo este tiempo no tuve la oportunidad de explicarle lo que hacía aquí, ni de anunciarle que estoy casada y esperando un hijo.

Una de las hermosas chicas rodeó la jaula, mostrando un letrero que decía "Ronda Uno", y el gong anunció el comienzo del enfrentamiento. Estaba nerviosa, y supongo que estaba claro, porque Massimo me alisó suavemente el muslo recubierto de cuero. Los dos hombres intercambiaron primero algunos golpes, y luego Damián agarró a su oponente y lo golpeó en el piso de la jaula. La multitud aplaudió mientras se sentaban sobre él y empezaron a cubrir sus puños con velocidad de muerte. Después de un momento, cuando la cabeza de aquel se golpeaba rítmicamente en el suelo, el árbitro se lanzó sobre Damián, bloqueando sus movimientos y anunciando así el final del duelo. Casi todos se levantaron de sus sillas, aplaudiendo al ganador, quien en un fervor de alegría saltó al costado de la jaula y levantó triunfante las manos, sentado en el borde de la jaula.

256

De repente, su mirada se fijó en mí, me vio sentada entre el público y se detuvo durante unos segundos, paralizando mis movimientos de nuevo. Yo estaba sentada, mirándolo fijamente mientras salía de la jaula y corría por la puerta abierta del octógono, en un segundo se encontró conmigo. Massimo, ocupado hablando de un golpe extremadamente rápido, ni siquiera se dio cuenta cuando este idiota se teletransportó a una docena de centímetros de él en un abrir y cerrar de ojos. Damián estaba de pie, respirando, y yo me hundía cada vez más en la silla. Entonces Black se dio la vuelta y se levantó, seguido de Domenico y Jakub. Consternado, el guerrero nos miró a mí y a Massimo alternativamente, hasta que después de unos largos segundos un hombre de seguridad le dio la señal de volver a la jaula para anunciar el resultado. Damián levantó el guante hasta la boca y, moviendo la mirada hacia mí, me envió un beso tonto, y luego otra vez con un grito, levantó las manos en un gesto de victoria. Se oyó un estruendoso aplauso, y la montaña de músculos que estaba delante de mí volvió al octógono sin apartar la vista de mí.



# Este día

Estaba sentada atascada en una silla y tenía miedo de mirar a la derecha, sintiendo la mirada ardiente de mi marido sobre mí.

—¿Puedes explicarme qué acaba de pasar aquí?— se atragantó con los dientes, al sentarse.

—No,— dije corto, no queriendo provocar una discusión. —Estoy cansada. ¿Podemos irnos ya?

—No podemos.— Se volvió hacia Domenico y dijo algo, el chico se levantó y se dirigió hacia la salida.

Me dirigí a Oli, esperando apoyo, pero me encontré con una cara estúpida en la que se podía ver que estaba tratando de detener la risa.

—Oli, ¡joder!

—¿Qué?— No pudo soportarlo y empezó a reírse nerviosamente.

—No es mi culpa que estemos en la primera fila y que tu ex haya tratado de besarte frente a tu marido gángster.— Se hizo aún más ancha. —Y, por cierto, buena acción y algo, siento que va a ser un buen paseo.

La miraba con odio, pero ella miraba algo detrás de mí, ignorándome.

—Tu marido me va a quemar con sus ojos. No estoy realmente segura de qué hacer.

Giré la cabeza, mirando los ojos de Massimo que ardían con fuego vivo, que temblaba de rabia. Tragó su saliva tan fuerte que pude oírla bien a pesar del golpe en el pasillo. Sus mandíbulas rítmicamente apretadas casi le arrancaban los lados de la cara, y sus puños apretados le cortaban el suministro de sangre a sus dedos.

—Me haces retorcer cuando te enfadas— dije, inclinándome hacia él y acariciándolo en la rodilla. —Pero no me impresionas y no te tengo miedo, así que puedes parar.— Levanté las cejas y asentí con la cabeza unas cuantas veces.

# Este día

Black me miró un momento y luego se inclinó y apretó su mano sobre mi muslo.

—Y cuando te traiga su mano izquierda, la que te envió un beso, ¿te impresionaras o no?— Sus labios sonreían, y yo me puse rígida. —Eso es lo que pensé, Pequeña.— Me acarició la mejilla con el pulgar. —Esta es la última pelea, y luego la fiesta posterior. Espero que no estés planeando más de estos excesos.— Se apartó de mí, se apoyó en una silla y miró fijamente a Damián bajando por el ring.

Me estaba masajeando las sienes con las manos, preguntándome que no era la primera vez, si era serio o si sólo quiere asustarme. Y una vez más llegué a la conclusión de que es mejor no comprobar dónde está el límite de mi marido. Ni siquiera miré a mi ex.

Casi no vi la última pelea, pensando en lo que me espera esta noche. No tenía ganas de ir a la fiesta y me preguntaba cómo evitarla. Y luego me deslumbró.

258

—Cariño,— me volví hacia mi marido cuando caminábamos por el pasillo hacia la salida después de la gala. —No me siento bien.

Black se congeló y me vio con horror.

—¿Qué es lo que está pasando?

—Nada.— Puse mi mano suavemente sobre mi abdomen. —Pero de alguna manera me debilité, me gustaría acostarme.

Asintió con la cabeza y me agarró la mano con fuerza, moviéndose mucho más rápido hacia el coche.

Entramos. Después de un rato Domenico se unió a nosotros, ostentosamente sentado al lado de Olga, como si estuviera marcando el área.

Iniciaron una discusión con Black, a quien claramente no le gustaba, porque después de un rato gritó algo, golpeando el asiento con el puño,



# Este día

hasta que toda la limusina se sacudió. Domenico, sin embargo, no se dio por vencido, presionando evidentemente a Massimo.

—Tengo que ir allí un momento — dijo cuando el coche se puso en marcha. —Olga irá contigo, Domenico ya ha llamado a un médico.

—¿Qué carajo, un doctor?— Olga gritó en polaco. —No te sientes bien, ¿qué está pasando?

—Jesús, estoy fingiendo.— Volví mis ojos, sabiendo que no nos entenderían de todos modos. —No quiero ir allí y encontrarme con Damian.

—Sabía que conocías al tipo de alguna parte.— Jakub siguió adelante. —Bueno, tal vez sea mejor si no vayas a la fiesta.

—Gracias— dije gruñendo, mirando a mi hermano.

—En inglés— dijo Massimo, sin apartar la vista del teléfono, en el que escribió algo. —Estaré contigo en una hora, deja que Olga se siente contigo hasta entonces. Y si algo sucede, llámame. —La miró, y mi amiga con una mirada seria en su cara se golpeó la cabeza.

Dios, qué farsa, suspiré dentro y, tristemente, volví a ser la líder y el centro del asunto.

Después de un rato nos dirigimos hasta el final de un callejón detrás del cual se encontraba la parte principal del festival de la ciudad. Black me besó, mirándome a los ojos con cuidado, y los tres hombres salieron del coche.

—Bueno, al fin, joder.— Olga se extendió en el asiento junto a mí. —Sebastián— se volvió hacia el conductor. —Por favor, ve a *McDonalds*, quiero algo de comida de mierda.

—Sí.— Levanté mi dedo índice con aprobación. —Yo también.

No sé cuánto comimos, pero al estar sentadas en el medio durante treinta minutos, logramos comer tres veces la basura de *McDonalds*, las

# Este día

delicias que goteaban grasa. La señora que nos atendió admiró mi apetito en particular, sobre todo porque en la ropa de hoy era absolutamente imposible ver que estaba embarazada.

El conductor aparcó delante del hotel y nos abrió la puerta. Caminamos por el pasillo, saludando encantadoramente al guardia de seguridad de Massimo sentado en el vestíbulo, quién nos miró al pasar. Casi le gritamos "buenas noches" para él a coro, así que se sentó y comenzó a escarbar en su portátil de nuevo.

Nos paramos junto al ascensor y presionamos el botón para pedirlo; apoyé mi cabeza contra la pared y esperé a que viniera. Estábamos cansadas, llenas de comida y cayendo en un coma de carbohidratos.

La puerta se abrió y cuando levanté la vista, vi a Kacper salir de ella y a Damian inclinándose justo detrás de él contra el espejo. Cuando se dio cuenta de que yo estaba a un metro y medio de él, empujó a su colega confundido que voló directo a la asombrada Olga y me metió dentro. La puerta se cerró de nuevo y subimos.

—Hola— exhaló, apoyando sus manos a ambos lados de mi cabeza.

—Hey— dije mal, sin saber muy bien lo que estaba pasando.

—Te he echado de menos.— En ese momento, sus manos me agarraron la cara y me beso, quitándome el aliento.

Agité mis manos, tratando de salir de su férreo control, pero no tuve oportunidad. Lo alejé de mí, pero no se dio por vencido. Su lengua me volaba la boca de una manera familiar, y sus labios me acariciaban. A pesar de toda la brutalidad, era tierno y extremadamente apasionado. Dios, ayúdame a no empezar a devolver el beso, repetí en mi cabeza. Y entonces oí el sonido de la puerta abriéndose. Sentí que mi atacante se alejaba de mí, y en un momento cayó al suelo. Giré la cabeza y vi a Massimo agarrado a la barandilla del ascensor, dando patadas furiosas al enemigo.





# Este día

Entonces Damián se levantó y se movió con ímpetu hacia él, empujándolo hacia el pasillo. Asustada, corrí tras ellos; no me hicieron caso en absoluto. Estaban dando puñetazos, patadas, hasta que finalmente cayeron al suelo donde empezaron a luchar. Una vez fue en la parte superior, la segunda vez, se empujaban y se rompían la cara, el cuerpo, pataleando con las rodillas. Seguramente no tenían el mismo peso, pero esto no cambió el hecho de que el duelo estaba muy cerca.

Estaba enfadada y aterrorizada, pero no tenía intención de intervenir, dándome cuenta de que en el fragor de la batalla podrían hacerme daño o, peor aún, a mi bebé.

Entonces Domenico salió corriendo por la puerta al final del pasillo, gritando algo, y nuestra protección detrás de él. Separaron a los dos hombres, apartándolos. Black gritó algo, y Domenico, como una pared, se puso delante de él, explicando algo en voz baja. Después de un rato, la seguridad del hotel llegó en el siguiente ascensor, y desde las habitaciones los huéspedes preocupados empezaron a mirar hacia fuera.

261

Los guardias de seguridad soltaron a Damian, quien, lanzando una mirada furiosa en mi dirección, entró en el ascensor y desapareció después de un rato.

Domenico se acercó y me mostró el camino a la habitación con un amplio gesto, empujándome ligeramente en la parte posterior. Caminé hacia la puerta, pasando toda la confusión, y mi marido me siguió.

—¿Qué coño significa eso?!— Gritó, dando un portazo. —Pensé que te sentiste mal.— Empezó a caminar por la habitación de un lado a otro, limpiándose la sangre de la cara. —Así que interrumpí una reunión importante y vine aquí porque estaba preocupado, y mi esposa...— Se paró delante de mí. —Mi esposa embarazada estaba en el ascensor con un perdedor.

# Este día

Un furioso rugido salió de su garganta, y sus apretadas manos en un puño empezaron a golpear rítmicamente contra la pared, hasta que esta empezó a fluir un hilo rojo.

—¿Quién coño es ese?!— Se acercó y me agarró la barbilla, levantándola con los dedos. —¿Te estoy preguntando algo!

Estaba asustada. Por primera vez en meses, tuve miedo de este hombre. Por primera vez en mucho tiempo, también me han dicho quién es y cuál es su carácter. Sentí que mi corazón se aceleraba y mi respiración se hacía más pesada. Escuché un chillido en mi cabeza y se estaba oscureciendo frente a mis ojos. Agarré un trozo de su chaqueta y antes de deslizarme por el suelo, sentí que me agarraba en sus brazos.

Abrí los ojos. Massimo estaba sentado en la silla junto a la cama. Afuera había mucha luz, y a través de las cortinas descubiertas, había nieve.

—Lo siento,—me susurró, arrodillándose ante mí. —Olga me contó todo.

—¿Estás bien?— Pregunté, mirando el moretón de su mejilla y el corte del arco de su ceja. Giró la cabeza negativamente y me agarró la mano, que intenté tocarle la cara. Puso su boca en ella y me besó sin mirarme a los ojos.

—No sabía que yo tenía a alguien— suspiré, tratando de levantarme. —Yo también lo siento, no sé cómo sucedió.— Cerré los ojos y volví a clavar la cabeza en la almohada. —¿Qué estabas haciendo en el hotel?

Cuando terminé mi última frase, me di cuenta de lo mal que sonaba. Black se sentó a mi lado y me miró con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Si no supiera exactamente lo que pasó ayer, me habría equivocado mucho con tu pregunta.— Tiró del aire profundamente y se pasó el pelo con la mano. —Fui al club y me reuní con quien necesitaba, pero no podía concentrarme en los negocios, sabiendo que estabas en peligro, y



# Este día

volví. No estabas en la habitación, así que llamé al conductor porque tu celular no respondía.— Lo mire fijamente. —Dijo que te dejó delante del hotel porque habías ido a comer algo antes.— Giró la cabeza. —Salí de mi habitación para encontrarme contigo, y luego te encontré. Sus heridas manos volvieron a cerrar en un puño. —¿Por qué me mentiste?

Me gritó, buscando una buena explicación en mi cabeza, y cuando no lo encontré, pensé que era mejor decir la verdad en esta situación.

—Era la única manera de que no me dijeras que fuera a la fiesta.—Me encogí de hombros. —Y porque sabía que podía encontrarlo en la fiesta, así que no quise provocar nada.— Me cubrí la cabeza con un edredón, que Black me quitó. —Cómo puedes ver, se puso aún peor. Prométeme que no lo matarás.— Las lágrimas fluyeron en mis ojos. —Te lo ruego.

Massimo me miraba fijamente, sin ocultar su irritación.

—Fue bueno que el doctor estuviera ahí. —Me alisó la mejilla. —Creo que lo contrataré a tiempo completo.

—¡Promételo!— Lo repetí cuando intentó cambiar de tema.

—Lo prometo.— Dijo al levantarse. —Además, no lo haría de todos modos, porque es el hombre de Karlos, y su primo también es malvado.

Se fue adormecido, frustrado y desapareció, entrando en la sala de estar.

Me detuve y miré el reloj; era mediodía. Black volvió y se acostó a mi lado con su portátil, cubriéndome las piernas.

—¿Has dormido? Te ves mal,— le pregunté, volviéndome a su lado. Giró la cabeza negativamente, sin apartar la vista del monitor. —¿Por qué?— Me acerqué, abrazándolo en la cintura.

Volvió los ojos y suspiró, dejando el ordenador a un lado.

—Tal vez porque mi esposa embarazada perdió el conocimiento y yo estaba preocupado por su condición.— Me miró más de cerca y añadió:

# Este día

—O tal vez es porque mi esposa, al besar a otro tipo, me presionó tanto que no me voy a dormir hasta el próximo fin de semana.— Su boca se volvió una línea recta. —¿Sigo adelante?— Cogió su portátil y volvió a leer.

—Eres tan sexy cuando te enfadas.— Después de esas palabras, mi mano se adentró profundamente en sus pantalones grises. —Quiero chuparte la polla.— Cuando escuchó lo que estaba diciendo, apretó los músculos y se mordió el labio inferior. —Por favor, Donnie, déjame darte una mamada.

Mis dedos frotaron su miembro despierto, y mis labios besaron su desnudo hombro magullado.

—Te estabas muriendo hace unas horas. ¿Por qué esta repentina oleada de energía?— Preguntó cuándo le bajé lentamente los pantalones.

—Conseguí las mejores drogas— Repelí divertida, sacudiendo mis piernas. —No me estás ayudando.— Baje mi labio inferior y me senté sobre mis talones, bajando las manos con resignación.

Las caderas de Massimo se levantaron, pero ni siquiera apartó los ojos del monitor ni un segundo; me ignoró. Sin embargo, no me importó, y después de un tiempo se acostó desnudo de la cintura para abajo, presentando su polla gorda y pegajosa y provocándome. Por mucho que Black intentara no mostrar excitación, la anatomía no podía engañarlo.

Mientras me movía a lo largo de su pierna, preparándome para un ataque oral, unas pocas palabras en italiano salieron de la garganta de Massimo e inesperadamente, bajando el ordenador, se levantó. Chillé y me quedé helada en una posición tentadora en el centro del colchón. Lo observé con una ligera mueca de sorpresa mientras se ponía una camisa negra que colgaba de la silla.

—Tengo que hacer una videoconferencia— dijo, empujando su portátil en la mesita de noche.



# Este día

Se abrochó la camisa y aún desnudo de la cintura para abajo se acostó cómodamente, y luego colocó la cámara en el monitor de manera que sólo se podía ver un pedazo de su pecho, cuello y cabeza. Presionó algunas teclas y después de un rato escuché una voz masculina en el otro lado. Me senté en la cama y observé esta extraña provocación. Mi marido mafioso estaba descansando en la cama, usando sólo una camisa negra y haciendo negocios con una polla pegajosa pidiendo un buen roce.

Black tomó en su mano los documentos que estaban en la mesa de noche y retorció las hojas de papel, y de vez en cuando las mostraba a sus compañeros; al cabo de un rato ambos se sumergieron en la conversación.

Me incliné, todavía vestida con lencería de encaje negro y, con la espalda fuertemente arqueada, me acerqué a su entrepierna. Massimo me miró las nalgas estiradas y ligeramente estrechas, continuó la conversación. Lentamente me moví alrededor de sus pies y empecé a besar y lamer sus dedos de los pies, exponiendo las nalgas casi directamente a su cara. Subí más y más alto por el interior de sus pantorrillas, extendiendo sus piernas a los lados con cada centímetro más de amplitud. No podía verme, la computadora cubría toda la parte inferior de su cuerpo, que ahora estaba bajo mi control.

Cuando me acerqué a su erección mecedora, con un suave soplo, le anuncié mi posición. Su mano libre se agarró a la sábana como si estuviera flexionando en anticipación de un ataque que no iba a llegar. Estaba soplando, lo estaba frotando con mi lengua casi imperceptiblemente, y estaba alisando la piel alrededor de su pene. Después de unos momentos, Black puso los documentos sobre la mesa y movió la computadora para que el ángulo dejara observar lo que estaba haciendo. Me incliné sobre él, mirando sus dilatadas pupilas, y me quedé inmóvil, esperando. Él también estaba esperando, y supongo que no le gustaba el hecho de que no pasara nada. Me moví un poco hacia atrás, cambiando mi posición y después de asegurarme de lo amplia que era la

# Este día

cámara y lo mucho que veía, me acosté a lo largo de su cuerpo. Agarré su mano, la cual estaba sujeta a la sábana, y la deslicé por mis bragas bajo el encaje. Sus ojos se extendieron cuando sintió lo mojada que estaba por él. Deslicé sus dedos cada vez más profundamente, frotándolos primero en mi clítoris y luego metiéndolos dentro.

Me acaricie con ellos, ocasionalmente sacándolos, lamiéndolos y poniéndolos de nuevo en el lugar correcto.

Su pecho empezó a subir y bajar rítmicamente y sus dedos dejaron de escuchar mis órdenes, entrando más profundamente y con más fuerza. Apoyé la cabeza en una almohada y cerré los ojos, sintiendo como si una ola de placer envolviera mi cuerpo. Quería gemir y sabía que finalmente iba a empezar a hacer algunos sonidos, así que lo agarré de la muñeca, liberándome de las trampas del placer. Black, sin interrumpir o distraer la conversación, simuló frotarse la boca con la mano húmeda como si se estuviera preguntando algo. Cuando el olor de mi coño estuvo en sus labios, los lamió y su pene se apretó de tal manera que casi se dobló en el otro sentido. Movié su mano y lentamente la acercó a mi cabeza, agarrándome el pelo. Me tiró suavemente hacia su entrepierna, dando una señal obvia de que ya había tenido suficiente angustia. Dejé que su mano me llevara a donde se suponía que debía estar, y al acercarme a él, abrí obedientemente mi boca. Tan pronto como sentí sus primeros centímetros deslizarse en mi boca y el olor característico de mi señor entró en mis narices, me volví loca. Lo absorbí por todas partes, agarrando brutalmente la base, moviendo mi mano de arriba a abajo, y mi boca estaba justo detrás de ella. La mano de Massimo se agarró con fuerza a mi pelo para frenar el ataque, pero lamentablemente, al centrarse en dos acciones a la vez, no tuvo ninguna oportunidad conmigo. Me estiré con fuerza y hasta el final, de vez en cuando chupando sus delicados testículos.

Sus caderas empezaron a menearse nerviosamente, y todo su cuerpo se tensó cuando su voz se ató en su garganta. Levanté los ojos y miré a mi esposo; estaba sudando y aparentemente lamentaba que me dejara hacer



# Este día

esto. La conversación debió haber sido muy importante, de lo contrario la habría terminado hace mucho tiempo. Me gustó la forma en que estaba agotado así, era algo que me excitaba hasta el límite. Volvió a coger los documentos y los movió de manera que el compañero pensó que los estaba mirando mientras sus ojos se clavaban en mí. Estaba ardiendo; sus negras pupilas le inundaban completamente los ojos, y su boca, ligeramente abierta, apenas recuperaba el aliento. En un momento dado sentí la primera gota, y luego un poderoso flujo de esperma inundó mi garganta. Massimo siguió escuchando al hombre que le hablaba desde el ordenador y fingió mirar los papeles. Estaba terminando y tardo mucho, mucho más tiempo que de costumbre, y creo que no estaba contento por el momento. Cuando terminó, su cuerpo se aflojó y bostezó y volvió a mirar a su compañero a los ojos. Me arrodillé delante de él y me limpié ostentosamente la boca, lamiéndome, luego me levanté y fui al baño.

Me duché y volví a la habitación, donde Massimo, pegado exactamente en la misma posición, seguía hablando. Me paré junto a la gran ventana y me limpié el pelo con una toalla, mirando el mar cuando había silencio en la habitación. No tuve tiempo de volverme hacia mi esposo para ver si había terminado cuando me presionó la cara contra el vidrio.

—Eres insoportable— dijo, quitando mi bata de baño y dejando caer la toalla en el suelo. —Tú, pequeña cabrona serás castigada por eso. —Me levantó y me llevó al sofá. —Te gusta comprobar dónde están mis límites, arrodíllate.

Abrí bien las piernas cuando él las frotó con su rodilla. Me agarré al respaldo con las manos y esperé a que pasara lo siguiente. Massimo estaba de pie junto al sofá, frotando mi entrada con su pulgar.

—Me gusta que estés en esta posición— dijo, empujándome hacia el fondo para que tocara el reposacabezas con las rodillas. —Relájate.— Obedecí la orden y sentí su pulgar penetrar brutalmente. Grité. —No me estás escuchando, Laura.— dijo y me puso otro dedo en el culo. Quise

# Este día

salir de su alcance, pero me sujetó y me agarró las manos que yo agitaba.  
—Ambos sabemos que te gustará en cuanto me escuches.

Su boca tocó mi espalda desnuda y sentí el escalofrío que corría por mi columna vertebral. Soltó mis manos, y sus dedos libres se movieron hasta mi clítoris hinchado y empezó a oscilar sobre él. Gemí, apoyando mi mejilla en la parte trasera del sofá.

—Puedes verlo por ti misma— dijo, aumentando la fuerza y la velocidad de sus movimientos. —¿Debería parar?

—No me jodas— Susurré.

—No escuche— gruñó, metiendo sus dedos en mí con más fuerza.

—¡Fóllame, Donnie!

—Como quieras— Reemplazó sus dedos con su polla lista y comenzó una loca carrera.

Sus caderas chocaban con mis nalgas, y su mano no dejaba de acariciar mi coño ni un momento. Sabía que no le llevaría mucho tiempo, sobre todo porque estaba cerca de la cima cuando estaba haciendo la mamada. En un momento dado sus movimientos se detuvieron, me agarró por la cintura y, girando, se sentó, sentada sobre sus rodillas. Me abrió los muslos de par en par y me metió los dedos en el segundo agujero.

Yo estaba gritando fuertemente, sin importarme en absoluto la acústica del salón, cuando su otra mano empezó a comprimir rítmicamente mis sensibles pezones. Ahora yo era la que tenía el poder y estaba marcando el ritmo de la situación con mis movimientos. Apoyé las manos en el respaldo y, apoyándome en ellas, comencé a tener orgasmos, moviéndome cada vez más rápido. Sabía que no podría hacerlo durante mucho tiempo cuando mis manos empezaron a temblar por el esfuerzo después de unos minutos de soportar mi propio peso. Black me agarró con ambas manos en la cintura con fuerza y me puso de nuevo sobre sí mismo.

268





# Este día

—Apúrate— dijo directo a mi oído.

Cuando mis dedos comenzaron a tambalearse en torno a él, abrazando mi clitoris, sentí que todos mis músculos se flexionaban y que mi voz se desvanecía a un ritmo frenético de respiración. Black me levantaba y me bajaba sobre sí mismo hasta que el orgasmo se apodero de cada parte de mi cuerpo. Para colmo de males, sentí a Massimo derramarse dentro de mí, gritando fuertemente, lo que intensificó mi experiencia. Después de unos segundos, ambos terminamos, y Massimo se dio la vuelta y nos puso de lado.

Cuando intentamos calmar nuestra respiración, el teléfono sonó. Don alcanzó el auricular y respondió, respirando profundamente. Escuchó por un momento, y luego siguió riéndose.

—¿Ruido?— Preguntó con su maravilloso acento británico, se quedó callado un rato más, escuchando. —Así que me gustaría alquilar todas las habitaciones adyacentes a la mía. Por favor, transfiera a los huéspedes y compénselos por las molestias a mi cuenta, gracias.— Colgó el teléfono, sin esperar una respuesta, y luego me presionó hacia él. —Puritanos— y se rió. —En Italia, tomarían nuestro ejemplo en lugar de informar a la recepción.— Me besó el cuello y las mejillas. —Y voy a follarme a mi mujer tan fuerte como ella quiera.

269



Lamentablemente, no pudimos aprovechar el espacio adquirido ni la posibilidad de hacer ruido, porque a las cinco, después de una tierna despedida de Jakub y de haber almorzado muy tarde, nos subimos a un avión y regresamos a Sicilia.

No fue hasta que llegamos allí que me di cuenta de que la próxima semana era Navidad. El personal preparaba la casa, la decoraba y la equipaba. En el jardín había un gran árbol de Navidad con millones de luces, y en los pasillos hermosas flores frescas fueron reemplazadas por un acebo. Sólo faltaban dos cosas en este maravilloso ambiente: la nieve y mis padres.

—Pasaremos la Navidad con nuestra familia— dijo Massimo, dejando una taza de café. —Así que, cariño, tengo una petición para ti.— Se volvió hacia mí. —Asegúrate de que todo esté como tú quieres. También me gustaría tener platos polacos. He traído al cocinero de tu país. Estará aquí en tres días.

270

Olga dejó el periódico que estaba leyendo y miró al Don preguntando.

—¿De qué familia será esto?— Preguntó, sacando la lengua. —¿De la Mafia?

Massimo se rió irónicamente y volvió a fijar la vista en el monitor de la computadora que tenía enfrente. Me balanceaba en la silla de la mesa, empujando otro panqueque de desayuno, y miraba a Black sentado en la silla de la mesa pequeña de al lado. Desde su regreso de Polonia, había estado extraño, tranquilo, calmado y algo concentrado. No quiso discutir conmigo y fue casi amable con Olga. Algo pasó, pero no tenía ni idea de lo que había pasado.



# Este día

Por la tarde, cuando Domenico y Massimo discutían algo en la biblioteca, cogí el ordenador y me fui a la terraza. Ni siquiera supe cuando Olga vino conmigo con una botella de vino y un vaso de jugo.

—¿Qué haremos?— Preguntó, sentándose.

—Lo de siempre.— Asentí con la cabeza, indicando el alcohol. —Y quería ver cómo estaban mis padres.— Me retorcí tristemente. — No sé qué hacer. Por un lado, sé que mamá tenía razón, pero, por otro lado, no debió decirme esas cosas.— Presioné el botón para iniciar el portátil. —Además, tiene mi teléfono, puede hacer una llamada.

—Las dos son igual de idiotas obstinadas.— Bebió un sorbo de vino. —Joder, pero bueno. Domenico me dio a probar el licor de Navidad.

—No me jodas— estaba gruñendo, bebiendo jugo. —Veamos qué está pasando en Facebook.

Durante unas docenas de minutos, estuve revisando los perfiles de mis padres, amigos, hermano. Comprobando lo que pasaba con la gente de mi antiguo trabajo y contestando los mensajes en mi buzón durante semanas. Los sitios de redes sociales solían ser lo que más me gustaba en el mundo, y dependía totalmente de ellos. Ahora tenía tantas otras cosas mejores que hacer que se volvieron redundantes.

Ya estaba a punto de cerrar mi ordenador cuando el artículo de un amigo me golpeó en el ojo. Abrí el enlace que contenía y me quedé inmóvil.

—Voy a matarlo en un minuto. Escucha esto.— Le dije enojada a Olga. —Están escribiendo sobre Damian y su "*accidente*".

Oli clavo sus ojos.

—La noche después de la gala en la que tuvo su siguiente duelo ganador, un joven luchador de Varsovia sufrió un grave accidente de coche. Su vida no corre peligro, pero sus piernas y manos rotas lo excluyeron de la lucha durante muchos meses.— Golpeé el monitor.

# Este día

—Después de todo, lo vi entrar en el ascensor por su cuenta, y creo que tenían un transporte al club. ¡No puedo creerlo!— Grité y me lancé por la terraza, del dormitorio, hasta que salí corriendo al pasillo, corriendo hacia la biblioteca.

Volé a través de la puerta como una tormenta, sin hacer nada por el hecho de que Don no estaba solo.

—¿Qué te pasa, loco?!— Viendo mi furia y agitando las manos, Mario me cogió por la mitad antes de que pudiera alcanzar a Don.

—Massimo, maldita sea, dile que me deje ir.

Black dijo algo a los hombres reunidos que, lanzando miradas extrañas a mí uno por uno, salieron de la habitación. Entonces Mario me puso en el suelo y cerró la puerta y desapareció detrás de ellos.

Don estaba de espaldas contra la pared, y sus largas manos estaban siniestramente entrelazadas sobre su pecho.

—¿Puedo saber por qué esta rabia? – preguntó con sus ojos ardientes de ira.

—¿Por qué está Damian en el hospital?

—No lo sé.— Se encogió de hombros. —¿Tal vez no se sentía bien?!

—Massimo, no me tomes el pelo.— Estaba gruñendo. —Sus piernas y brazos están rotos.

—Pero fue un accidente.— Una inteligente sonrisa se dibujó en su rostro. —Así que ya sabes lo que pasó.— Me acerqué a él y le pegué tan fuerte en la cara que mi mano se quemó.

—¿Para qué fue esa conversación después de la gala? ¡Prometiste no hacerle nada!

La cabeza de Black giro lentamente después del golpe que había recibido, y sus ojos completamente negros ardían como fuego vivo.





# Este día

—Prometí no matarlo— dijo entre los dientes, me agarró por los hombros y me sentó en el sofá a la fuerza. —Además, querida, nuestra conversación tuvo lugar después del hecho y recuerda que no todo es como tú piensas.

Agitando mis manos, traté de levantarme, pero se sentó en mis pies con un movimiento que inmovilizó mi cuerpo.

—En primer lugar, cálmate, o tendré que volver a llamar al médico, y, en segundo lugar, escúchame un momento.

—No quiero hablar contigo— lo dije con toda la calma que pude.  
—Déjame ir.

Black me miró durante un rato y luego cumplió con mi petición.

Me levanté, le eché una mirada furiosa y salí, dando un portazo detrás de mí, tan fuerte como pude. Volví al dormitorio, tomé mi bolso, las llaves de mi nueva casa, y salí furiosamente, dirigiéndome al garaje. Para mi alegría, por lo que pude sentir en ese momento, todas las llaves de los coches volvieron a la caja que estaba colgada en la pared. Tomé el set del *Bentley* y después de unos minutos estaba saliendo de la propiedad.

No estaba huyendo, después de todo, Massimo sabía a dónde iba de todos modos, sobre todo porque en cuanto salí de los muros de la mansión, los guardias de seguridad me siguieron. Sólo quería aprovechar la oportunidad de no mirarlo y esconderme en un lugar donde pudiera salirme con la mía.

No me llevó mucho tiempo llegar a nuestro nuevo hogar. Mientras tanto, conduje hasta la estación y me compré bebidas, patatas fritas, pasteles, helados y tres bolsas de comida de mierda para consolarme. Conduje hasta la puerta y salí del coche, teniendo dificultades con mis compras. En unos segundos, uno de los hombres saltó del todoterreno negro y recogió las bolsas de mi lado sin decir una palabra. No tenía sentido hacer el tonto con él o decirle que se fuera a la mierda, porque de todas formas no me escucharía, así que entré.

# Este día

—Estaremos afuera— dijo, poniendo las compras en el mostrador cuando se fue.

Desempaqué todo y armada con una cuchara, helado, patatas fritas y pasteles me senté en la sala de estar, incluyendo la chimenea. Saqué el teléfono de mi bolso y llamé a Olga. Ella respondió después de la tercera señal.

—¿Dónde diablos estás, Lari?

—Oh, en la nueva casa. Estoy enojada y no quiero hablar con él.

—¿Y yo?— Preguntó enfadada. —¿Tampoco quieres hablar conmigo?

—Quiero estar sola.— Dije que después de un tiempo. —¿Puedo?

Hubo silencio en el teléfono, que duró unos segundos.

—¿Estás bien? —finalmente dijo.

—Sí, tengo los medicamentos conmigo, todo está bien, la seguridad está en el ático. Volveré mañana.

274

Colgué y seguí mirando el fuego. Estaba pensando en qué hacer, llamar a Damian, disculparme con él. O tal vez no lo estaba. Después de que mi enojo desapareció, empecé a preguntarme si no dejé que Massimo terminara su frase y se fuera. No conocía bien el cuadro, sólo hacía suposiciones y conjeturas. Ese era mi carácter, era impulsivo y mi comportamiento era a menudo impulsado por las emociones. La única excusa que tenía era que estaba embarazada y no controlaba bien lo que hacía.

Al día siguiente me desperté y miré el teléfono; eran más de las nueve y Massimo no llamó ni una vez. Me quedé allí acostada, preguntándome si había hecho lo correcto cuando me fui ayer, pero el remordimiento fue rápidamente reemplazado por la furia de que me ignorara. Tengo un problema de corazón y estoy embarazada, y a este imbécil ni siquiera le importa si estoy viva. La seguridad está fuera y no tiene ni idea de si estoy bien, pensé.



# Este día

Bajé a la cocina y me senté en el mostrador con una taza de té en la mano, sin leche, por desgracia, porque no pensé en comprarla. Desembalé el último paquete de pasteles de chocolate y mientras los ponía lentamente en mi boca, un punto rojo en el techo me llamó la atención. Salté y me acerqué.

—Así que por eso no llamas— dije, asintiendo con la cabeza.

Había cámaras por toda la casa. No fue hasta que empecé a mirar los alrededores que vi que estaban casi en todas partes, incluyendo el baño. Black sabía exactamente lo que estaba haciendo, porque probablemente me estaba observando todo el tiempo. Me comí mis pasteles y, respirando hondo, fui al dormitorio a recoger mis cosas y volver a casa.

Conduje a través de un amplio camino de entrada a la mansión y vi un *BMW* parado frente a la casa con una ventana rota. No estaba segura de salir del *Bentley* y mirar alrededor, no había nadie allí, mi protección tampoco. Me sentí aterrorizada y en pánico. Avancé y después de caminar unos pasos, vi que la puerta del gimnasio estaba abierta y que algunos gritos y ruidos venían de abajo. Bajé las escaleras, me mantuve cerca de la pared y apoyé la cabeza.

A mis ojos apareció medio desnudo Domenico y Massimo estaba de pie tranquilamente rodeado por algunas personas. Era evidente que el joven quería salir de la habitación, y los demás le impedían hacerlo. Estaba corriendo, gritando algo, y golpeando sus puños contra las paredes. No lo había visto en tal estado todavía. Incluso la situación en la que casi mató a mis guardias el día que alguien trató de matarme no se parecía en nada a lo que estaba haciendo ahora.

Salí de detrás del muro y Domenico se volvió aún más loco al verme. Massimo miró en mi dirección, siguiendo la mirada de su hermano, y un segundo más tarde estaba de pie.

—¡Sube las escaleras!— Dijo de manera autoritaria, empujándome hacia las escaleras.

# Este día

—¿Qué es lo que pasa?

—¡Dije algo!— gritó de tal manera que salté y me salieron lágrimas de los ojos.

Corrí escaleras arriba directo al dormitorio de Olga y corrí a través de la puerta y me congelé. La habitación estaba completamente destrozada, la cama estaba rota, las cómodas estaban rotas, las ventanas estaban rotas. Me detuve, saqué el teléfono de mi bolso y marqué el número de Oli con las manos temblorosas. Entonces oí el sonido de una campana entre estas ruinas. Volví a mirar alrededor, asegurándome de que no estaba aquí, y fui a la biblioteca, escoltada desde la habitación de Oli por uno de los guardias de seguridad.

—¿Por qué me estás vigilando?— Le grité después de una docena de minutos que pasó dentro de la habitación mirándome fijamente.

—No te estoy vigilando. Estoy viendo cómo te sientes.

Arrugué mi frente, pero no dije ni una palabra.

Después de mucho tiempo, la puerta se abrió y Massimo entró en la habitación. Tenía las manos arañadas y parecía como si alguien le hubiera arrancado a la fuerza de su cama.

Cuando se puso delante de mí, las lágrimas volvieron a entrar en mis ojos, y a pesar de todos los esfuerzos, mi cara se mojó. Black se sentó a mi lado y se puso de rodillas, abrazándose fuertemente.

—No pasa nada, no llores.

Quitó las lágrimas y miré profundamente a sus ojos preocupados.

—¿No pasa nada? La habitación de Olga está en ruinas, se ha ido, Domenico parece loco, ¿y me dices que no pasa nada?

Don respiró hondo y se levantó, dejándome en el sofá. Se acercó a la chimenea y se apoyó en ella.





# Este día

—Domenico vio la grabación.— No comprendí lo que él quiso decir al principio. —Se volvió loco, empezaron a discutir, no dejó que Olga le diera explicaciones, sólo se desquitó con los muebles. Se escapó de la habitación y vino corriendo hacia mí. Y cuando me acerqué a él, trató de dispararse a sí mismo.

—¿Perdón?— Me quede sorprendida.

—Mi hermano, en contra de las apariencias, es muy sensible, ya sabes, un artista, etc., no podría sobrevivir a una segunda traición.

—Joder... esa grabación...— Susurré, escondiendo mi cabeza en mis manos cuando finalmente llegó a mí. —¿Dónde está Olga?

—Ella se fue.

—¿Y ese BMW destrozado en la entrada?

—Bueno, fue cuando ella trató de irse, entonces él se volvió loco e intentó detenerla. Los chicos lo arrastraron al sótano porque estaba descontrolado, y ahí es donde podría encerrarlo. Olga está a salvo, no te preocupes por ella, cuando todo se calme, te llevaré con ella.

Estaba sacudiendo la cabeza, escuchando todo esto, y todavía no podía entender nada.

—¿Puedes explicármelo otra vez?— Pregunté, limpiándome la cara y centrándome en él.

—Esta mañana el mensajero entregó el paquete, Oli estaba todavía durmiendo en ese momento. Domenico estaba despierto desde las seis, así que cuando el mensajero apareció, recogió el paquete él mismo. Fue a la oficina, encendió la grabación y se volvió loco viendo a su amada follar con otra persona. Él corrió hacia ella, ella hacia mí, yo corrí escaleras abajo, nos sacudimos un poco y tomamos su arma.— Inclino la cabeza. —Olga entonces entró en acción, gritando que lo hacía por él, él desafortunadamente no tenía idea de lo que ella estaba hablando, así que se apresuró a buscarla cuando ella anunció que se iba. Se perseguían

# Este día

mutuamente por la casa, él estaba tirando cosas, y luego ella corrió a la entrada y se subió al BMW que estaba siendo preparado para mí.— Me miró y me lanzó una mirada decepcionante, añadió: —Quería ir a buscar a mi desobediente esposa tan pronto como se despertará. Cuando quiso irse, Domenico saltó sobre el capó y, al no poder abrir la puerta, empezó a llenar el cristal con sus puños, luego dio una patada, y luego me pareció suficiente, y lo arrastramos al sótano. Metí a Oli en otro coche y la envié de vuelta al hotel con seguridad, el mismo en el que vivías cuando volaste a la isla. Está más cerca.

—Tú lo dijiste: ¿No sobrevivirá a la traición otra vez? Entonces, ¿cuándo fue la primera vez?— Le pregunté desconcertada.

Massimo se sentó junto a mí y se arrastró, metiendo la espalda firmemente en la parte trasera del sofá.

—Hoy tuve una mañana intensa.— Se cubrió los ojos con las manos y bostezó en silencio. —Podemos ir a desayunar y hablar allí. Quiero que comas algo. Una dieta de helado, patatas fritas y galletas no es adecuada para mi hijo.— Me tomó la mano y me llevó hacia el comedor.

Estábamos sentados en una gran mesa inclinados por la comida, y me sentí vacía. No podía recordar la última vez que no vi a Oli y Domenico en el desayuno.

—¿Estarán bien?— Le pregunté, recogiendo el tocino.

Black levantó los ojos hacia mí y se encogió de hombros.

—Si él escucha y explica, supongo que sí, pero ¿querrá ella volver después de lo que vio?— Se alejó de la mesa y se volvió hacia mí.

—Sabes, cariño, ninguna mujer normal querría estar con un tipo que está destrozando muebles, coches, intentando matarse a sí mismo y a ella.

—¿Ah, sí?— Pregunté con un bocado. —¿Qué hay del tipo que mata, les dispara en las manos o les rompe las piernas por celos?



# Este día

—Es un asunto completamente diferente— dijo, sacudiendo la cabeza. —Y si se trata de su reacción, Domenico ya estaba enamorado. Olga no es su primer amor, Katja fue la primera.—Bebió un sorbo de café y pensó en ello. —Hace unos años fuimos por negocios a España, nos quedamos allí en un hotel con uno de los jefes. El día antes de irse, nos invitó a su casa y nos hospedó lo mejor que pudo. Cocaína, alcohol y mujeres; una de las chicas era Katja, una bonita rubia ucraniana. Era una de las favoritas de este español, que lo demostró de forma bastante peculiar, tratándola como una mierda. No sé qué tenía ella que Domenico se volvió loco por ella. Al final de la noche no pudo soportarlo y le preguntó por qué se dejó tratar así. Luego escuchó que ella no podía alejarse de él porque no había ninguna manera o lugar. Y el caballero Domenico declaró, extendiéndole la mano, que podía ir con él enseguida. La impresionó, pero no se decidió, se quedó y volvimos a Sicilia. Después de una docena de días más o menos, ella llamó, dijo que quería matarla, la encarceló y le sacó los dientes, y no tenía a nadie a quien llamar— suspiró con risa. —Y mi estúpido hermano se subió a un avión, voló hasta allí y llegó a su casa con unas pinzas en la mano, solo. El español lo dejó entrar, porque lo conocía, entonces Domenico le sacó los dientes, lo ató y le tomó fotos embarazosas.

—¿Qué es lo que quieres decir?— Lo interrumpí.

—Cariño.— Se estaba riendo, suavizando mi rodilla. —¿Cómo podría explicártelo para que entiendas— Se preguntó por un momento y se podía ver como encontraba una solución con diversión. —Le metió la polla en la boca y tomó fotos que parecían que se la estaba chupando. Y luego anunció que, si lo iba a seguir o a perseguir, las colgaría por toda España. Luego tomó a Katja, la puso en un avión y la llevó a Sicilia. Me volví loco, pero no pude hacer nada después del hecho. Unos meses fueron tranquilos, el español no quería hacer negocios con nosotros, pero tampoco persiguió a Domenico. Y luego, en un verano, todo terminó. Estábamos en un banquete en París, los españoles también estaban allí.— Incluyó la cabeza y resopló entre risas, sacudiendo la cabeza con



# Este día

desaprobación. —Joder siempre será una puta, Domenico la descubrió cuando estaba follando con su ex en el baño. No llegó allí por casualidad, pero no importó, solo lo que ella estaba haciendo allí. Entonces Domenico se rompió en pedazos, se drogaba, bebía, follaba a todo lo que pasaba, como si eso le importara y como si se fuera a enterar de ello.

—¿No lo sabía?

—El español se la llevó consigo, y una semana después la encontraron muerta tras una sobredosis.— Suspiró en voz alta. — Como ves, Pequeña, la situación es bastante difícil y más compleja de lo que piensas.

—Quiero hablar con él.— Los ojos de Massimo se hicieron grandes, traicionando el horror. —Se lo explicaré.

—Vale, pero no me hagas desatarlo.

—¿Perdón?! ¿Lo ataste?— Sacudió su cabeza con una sonrisa lamentable. —Están todos enfermos.

—Vámos.

Le pedí a Massimo que se quedara arriba y no bajara conmigo. Estuvo de acuerdo, pero dijo que se quedaría arriba de todos modos para escuchar lo que estaba pasando.

Salí de detrás de la pared y miré la habitación devastada. Domenico estaba sentado en el centro, atado con sus brazos y piernas a una silla de metal con respaldo. Este espectáculo casi me desgarró el corazón; me acerqué a él y, arrodillándome ante él, sostuve su rostro en mis manos. Estaba tranquilo o simplemente agotado, levantó los ojos entre lágrimas y no pudo ahogar la palabra.

—Dios, Domenico, qué has hecho.— Susurré. —Si me escuchas, todo se aclarará, pero debes asimilar lo que te digo.



# Este día

—¡Ella me traicionó!— gruñó, y sus ojos se llenaron de ira. Me alejé.  
—¡Otra perra me traicionó!— gritaba, se tiraba de la silla y yo salté contra la pared por el horror. Trató de romper las ataduras que lo retenían, pero Massimo era un maestro de los cordones eficaces, lo sabía por experiencia propia.

—¡Joder, Domenico!— Grité cuando no sabía qué hacer. —Maldito egoísta, el hecho de que seas un idiota es una cosa, y el hecho de que no todos sean así es otra.— Me puse de pie y le agarré vigorosamente la cara con ambas manos. —Ahora escúchame durante cinco minutos y te desataré.

Me miró fijamente durante un rato y cuando pensé que podía empezar a hablar, otro poderoso rugido salió de su garganta. Haciendo una sacudida, dio vuelta la silla y volvió a ponerse de pie con él.

Black salió del escondite y recogió a su hermano, se acercó a uno de los armarios junto a la jaula, de donde sacó la cinta adhesiva negra. Cogió un trozo y antes, limpiando la cara húmeda del Joven con una toalla, le cerró la boca.

—Ahora te quedas en silencio, escucha, y luego todos almorzaremos— él encontró una bolsa de boxeo arrancada del techo y se sentó en ella.

Tomé una silla del lado de la pared y me senté frente al resignado Domenico, luego comencé a hablar.

Después de veinte minutos de monólogo y una historia sobre cómo Oli se sacrificó por él, cómo Adam lo planeó todo y cómo le envió un paquete en venganza, y luego cuando Massimo confirmó mi historia, le quité la cinta de la boca y Black le disolvió los brazos y las piernas. El cuerpo de Domenico cayó al suelo con un golpe, y él mismo se puso a llorar.

Don se acercó y levanto a su hermano, abrazándolo, fue la escena de reconciliación más conmovedora que he visto nunca. Sin embargo,

# Este día

decidí no participar en ella, porque cada segundo me sentía más y más como un intruso. Subí las escaleras y me senté en ellas para que no me vieran. Los dos estuvieron atrapados en un abrazo de hierro durante mucho tiempo y hablaban en un idioma que yo todavía no entendía.

—Vayamos por ella— dijo Domenico, parado frente a mí. —Necesito verla. Necesito verla.

—Primero tal vez deberías bañarte— dijo Massimo —y el médico vendará las heridas, porque por lo que veo, habrá que coser algunas.— Le dio una palmadita en la espalda. —El doctor ha estado esperando por una hora, pensé que una inyección calmante sería necesaria— añadió con risas.

—Lo siento— gimió Domenico, bajando la cabeza. —No me perdonará por eso.

—Ella te perdonará.— Subí las escaleras. —Ella vio cosas como esas en su vida.

282

Me paré frente a la puerta del cuarto de hotel de Oli y puse la llave en la puerta. Cuando estábamos conduciendo, decidí que hablaría con ella primero antes que con Domenico de manera efectiva o no se arrastrara delante de ella. Caminé a través del umbral y el pasillo hasta llegar a la sala de estar, pero no estaba en ninguna parte. Así que pasé por el salón y fui a la terraza donde la vi sentada con una botella de vodka en la mano.

—¿Estas bien?— Pregunté, sentada a su lado.

—Estoy hecha una mierda, como el vodka— respondió, sin siquiera mirarme.

—Vino aquí, está abajo.

—Déjalo, carajo— estaba gruñendo. —Quiero volver a Polonia.— Se volvió hacia mí, guardando el alcohol. —¿Sabes que me tiró un jarrón?

Me miró con ojos enojados, y sentí una estúpida risa. Antes de que pudiera parar, le dije en la cara.



# Este día

—Lo siento.— Estaba gimiendo, cubriéndome los labios, de donde venía la risa feroz.

Olga estaba sentada allí, desconcertada, y me miró con una clara molestia mientras yo intentaba calmarme.

—Lari, ¡él quería matarme!

—¿Pero con qué, un jarrón...?— Una vez más, no pude soportarlo y grazné como una loca, levantando las manos en un gesto de rendición. —Oli, lo siento, pero esto es ridículo.

Su cara se estaba desmoronando lentamente, y su rabia estaba dando paso a la consternación. Con una expresión tonta en su rostro, se unió a mí después de mucho tiempo de luchar consigo misma.

—Y no me hagas enojar— dijo entre risas. —El intento de asesinato con un jarrón sigue siendo un intento de asesinato.

—Destruyó el coche, devastó el gimnasio, el dormitorio y finalmente Massimo lo ató en el sótano.

—Y fue tan bueno en ello— cruce las manos en el pecho. —Debió dejarlo ahí.

Me volví hacia ella y puse mi mano sobre su mano.

—Olga, tenía derecho a tal reacción y ambas lo sabemos.— Me miró fijamente, entrecerrando ligeramente los ojos. —¿Sabes lo que parecía, qué se suponía que debía pensar?— La dejé ir y me levanté. —Creo que necesitas hablar.— Fui hacia la puerta. —Ahora.

Ya quería coger el teléfono y llamar a mi marido cuando ambos entraron en la habitación. Levanté mis manos y los dejé pasar cuando Olga estaba furiosamente golpeando la puerta desde la terraza, quedándose afuera. Antes de que pudiera empezar a gritarles a los dos, Massimo me agarró por el medio y me llevó al pasillo, haciendo espacio para su hermano. Domenico corrió por la habitación y se arrodilló a los pies de la ofendida Oli.

# Este día

—Dales un momento— dijo Don, besándome en la cabeza con una sonrisa.

Miré afuera y me quedé helada: Doménico, con su anillo extendido en las manos, se ofreció a mi amiga; sin embargo, yo gemí. Olga traicionó el horror, el ataque y la sorpresa total. Sus mejillas estaban escondidas en sus manos y todo su cuerpo estaba presionado en el asiento. Domenico habló y habló, y los siguientes segundos pasaron como horas.

Entonces ocurrió algo que no esperaba en absoluto: Oli se levantó, pasó por delante de nosotros sin decir una palabra y se fue. Dejé ir a Massimo y la seguí por el pasillo. Entramos en el ascensor y bajamos al nivel cero.

—Me voy, cariño— dijo con lágrimas en los ojos. —No todo es para mí, lo siento.

Le abrace y me puse a llorar. No podía presionar para que se quedara. Ella hizo algo contra sí misma varias veces, sólo por mí.

284

Subimos al auto y volvimos a la mansión donde ella empacó sus cosas. Después de una hora, Massimo se paró en la puerta de su habitación, anunciando que el avión estaba esperando y que la llevaría a Polonia.

En el camino, en el aeropuerto, junto al avión, me quedé sin aliento. No podía imaginar lo que pasaría ahora que estaba completamente sola.

Oli se marchó en el avión.





Después de dos días, será Nochebuena; me importa una mierda la Navidad sin familia, sin amigos, sin Olga. Domenico desapareció el día que ella se fue, y Massimo se comportó como si nada hubiera pasado. Trabajó, se reunió con algunas personas y me encontró todo tipo de tareas, siempre y cuando no pensara en lo que estaba pasando. Fui con María, escogiendo los adornos de la casa, probando los platos de Navidad con la cocinera. Incluso me envió a Palermo para hacer compras, pero sin Oli ni siquiera era feliz. Cada noche y día me hacía el amor como si me fuera a dar alivio en mi anhelo, pero desgraciadamente no fue así. Entonces me di cuenta de mi posición -estaba total, absoluta y desesperadamente sola. La gente normal, al casarse, sólo pierde su libertad sexual, mientras que yo perdí toda mi vida.

285

Llamé a mi amiga, pero me habló como un zombi o estaba borracha, traté de hablar con Jakub, pero él también tenía su propia vida. El único consuelo era el hecho de que el niño se estaba desarrollando adecuadamente y nada le afectaba. Sin embargo, el aparente idilio de mi ser no me daba felicidad, así que el día anterior a la Nochebuena sentí un deseo abrumador de estar sola.

—Massimo, voy a Messina por un día— dije cuando desayunamos juntos.

Black guardó los cubiertos y se volvió lentamente hacia mí. Por un momento parecía como si estuviera mirando a través de los puntos de pensamiento en mi cabeza.

—¿A qué hora quieres ir?— Preguntó, sin apartar la vista.

Soy una estúpida. Estaba enojada, satisfecha y confundida por su respuesta. Esperaba que hubiera peleas, preguntas o simplemente un cuídate, pero mi marido tomó nota de ello.

# Este día

—Ahora— estallé, levantándome de la mesa.

—Le pediré a María que te prepare la comida, no quiero que mi mujer vuelva a comer sólo pasteles y helados.

Entré en el *Bentley* mientras mi guardia de seguridad cargaba toneladas de comida en la camioneta. Los miré en el espejo de atrás, preguntándome quién se iba a comer todo esto.

Después de menos de una hora, me dirigí a la entrada de nuestra casa; unos hombres tristes descargaron todo, dejándolo en la cocina, y yo me acosté ocasionalmente en el sofá de la sala. Estaba mirando el techo, la chimenea, el árbol de Navidad, hasta que pensé que estaba tan frustrada que tenía que compartirlo con alguien. Saqué mi computadora portátil y le eché un vistazo, miré a mis amigos con los que podría querer hablar, y dolorosamente admití que no existía tal persona.

Y estaba a punto de dar un portazo al monitor cuando me vino a la mente otra persona con la que no podía hablar tanto como debería. Lancé el nombre de un guerrero de Varsovia en un buscador de Facebook. Apareció inmediatamente, mostrándome que éramos amigos. Estuve pensando por un momento, preguntándome qué tan milagrosamente era, pero al no poder meterme en nada, presioné el botón de mensaje. Golpeé mi dedo en la computadora, preguntándome qué escribir y por qué debería escribir en realidad en ella. ¿Fue una cuestión de mi malicia subconsciente hacia mi marido lo que me empujó a esta conversación, o tal vez sólo quería hablar con él? En un momento dado, mi dedo resbaló y una señal sin sentido apareció en el mensaje tal como fue enviado.

—Que se joda—Deletreé, golpeando mis manos en la computadora.

Unos segundos después, en el monitor de la computadora, apareció una información que Damián estaba llamando y la aplicación comenzó a hacer extraños sonidos chirriantes. En un momento de pánico empecé a mirar cómo apagarlo y... sobre mi destino, respondí.

—¿Estas bien?— Preguntó Damian, mirándome directamente.



# Este día

Estaba sentada tontamente, mirándolo y no tenía idea de qué decir. En realidad, debería preguntar si todo está bien.

A pesar de los moretones en su cara, se veía seductor y sus grandes labios eran aún más grandes que la hinchazón que tenían. Estaba acostado con su cabeza en una almohada blanca y me miraba de cerca.

—Laura, ¿estás bien?— Repitió cuando yo estaba en silencio.

—Oye, guerrero— me ahogué después de un tiempo. —¿Cómo te sientes?

Sonrió y se encogió de hombros, doblando un poco los labios.

—Si fuera una presa en una pelea, probablemente me sentiría mejor, pero en la situación actual— suspiró y apartó los ojos de la cámara.

—¿Quieres decirme qué pasó?

—No puedo decirte lo que pasó.— Miró directamente a la cámara y sujetó su boca en una línea delgada.

—Joder, Damian.— Estaba jodidamente molesta por su respuesta. —¿Cómo que no puedes? No puedes. Si mi marido te está asustando, quiero saberlo porque...

—¿Marido?— Me interrumpió —¿Massimo Torricelli es tu marido?

Estaba asintiendo con la cabeza, confirmando sus palabras, y se quedó inmóvil durante un rato.

—Chica, ¿en qué te has metido?— Estaba en lo alto y tenía la cabeza en sus manos. —Laura, ¿sabes que este hombre es...

—Sé exactamente lo que hace.— Esta vez fui yo quien lo interrumpió. —Y en serio, no necesito una lección de moral ahora, especialmente de ti. He oído que tampoco eres un santo. Además, ¿cuál es la diferencia? Me casé y estoy embarazada. Intenté decírtelo en esa gala en la que luchaste, pero de alguna manera no hubo oportunidad.

# Este día

Sus ojos se volvieron antinaturalmente grandes y redondos cuando me miró con la boca abierta. Pasaron los siguientes segundos y me preguntaba si debía decir algo, colgar o quizás golpearme la cabeza con el monitor. Finalmente, habló.

—¿Vas a tener un bebé?

Estaba sonriendo un poco, al escuchar esa pregunta.

—Joder, ahora está todo despejado.

Le di una mirada de interrogatorio.

—Si hubiera sabido todo esto, nunca hubiera actuado así, no soy un suicida.— Respondió a mi pregunta silenciosa.— Y por la forma en que estoy ahora, sólo puedo agradecerme a mí mismo.

Lo volví a mirar con los ojos bien abiertos, esperando una explicación.

—Verás, Laura, después de que bajé las escaleras, al cabo de un rato, la gente de Karlos apareció y me llamó para hablar con él. Fui allí y, sin tener ni idea de con quién había estallado en el pasillo unas docenas de minutos antes, volví a retar a mi oponente a un duelo en presencia de mi primo, pensando que no habíamos resuelto el asunto hasta el final. Karlos se enfadó tanto que llamó a Massimo, y aceptó con gusto mi propuesta de terminar lo que empezamos. Nos conocimos en la propiedad de mi primo, y como los chicos, nos fuimos a la calle— suspiró y retorció la cabeza. —Estaba resbaladizo, estaba nevando, resbalé muy mal y me caí, me torcí la pierna y me rompí el brazo, qué pena— salió a través de los dientes. —Tu marido se aprovechó de ello y me acorraló hasta el final, entregando mi vida por la que le estoy sinceramente agradecido desde el momento en que supe con quién tuve el placer de luchar. En circunstancias normales, simplemente me habría disparado.

Estaba sentada en el suave sofá, entendiendo cada vez más claramente el significado de las palabras de Don cuando dijo que no todo era como yo pensaba. En ese momento no sabía si estaba enfadada con uno u otro,



# Este día

o tal vez no tenía ninguna razón para estar enfadada. Fui liberada de mis pensamientos por la voz tranquila de mi ex.

—¿Y cómo te sientes?— Me lo preguntó con una preocupación exagerada.

—Genial, excepto por el hecho de que mi marido totalitario siempre está intentando matar a alguien por mi culpa.— Me reí al verlo reír.

—Ahora vivo en *Sicilia*, en *Taormina*, pero ahora tuve que tomarme un pequeño respiro en la otra casa.— Me encogí de hombros. —Estaba sentada aquí sola y quería hablar con alguien.

—¿Puedes mostrarme el lugar?— Preguntó, agitando sus manos detrás de su cabeza y sonriendo ampliamente.

Era tan bonito que no podía rechazarlo. Agarré el ordenador y lo giré para que la cámara cubriera la imagen delante de mí. Caminé por las siguientes habitaciones y pisos hasta que finalmente llegué al jardín, donde me senté en una de las enormes sillas blancas. Me puse gafas de sol en la nariz y abrí una botella de vino espumoso sin alcohol, que había sacado antes de la cocina.

—Y así es como vivo aquí. En realidad, sólo me escapo aquí, pero...

—¿Bebes alcohol?— estaba gruñendo cuando me puse la copa en la boca.

Me reí.

—Es vino sin alcohol, sabe igual, pero eso es todo. No hay otra acción.— Desafortunadamente. Si Massimo me hubiera visto beber, habría pasado el resto de mi embarazo en el sótano.

—¿No tienes suficiente de él?— Preguntó con incertidumbre. —¿No te gustaría volver a la normalidad, al campo?

Estuve pensando en su pregunta por un tiempo. Durante los últimos días fue algo en lo que pensé tranquilamente unas cuantas veces. Pero

# Este día

ahora, cuando alguien esperaba que yo diagnosticara lo que sentía y quería, las palabras estaban aprisionadas en mi garganta.

—Sabes, Damian, no es tan simple. Excepto que estoy casada con un hombre poderoso que no me dejará ir tan fácilmente, llevo su bebé. Y ningún tipo normal se decidirá a tener una relación con una mujer que tiene tanto equipaje.

—Un hombre normal puede o no puede, pero uno que se rompa el brazo por ella.— Después de esa frase hubo un silencio incómodo. —Sé que es un poco sorprendente, pero...

—Lo amo—lo interrumpí porque pensé que iba a decir mucho. —Estoy locamente enamorada de este hombre y ese es probablemente el mayor problema.— Me encogí de hombros y tomé otro sorbo. —Muy bien, querido, ahora hablemos de ti. O mejor dicho, lo que haces por Karlos.

Le apuñalé una mirada interrogadora, crucé mis manos en el pecho y esperé. Pasaron los segundos, y él sólo se retorció en la ropa de cama.

—Básicamente, ya no hago nada por él.— Se estaba retorciendo. —Ya sabes cómo es, yo era joven cuando me ofreció ser portero en uno de sus clubes. Yo entrené, era grande y estúpido, así que estuve de acuerdo. El dinero era bueno, el trabajo no era muy exigente. Más tarde resultó que yo era bastante inteligente, así que empecé a supervisar el trabajo de los demás. Y si no fuera por el contrato en España, probablemente habría conocido a Massimo desde un lado diferente al de ahora.

—Espera—levanté la mano.—Cuando estábamos juntos, tú eras...

—Fui, como dices, "*travieso*", sí.

—¿Cómo es que nunca me di cuenta de eso?

Se rió, golpeándose accidentalmente la cabeza con un yeso.





# Este día

—Ow— Frotó el lugar donde golpeó el material duro.—Laura, querida.— Empezó a reírse. —Bueno, no podría empezar con *"Hola, estoy en un círculo de criminales, pero soy un buen tipo por dentro"*.

—Espera un segundo— dije, cuando corrí al jardín, Rocco y Marco, mis guardaespaldas. Miraban a su alrededor con nerviosismo, y yo los miraba como un idiota, tomando otro sorbo. —No hables ahora— dije conspirando, girando el monitor para que la cámara pudiera ver mi consternación. —Mira por lo que tengo que pasar aquí— susurré y luego cambié con fluidez al inglés. —¿Qué pasa, caballeros? ¿Están perdidos?— Mi sarcasmo hizo reír a mi ex. Se calló rápidamente.

—Laura, las cámaras del jardín no están conectadas todavía. ¿Puedes volver a entrar?

Los miré con incredulidad y resoplé con desaprobación.

—¿Tiene a mi marido en la línea?— Pregunté, señalando el teléfono que tenía en la mano. El hombre asintió, mirando al suelo. —Así que dámelo, por favor.

—Massimo, no exageres— dije, antes de que pudiera hablar. —El día es excepcionalmente cálido, y necesito respirar. —Estaba deslumbrada. —Tu hijo quiere respirar, así que cancela a tus gorilas.

Todavía había silencio en el teléfono, hasta que finalmente se escuchó la voz tranquila de mi esposo en el teléfono:

—No saben si todo está bien, tal vez deberías dejar que Rocco se quede contigo.

Miré el monitor con una conversación oculta con mi ex y ya sabía que el gorila troglodita seguramente estaría interesado en la voz masculina que salía del ordenador.

—Cariño— empecé suavemente, esperando que una tonelada de eso funcionara. —Si quisiera tener compañía, habría elegido la tuya, así que

# Este día

por favor calma tu paranoia y déjame estar conmigo misma. Estoy bien, muy bien, voy a almorzar. Si quieres, puedo llamarte cada hora.

—Estoy a punto de empezar una reunión, que puede durar hasta esta noche.— Había silencio en el teléfono, y luego se podía oír un fuerte suspiro. —Tu seguridad mirará de vez en cuando para asegurarse de que estás bien.

Al oír eso, casi aplaudí con alegría.

—Te quiero— susurré cuando terminamos la conversación, encantada por su relativa flexibilidad.

—Yo también te quiero, hasta mañana. Ahora pásame, por favor, a Rocco.

Suspiré en un sueño y le di el teléfono al guardaespaldas, mientras le daba una sonrisa radiante. Me miró con tristeza y desapareció, lanzando algunas palabras al teléfono.

292

—Ya estoy aquí— dije, reabriendo la ventana de conversación. —Y aquí estoy.— Extendí los brazos y moví los hombros. —Control, control y más control.

Damián se rió y se movió la cabeza con incredulidad.

Otra hora, o tal vez dos, pasamos nuestros recuerdos y conversaciones sobre lugares, situaciones y amigos comunes. Me habló de su vida en España y de los lugares que visitó porque luchaba cada vez mejor y para organizaciones más grandes. Habló de las personas que conoció y de los entrenamientos en Tailandia, Brasil y Estados Unidos. Lo escuché como si estuviera hechizada, con el ánimo de alegrarme de haberle enviado un punto sin sentido por el destino. Por un lado, sentí mucha pena por la lesión que sufrió a causa mía, pero, por otro lado, pude volver a hablar con él.





# Este día

—Tengo que terminar— dijo cuando hubo algún ruido en su habitación. —Sebastián vino con un rodillo.— Le sonreí tiernamente. —Laura, ¿me prometes algo?— Preguntó tímidamente.

—Sabes que odio preguntas como esa sin saber qué incluirá una petición.

—Prométeme que hablarás conmigo de vez en cuando, me lo prohibieron.— Se inclinó y giró la cabeza con su dimisión. —Karlos me romperá el resto de mis huesos sanos si hablo contigo. O tu marido finalmente me disparará.

—Te quiero, guerrero, y puedo prometerte eso. Disfruta.

Damian besó la cámara de su ordenador y después de un rato estaba sola otra vez.

Me enfermé un poco por la bebida espumosa y recordé que no había comido nada desde esta mañana. Me fui a casa y durante unos quince minutos me quedé atrapada en la cocina, preparándome un buen almuerzo. Uno por uno, saqué todo afuera, hasta que después de media hora todo estaba listo. Me senté a la mesa, mordiendo una aceituna, y me hundí de nuevo en el abismo de Internet.

—Sra. Torricelli.— Salté a ese sonido, agarrando la mesa. —Lo siento, no quise asustarte.

Levanté los ojos, protegiéndolos del sol, y vi a un hombre parado frente a mí, que se apartó un poco del camino. Mi mandíbula cayó ligeramente cuando vi a un tipo sonriéndome. Era completamente calvo y tenía una cara casi cuadrada. Los fuertes arañazos se adornaban con una barba brillante de unos días, y los grandes labios complementaban el conjunto. Los ojos verdes se reían de mí cuando extendió su mano.

—Yo soy su jardinero, Nacho. ¿Cómo está usted?

—Un pequeño nombre italiano—dije algo que no tenía sentido, pero se me fundió en la cabeza.

# Este día

Extendí mi mano, que estaba un poco flácida, y estreché una fuerte mano de mi interlocutor.

—Soy español.— Levantó las cejas con aún más diversión, moviéndose casi completamente hacia las sombras, para que yo pudiese verle cuidadosamente.

Dios mío, me quejé en mi mente cuando vi que todo su cuerpo estaba cubierto de tatuajes de colores. Todos los dibujos eran como una camisa de manga larga. Comenzaron en las muñecas y terminaron donde iniciaba el cuello. Se podía ver que trabajaba mucho físicamente, porque su cuerpo delgado y musculoso no tenía grasa; no era enorme o de alguna manera musculoso, más bien delgado como un futbolista o un atleta. La camiseta de sus tirantes apenas cubría su pecho completamente afeitado, y sus vaqueros ligeros se deslizaban ligeramente de sus nalgas, revelando una ropa interior ligera. Si no fuera por el cinturón de herramientas, probablemente se habrían caído, mostrando el lugar más interesante. En un momento dado me di cuenta con ansiedad de que estaba babeando al ver a este chico guapo y mentalmente me pagué un tortazo chisporroteante en la cara.

294

—¿Tal vez tengas sed?— Pregunté, dándome vuelta con la lengua, e inmediatamente me quejé de nuevo sobre este intento de coqueteo. Sedienta, mi subconsciente golpeo mi cabeza, dándole vueltas con irritación. Tú también tienes sed, aunque no la tengas, pensé.

El hombre sacó un pañuelo oscuro de detrás de su cinturón y se limpió la cabeza con él antes de sentarse en la silla de al lado.

—Tengo sed, gracias— respondió, echándose agua.

Me sorprendió su apertura, porque la gente de la residencia era bastante reservada hacia mí.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado para mi marido?— Le pregunté, masticando una aceituna y empujando un plato de comida en su dirección.



# Este día

—Recientemente. Sólo me ocuparé de esta casa— dijo, alcanzando un trozo de melón. —Don deseaba soluciones específicas en el jardín. ¿Puedo discutirlo con él hoy?

—Lo dudo mucho.— Me encogí de hombros y resoplé mi resignación. —En primer lugar, trabaja hasta tarde, y, en segundo lugar, me escapé de él aquí.— Sarcásticamente hice un brindis con una copa de vino. —¿Una copa de champán sin alcohol?

Mi respuesta claramente complació al hombre, o eso creía. De todos modos, se relajó y miró su reloj, y luego tomó otra porción de melón.

—Bien, hablaré con él la próxima vez.— Se levantó como si hubiera empezado a buscar algo en la barra de herramientas. Sin apartar la vista de lo que estaba haciendo, preguntó: —¿Por qué bebes vino suave?

—Porque estoy embarazada— dije sin pensar.

El melón casi se le cayó de la boca, y su vista parecía un poco asustada. Sus manos, enterradas en su cinturón, se cayeron, sujetando antes la cremallera por el saco que tenía a su lado.

—¿Massimo Torricelli tendrá un bebé?

Su comportamiento era cada vez más extraño, y la curiosidad y la crueldad molestaban.

—Nacho, ¿y eso tiene relación con el jardín?

—Ninguna, Laura, pero es por ti. Y un poco por mí, mi hermana también está embarazada. Eso cambia mucho. Que tengas una buena tarde. —Me besó la mano y desapareció, mirando a la entrada de la mansión antes.

Después de unos segundos, Rocco apareció en la puerta de entrada y me miró, miró a su alrededor, asintió con la cabeza y entró.

Un tipo extraño este jardinero, pensé, yendo y respondiendo a los deseos de Navidad de mis amigos. Toma drogas desde el primer



# Este día

momento o las plantas que cultiva son algún tipo de droga. La gente normal no es tan feliz, y ciertamente no hablan de cosas a otras tanto como lo hace él.

296



BLANKA LIPÍŇSKA



La mañana de Nochebuena me desperté después de las once cuando el sol estaba asomándose en el dormitorio principal. Me reclamé a mí misma por no cerrar las persianas y, como castigo, me levanté de la cama sin saber que era tan tarde. Los italianos no celebraban la Nochebuena, sólo la Navidad, pero debido a mi cultura, Massimo decidió adaptarse.

Bajé las escaleras y vi una caja enorme sobre el mostrador de la cocina. Lo abrí y empecé a mirar con curiosidad. En la parte superior había un pequeño sobre rojo con una hoja dentro: *"El coche estará aquí para ti a las tres en punto."* Torcí la cabeza y continué examinando el contenido del paquete. *"Chanel"* - esta inscripción confirmó completamente lo que iba a encontrar en la parte inferior: un vestido de satén negro combinado con seda, y unas maravillosas agujas con una pequeña punta. Aplaudí, sacando todo y poniéndomelo. El escote era recto, mostrando los hombros totalmente, y las mangas anchas terminadas con un ribete apretado mantenían todo en su lugar. La parte superior no estaba cerrada con un dobladillo, yo diría más bien suelta, cortada en la cintura con un estrechamiento. Gracias a esto, las bragas se deslizaran sexualmente sobre las nalgas, no dando una opinión, sino mostrando todas las curvas; perfecto. Saqué el teléfono y marqué el número de la peluquería, haciendo una cita a las 13:00. Colgué mi vestido, desayuné y fui a ducharme.

297

Quince minutos antes de la hora, estaba lista y sorprendida al descubrir que el coche que se suponía que iba a venir por mí también estaba allí. Me subí a una limusina y saqué el teléfono. Quería llamar a mi madre y desearle lo mejor, pero no tenía ni idea de qué decirle. Para empezar, ¿disculparme o esperar que ella lo haga? Estaba mirando fijamente la pantalla, pero después de unos segundos lo metí en la pequeña bolsa de tela.

# Este día

El coche se detuvo en la entrada de la propiedad y vi a Massimo parado en la puerta y apoyado contra la pared. El día, aunque soleado, no fue tan caluroso como el de ayer, incluso diría que sólo hubo frío. El termómetro mostraba once grados a la sombra, así que me alegré de ver el coche de Massimo acercarse a él. Cuando abrió la puerta y me dio una mano para ayudarme a salir, curiosamente le eché de menos. Tenía la cara metida en el suéter negro que llevaba puesto y sentí que sonreía mientras me arreglaba el pelo y me besaba el cuello.

—Feliz Navidad, cariño— susurró, separándose de mí. —Vamos, o te enfriarás.

Levanté los ojos para mirarlo, y mis piernas estaban temblando; era tan hermoso. Suavemente y despacio puse mi mano en su pelo y lo atraje hacia mí, y nuestros labios se encontraron en un apasionado beso. Lo besé tan fuerte y con tanta avidez como si fuera nuestra última vez.

—Vamos a servir la cena.— Le mordí el labio y le agarré la entrepierna completamente alterada porque su polla sobresalía como un cañón. —Fóllame en Navidad, Don Torricelli.

Black gimió, y salió de mi abrazo con gran dificultad.

—Me encantaría, pero los invitados están esperando, vamos— dijo, arreglándose los pantalones en un sitio sensible y arrastrándome por el pasillo hasta la casa.

Voces, risas y sonidos de villancicos polacos se escuchaban desde el comedor principal, donde yo estuve presente un par de veces. Me sorprendió, pero me di cuenta de que, a pesar de los invitados italianos, mi marido quería expresar el ambiente de mis fiestas. Le apreté más la mano con ese pensamiento y lo miré con gratitud cuando se giró delante del umbral y me besó en la frente.

Lo primero que vi fue un árbol de Navidad gigante, y debajo de él había montañas de regalos. Luego miré la maravillosa mesa puesta con



# Este día

millones de velas y decoraciones. Cuando volví la cabeza hacia las voces que se habían callado, me quedé sin palabras.

—Feliz Navidad, cariño.— Massimo me abrazó con fuerza y me besó en la parte superior de la cabeza.

Le levanté los ojos con incredulidad, y luego miré a la gente que estaba allí, y luego unas cuantas veces más a Massimo, y las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Al ver esto, mamá se acercó a mí, sacándome los brazos de mi marido y abrazándome fuerte.

—Lo siento, hija.— Susurró.

No pude responder porque me estaba ahogando con mi propio llanto. Cuando mi padre se unió a este abrazo, se puso aún peor; pensé que no podía respirar por las lágrimas. Estábamos atascados así, y sentí todo mi elaborado maquillaje fluyendo por mi cara.

299

—Aparentemente, cuando las mujeres embarazadas lloran, el bebé nacerá llorando.— La voz de mi hermano me sacó de mi trance.

—Hola, pequeña— dijo, apartando ligeramente a mis padres y abrazándome con una mano libre, sosteniendo una copa de vino en la otra.

Eso fue demasiado para mí.

—Tal vez debemos ir al baño— dijo Olga, acercándose.

Asentía con la cabeza sin pensar, y todos se reían sinceramente, divertidos por mi asombro. Mientras pasaba al lado de mi marido, su mano suavemente acariciaba mi mano. Lo miré.

—Sorpresa— dijo, alegremente soltando mi mirada.

Me limpié los párpados, las mejillas, generalmente toda la cara, y me senté en el inodoro del baño mirando a mi amiga.



# Este día

—Me pregunto cómo hacer la pregunta y que no suene raro, pero, ¿qué hacen todos ustedes aquí?

—No sé ellos, pero creo que me secuestraron.— Ella empezó a reírse. —En serio, vino a buscarme a casa de mis padres, pidió, suplicó, lloró— ella suspiró. —Cuando le deje, buscó a mi padre y se marchó. Sabes, no fue difícil para él arrastrar a un profesor de inglés ordinario a su lado. Tuvo una perspectiva de mi bienestar para el resto de mi vida, su amor ilimitado por mí y sus impresionantes visitas a Sicilia.— Movié sus hombros. —Luego hizo algo aún peor: lo convenció de que conspirara para darme el golpe final.

—Jesús, ¿qué pasó? —Abrí bien los ojos.

—Alquiló un teatro.— La miré haciendo preguntas. —Alquiló un maldito teatro con un escenario.— Empezó a agitar sus manos, sacando el panorama de la habitación. —¡El teatro!— Gritó como si yo fuera sorda. —Lo bueno de esto fue, al menos, sin público. Papá me metió a hurtadillas allí, ¿y entonces? El coro y la orquesta.—Estaba asintiendo con la cabeza. —Sí, querida, docenas de personas tocando *Guns N'Roses/ This I Love*. Y en medio de todo este burdel él... tan hermoso, tan fuerte, tan elegante.— Sus ojos se iluminaron y suspiró. —Y empezó a cantar, y eso era otra cosa que no sabía de él. Maldición fue una actuación en la que no tuve la oportunidad de decir que no.— Ella extendió su mano con un hermoso anillo, lo marcó bajo mi nariz. —Dije que sí.

Estaba sentada, mirándola fijamente, un diamante girando, mi boca estaba abierta y me preguntaba cómo era posible que mis propuestas tuvieran lugar en el dormitorio. Siempre he soñado con propuestas espectaculares que se pongan de rodillas, y que me derriben, pero no las mías. Después de un tiempo, cuando me recuperé, la abracé.

—¿Y mencionó en todo este idílico y sangriento idiota que es de una familia mafiosa?

300



# Este día

—Sí, con eso es con lo que empezó.— Ella estalló en risa.

—También añadió que trató de matarme, demolió la casa y destrozó un coche que valía varios cientos de miles de dólares. Pero ya sabes, papá es flexible y no le importa la estupidez.— Se golpeó a sí misma en la cabeza.

—¿Qué quieres decir? Cree que tiene un yerno que es un ángel, un artista, un caballero italiano.

—Y básicamente no está equivocado.— Levanté mi trasero del asiento y extendí mi mano hacia ella. —Pero genial. Vamos.

Volvimos al comedor, donde toda mi familia estaba hablando en la mesa. Cuando entré, escuché a mi madre gemir y las lágrimas salieron de sus ojos otra vez. Me acerqué a ella y la volví a besar, pidiéndole que no se pusiera a llorar, porque seguiría sus pasos.

Se calmó, tomó el hombro de mi padre y se limpió los ojos con un pañuelo.

Massimo asintió con la cabeza al camarero y después de un rato empezó el servicio. Me sorprendió la forma en que combinó los platos de Nochebuena de mi país con detalles de Italia. A medida que más manjares aparecían en la mesa, el ambiente se relajaba. No sé si fue el resultado de otra botella de excelente vino, o si todos necesitábamos tiempo para acostumbrarnos a los demás.

En un momento dado, Jakub, papá y Don desaparecieron en la habitación adyacente, de donde empezó a oler a puros. Dios, qué película, después de la cena, tragos y un puro. Mamá fue secuestrada por Olga y yo le agarré el brazo a Domenico cuando intentó reunirse con mi marido.

—Hablemos— dije en serio, tirando de él hacia el gran sofá.

—Domenico, ¿estás seguro de lo que estás haciendo?— Pregunté, sentándome y plantándolo a mi lado.

# Este día

—Eres una hipócrita.— Su vista pegada a mí estaba muerta, y sus labios apretados en una delgada línea. —Te recuerdo que te casaste con mi hermano después de un mes, si no recuerdo mal.

—Después de un mes y medio,— estaba gruñendo, moviendo mi mirada hacia la alfombra. —No tuve elección, si no lo recuerdas, Massimo me secuestró.

—Pero no forzó la boda.— Me interrumpió.

—Y también estoy embarazada.— Lo miré burlonamente.

—Vale, bueno, el bebé puede haber sido culpa suya, pero Laura, mira... ¿Qué estoy esperando? Estoy enamorado de ella, quiero que esté conmigo, no pierdo nada, sólo puedo ganar. Siempre hay divorcios, y, además, siento que es ella.— Apretó los puños con fuerza, y sus ojos ardían de rabia. —Y, además, lo que hizo por mí demostró que siente lo mismo por mí.

302

Asentí con la cabeza, asintiendo en silencio lo que dijo. En realidad, probablemente fui la última persona que debió hacerlo moral en ese momento. Extendí mi mano, dándole una señal para que me abrazara.

—¡Oye, ese es mi prometido!— Escuché una voz y sentí que mi amiga me alejaba.

Oli se sentó en el regazo de Domenico y le dio un beso desvergonzado en los labios, sin preocuparse en absoluto por la presencia de mi madre.

—¿Por qué no están tus padres aquí?— Pregunté, mirándola.

—No podían dejar a la abuela, y ella no podía venir.— Ella movió sus brazos.

El resto de la noche pasó junto a la chimenea. Cantamos villancicos - cada uno de nosotros en polaco- creando una ligera confusión, y abrimos nuestros regalos. Oli consiguió un coche, uno rojo-un maravilloso *Alpha romeo spider descapotable*. Por supuesto, no fue sin una pizca de



# Este día

atención si este coche también será devastado en caso de un cortocircuito. Por lo cual le di a Olga un golpe fuerte en la cabeza.

No esperaba que los regalos de mi marido fueran baratos, pero cuando vi lo que recibieron mis padres, me sentí un poco abrumada. La piel de sable rusa, que mi madre sacó de la caja, detuvo el suministro de oxígeno a mi cerebro, y creo que él de ella también lo hizo. Papá, en cambio, se alegró al descubrir que tenía un velero aparcado en Masuria y casi lloró, porque siempre soñó con ello. Miré a Massimo con desaprobación y me golpeé en la cabeza.

—Estás exagerando, cariño.— Le susurré directamente al oído.

—Nadie espera tales regalos, sobre todo porque no tenemos forma de devolverte el favor.

Black sonrió ligeramente y me besó en la frente, apretándome contra él.

—Pequeña, pero ¿a quién debo dárselo? Además, no espero una recompensa. Abre tu regalo.— Me empujó ligeramente hacia el árbol de Navidad para encontrar lo que había preparado para mí.

Estaba cavando entre las ramas que se extendían, buscando algo para mí y, al no encontrar nada, me senté en el suelo, golpeando mi labio inferior. Massimo se puso de pie, divertido, y extendió la mano hacia la rama que estaba encima de mí, de la que colgaba un sobre negro. Me lo entregó, parado enfrente, y esperó. Me sorprendí y me aterroricé al mismo tiempo -odiaba los sobres que me daba porque me recordaban la noche en que dijo que me había secuestrado. Giré el papel entre mis dedos, mirando a mi marido, que probablemente había leído en mis ojos lo que yo estaba pensando, y giró la cabeza suavemente.

—Puedes abrirlo.— Había una suave sonrisa en sus labios. Arranqué el sobre y saqué los papeles de él. Empecé a leerlo, pero desafortunadamente estaba todo en italiano.

—¿Qué es?— Arrugué mis cejas, sin tener idea de lo que tengo.

# Este día

—Una compañía.— Se arrodilló y me cogió la mano. —Quería darte independencia mientras te dejaba hacer lo que te gustaba. Te haremos una marca de ropa. —Cuando dijo eso, estaba bloqueada. —Tendrás un *atelier* en *Taormina*, Emi te ayudará a elegir los diseñadores. Harás los arreglos...

No dejé que terminara arrojándome en sus brazos, lo que provocó que Don se cayera, y le di en un beso indecentemente largo. Sus manos encontraron mis nalgas sin ninguna vergüenza y empezaron a aplastarlas con firmeza. Ni siquiera el gruñido elocuente de mi madre sirvió de mucho. Era el mejor regalo que podía darme, y algo que no esperaba: trabajo.

—Te amo— susurré cuando finalmente succioné su boca.

—Lo sé.— Me agarró y me recogió, poniéndome a su lado.

Mis padres nos miraban y parecían estar felices. Agradecí a Dios por estar en calma y no ocurriera nada. Pero sabía que las festividades no duraban más de un día y que sabiendo mi felicidad, algo pasaría, pero preferí no pensar en ello. Me alegró que no tuvieran ni idea de que estaban en la residencia de un mafioso, custodiado por docenas de guardaespaldas, y que su yerno disparó a un hombre en la entrada unos meses antes.

—Yo también tengo un regalo.— Me alejé de él y me puse de pie para que todos me vieran. —Es difícil dar un regalo a alguien que tiene absolutamente todo— dije en dos idiomas y suavemente acaricié el fondo de mi estómago y los ojos de mi marido se volvieron gigantes y negros. —Te daré algo que realmente quieres... —Mi voz se quebró, así que respiré profundamente. —Te daré un hijo. —Massimo se quedó paralizado. —Es un niño, cariño, y sé que se suponía que no debíamos saberlo, pero...

304





# Este día

Los grandes hombros de Black me levantaron, y un chillido salió de mi boca cuando volaba sobre mi familia. Don sonrió amplia y triunfalmente mientras me bajaba, besándome.

—¡Te lo dije!— gritó, dando los cinco a Domenico. —Te dije que habría un sucesor, un *Luca Torricelli*.

Le di una mirada llena de rayos, pero no hizo nada al respecto, y siguió recibiendo felicitaciones. *Va a ser el sucesor, el mafioso, sobre mi cadáver*, pensé.

Cuando todos comenzaron a bostezar lentamente, mostrándose bulliciosos y cansados, decidí irme a dormir. Massimo prudentemente colocó a mis padres en el ala más alejada de nuestra habitación y de todos los puntos sensibles de la finca, lo que podría haber traicionado una cara diferente a la del Black que conocían.

—Cariño,— me volví hacia mi marido, acariciándolo en la mejilla cuando nos paramos en el vestidor para deshacernos de los trajes formales. —¿Cómo lo hiciste?— Me miró sorprendido, sonriendo ligeramente. —Mis padres.— Le expliqué cuando todavía no sabía lo que le estaba preguntando. —¿Cómo llegaron aquí?

Black me abrazó y se rió.

—¿Recuerdas el día en que arrestaron a Domenico, tenía que hacer algo? —Estaba asintiendo con la cabeza, confirmando. —Fue entonces cuando tuve una cita para hablar con tus padres. En cierto modo les expliqué toda la situación y les aseguré mis sentimientos e intenciones hacia ti. Me disculpé por toda la situación, cargando con la culpa, y le prometí a Clara una segunda boda.— Me acarició el pelo como si quisiera calmar mis pensamientos. —Por supuesto, les ahorré el conocimiento de lo que hago.

—Eres el mejor marido del mundo.— Mi lengua intentó deslizarse en su boca, desafortunadamente sin éxito.

# Este día

—Necesito hablar con Domenico— dijo Massimo, besándome en la frente. —Volveré antes de que termines tu ducha.

Me incliné ostentosamente porque esperaba que se uniera a mí, pero desafortunadamente mis esperanzas de satisfacer mi exuberante libido se disiparon. Don me besó de nuevo, esta vez en la mejilla, y desapareció por las escaleras. Me paré como un poste, levantándome en el suelo, y me enfurecí silenciosamente, sabiendo que esa furia ruidosa no me ayudaría de todos modos. Cuando la puerta de abajo se cerró, hice un rugido salvaje y me puse a patalear y me metí en la ducha.

Me tomé mi tiempo, tuve que afeitarme las piernas, que era lo que más odiaba en el mundo, y lavarme el pelo, que odiaba aún más. La cantidad de laca que mi peluquero aplicó hoy fue mortal y abrumadora. Decidí darles a mis extremos dañados una larga regeneración, por lo que pensé en otro tratamiento, bajo agua caliente. Casi una hora después, ya estaba limpia, perfumada y sin una sola pelusa en mi cuerpo.

306

Salí del baño envuelta en la gran bata negra de Massimo y el agua goteaba de mi pelo. Entré en el dormitorio y me paré en la parte superior de las escaleras que conducen a la sala de estar. Mi marido estaba tirando madera a la chimenea y bebiendo líquido ámbar de un vaso. A mi vista se dio la vuelta y puso su mano en el bolsillo, tomando otro sorbo. Estábamos atascados como si estuviéramos hechizados por nosotros mismos; sus largas piernas estaban ligeramente separadas, sus pies estaban descalzos y su camisa blanca estaba medio abierta.

Agarré el cinturón que sujetaba la bata y la desaté. Al ver esto, Massimo empezó a morderse el labio inferior rítmicamente y se enderezó un poco. La dejé caer al suelo y doblé la mitad del material oscuro, deslizándolo de mis hombros. Cuando se cayó al suelo, di el primer paso hacia mi marido. Se puso de pie con los ojos ligeramente entrecerrados, y casi vi que sus pantalones se hinchaban a su paso.

—Deja el vaso,— dije, parada en el último escalón.



# Este día

Black obedientemente, aunque sin prisa, cumplió con mi petición, inclinándose sobre el banco y colocando líquido ámbar en él. Cuando se enderezó, me paré a unos centímetros de él. Lentamente desabroché los botones, los gemelos y finalmente quité la camisa, acariciando su piel desnuda. Se puso de pie con la boca abierta mientras yo besaba cada cicatriz de sus hombros, pecho y vientre. Seguí los besos por su cuerpo hasta que me arrodillé a la altura de la cremallera. Tragó su saliva cuando comencé a desabrochar el cinturón y sus manos fueron hacia mi cara. Mirándolo a los ojos, luché primero con la hebilla y luego con la cremallera. Esta situación le excitó claramente, porque antes de que la cremallera se bloqueara al final, ya tenía delante de mis ojos su erección vibrante, que salió de sus pantalones. Las manos de Black se movieron suavemente hacia la parte posterior de mi cabeza y con un movimiento decisivo me empujó hacia su polla lista.

Se sorprendió mucho de mi resistencia, así que aflojó su agarre y le bajé los pantalones hasta el final.

307

—¿Por qué no tienes ropa interior?— Pregunté, fingiendo estar enfadada cuando me puse de rodillas.

Con indisimulada diversión, se encogió de hombros y, completamente desnudo, agarró el vaso que antes había guardado en su mano. Me di la vuelta y, guiado por sus ojos, me acerqué al sofá, luego me senté en él y abrí bien las piernas.

—Ven aquí— ordené, señalando con el dedo el suelo entre ambos.

La expresión de la cara de Massimo se convirtió en una pequeña sonrisa. Bebiendo hasta el final, mi marido cayó de rodillas ante mí. Lo agarré por el pelo, sujetándolo con fuerza con la mano, y antes de tirar de él en mi húmedo coño, lo busqué por un momento. Sus ojos ardían con fuego vivo, y sus labios secos se cerraban de vez en cuando. Estaba impaciente y lo castigué por tomar una ducha solitaria. Moví mi pulgar sobre su boca, poniendo mi dedo dentro. Suavemente sacó la cabeza, dándome una señal de que quería empezar, pero yo la ignoré.

# Este día

En un momento dado no pudo soportar la tortura y me agarró de los muslos y me tiró hacia abajo para que mi coño estuviera justo debajo de su barba. Esperando un ataque, me agarró del cuello y me clavó en el asiento. Su lengua se coló entre mis labios resbaladizos en un rápido movimiento y empezó a mimarme con avidez. Grité en voz alta, agarrando el sofá. La boca de Massimo estaba chupando mi clítoris hinchado, y pensé en venir antes de que él terminara. Separó los dedos y, al llegar al punto más sensible, vio cómo mi cuerpo se retorció con placer. Intenté mirarlo, pero esta vista me volvía loca, así que cerré los ojos y mordí la almohada de felpa. Añadió sus delgados dedos a la enérgica tortura, que me metió con un solo empujón. Los metía y los sacaba al ritmo de su hábil lengua. Gemí, me agité y me retorcí por debajo de él, ya que me hacía más y más. Entonces sentí el calor y los escalofríos que sacudían mi cuerpo. El orgasmo nació a tal velocidad que no podía recuperar el aliento cuando se acercaba. Exploté, apretándole los dedos, y él aceleró aún más. Cuando terminó uno, venía otro, y después del tercero, lo aparté, incapaz de soportar más placer.

308

Massimo me sacó un poco más del sofá, así que toqué el suelo con los pies, y me hizo estremecer. Entró casi completamente sin fricción, porque mi coño mojado por su saliva estaba muy lista para aceptar este grosor. Estaba medio consciente cuando frotó las caderas, primero haciendo que se movieran lentamente, y luego acelerando sistemáticamente. Con los dedos aún húmedos, me apretó el pezón, retorciéndolo y pellizcándolo.

—Quieres sentirlo más fuerte— exhaló y lo deslizó bajo mi trasero, y mi espalda se dobló en un arco. —Ahora está mejor— gritaba con placer y empezó a follarme tan fuerte que ni siquiera podía gritar.

Los humeantes restos de mis orgasmos comenzaron a romper de nuevo los despiadados golpes de sus caderas. Abrí los ojos y me encontré con la mirada loca de mi marido. A través de mi boca abierta y mis dientes apretados con fuerza; estaba en un estado de locura. Las gotas de sudor



# Este día

corrían por su pecho y apenas podía coger aire. Esta vista, su olor y lo que estaba haciendo me hizo incapaz de seguir resistiendo.

—Más duro.— Grité, golpeándolo en la cara al mismo tiempo, cuando todos los músculos de mi cuerpo se apretaron con una poderosa ola de placer que me inundó.

El golpe que le di le hizo hacer un poderoso rugido y salió, explotando justo detrás de mí. Sus caderas no disminuían la velocidad, y gritaba y temblaba, y luego cayó sobre mí completamente exhausto.

Estábamos acostados sin aliento, tratando de recuperar la respiración. El pecho sudoroso de Massimo se agitaba de arriba hacia abajo mientras yo le agarraba el pelo con mis manos temblorosas. Besé suavemente la barba cuidadosamente arreglada en su cara, moviendo su boca sobre una superficie áspera. Miré su piel completamente lisa y perfecta, era impecable.

—¿Por qué no tienes ningún tatuaje?— Pregunté, acostada en mis antepasados.

—No me gustan los tatuajes, ¿por qué lo haría y le haría daño a mi cuerpo?— Se dio la vuelta y me miró. —Además, soy bastante conservador al respecto, para mí los tatuajes son el dominio de los prisioneros, y no quiero que nada se asocie con un lugar así.

—¿Entonces por qué contrataste a un jardinero en tu nueva casa, todo cubierto? Pensé que...

—¿Jardinero?— Massimo me interrumpió, y la alegría desapareció de su mirada.

Abrí bien los ojos, sorprendida por su reacción, y arrugué ligeramente las cejas, preguntándome qué quería decir.

—Nacho, nuestro jardinero rapado y tatuado de España, quería verte ayer por el jardín.



# Este día

Black cogió aire profundo y tragó su saliva a todo volumen. Se sentó, tirando de mí.

—Cariño, ¿puedes decirme exactamente de qué estás hablando?— se atragantó con mucha calma, aunque lo vi temblar de rabia por dentro. Esa vista me asustó. Me levanté, sacando su mano, que estaba apoyada en mis hombros, y molesta, empecé a dar vueltas a su alrededor.

—¿Por qué no me dices primero lo que quieres decir?

Se quedó en silencio durante un rato, manteniendo sus ojos en mí, y su labio inferior estaba atascado en el agarre de sus dientes.

—Aún no he contratado a un jardinero— respondió en un tono serio, levantándose. —Y ahora, Laura, despacio y con detalle, quiero escuchar toda la historia de este "jardinero".

Estaba doblando las piernas debajo de mí cuando escuché lo que dijo. ¿Cómo que no hay jardinero? Pensé. Después de todo, hablé con él, era agradable, guapo y un poco raro, pero no me amenazó.

310

Me senté en el sofá mientras Massimo estaba arrodillado a mi lado, escuchando un relato corto sobre un hombre calvo. Cuando terminé, agarró el teléfono y cuando la persona del otro lado contestó, le habló unos minutos en italiano, mirándome de vez en cuando. Cuando terminó, arrojó el teléfono contra la pared con tal poder que se hizo pedazos.

—¡Mierda!— gritó en inglés, arrastrando la sílaba, y yo me acurruque en el sofá, viendo su rabia. Después de un rato, cuando su ira lo quemaba por dentro con una llama casi visible, me levanté y me acerqué a él.

—Massimo, ¿qué pasa?— Apoyé mis manos en sus hombros agitándose de arriba a abajo. Estaba en silencio. No habló ni por un momento como si quisiera digerir lo que escuchó y pensó en cómo decírmelo.

—Era Marcelo "Nacho" Matos, un miembro de la familia de la *mafia española*, y...— se atascó, y supe que lo que estaba a punto de escuchar



# Este día

no me gustaría. —Laura, querida.— Black se volvió hacia mí, agarrándome la cara con sus manos. —El hombre que conociste es un ejecutor.

—¿Qué quieres decir con "ejecutor"?

—Un asesino.— Su mandíbula empezó a apretarse rítmicamente.

—No sé por qué apareció ante ti y estas...— Salió y me dio escalofríos.

—¿Estoy viva?— Suspiro. —Eso es lo que querías decir, Massimo. Que te sorprende que esté viva.

Todo el maldito ambiente era tan grande que sentí que Don explotaría de rabia en un segundo. Pasó por delante de mí sin decir una palabra y se fue a mi vestidor para volver vestido con un chándal en un minuto. Estaba sentada en el sofá enrollada bajo una manta y mirando el fuego. Se detuvo, me miró y se sentó, poniendo mi cuerpo envuelto en tela sobre sus rodillas. Me acurruque en su pecho; sus manos estaban fuertemente envueltas alrededor de mí, dándome una sensación de seguridad.

—¿Por qué quería matarme?— Pregunté, apretando los ojos.

—Si quisiera, ya estarías muerta, así que sospecho que quería algo completamente diferente.— Sus manos me apretaron tan fuerte que gemí de dolor. —Lo siento.— Susurró, aflojando su agarre. —Hace unos meses tuve cierta tensión con su gente. —De repente se quedó en silencio, como si estuviera pensando en algo. —Laura, no irás a ningún lado sola, lo digo en serio. —Sus ojos helados, mirándome, me asustaron. —Tendrás doble protección y no hay duda de que irás a Messina sola.— Interrumpió de nuevo.—Y sería mejor si te enviara a algún lugar...

—¡Debes estar loco!— Grité indignada. —Tu gente no puede vigilarme. Nunca me pasó nada cuando estaba contigo, y cuando me dejas con ellos, siempre pasa algo.— Quería salir de sus brazos, pero no

# Este día

me dejó ir, así que me rendí. —Massimo, no quiero ir a ninguna parte.— Las lágrimas fluyeron en mis ojos. —¿Y mis padres?

Black jaló el aire con fuerza.

—Mañana iremos todos a un crucero por el Titán, y después de Navidad, cuando regresen, tendrán protección de Karlos, prometo cuidarlos.— Su tono serio me aseguró que sabía lo que estaba haciendo. —Están a salvo, nadie te está persiguiendo. Todo lo que los españoles quieren es herirme, y la única manera de hacerlo es a través de ti.— Me giró la cabeza para que nuestros ojos casi se tocaran. —Y te garantizo que me desharé de todo lo que tengo y sacrificaré mi vida antes de dejar que un pelo de tu cabeza caiga o de mi hijo.

Después de calmarme, desapareció cuando Domenico llamó a la puerta, informándole de algo. Me acosté y pasé la noche luchando contra las pesadillas con el sexy español como protagonista. No podía entender cómo este hombre feliz que conocí mientras estaba sentada en el jardín podía ser un asesino a sueldo. Sus ojos alegres eran tan contrarios a lo que decía Massimo. Repase toda la reunión, lo que hizo y dijo, pero no me vino ninguna conclusión a la mente. Como una película feroz, la pregunta de por qué no me mató fluía por mi mente perversa, después de todo, podía hacerlo fácilmente al menos unas cuantas veces durante nuestra conversación. Por qué me dejó verlo, presentarse; o tal vez pensó que todo me parecía tan irrelevante que no se lo mencionaría a mi esposo. O quería matarme y me hubiera matado, pero algo se lo impidió, tal vez el remordimiento, o tal vez simplemente le gustaba. Cansada de pensar y despertando constantemente con la convicción de que escuchaba algo, finalmente me dormí.

La mañana de Navidad, me desperté sola en la cama como de costumbre. La cama del lado de Massimo estaba intacta, lo que sólo podía significar que no durmió esa noche o que no quería dormir conmigo.



# Este día

Cuando terminé de prepararme para el desayuno y bajé las escaleras, la puerta se abrió y mi cansado marido se quedó allí. Me congelé sin decir una palabra en el penúltimo paso y lo miré fijamente.

—Tuve que planear la seguridad y revisar el área de la finca— balbuceó.

—¿Personalmente?

—Cuando se trata de tu seguridad, hago todo personalmente.— Pasó a mi lado y subió las escaleras. —Dame media hora y me uniré a ti.

Bajé al comedor y vi a un grupo de invitados sentados a la mesa. Todos estaban contentos y hablaron animadamente en al menos tres idiomas. Cuando se fijaron en mí, toda su atención se centró en mí. Mamá casi me alimentó a la fuerza con todo lo que había en la mesa, y papá habló de cuando mamá estaba embarazada de mí por septuagésima vez. Una vez más, escuché la historia de cómo quería chocolate en medio de la noche, lo cual no era muy fácil de pedir durante las largas colas y las fiestas. Papá se paró de cabeza para conseguirle unos dulces que ella quería por encima de todo, y cuando ella dio su primer mordisco, vomitó, diciéndole que no era lo que ella quería. Toda la historia estaba en polaco, así que Oli se acurrucó del brazo de su futuro esposo y le susurraba para explicarle toda la situación.

—Laura, ¿puedo hablar contigo?— Mi madre preguntó, de pie en el lado opuesto de la habitación.

Me levanté y me dirigí hacia ella mientras ella miraba por la ventana junto a la salida de la terraza, con un cigarrillo en la mano.

—¿Quiénes son estas personas?— Señaló con el dedo a los dos guardaespaldas que estaban junto a la entrada de la playa, y luego a los siguientes que tenía a la vista.

—Los guardias— conteste sin mirarla.

—¿Por qué hay tantos?

# Este día

—Siempre hay tantos de ellos.— Mentí sin balbucear, con miedo de mirarla. —Massimo tiene una manía de persecución. Además, la zona de la finca es enorme, por lo que no hay tantos.— Le acaricié la espalda y casi corrí hacia la mesa, temiendo más preguntas.

Jesucristo, pensé, al sentarme, estaría acabada por estos dos días con el temor de que se dieran cuenta de la situación.

Me preguntaba por qué Black los trajo aquí. También podría haber planeado vacaciones en Polonia, salvando mis nervios. En el fondo, recé para que bajara a nosotros, y lo mejor de todo es que todos nos subiéramos a Titán y navegáramos lejos de aquí. Aunque el clima no nos estaba mimando mucho, prefería congelarme en un yate antes que ponerme paranoica en casa. Sin embargo, no tenía derecho a quejarme, porque cuando estaba nevando en Polonia y estaba en el lado negativo, aquí el cielo sin nubes y los quince grados a la sombra parecían ser un cambio agradable.

314

—Querida— dijo Massimo, entrando en el comedor. —Me gustaría anunciar algo.

Casi golpeo la mesa con la frente, sintiéndome aliviada de que, en primer lugar, él ya estaba aquí, y, en segundo lugar, se los llevará a todos de aquí. Empecé a traducir del inglés al polaco con entusiasmo para que mis padres lo entendieran.

—Esta noche iremos a Palermo para la Nochebuena.

—Joder.— Me quejé, esta vez apoyándome en la parte superior de la mesa.

Mi madre casi rompió la silla, pero mi padre le agarró el hombro un poco, y la puso derecha. Confundida, me volví hacia mi marido y con una bonita sonrisa artificial me pegué a su oreja.

—¿Íbamos a ir a un crucero?

—Los planes han cambiado.— Me besó en la punta de la nariz.



# Este día

Dios, cómo desee en este momento que mi vida fuera ordenada y normal, estándar y sobre todo aburrida. Me gustaría sentarme en casa en el sofá, comiendo todo el día y bebiendo vino. Me gustaría ver a Kevin solo en casa y no disfrutar de nada.

—¿De qué se trata, cariño?— La voz nerviosa de mi madre me estaba volando los oídos. —No tengo nada que ponerme. Además, es bastante inesperado.

—Bienvenida a mi mundo.— Abrí mis manos con una sonrisa irónica en mi cara.

Massimo sintió el nerviosismo de mi madre, lo que no me sorprendió, porque para no sentirlo, tendría que ser sordo, ciego y estar de pie en algún lugar cerca del muelle. Cambiando suavemente a ruso, se volvió hacia ella, dándole una sonrisa, que vi por primera vez. Clara Biel le dio las gracias, agitando sus pestañas, y me pregunté qué tipo de masilla estaba presionando sobre ella. Después de unos momentos, estaba sentada toda radiante, acariciando a mi padre completamente desinteresado sobre su hombro.

—Ya estaba hecho— susurró Massimo, apretando su mano contra mi muslo. —Vamos.

Se levantó del lugar, lo que sorprendió a todos los reunidos, y me arrastró con él.

—¡Regresaremos enseguida!— Grité con una sonrisa, desapareciendo en el pasillo.

Arrastrada por la habitación de al lado, ni siquiera pude preguntar qué estaba pasando. Al pasar por la puerta de al lado, nos encontramos en la biblioteca, Black la cerró de golpe y se aferró a mí con un beso apasionado. Sus labios, sus dientes y su lengua vagaban alrededor de mi cara, obteniendo con avidez cada pedazo de ella.

—Necesito adrenalina— estaba agotado. —Porque la cocaína no es una opción.

# Este día

Sus manos se colaron bajo el vestido no muy largo y me agarró las nalgas, levantándome. Caminó por la habitación y me puso cerca de su escritorio, apoyándose en él. Confundida, lo miré, sintiendo que mi corazón latía de emoción. Las manos de Massimo desabrocharon su cinturón y luego su cremallera. Con los pulgares detrás del cinturón de su pantalón y la banda elástica de sus calzones, movió los pulgares hacia el suelo en un solo movimiento, liberando su polla pegajosa.

—Arrodíllate— estaba gruñendo, apoyando sus manos en el borde de su escritorio. —¡Chupa!— ordenó cuando mis rodillas tocaron el suelo.

Sorprendida y un poco confundida, levanté los ojos y lo miré, encontrando una mirada casi negra, abrumada por un deseo salvaje. Lentamente le agarré los pies y me acerqué sin prisa a sus labios. Los labios de Black se doblaron, captando cada vez más rápido las ráfagas de aire, y un silencioso gemido salió de su interior. Moví mi mano de la raíz a la punta sin quitar los ojos de la cara de mi marido.

316

—¿Cómo lo hago, Don Torricelli?— Pregunté seductoramente ignorando completamente.

—Rápida y firmemente.—La cara de Massimo mostraba gotas de sudor, y sus piernas temblaban ligeramente.

Reuní saliva en mi boca y la escupí en su polla cada vez más dura, asegurándome de que se resbalara. Un rugido salió de su garganta, y una de sus manos fue a la parte posterior de mi cabeza, obligándome a tomar su erección oscilante en mi boca; yo esperaba eso. Abrí la boca y tomé todo el largo, y él recompensó con otra mano en mi cabeza. Sus caderas salieron al encuentro de mis movimientos y después de un tiempo no era yo quien lo chupaba, sino que era él quien me follaba la boca. Gemía en voz alta y murmuraba algo en italiano mientras yo lo llevaba cada vez más rápido, metiéndole cada vez más profundamente en la garganta la parte favorita de mi marido. Las manos que no necesitaba estaban vagando alrededor de sus nalgas, y mis uñas estaban profundamente pegadas a su suave piel. Le encantaba, quería no sólo dar sensaciones



# Este día

fuertes, sino también recibirlas a cambio. El dolor era parte de nuestra vida erótica, pero nos estimulaba a ambos de la misma manera, así que ninguno de nosotros se resistió. Sentí su pene saliendo de mi garganta mientras le clavaba los dientes en su vientre. Empecé a ahogarme y a asfixiarme, quería retroceder, pero me sujetó más fuerte. Las lágrimas entraron en mis ojos y mi aliento se atascó en mi garganta. Clavé mis uñas aún más fuerte en la piel de Black y luego sentí el líquido caliente inundando mi boca. Sus manos se detuvieron, pero su polla seguía atascada en lo más profundo de mi ser. Intenté tragar cada gota, pero apenas podía respirar. Luego me empujó un poco y comenzó a mover sus caderas lentamente, dándome la oportunidad de respirar. Terminó y apoyó sus manos contra el borde de su escritorio. Tenía prisa por sacarme el pene todavía duro de la boca y limpiarme la mejilla mojada por las lágrimas. Lo agarré con la mano derecha y, mirándolo lascivamente a los ojos de Massimo, lo lamí hasta que quedó completamente limpio.

317

El pulgar de Black estaba acariciando mi mejilla cuando le subí sus calzoncillos y luego sus pantalones. Le abroché la cremallera y el cinturón y me puse delante de él, alisando la camisa, que empujé dentro.

—¿Mejor?— Pregunté, levantando ligeramente las cejas y limpiando la tinta que se me había corrido.

—Mejor— susurró, besándome en la frente.

A Don no le gustaba el sabor del esperma, que parecía bastante obvio, pero a mí me gustaba desafiarlo y empujar algunos límites. Mientras sus labios se alejaban de mí, le agarré la cara con las manos y le metí brutalmente la lengua entre sus labios. El cuerpo de Massimo se puso rígido, pero no me alejó. Se puso de pie y esperó a que yo terminara mientras yo trataba de darle todo el gusto posible.

—Eso es por mi maquillaje borroso— resoplé, besándolo unas cuantas veces en los labios, lo que formó una sonrisa.

# Este día

Nos arreglamos un poco y pasamos el resto de la mañana hablando tranquilamente, caminando por la finca y recordando -especialmente, por desgracia, mi infancia. Mis padres no dejaron de contarnos cómo me gustaba comer arena cuando tenía unos cuantos años. A lo que Black respondió que tenía una caja de arena y me ofreció un almuerzo que consistía en un sabroso montón.

Durante una corta caminata, mi madre no podía entender por qué cuatro personas me seguían a cada paso del camino, pero decidí ignorar su curiosidad, temiendo que yo dijera demasiado. Si no hubiera sido por el aumento de la seguridad, me habría olvidado de la reunión con el jardinero y del peligro que mi marido pensaba que acechaba en cada esquina. Sin embargo, estaba convencida de que el asesino español no me amenazaba mucho. La forma en que me miraba no indicaba ningún deseo de hacerme daño, así que excepcionalmente esta vez no compartí la paranoia de Massimo.


318





Eran cerca de las 3 p.m. cuando tres peluqueros y maquillistas llegaron a la propiedad. Papá y Black se tomaron un descanso, aliviados de la siesta, y mi mamá, Oli y yo fuimos a organizarnos un poco entre nosotras. Mientras me peinaban, me enteré de lo que mi marido le explicaba a mi padre con una sonrisa tan radiante. Resultó que él estaba hablando de los vestuarios que estaban esperando a que eligiera, los cuales estaban colgados en el vestidor de su habitación. Al escuchar esto, llegué a la conclusión de que o bien mi hombre me había mentado o bien su poder era omnipotente, incluyendo la brujería y la predicción del futuro.

319

 Se suponía que iba a ser un crucero en barco, y ahora un baile - aparentemente inesperado- y Black estaba preparado para cualquier eventualidad. Extraño. Cuanto más lo pensaba, más lógico era que el viaje a Titán desde el principio fuera una tontería para calmarme anoche. No quería enfadarme con él porque íbamos a hacer una fiesta, conmigo como protagonista en el papel principal, así que decidí no meter la pata.

Cuando entré al armario, Massimo estaba de pie frente al espejo, atando su pajarita. Me detuve en el marco de la puerta vestida con solo una suave bata, mirando este divino espectáculo. Llevaba pantalones de esmoquin grises y una camisa blanca, su pelo estaba cuidadosamente peinado hacia atrás y con apariencia suave. Parecía un verdadero mafioso siciliano. Terminó la actividad que estaba haciendo en concentración, y antes de que sus manos descansaran libremente a lo largo de su cuerpo, me echó una mirada oscura. Sus ojos miraron mi reflejo y sus dientes mordieron lentamente el labio inferior. Se dio la vuelta y sacó su chaqueta de la percha, que se puso y abrochó con fuerza.

# Este día

Estaba corrigiendo sus gemelos, parpadeando con ojos tranquilos, en los cuales había una sorpresa al acecho.

—Elegí un vestido para ti— dijo, parado a pocos centímetros de mí.

Se estaba metiendo su olor abrumador en mis fosas nasales, de las cuales estaba mareada, y estaba planeando salir de la fiesta y quedarme en la cama con él por el resto de mi vida.

—¿No puedo ir así?— Agarré el cinturón de mi bata y lo aflojé, dejándola deslizar hasta el suelo. La mandíbula de Black se apretó, y sus pupilas se inundaron cuando vio su encaje rojo favorito en mi cuerpo.

—Tengo una propuesta para ti.— Toque un botón de su chaqueta y lo desabroché. —Me pones en lo alto del lavabo y me lames.— Se la quité de los hombros y la puse en el respaldo del sillón, viendo cómo sus labios se ensanchaban cada vez más. —Cuando llegue allí, me darás la espalda y mirarás mi reflejo en el espejo y entrarás...— Metí la mano en el cinturón y luego me agarró las manos.

320

—¿Dónde?— Esa pregunta fue como cortar una espada. —¿Dónde entrare?

—En mi trasero— susurré, pasando mi lengua por su barba, sus labios y entrando en su boca.

Black gruñó y me agarró las manos, besándome con locura. Sentí que los dedos de sus manos entraban en mí, frotando la humedad en el interior y en un clítoris hinchado.

—No puedo.— Esas palabras fueron como un golpe de puño al diafragma. Mi marido se alejó de mí y, al pasar, me acarició las nalgas desnudas. —No necesitarás esa ropa interior. Vístete, porque tenemos media hora.— dijo, lamiendo sus dedos.



# Este día

Sabía lo que hacía. No era la primera vez que su crueldad hacia mí era casi tangible. Mantuve mis manos en puño y por un momento estaba gritando todas las vulgaridades que conocía en mi cabeza, luego respiré profundamente y me dirigí hacia el vestidor preparada.

Desabroché la cremallera del material con el logo de la marca polaca La Mania y me dejó sin aliento. El vestido brillante, casi blanco, con aplicaciones de plata parecía hecho de una telaraña. Delicado, aireado y extremadamente sexy. Fuertemente recortado a los lados del pecho, sujetado en el cuello y completamente con la espalda descubierta. En algunos lugares era transparente, en otros estaba compuesto de algo así como flores de color gris plateado. Delgado en la parte superior y fuertemente extendido en la parte inferior, mire la creación desde una percha. Al verla, comprendí lo que Massimo quiso decir cuando dijo que no necesitaría la ropa interior. Se excluyó el sostén y la tanga tenía que ser carnosa y microscópica. Cuando lo saqué del colgador, descubrí otra cubierta que resultó tener una capa gris plateada. *Tom Ford* introdujo esta tendencia en su colección 2012, pero en ese entonces ni siquiera se me pasó por la cabeza que llevaría algo igual de impresionante.

321

—Los coches están esperando—, dijo Black, entrando en el vestuario veinte minutos después. —Mi reina— añadió, mirándome cuando estaba de pie vestida con un traje cautivador. Me tomó la mano y la beso, mirando mi silueta con ojos encantadores.

En realidad, me veía impresionante. El corto y refrescante bob de mi cabeza estaba perfectamente moldeado, el maquillaje gris ahumado combinaba perfectamente con los elementos más oscuros del conjunto, y las puntas cortas de los zapatos de *Manolo Blahnik* complementaban el conjunto. Tomé un pequeño bolso de *Valentino* y me volví despreocupadamente hacia mi marido.

—¿Nos vamos?— Lo desafié con esta actitud ambivalente.

# Este día

Mi hermoso hombre se paró con una sonrisa de oreja a oreja, mostrándome una serie de dientes blancos iguales. Ni siquiera dijo una palabra, pero agarró la mano que sostenía con más firmeza y me tiró hacia las escaleras.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar allí?— Pregunté cuándo nos dirigíamos a la salida.

—Vamos al aeropuerto y el vuelo nos llevará literalmente unos minutos.

Al sonar la palabra "vuelo" le apreté la mano con más fuerza, pero me acaricio con el pulgar en la parte superior de la mano y supe que tendría su atención a pesar de la presencia de mis familiares.

En un enorme pasillo frente a la puerta de salida me encontré con el resto del alegre equipo, cuyo estado de ánimo mejoró adicionalmente por el alcohol. Los cinco se veían increíbles. Los caballeros de esmoquin negro parecían estrellas de cine, mientras que mi atención se centraba más en Olga. No es la primera vez que ella apuesta por el estilo de puta; tal vez fue Domenico quien eligió su traje? El vestido negro, apretado, largo, sin hombros, enfatizaba las formas redondas y el pequeño bolero peludo cubría los hombros delgados.

—Ahí estás por fin.— La voz de mi madre me atravesó como una daga. Me di la vuelta para mirarla.

Mi mandíbula casi se cae cuando ella se paró frente a mí con un vestido descubierto en un hombro. Me quedé mirando un rato y luego recordé que era mi esposo quien le había dado este regalo, y lo miré, esta vez mostrando una ligera desaprobación. Black, por otro lado, movía sus hombros alegremente y mostraba a todos el camino a los coches.



# Este día

—Cuando tus padres están con nosotros, tengo la impresión de que estamos de vuelta en la escuela secundaria—, susurró Olga cuando nos bajamos de los coches bajo el histórico hotel de Palermo. —Tengo que ser tan correcta, tan agradable y culta, porque todo el mundo en la tierra entiende la maldita palabra fuck! Por lo que sé, volarán a Polonia mañana.— Me reí, con la mano en la boca.

Estaba harta de esta atmósfera tensa y del constante temor de que ocurra algo que encienda su lámpara de seguridad y adivinen quién es Massimo.

—Por cierto, olvidé preguntarte—. Ella bajo la voz. —¿Por qué de repente hay tanta seguridad en casa? Domenico no me dirá nada.

—Oh, porque...— Empecé y luego Black me agarró la mano.

—¿Lista?— Señaló con la cabeza a los fotógrafos que se encontraban en la entrada y a una multitud de personas que se acumulaban por ahí.

323

Jesucristo, nunca voy a estar lista para esto, y mucho menos sentirme libre. Sostuve mi mano en el hombro de mi esposo, y él puso su mano en la mía, y entonces los gritos se extendieron. Los fotógrafos se empujaban entre ellos hacia adelante para tomar la mejor foto posible. Massimo se quedó quieto, con una máscara de indiferencia, e intenté abrir los ojos cuando millones de flashes parpadeaban, cegándome.

—¡Señora Torricelli!— El grito continuó.

Así que levanté mi cabeza en alto y le di a todos la más radiante de las sonrisas que tenía en mi cara y expresiones artificiales. Después de un rato, Don asintió con la mano y entramos tranquilamente.

—Estás mejorando en ello.— Black me besó en la mano y me llevó por el pasillo hasta el salón de baile.

# Este día

Cuando nos sentamos a la mesa, me alegré de que esta vez no hubiera extraños con nosotros, aunque sabía que finalmente vendrían unos tristes caballeros. Estaba mirando los alrededores monumentales. El techo a la altura del tercer piso estaba ricamente decorado, y las columnas que soportaban el techo terminado con arcos tallados recogían el discurso. Las velas se encendían por todas partes, había hermosos árboles de Navidad gigantes y decoraciones festivas. Había plata en las mesas y los bufetes, de los cuales había por lo menos una docena más o menos, dedicados a las delicias internacionales. Los camareros con batas blancas servían bocadillos, y una vez más me pregunté qué estaba haciendo aquí. Probablemente fue algo diferente en la cabeza de mi madre, que en tales circunstancias se sentía como un pez en el agua, centrando la atención en la mayoría de los hombres.

Papá estaba sentado orgulloso y no se sentía afectado por el hecho que desde que llegamos, que fue unos cinco minutos antes, a Mamá ya le habían pedido que bailara seis veces.

324

—¿Qué clase de fiesta es esta?— Me incliné hacia Massimo, suavizando ligeramente su muslo.

—Caridad— dijo —Y deja de provocarme.— Movié mi mano sobre su entrepierna y acaricie un bulto duro entre sus piernas.

—No llevo bragas.— Le sonreí radiantemente porque sentí que mi madre nos estaba mirando.

La mano de Black se agarró a la mía, casi aplastándola, y sus ojos negros se clavaron en mí.

—Estás mintiendo— dijo suavemente, asintiendo con la cabeza a Clara con una copa de champán.



# Este día

—Tengo un vestido sin tela en mi espalda, desliza tu mano sobre mi espalda y compruébalo tú mismo.— Levanté las cejas y asentí con un vaso de agua a mi madre.

Sentí que la mano de mi esposo se movía más abajo y su mano se deslizaba bajo el vestido y luego se congeló. Cuando me puse la ropa interior en casa, descubrí que lamentablemente se podían ver todos los colores, así que después de asegurarme de que no mostraría nada sin ella, decidí quitármela.

Don se sentó rígido como un palo y suavizó con su dedo el lugar donde mis nalgas comenzaban. Suspiro profundamente y puso ambas manos sobre la mesa. *Te tengo*, pensé.

Deslicé mi mano derecha hacia abajo, fingiendo arreglar mi zapato, y levantando las capas de tela, encontré mi coño mojado. Jugué con él durante un tiempo, y cuando estaba segura de que se sentía todo mi olor y sabor, me froté con los dedos, saqué mi mano y lentamente se la di a Massimo.

—Bésame y siéntelo.— Le mordí el lóbulo de la oreja.

Obedientemente llevó a cabo la orden, moviendo suavemente sus labios sobre el punto húmedo de mi mano. Sus pupilas se expandieron, y su respiración se aceleró mientras se estiraba con el olor y el sabor.

—No... me... lo niegues,— susurré cada palabra por separado, y aparté mi mano.

Don ardía más fuerte y más brillante que las velas de la mesa, pero miró a mis divertidos padres, bebió un sorbo de vino y apoyó su espalda en el respaldo. Su pecho se agito cada vez más firmemente, y su boca, que acababa de cerrar hace un momento, dejó una sombra de sonrisa en ellos. Habría estado llena de admiración por su autocontrol si no hubiera

# Este día

sido por el hecho de que la polla de sus pantalones casi le rasgaba la cremallera.

—Estos tacones de *Louboutin* acabarán conmigo—, dijo Olga, cayendo a la silla de al lado después de tres horas. —Domenico no sabe bailar, yo tampoco soy la mejor, y me arrastra por esta pista de baile como si fuera "*Bailando con las estrellas*", y esta es la final.— Estaba gritando con los ojos abiertos, levantando las manos.

La miré con compasión. Sé cómo se sentía - en el festival de Venecia se hartó después de dos piezas. Miré a Massimo, que estaba discutiendo ferozmente algo con Jakub, y me alegré de que al menos era un excelente bailarín. Esa noche mi marido no me dejó ni un paso atrás. No sé si fue por mis padres o por la falta de bragas, pero se me pegó como un yeso.

Era antes de la una, cuando mamá y papá se despidieron, y una de las personas de Don los acompañó a su habitación. Entonces un hombre mayor se sentó en nuestra mesa. Saludó a todos, incluyendo a mi hermano, y después de un rato, los cuatro estaban conversando.

326

—Oh, aquí vamos de nuevo— le murmuré a Oli que todavía seguía masajeándose los pies.

—Oh, mierda, Lari, ¿qué esperabas?— Se encogió de hombros.  
—Vamos a dormir.

Parecía la mejor opción que podía tener, así que le pedí a mi marido que nos fuéramos a la habitación. Desafortunadamente, encontré resistencia y una mirada irritada de Massimo cansado.

—Nos vamos— dije, levantándome.

Black asintió con la cabeza a los dos guardaespaldas que estaban pegados a la pared, y después de unos segundos se levantaron como una



# Este día

pared ante mí. Hice una cara de insatisfacción, torcí la cabeza y nos dirigimos hacia la salida.

Los dos gorilas aparentemente conocían el camino a mi habitación, así que los seguí obedientemente. De repente me di cuenta de que mi teléfono estaba en la chaqueta de Don, porque desafortunadamente el bolso que tomé resultó ser demasiado pequeño.

—Regresaré en un momento— le estaba susurrando al guardia de seguridad, que estaba a medio camino, y me volví. Uno de los hombres me siguió, pero le hice señas para que se quedara. —¡Seré rápida!— Grité.

Entré en el pasillo y descubrí ansiosamente que nuestra mesa estaba vacía. Me quedé un momento junto a mi silla, mirando a mi alrededor hasta que vi al camarero que nos atendió. Me acerqué y le pregunté si sabía por dónde se habían ido los hombres sentados aquí hace cinco minutos, y luego me mostró la puerta al final de la habitación. Subí y agarré la manija.

Había una completa oscuridad tras las puertas de madera, y solo pequeñas luces colgadas en las paredes iluminaban el camino. Caminé, apoyándome contra la pared, hasta que sentí otra puerta. Escuché voces, así que apreté la manija y entré. En la mesa de una pequeña habitación había varios hombres sentados, entre ellos los que yo buscaba.

—Joder—, gruñí, al ver a Massimo inclinado sobre la mesa y tirando de la línea de polvo blanco. Terminó, dejó la nota enrollada y me miró, como todos los demás.

—¿Te has perdido, cariño?— Lo dijo entre dientes y me sentí incómoda.

Rodeado por una ola de risa, me acerqué a él y le extendí la mano.

# Este día

—Dame el teléfono.— Massimo metió la mano en el bolsillo y sacó mi smartphone, luego se inclinó sobre la mesa y me lo dio. —Y jódete...

Hubo un silencio mortal en la habitación, y los hombres sentados en la puerta de al lado le miraron expectante.

—Sal— dijo gruñendo, señalando la dirección con la mano, y uno de los hombres me abrió la puerta.

Le di una mirada con odio y apreté la mandíbula para no llorar. Me di la vuelta y, levantando la cabeza en alto, salí de la habitación. Cuando me fui, Black dijo algo en italiano y otra vez todos los que estaban sentados se rieron.

Estaba enfadada. Sabía que tenía que jugar con mano dura delante de la gente, pero ¿por qué demonios tiene que consumir drogas? Corrí por el pasillo, todavía sollozando, y fui donde dejé a Oli.

328

Mientras caminaba por el pasillo lleno de puertas de hotel, me di cuenta de que había girado mal.

—Esta jodidamente loco—, maldije, pisando fuerte como un niño enojado.

La orientación en el campo nunca fue mi punto fuerte, pero estaba enojada conmigo misma.

Me di la vuelta para cambiar de ruta y luego sentí un sabor ligeramente dulce en mi boca.





Tenía dolor de cabeza, como si tuviera resaca, pero estaba embarazada y no había tenido resaca durante muchos días. Lentamente abrí los párpados. Había un brillo desagradable en la habitación y la luz no era la mejor cura para tal migraña. Dios, ¿he perdido el conocimiento otra vez? Pensé, sin recordar lo que pasó anoche. Me quejé, me volví a mi lado y me cubrí la cabeza con un edredón. Tratando de envolverme en él, moví mi mano sobre mi cuerpo y me congelé. Llevaba calzoncillos de algodón, pero no tenía ni un par de calzoncillos de algodón. Abrí más los ojos, ignorando el dolor de cabeza. Dejé caer mi abrigo, me asusté y miré hacia abajo.

—¿Qué carajo?— Dije

329

—No sé polaco—escuché una voz masculina, y mi corazón casi se detuvo. —Pero si no te sientes bien, tienes píldoras para el corazón al lado de tu cama.

Podía sentir mi ritmo cardíaco aumentando y mi respiración acelerándose. Cerré los párpados y respiré profundamente, girando hacia la dirección de dónde provenía el sonido.

—Hola— dijo Nacho, sonriendo radiantemente. —No grites.

Traté de respirar, pero sentí que mi estado de odio venía a pasos agigantados. Estaba recuperando el aliento, pero el oxígeno no quería fluir a mis pulmones.

—Laura.— El hombre se sentó en la cama, agarrándome la mano. —No te haré daño. No tengas miedo.— Agarró un frasco de medicina y sacó una pastilla. —Abre la boca.

# Este día

Yo lo miraba, aterrorizada, escuchando un silbido en mis oídos, y luego la presionó bajo mi lengua y comenzó a acariciarme la cabeza, la cual le quité en un segundo.

—Me advirtieron que harías eso—. Su voz era tranquila y alegre.

Cerré los ojos tratando de calmarme. No sé si me quedé dormida, los abrí después de unos segundos, pero cuando entrecerré los párpados cegados por la luz otra vez, él seguía sentado frente a mí.

—Nacho— susurré, mirándolo. —¿Me matarás?

—Marcelo, pero puedes llamarme Nacho. Supongo que eres estúpida si crees que lo haría.— Su mano me agarró la muñeca, examinando mi ritmo cardíaco. —¿Por qué te salvaría si quisiera matarte?

—¿Dónde estoy?

—En el lugar más bello de la tierra,— dijo, sin quitar los ojos de mi reloj. —Y vivirás.— Volvió a clavar sus ojos en mí. Su alegría no me asustó en absoluto.

—¿Dónde está Massimo?

Se rió y me dio agua, levantando un poco la cabeza, para que pudiera beber sin mojar todo.

—Probablemente esté furioso en Sicilia.— Sonrió y se estiró.

—¿Cómo te sientes?— Su pregunta no me pareció correcta. Le quité el vaso de las manos y lo alejé.

—Eres un asesino. Y yo estoy viva.

—Una observación valiosa y esencialmente verdadera.— Se apoyó en el colchón, echando una mano sobre mí. —Y anticipando al resto de las preguntas para hacerlo más rápido.— Su cara se volvió más seria, pero sus ojos aún se reían. —Fuiste secuestrada, pero eso no es nuevo para





# Este día

ti.— Se encogió de hombros. —No voy a hacerte daño. Sólo sigo órdenes. Si todo va como debería, en unos días volverás con tu marido.— Se levantó de la cama y miró su reloj. —¿Preguntas?

Me quede con la boca abierta y pensé que era una broma. El hombre de la camiseta blanca que estaba mirando no se parecía en nada al cruel criminal del que hablaba Don. Se subió un poco los vaqueros y me sonrió, poniendo los pies en sus chanclas.

—Si no hay, entonces me voy a nadar.

—¿Y yo?— deje el vaso. —¿Dónde estoy exactamente y cuantos tiempo he estado encarcelada?— Pregunté, aprendí el ejemplo del primer secuestro.

—Hace dos días desapareciste, hoy es veintisiete de diciembre, y estás en las Islas Canarias, exactamente en Tenerife.— Se puso las gafas de sol y se dirigió hacia la puerta. —Soy Marcelo, Nacho, Matos, hijo de Fernando Matos, por orden de quien te traje aquí.— Se dio la vuelta. —Y para que quede claro, estás a salvo aquí, nadie te matará. Todo lo que tenemos que hacer es explicarle algo a tu marido y te irás.— Atravesó la puerta y cuando la cerró, de repente volvió a mirar dentro. —Oh, y si se te ocurre huir, recuerda que estás en una isla, bastante lejos de la tierra, y el brazalete que tienes en la pierna es un transmisor.— Me toqué el tobillo y sentí el borde de goma plástica. —Sé dónde estás y qué estás haciendo en todo momento—. Se quitó las gafas y me miró. —Y si intentas contactar con tus seres queridos sin mi permiso, los mataré.

La puerta se cerró, y él desapareció.

Me quedé allí, sin creer lo que estaba sucediendo. Agradecí a Dios que me casé embarazada porque pensé que esta situación enfermiza podría volver a suceder hasta que me apretó el esternón. Miré fijamente al techo y digerí todo lo que escuché. Estaba cansada, quería llorar, y para colmo,



# Este día

justo antes de desaparecer, mi marido me trato como basura, lo que tampoco me hacía feliz. Me volví hacia un lado, me acurruque en una almohada y me dormí.

Por la noche me dio hambre. El zumbido en mi estómago no me dejaba dormir y entonces recordé con horror que estaba embarazada. Me levanté de la cama y encendí una lámpara que estaba en la mesita de noche.

El interior era moderno, brillante y sencillo. Estaba dominado por el blanco, la madera, el lienzo y el vidrio. Buscando ropa, me acerqué al armario corredizo y cuando moví un ala, otra pequeña habitación apareció a mis ojos: un armario. Había chándales, chancletas, pantalones cortos, camisas, algo de ropa interior y trajes de baño. Busqué una sudadera larga con capucha con cremallera y me puse unos pantalones cortos en el trasero. Demasiados pequeños, pensé, cuando empecé a tirar por las piernas.

332

El aire caliente entraba por la ventana abierta y se oía un ruido monótono. Salí al balcón y vi el océano. Estaba casi negro y muy tranquilo, miré hacia abajo y me sorprendí al descubrir que no estamos en casa, sino en un edificio de apartamentos. Debajo de mí, un pequeño jardín con un jacuzzi, alrededor del cual crecía la hierba.

Me acerqué a la puerta, agarrando la manija. Estaban abiertas, lo que me pareció un buen cambio después de la última vez que tuve que esperar a que Domenico entrara amablemente. Salí al pasillo, el frío del suelo de cristal me despertó aún más, y vi las escaleras de enfrente. Bajé las escaleras, pasé varias puertas en el pasillo frente a los escalones, e inmediatamente me encontré en la cocina.

—¡La nevera!— Me quejé, abriendo la doble puerta a la tierra de las delicias.



# Este día

En el interior, me alegró descubrir quesos, yogures, mucha fruta, embutidos y bebidas españolas. Puse todo lo que quería en la parte superior y busqué los bollos que estaban bajo la cubierta de cristal.

—Si tienes hambre, te calentaré la paella—. Aterrorizada por el repentino sonido, solté el plato que se estrelló contra el suelo. —No te muevas.

Nacho se arrodilló al lado, recogiendo el resto de los cristales y tirándolos a la basura. Cuando pensó que no había demasiadas migas, se levantó y se puso un metro más adelante y barrió él mismo las sobras. Lo miré con un poco de incredulidad.

—Mira, no lo entiendo.— Me crucé de brazos. —Te importo, te preocupas por mí, ¿y me secuestraste?

El hombre se levantó y se enderezó, mirándome a los ojos. —Estás embarazada, y tu problema es que te casaste con el tipo equivocado.— Me levantó la barbilla con el pulgar cuando no lo estaba mirando. —No me hiciste nada, no me debes nada, y eres una buena chica, así que, ¿qué es lo que no entiendes?

Se sentó en el mostrador, y me di cuenta que sólo llevaba calzoncillos.

—Laura— continuó —eres un medio para un fin, no es sobre ti.— Suspiró y se apoyó con ambas manos en la parte superior, saliendo un poco. —Si fueras un hombre, estarías sentado en el sótano de mi antigua villa encadenado a una silla, probablemente desnudo.— Él negó con la cabeza. —Pero como eres una mujer embarazada, estás aquí, y estoy limpiando tu plato para que no te hagas daño. Además, ya sabes...— Se inclinó un poco. —No queremos una guerra con Torricelli. Sólo queremos un diálogo.— Saltó al suelo, esperando. —¿Y qué, paella?

333



# Este día

—Joder, qué raro es todo esto...— Murmuré, sentándome en un taburete del bar. —No me digas nada. Prefiero dirigir una escuela de surf y kite que disparar a la gente en la cabeza.

Guardó todo lo que puse en el mostrador y sacó una gran sartén. —Mariscos con arroz, sazonado con azafrán, lo hice yo mismo.— Me dio una sonrisa desarmante de nuevo.

Lo miré, admirando los coloridos dibujos en su cuerpo. Estaban por todas partes: en la espalda, en el pecho, en las manos, probablemente en las nalgas. Sólo sus piernas fueron salvadas por el artista de tatuajes.

—¿Qué hay de tu mujer?— Pregunté, y me estaba quejando de ello.

Nacho puso el recipiente en el gas y le prendió fuego. —No lo sé, no tengo— dijo, sin mirarme. —Sabes, tengo altas expectativas de las mujeres, inteligentes: se supone que deben ser bonitas, inteligentes, atléticas, y lo mejor es que no deben tener ni idea de quién es mi padre, y esta es una isla pequeña. —Sacó dos platos del armario. —Y en el continente, son todas tan...— Pensó por un momento. —Locas, ¿sabes lo que quiero decir?

No tenía ni idea, pero asentí con la cabeza, porque se veía tan inteligente, moviéndose por la cocina.

Lo vi preparar una comida y me di cuenta de que no le tenía miedo en absoluto. Pero mi intelecto me decía que tal vez era así como se suponía que debía ser y a eso apuntaba todo su comportamiento. Yo me relajaba, me sentía a gusto y luego él atacaba. Durante un tiempo mi mente me fue dando varios escenarios, hasta que un plato lleno de maravillosos olores apareció ante mí.

—Come—, dijo, sentándose a mi lado y agarrando un tenedor.



# Este día

Estaba tan delicioso que ni siquiera sé cuándo comí dos porciones y me sentí llena. Bajé de la silla, dejé el plato y agradeciendo la comida, subí las escaleras.

—Son las 20:00, ¿todavía vas a dormir?— Preguntó cuándo rodé hacia las escaleras.

—No hasta que...— Abrí los ojos con sorpresa.

—Podemos ver películas.— Señaló con la mano una esquina recta y blanca en la sala de estar.

Lo miré sorprendida, incapaz de comprender mi posición exacta.

—Nacho, me secuestraste, amenazaste a mis seres queridos, y ahora crees que voy a pasar noches de amistad contigo?— Mi tono era un poco demasiado agresivo. Sin esperar una respuesta, subí las escaleras.

—Con él último que lo hizo, vas a tener un bebé,— dijo, sin quitar los ojos del plato. Me quedé helada y estaba a punto de devolver el insolente reproche pero cuando me di cuenta de que tenía razón. Me mordí la lengua y volví a mi habitación.

Qué acción tan enfermiza, pensé, mientras encendía la televisión y me enterraba en las sabanas.

Cuando abrí los ojos, todavía estaba oscuro. Aterrorizada por haber dormido otro día, me levante de la cama. No quería que mi bebé muriera de hambre otro día. El televisor blanco, que estaba colgado delante de la cama, mostraba las siete y media. Incluso en Polonia a esa hora no estaba tan oscuro, pensé y me apreté bajo el edredón, satisfecha de que era de mañana, sin embargo.

Una vez más, me despertó la luz que entraba en la habitación. Me arrastré y empujé el edredón por la cama con mis piernas.

# Este día

—¿No me engañas con ese embarazo?— La voz masculina casi me da un ataque al corazón. —Estás muy delgada.

Me di la vuelta y vi a Nacho bebiendo algo de una taza, que estaba sentado al lado de la cama como antes. *Se durmió en esa silla*, pensé.

—El segundo trimestre ha comenzando, espero a mi hijo— gruñi, levantándome. —Explícame algo.— Me paré frente a él, y su mirada insolente se posó en mi estómago. —¿Qué querías de mí en Messina entonces?— Cruce las manos en mi pecho y esperé una respuesta.

—Lo mismo que en Palermo. Quería secuestrarte—. Se rió burlonamente. —Esos idiotas a los que Massimo llama guardaespaldas, no se darían cuenta si me sentara en sus caras.— Sacudió la cabeza de forma burlona. —No sabía que estabas embarazada. Y el anestésico que quería usar podría haberte puesto en peligro. O más bien, a él— Asintió con la cabeza hacia mi estómago. —Bien, basta de cortesía de esta mañana.— Se levantó, sacó su teléfono del bolsillo. —Llamaremos a Massimo ahora. Sólo dile que estás bien y a salvo, eso es todo.

Marcó el número y cuando escuchó una voz del otro lado, cambio al italiano con fluidez. Habló un rato en un tono tranquilo, luego me pasó el teléfono. Lo agarré y me escapé al otro lado de la habitación.

—¿Massimo?—Susurré aterrorizada.

—¿Estás bien?— Su voz tranquila era sólo una tapadera, porque a pesar de los miles de kilómetros que nos separaban, sabía que estaba loco de ansiedad. Respiré profundamente y mirando a mi torturador, decidí arriesgarme.

—Estoy en Tenerife en un edificio de apartamentos con vista al mar...— Dije las palabras a la velocidad de un rifle de caza. Nacho me arrancó el teléfono con ira y colgó.





# Este día

—Sabe dónde estás.— Gruñó. —Mientras mi padre lo permita, tu esposo no aparecerá en la isla—. Se metió el teléfono en el bolsillo. —Has arriesgado mucho, Laura. Espero que seas feliz. Que tengas un buen día.— Y se fue, dando un portazo.

Me quedé allí unos minutos, mirándolo y sentí furia. La impotencia que me poseía se convirtió en ira, y ella no era la mejor consejera. Agarré la manija y bajé por el pasillo hacia las escaleras.

Respiré hondo y antes de verlo, empecé a gritar:

—¿Qué esperabas? ¡¿Crees que me voy a sentar aquí a esperar lo que pase?!— Bajé corriendo las escaleras, mirando bajo mis pies. —Si crees que...— Me detuve, al ver a una joven de pie junto a Nacho. Me miró con la boca abierta, que cerró después de un rato y se volvió hacia él hablando en español. Estuvieron hablando por un momento y yo estaba parada en el último escalón como una escultura, preguntándome qué estaba pasando.

337

—Amelia, esta es mi novia, Laura.— Me agarró y me tiró empujándome con fuerza hacia sí mismo. —Voló hace unos días y por eso no estaba disponible.— Me besó en la frente, y cuando intenté alejarme de él, añadió: —Tenemos un poco de tensión aquí. Danos un momento.

Largas manos tatuadas me agarraron y me levantaron por las escaleras.

—Soy Amelia.— La chica me saludó con una sorpresa y una sonrisa brillante cuando Nacho estaba subiendo los siguientes escalones conmigo.

Traté separarme, pero no sirvió de nada, porque sus brazos me clavarón para siempre. Entró en el primer dormitorio, cerró la puerta y me puso en el suelo. Cuando mis pies tocaron la alfombra, y sentí que

# Este día

estaba parada firmemente en el suelo, me balanceé hacia arriba, pero mi mano no alcanzó el objetivo. Mi torturador logró esquivar, lo que me molestó aún más; me acerqué a él, agitando las manos como una loca, pero él sólo esquivaba. Cuando llegamos a la pared, me agarró de las muñecas con una mano y me apoyó en él, bloqueando el movimiento. Metió la mano en el cajón del armario que teníamos al lado, y unos segundos después puso su arma en mi sien.

—Los dos sabemos que no puedes matarme...— Dije entre dientes, mirándolo con odio.

—Eso es un hecho—, dijo, desbloqueándola.— Pero, ¿estás segura de eso?

Pensé en mi posición durante un tiempo y después de unos segundos, me encontré derrotada. Relajé mis manos, y cuando sintió que no iba a pelear con él, me dejó ir y bajó el arma, cerrando el cajón.

338

—Abajo está mi hermana, que no tiene ni idea de lo que estoy haciendo—. Se alejó de mí por una docena de pulgadas. —Ojalá pudiera seguir así. Cree que dirijo una de las empresas de mi padre, y tú eres mi novia de Polonia. Nos conocimos hace unos meses en una fiesta cuando estaba en Varsovia por negocios...

—¡Estás jodidamente loco!— Lo interrumpí, y se alejó un poco. —No voy a fingir ser quien no soy, y mucho menos tu novia.— Levanté las manos y me dirigí hacia la puerta.

Nacho me agarró y me empujó a la cama, sobre mis piernas.

—...Y luego nos acostamos, así que ahora estás embarazada—, Finalizó. —Nuestra relación es un poco compulsiva y un poco de gran amor más allá de la división. ¿Sabes lo que quiero decir?





# Este día

Me reí, y él se volvió loco y me soltó las manos. Las cruce en mi pecho, aún riendo.

—No—, me ahogué, cambiando mi cara a seria. —No voy a ayudarte con nada.

Nacho se inclinó como si fuera a besarme, y yo me quedé helada, con miedo de no tener donde huir de él. Sentí su aliento en mis labios y mi cuerpo pasó por un escalofrío incontrolable. Podía sentir el sabor de la menta de chicle que masticaba y agua fresca o gel de ducha. Me tragué mi saliva, mirándolo fijamente.

—Por lo que he aprendido y notado, tus padres no tienen ni idea de lo que hace tu marido— susurró, mirándome con ojos verdes y con una sonrisa inteligente. —Así que estamos en una posición similar.— Estuvo en silencio durante un rato, oliéndome. —Tú estás un poco peor, como puedes ver. Entonces hagamos un trato: yo no les digo que su yerno es un Don, y tú no le dices a Amelia que su hermano es un secuestrador y un asesino—. Se movió un poco hacia atrás, y luego se levantó, extendiendo su mano derecha hacia mí. —¿Es un trato?

339

Parecía resignada, dándome cuenta de que estaba perdiendo. Extendí mi mano y se la di.

—Es un trato— le dije, haciendo una mueca cuando me tiró para levantarme.

Sus ojos se volvieron divertidos e infantiles de nuevo cuando se ajustó su camiseta primero y luego la mía.

—Perfecto. Vamos, cariño, olvidé que Amelia viene a desayunar.— Me agarró la mano y se dirigió hacia la puerta, y cuando intenté soltarme, añadió: —Somos una pareja que acaba de tomar una decisión, muéstrame algo de afecto.



# Este día

Bajamos las escaleras, tomados de la mano, y cuando nos paramos frente a la hermana de Nacho, él besó mis labios jugosamente. Me enfadé de nuevo, pero sabía que estaba más preocupada por guardar un secreto a mis padres y ahorrarles el shock que por pegarle en la cara ahora. Extendí mi mano a una hermosa chica de ojos azules que estaba sentada en una silla del bar.

—Laura.— Sonreí amistosamente. —Y tu hermano es un imbécil.

Amelia mostró una serie de dientes blancos, asintiendo con la cabeza a lo que dije. Cuando sonreía, se veía exactamente como Nacho, excepto que tenía el pelo largo y claro y no tenía tatuajes visibles. Los claros rasgos faciales daban la impresión de que era seca y altiva a primera vista, pero cuando se miraba a sus alegres ojos, esta apariencia se volvía absolutamente errónea.

—Mi hermano es un imbécil y egoísta.— Se levantó, dándole una palmadita en la espalda. —Se parece a su padre, pero al menos sabe cocinar—. Ella lo besó en la mejilla.

340

Cuando se paraban uno al lado del otro, se veían hermosos, pero no parecían españoles estereotipados en absoluto.

—¿Eres de España?— Pregunté un poco confundida. —No parecen sureños.

—Mamá era de Suecia y como puedes ver, sus genes superaron a los de mi padre.

—Y no venimos de España, sino de las Canarias.— Nacho me corrigió. —¿Qué comerán mis damas?— Preguntó con alegría, acercándose a la nevera y mostrándonos un lugar junto a la isla.

Los hermanos se hablaban en inglés para que yo pudiera entender toda la conversación, aunque no me interesara. Hablaban de las fiestas y de



# Este día

los amigos que vendrían en la víspera de Año Nuevo. En general, se comportaron muy libremente, lo que relajó un poco el ambiente tenso.

—Cariño, tu italiano me impresionó mucho.— Me volví sarcástica con Nacho. —¿Cuántos idiomas conoces?

—Unos cuantos— contestó, revolviendo algo en la sartén.

—Hermano, no seas tan modesto.— La chica se dio la vuelta.

—Marcelo habla italiano, inglés, alemán, francés y ruso—. Ella asintió orgullosamente.

—Y japonés, recientemente— añadió, de espaldas a nosotros, con la cabeza en la nevera.

Estaba impresionada, pero no iba a mostrárselo, así que asentí con la cabeza y seguí escuchando cuando se hundieron en una conversación no comprometida otra vez.

341

Amelia tenía razón, su hermano era un cocinero muy talentoso. Después de unas pocas decenas de minutos, la mesa estaba llena de delicias. Ambas nos pusimos a comer. No fue hasta que vi lo mucho que mi compañera estaba comiendo, que me di cuenta de que ella también estaba embarazada.

—¿Qué semana?— Le señalé el estómago, y ella estaba feliz

—Un mes y medio.— Sonrió radiante. —Su nombre será Pablo.

Ya quería devolverle la información sobre mi alegría, cuando miré a Nacho, que giró suavemente la cabeza hacia un lado.

—Y que se parezca a su madre—, añadió, absorbiendo el tomate. —Su padre es un completo imbécil, y un troglodita que parece un matón de la nariz.— Me reí, escuchando lo que decía, e inmediatamente me disculpé con la chica por mi comportamiento.— Es la verdad—. Ella tomó un

# Este día

tirón delgado, —y como si eso no fuera suficiente, italiano. No sé por qué mi padre le quiere tanto.

En ese momento, todos los músculos de mi cuerpo estaban unidos. No me sentí mal aquí, ni siquiera un poco como en las vacaciones, pero esa palabra me recordó lo que estaba haciendo aquí. Dejé los cubiertos y miré a Nacho.

—Me encantan los italianos, son grandes personas—, dije. Amelia levantó la mano, asintiendo con la cabeza.

Nacho se inclinó sobre la isla y me miró de forma salvaje.

—No, querida, tú amas a los sicilianos.— Su sonrisa sarcástica pedía una respuesta.

—Tienes razón. Incluso podría decir que me encantan— gruñi con una cara igual de sarcástica.

Amelia nos miró, mirando de uno a otro, hasta que finalmente rompió el silencio.

—¿Vas a ir a nadar hoy?— se volvió hacia su hermano, y él asintió. —Bueno, ¿vamos a la playa?— Ella se giró hacia mí. —No hace calor, hace unos veintiséis grados afuera, tomaremos el sol y veremos a Marcelo surfear.

—¿Hace surf?— Me sorprendió verla espiando a Calvo.

—Por supuesto, mi hermano es un campeón internacional múltiple, ¿no te lo mencionó?— Sacudi mi cabeza. —Bueno, tendrás la oportunidad de ver lo que puede hacer hoy. Habrá altas olas y un fuerte viento.— Aplaudió. —Genial. Almorzaremos en la playa. Te recogeré antes de las 3:00. —Me besó la mejilla, y luego a su hermano. —¡Adiós!— gritó, desapareciendo detrás de la puerta.





# Este día

Estaba sentada, viendo a Nacho golpear el cuchillo en un plato vacío, claramente preguntándome algo.

—Quiero hablar...— empecé, no soporto el sonido. —¿Cuánto tiempo estaré aquí?— Levantó los ojos sobre mí. —Dijiste que teníamos que esperar a tu padre, pero no dijiste cuándo iba a volver o por qué debíamos esperar.— No dijo nada. Sólo parecía más serio que antes. —Marcelo, por favor.— Me salieron lágrimas en los ojos y me mordí el labio inferior tratando de dejar de llorar.

—No lo sé—. Escondió su cabeza en sus manos, suspirando. —No tengo ni idea de cuánto tiempo estarás aquí. Mi padre ordenó que te secuestraran antes de Navidad, pero como sabes, ha habido situaciones.— Me señaló el estómago. —Tuvo que irse más tarde, y desafortunadamente, no me confiesa sus planes. Sólo estoy aquí para mantenerte a salvo hasta que él regrese.

343



Fije mis ojos en la parte superior de la mesa, mordiendo mis dedos.

—¿A salvo?— Pregunté molesta. —Al fin y al cabo, tú eres el que está jugando, y el único peligro es que Massimo me encuentre y me lleve.

—Tu marido tiene más enemigos de los que crees.— Salió de mi vista y puso los platos en el lavavajillas.

Después de la conversación, que no ha trajo nada a mi vida, volví a mi habitación. Entré en el armario, buscando la ropa adecuada, y cuando recordé las palabras de Amelia, de repente todo se aclaró. Las camisas de colores, chanclas, sudaderas, pantalones cortos que reemplazaron mi vestuario de marca eran bastante lógicas para un surfista como Nacho. Probablemente hizo compras personalmente y apostando por lo que más le gustaba y se vestía.

# Este día

Parada en un pequeño interior, llegué a la conclusión de que no valía la pena sufrir o luchar con lo que me estaba pasando otra vez. Recordé que cuando previamente acepté la situación, todo se volvió más simple.

Busqué unos pantalones cortos en jeans brillantes, bikinis arco iris y una camiseta blanca con gráficos de la puesta del sol. Dejé la ropa preparada en la cama y fui al baño.

Ya había descubierto con horror que sólo hay uno en la casa y tendré que compartirlo con el chico. Nacho se ocupó de mi comodidad tanto como pudo. Sus cosas a un lado del doble lavabo y las mías al otro. No era mucho, pero era suficiente para satisfacer mis necesidades básicas. Crema facial, loción corporal, cepillo de dientes y, sorprendentemente, mi perfume favorito. Tomé la botella de *Lancôme Trésor Midnight Rose* con interés y miré mi reflejo. ¿Cómo lo supo?

Me lavé los dientes y fui a la ducha. Cuando terminé, hice dos trenzas iguales y me puse crema en la cara. No iba a maquillarme, y al final de cuentas no tenía nada, y de todos modos estaba en un lugar donde había una sombra de la posibilidad de que me diera un poco de sol.

Llamaron a la puerta, así que me puse una bata que colgaba junto al espejo y me acerqué, abriéndola.

—Sólo tenemos un baño.— Nacho me miró a través de la puerta. —Y como yo lo veo, una bata de baño.

Una amplia sonrisa bailaba en sus labios.

—Apúrate.

Volví a entrar y terminé lo que estaba haciendo más rápido. Entré en el dormitorio, me vestí y entré en el salón, pasando por el baño que ya había sido ocupado por mi torturador.

344



# Este día

El televisor estaba encendido, y había un portátil abierto en un banco de cristal. Escuché durante unos segundos y me di cuenta de que el sonido del agua en la ducha no se detuvo, asegurándome de que tenía un momento. Corrí hasta el ordenador y presioné el botón que puso en marcha el equipo. Nerviosamente golpeé mis dedos en la parte superior como si pudiera acelerar el encendido. Había una solicitud de contraseña en el monitor.

—¡Maldita sea!— Estaba gruñendo, golpeando la pantalla.

—Es un equipo delicado.— Lo escuché a mis espaldas y maldije de nuevo. —Necesito algo.

Me volví hacia Nacho y me quedé helada, estaba de pie en las escaleras desnudo y goteando agua. Debería haber mirado hacia otro lado, pero desafortunadamente no pude. Tragué saliva y sentí que se volvía más espesa. Con su mano derecha, cubrió su miembro, sosteniéndolo en su mano, y se apoyó contra la pared de cristal con su otra mano. "*Necesito algo*" estas palabras sonaron como una campana en mi cabeza, me preguntaba qué pasaría ahora. ¿Irás más abajo, revelará su masculinidad y me la meterá en la boca, o quizás me follará en la encimera de la cocina extendida en mi espalda para que pueda admirar estos cautivadores tatuajes?

—Tomastes mi bata de baño—, dijo.

Y aún así, ¡no! Mi mente acaba de venderme una hoja poderosa como castigo por la traición mental a mi marido. No pude evitar notar que soy una joven saludable con una libido embarazada y que me gustan todos los demás hombres de la tierra. Ignoré por completo lo que dijo, y seguí mirándolo con perplejidad. Cuando me quedé en silencio, sin apartar la vista de él, se rió y se dio la vuelta, subiendo las escaleras. Cuando vi sus

# Este día

nalgas tatuadas, un gemido silencioso salió y empecé a rezar para que el deseo se apartara de mi cabeza.

—¡Lo he oído!— Gritó, desapareciendo arriba.

Me caí de lado en un suave y brillante sofá y me cubrí la cara con una almohada. Odiaba que tantos tipos atractivos aparecieran de repente en mi vida. ¿O era el embarazo lo que hizo que me gustara todo el mundo? Me parecía imposible que de repente viera a casi todos los hombres sexys y perfectamente contruidos del mundo; qué drama.

Después de un momento de desesperación, me levanté y tomé el control. Cambie a través de los canales y luego me di cuenta. Mis padres ya sabían lo que hacía Massimo, a menos que de alguna manera misteriosa no se dieran cuenta de mi secuestro y probablemente de la rabia de Black. Me levanté y me senté. El pensamiento que me vino a la mente me dio una aparente ventaja y una oportunidad de negociar.

Mientras hacía un plan, escuché pasos en las escaleras y fui cautelosa, por temor a otro ataque de desnudez, no giré la cabeza. Nacho, vestido con pantalones cortos y una sudadera con cremallera, se sentó a mi lado.

—Hablemos— dije. Escondió su cara en sus manos.

—¿En serio?— Dijo. —¿ Hay algún tema que no hemos discutido?— Abrió dos dedos, manteniendo las manos fuera de su cabeza, y me miró con diversión.

—Mis padres ya saben lo que hace Massimo. Debe haber sido porque me secuestraste.— Me levanté del sofá, amenazándolo con un dedo.

—Ahora dame una buena razón para no decirle a tu hermana que estás matando gente por encargo, porque lo anterior perdió el poder.

Sus manos cambiaron de posición cuando las puso bajo su cabeza y sonrió, tumbado en el sofá.

346



# Este día

—Continúa—. Resopló, apenas conteniendo su risa. —Ofrece algo mejor.

Se sentó enérgicamente y agarró el ordenador. Ingreso la contraseña tan rápido que aunque supiera lo que escribió, pulsando millones de teclas, no sería capaz de seguirle el ritmo a sus dedos.

—Llamaremos a tu madre.— Dio vuelta el monitor que mostraba la página de inicio de Facebook. —Entra y comprueba por ti misma lo que saben tus padres.— Se acercó lo suficiente como para que pudiera oler ese fantástico olor fresco. —¿Vas a arriesgarte?

No sabía si estaba mintiendo, pero me dio la oportunidad de hablar con mi madre y posiblemente asegurarme de que estaba bien. Presioné algunas teclas, entré en mi cuenta. Desafortunadamente, mamá estaba desconectada.

—Por lo que sé, tu marido, antes de subirlos al avión, les contó un buen cuento, de por qué no te despediste de ellos.

Volvió a encender el ordenador y me desconectó, y luego lo apagó. —No sería bueno para él si el pánico de Clara Biel hubiera involucrado a la policía.— Me lo hizo saber. —Es una bonita charla, pero tengo que irme. Recuerda no informar demasiado a mi hermana sobre nuestras vidas.

—¿Qué sabe ella?

—Básicamente todo menos el embarazo, porque no creo que se dé cuenta.— Volvió la mirada, se levantó. —Pero si soy el único que no puede verla realmente, y ella puede ver a través de esa barriga microscópica, entonces le dirás la versión acordada—. Salió a la terraza y volvió con una tabla bajo el brazo. —Recuerda, no sabías y por eso viniste aquí cuando te enteraste.

# Este día

—Hola. ¿Cómo le explicas mi desaparición, genio, cuando me vaya?— Pregunté, parpadeando dulcemente.

Se detuvo a medio paso y se puso las gafas de arco iris en la nariz.

—Diré que tuviste un aborto espontáneo.— Agarró la bolsa que estaba junto a la pared y se fue.

Me senté en un sofá con la mejilla apoyada en el reposacabezas, preguntándome sobre la irracionalidad de la situación. Nacho tenía la respuesta a cada pregunta que yo hacía, hacía un plan en cada detalle. Me preguntaba cuánto tiempo preparó toda la acción. Llegué a la conclusión de que probablemente era mucho tiempo, y esto abrumó mis pensamientos sobre la razón de mi presencia en su casa. Me resbalé y me acosté de espaldas, suspirando pesadamente.

Mirando al techo, me preguntaba qué hacía Massimo. Probablemente ya había matado a la mitad de los guardias por no vigilarme. Hace algún tiempo este pensamiento me hubiera dado un ataque al corazón, pero ahora no había nada en este mundo que me sorprendiera, o asustara. ¿Cuántas veces más puedo ser secuestrada y a cuántas personas extrañas voy a conocer?

Me acaricié el estómago, imaginando que ya era gigantesco.

—Luca—, le susurré. —Papá nos llevará a casa pronto, y mientras tanto estamos de vacaciones.

En ese momento se escuchó el golpe en la puerta, y luego alguien giró la cerradura y Amelia se paró en la puerta.

—No toqué, Tengo las llaves.— Se golpeó la cabeza unas cuantas veces con un dedo. —Vamos, ¿dónde está tu bolso?

348





# Este día

—No tengo un bolso.— Hice una mueca. —Yo sólo... volé de forma inesperada.— Me encogí de hombros.

—Muy bien, vamos.— Ella me tiró de la mano. —Llevo gafas de sol en el coche, y compraremos el resto en el lugar.

349



BLANKA LIPÍŃSKA

Dejamos el apartamento y fuimos a un ascensor de cristal, que nos llevó a varios pisos. Caminamos por el vestíbulo gigantesco, casi todo transparente, y pasando la recepcionista, nos paramos al borde del pavimento. Después de un rato un joven puso un *BMW M6* blanco bajo la entrada, salió de el y esperó con la puerta abierta hasta que Amelia estuviera al volante. El interior de cuero burdeos se ajustaba perfectamente a la brillante carrocería, y la transmisión automática facilitaba mucho la conducción.

—Odio este coche—, dijo cuándo nos movimos. —Es muy ostentoso, aunque hay coches más llamativos en la *Costa Adeje*.— Se rió, mirándome. —El de mi hermano, por ejemplo.

350

*Costa Adeje*, repetí después de ella en mi mente, ¿dónde diablos está? Estaba mirando alrededor mientras conducíamos por el pintoresco paseo marítimo. Amelia me habló de su familia y de cómo perdió a su madre en un accidente de coche. Me enteré de que tenía veinticinco años y que Marcelo era diez años mayor que ella. De su declaración, concluí que sólo conoce parcialmente el negocio de su padre y que no tiene ni idea de lo que hace su hermano.

Era una persona muy abierta, y también pensaba que yo era el amor de la vida de Nacho, lo que la hizo querer traer a mi familia lo antes posible. Estaba cambiando de pierna cuando habló del regreso de su padre del continente y pasar la víspera de Año Nuevo con la familia y los amigos. Esto me hizo darme cuenta de que como ella sabe cuándo regresa la persona que ordenó mi secuestro, su hermano me mintió. Asentí sin



# Este día

interrumpirla, sólo interrumpía una pregunta de vez en cuando, porque esperaba saber más.

—Llegamos—, dijo, estacionando debajo de uno de los hoteles.  
—Tengo un apartamento para cuando Flavio se vaya.— La miré inquisitivamente. —Mi marido se fue con mi padre, me gusta estar cerca de Marcelo, y aquí estoy yo más cerca—. Se fue a la entrada. —Las condiciones en la playa de surf son bastante espartanas, así que ordené dos hamacas y algunas cosas más para llevar allí.— Ella movió sus brazos. —Aunque nos veremos como turistas o grupis, pero que me importa, mi columna vertebral se romperá, no me voy a sentar en el suelo.

Después de haber recorrido todo el hotel, nos encontramos en el jardín, luego en el paseo marítimo y finalmente en la playa. Es increíble, como todo el océano a lo largo de la orilla ondeaba con calma, mientras que en una sección de la playa de unos pocos cientos de metros de largo las olas alcanzaban una altura increíble. Varias docenas de personas sobresalían del agua como boyas, sentadas en las tablas esperando que la ola perfecta las llevara. En esta vista había algo mágico: por un lado el sol, por otro lado la cima nevada del volcán Teide que se elevaba sobre la isla. La gente reunida en pequeños grupos estaba sentadas en la playa, bebiendo vino, riendo y fumando hierba, a juzgar por el olor del sudor espeso, con el que asocié el olor del cannabis.

No fue difícil predecir dónde nos sentaríamos. Dos enormes y suaves hamacas estaban, -gracias a Dios-, ligeramente en el lateral. A su lado había un paraguas gigante cerrado, una mesa, una cesta de comida, una manta y, creo, un camarero, que también hacía las veces de guardaespaldas, o viceversa. Tuvo al menos la decencia de sentarse en un pequeño sillón plegable, que estaba un metro por detrás de toda la estructura. No se vestía tan oficialmente como el nuestro en Sicilia,

# Este día

llevaba pantalones de lino brillante y una camisa abierta. Cuando subimos, nos saludó y aún así, supongo, miró al océano. Era difícil de decir, porque no podía ver sus ojos desde detrás de las gafas oscuras.

—Qué bien— Amelia suspiró, desvistiéndose y se recostó en su hamaca con su traje.

—¿Te estás bronceando estando embarazada?— Me sorprendió, mientras me quitaba los pantalones cortos.

—Por supuesto, sólo me cubro el estómago.— Dejó caer su bufanda y me miró bajo mis gafas. —El embarazo no es una enfermedad. Además, sólo tendré manchas de hormonas. ¿Por qué necesitas ese brazalete?— Preguntó, señalando mi tobillo, donde había algo como una banda ancha de goma negra.

—Larga historia y aburrida.— Agité la mano y me lo quite todo, acostándome en una suave almohada a su lado. Miré a mi derecha y me di cuenta de que me estaba mirando con la boca abierta.

Ella se dio cuenta.

—¿Estás embarazada?— Me quedé en silencio. —¿Es el bebé de Marcelo?

Puse mi dedo en la boca y empecé a mordirme las uñas.

—Por eso estoy aquí...— gemí y cerré los ojos, agradeciendo a Dios por las gafas oscuras en mi nariz. —Cuando llegue a Polonia, me enteré de que estaba embarazada, y cuando se lo dije, me secuestró para cuidarnos.

Cuando terminé de hablar, la bilis fluyó en mi garganta y sentí que estaba a punto de vomitar. Alcancé una botella de agua para beber esa sensación.





# Este día

Amelia estaba sentada con la boca abierta, que después de un rato se convirtió en una maravillosa sonrisa.

—¡Qué maravilla!— gritó, saltando arriba y abajo. —Los niños tendrán la misma edad, ¿en qué mes estas, en el cuatro?— Asentí sin escucharla. —Es un comportamiento muy del estilo de Marcelo. Siempre fue responsable y cuidadoso—.dijo asintiendo con la cabeza. —Cuando éramos niños, siempre...

En ese momento en mi cabeza sólo podía oír el sonido del océano, la miré sin rodeos y sentí lágrimas fluyendo hacia mis ojos. Echaba de menos a Black, quería que me abrazara, que me hiciera volar y que nunca más me soltara de sus brazos. Sólo con él me sentí segura y sólo con él quise compartir la alegría del embarazo. Fingir ser la mujer de otro hombre que no me gustaba, y cada segundo que pasaba me enojaba más y más. Y lo que me molestó aún más fue que le mentí a alguien tan dulce como Amelia sólo para evitar que los secretos salieran a la luz.

353

—¡Ahí está, Marcelo!— gritó, señalando algo con el dedo. La seguí y vi a un hombre levantarse en su tabla. —El de las terribles polainas de seledina.

Eran terribles, se detectaban de los demás en el agua. La mayoría de ellos estaban vestidos con espumas grises de manga larga y bajo el cuello, pero él tenía un pecho de color desnudo y pantalones descarados que me permitían verlo. Cortó las olas y parecía como si se apoyase en ellas con una de sus manos, manteniendo el equilibrio. Sus rodillas dobladas eran como resortes; equilibraba perfectamente su cuerpo, sin importar que la ola detrás de él comenzara a romperse y a cerrarse.

Casi todos los demás miraron con admiración y vitorearon cuando finalmente saltó, agarrando la tabla con una mano.

# Este día

—Yo también quiero— susurré, aturdida y encantada al mismo tiempo.

—Hoy las olas son demasiado grandes y no creo que Marcelo te permita aprender cuando estas embarazada, pero siempre puedes nadar en una tabla con un remo. Incluso yo lo hago a veces, aunque no me gusta mucho el agua salada.

Me volví hacia el océano y vi a un hombre calvo y colorido caminando hacia nosotras, sosteniendo la tabla bajo su brazo. Se veía increíble con sus pantalones y sus tatuajes mojados por el agua. Si no hubiera sido por el hecho de que él era un secuestrador, un asesino, y yo tenía un marido y estaba embarazada, me habría enamorado tranquilamente de él en este mismo instante.

—¡Hola, chicas!— Tiró la tabla y se acercó a mí. Sabía lo que iba a hacer, así que sacudí la cabeza a tiempo y volví mi cara y sus labios me golpearon en la mejilla. Sonrió inteligentemente y se quedó quieto junto a mi oreja. —Uno, uno,— susurró, y luego se acercó a su hermana.

—¡Felicidades, papá!— Ella lo abrazó, y cuando me miró, me encogí de hombros disculpándome.

—Dije que podía ver, no me creíste— suspiré y tomé otro sorbo de agua.

—Estoy tan feliz, vamos a tener hijos de la misma edad— ella charlaba de todo lo que podía, besándolo de vez en cuando.

—Deberíamos hacer una fiesta cuando papá regrese, o mejor lo anunciamos en la víspera de Año Nuevo.— se separó de su hamaca.

—Me encargaré de todo. No tenemos mucho tiempo, pero deberíamos llegar a tiempo. Me alegro mucho por ti.— Sacó el teléfono de su bolso y se alejó unos pasos, sumergiéndose en la conversación.



# Este día

—¿Quién se lo dirá, tú o yo?— Me di la vuelta y me quité las gafas.  
—¿O sabes qué? Ese es tu problema, así que afróntalo.— Le envié una mirada de odio. —¿Cómo puedes herir a tu hermana de esa manera?— Me miró haciendo preguntas. —Sí, hierla. ¿Sabes lo que experimentará cuando yo... aborté? ¿Y luego desaparezca? Ahora me trata como a un miembro de la familia, no tienes corazón.— Me di la vuelta, poniendo mi cara al sol.

—Mato a la gente por dinero— Escuché una voz tranquila y silenciosa junto a mi oreja. —No hay tal cosa como un corazón en mí, Laura.— Giré la cabeza y vi una mirada que no había visto antes. El hombre arrodillado en la arena encajaba perfectamente con la descripción de Massimo. Era un hombre frío, duro y sin conciencia. —Toma dos horas más de sol, yo nadaré y luego iremos a casa y no volverás a ver a Amelia.

Tomó su tabla bajo el brazo y se dirigió hacia el agua.

355

Cuando Amelia regresó, por su bien, le sugerí que pospusiera sus planes para una fiesta de concepción. Le expliqué que tengo un problema cardíaco y que mi embarazo está en peligro y que podría perder el bebé en cualquier momento. Estaba muy preocupada por ello, pero entendió por qué no quiero anunciarlo al mundo entero. No estaba haciendo nada por Nacho sólo quería evitar la decepción a su hermana, que me parecía muy sincera y querida.

Nacho estuvo nadando durante unas dos horas y cuando el sol empezó a ponerse, tiró su tabla en la arena junto a nosotras y se limpió el cuerpo con una toalla.

—¿Cenamos juntos?— Preguntó Amelia, mirando a su hermano.

—Tenemos una cita—, dijo él enseguida.

# Este día

Yo me estaba vistiendo y ella estaba sentada en una hamaca envuelta en una fina manta y la mire decepcionada. Me sentí responsable de su insatisfacción, mientras que era Nacho el que debía sentirse incómodo con la situación. Ignorando el mal humor de su hermana, sacó su sudadera de su bolsa y la tiró en mi dirección.

—Póntelo. Puede que tengas frío en el coche.

Nos despedimos de Amelia y cuando la acompañamos al apartamento, bajamos al estacionamiento de la playa. Nacho metió la tabla en el coche de uno de sus colegas y me agarró de la muñeca, arrastrándome por el paseo marítimo.

—¿No la llevas a casa?

—Tengo una opción. O te llevo a ti o a la tabla.— Vamos. Dijo abriéndome la puerta del coche.

—¿Qué es eso?— Estaba mirando el coche más increíble que he visto en mi vida.

—Raya de *Corvette* de 69 años, vamos—. Su tono un poco molesto me hizo entrar. Era brillante, único y tenía neumáticos con letras blancas. De hecho, Amelia tenía razón al decir que su hermano tenía un coche más ostentoso que ella. Arrancó el motor y el sonido vibrante rugió tan fuerte que sentí el puente temblar. Una sonrisa incontrolable apareció en mi cara, que no escapó a la atención de Nacho.

—¿Qué? ¿Un siciliano probablemente conduce un Ferrari gay?— Se levantó con las cejas en alto y apretó el acelerador.

Hubo un sonido burbujeante mientras zumbábamos por las estrechas calles del paseo marítimo. Estaba oscureciendo afuera y hubiera sido casi feliz si no fuera por el hecho de no estar en este país qué yo necesitaba, con el hombre equivocado.





# Este día

Miré a la izquierda a Nacho, cuya cabeza se balanceaba al ritmo de *quiero vivir en Ibiza de Diego Miranda*. La pieza fluía suavemente, y él le quitaba el ritmo al volante, cantando para si mismo. Aquí está mi torturador, secuestrador y asesino, se sentía en una delicada pieza casera, que le encajaba como si me estuviera dando un martillazo. Era increíble lo asustada que estaba de él. Incluso cuando intentaba ser desagradable o incluso terrible, todo mi subconsciente se reía de él.

Entró en la casa y arrojó la bolsa al suelo en la entrada, luego sacó una toalla y salió a la terraza. No sabía realmente qué hacer conmigo misma, así que me senté en la encimera, arrancando uvas del tazón. Amelia tenía un apetito tan grande que nuestro almuerzo duró tanto como la natación de Nacho, así que no pude acomodar nada más.

—Me mentiste. ¿Por qué?— Dije cuando recordé lo que su hermana dijo en el coche.

357

Se apoyó en la parte superior opuesta del mostrador, casi recostado sobre el, y me miró con una sonrisa.

—¿De que mentira estas hablando?

—¿Y es que son tantas?— Tiré la comida a medio comer del plato.

—Muchas, considerando lo que hago y las circunstancias en las que estás aquí.

—Amelia me dijo cuando va a regresar tu padre. ¿Me sorprende que no tengas alguna idea, si estás trabajando para él?!— Levanté mi voz, y él sonrió más ampliamente. —¿Por qué me engañas, Marcelo?

—No me gusta cuando me llamas así, prefiero Nacho.— Se volvió hacia la nevera y la abrió. —En dos días serás libre.— Me miró.

—Probablemente.



# Este día

—¿Probablemente?

—Sabes, un volcán siempre puede entrar en erupción y tu príncipe siciliano no vendrá aquí.— Puso una botella de cerveza en el mostrador. —O lo mataré y te quedarás conmigo para siempre.— Tomó un sorbo y se quedó en silencio, entrecerrando un poco los ojos.

Completamente confundida, lo miraba de vez en cuando mientras estaba bebiendo, mirándome fijamente.

—Buenas noches— dije, alejando la silla y yendo hacia el este.

—¡No dijiste que no querías!— gritó, y no reaccioné. —¡Buenas noches!

Cerré la puerta del dormitorio y me apoyé en ella, como si quisiera bloquear la entrada. Sentí mi corazón latiendo y mis manos hormigueando de una manera extraña. ¿Qué me pasa? Enterré mi rostro en mis manos y cerré los ojos tratando de calmarme. Yo quería llorar, pero mi cuerpo definitivamente no quería llorar.

Después de unos minutos, me di la vuelta y me fui a la ducha. Primero vertí agua fría y cuando los extraños sentimientos cesaron, me lavé y me embalsamé. Salí corriendo del baño, sin querer encontrarme con Nacho, y me metí bajo el edredón, abrazando la almohada. Estuve mucho tiempo en la oscuridad, pensando en mi esposo y recordando todos mis momentos queridos con él. Quería que fuera un sueño, y lo mejor era que abriera los ojos y lo viera.

Pasos. Me despertaron los pasos, o más bien un suave golpe en el suelo bajo la influencia de movimientos. Tenía miedo de abrir los ojos, aunque subconscientemente sentía que era Nacho el que se colaba en mi cama. Antes de acostarme bajé las persianas, así que la habitación estaba completamente a oscuras. Las tablas volvieron a golpearse suavemente,



# Este día

y me quedé congelada, esperando lo que él haría. Después de que confesó por la noche que mataría a Massimo para que me quedaría con él, podía esperar lo que fuera de él. Medio despierta, traté de averiguar qué haría si mis temores se confirmaban, y él simplemente me metía la mano en los pantalones. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando escuché su respiración superficial en el silencio ensordecedor de la noche. Se mantuvo cerca. Estaba parado, como si esperara algo, y entonces escuché los sonidos de la lucha.

Aterrorizada, me levanté de la cama, alejándome de la fuente del sonido, y alcancé con mi mano la lámpara nocturna del otro lado. Estaba pulsando el interruptor, pero no funcionó. Mi corazón latía al ritmo de un caballo corriendo mientras me deslizaba de la cama y me arrastraba sobre mis rodillas hasta tocar la pared. Los sonidos de la lucha no se detuvieron y tuve la impresión de que estaba a punto de morir. Sentí que iba a morir en un momento. Sentí la puerta corrediza del armario con mi mano y me arrastré dentro de ella, luego me senté debajo de las perchas en el extremo y me subí las piernas al pecho. Estaba asustada, y lo peor era que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Apoyé la frente contra las rodillas y me balanceé rítmicamente de un lado a otro. De repente hubo silencio, y luego vi la pálida luz de una pequeña linterna; me enfermé.

—¡Laura!— El grito de Nacho casi me hace llorar. —¡Laura!

Quería responder, pero a pesar de los duros intentos, no salió ningún sonido de mi garganta. Entonces la puerta se movió, y mis delgados hombros me levantaron. Le acaricié el cuello, aspirando un aroma fresco, y mi cuerpo empezó a temblar.

—Píldoras para el corazón, ¿las necesitas?— Preguntó, plantándose en la cama.

# Este día

Sacudí la cabeza en sentido contrario a las agujas del reloj y miré la habitación iluminada por la pálida luz de la linterna. Todo estaba revuelto: una lámpara rota, velas dispersas, alfombra rasgada, cortinas rasgadas y... - Miré el suelo a la salida del balcón - ...un cadáver. Mi cabeza empezó a retumbar, y todo el contenido de mi estómago se acercó a mi garganta. Giré la cabeza y empecé a vomitar; estaba débil, enferma, tenía la sensación de que me estaba muriendo. Después de un tiempo las convulsiones cesaron, y casi caigo muerta sobre mi almohada.

Nacho agarró una manta y cuando envolvió mi cuerpo semi-consciente, me agarró la muñeca, examinando mi pulso. Luego puso ambas manos debajo de mí y me llevó abajo, donde después de cambiar algunos botones, la luz volvió a brillar. Sus brazos me envolvieron de nuevo, dándome la apariencia de seguridad.

—Él... está muerto.— dije sollozando. —Él está muerto.

360

Sus manos me acariciaban el pelo y sus labios me besaban la cabeza cuando se balanceaba suavemente conmigo en sus rodillas.

—Quería matarte—. Susurró. —No sé si hay más. Apagaron la alarma, tengo que sacarte de aquí.— Se levantó y me puso en el mostrador. —Ve a casa de Amelia, dile que nos hemos peleado, y yo iré a buscarte cuando sepa qué es lo que está pasando. La seguridad de papá la vigila las 24 horas del día, y nadie va a mirar allí. ¡Eh!— Me agarró la cara con las manos cuando no reaccioné. —Te lo dije, estoy aquí para asegurarme de que no te pase nada. Vuelvo enseguida.

Quería detenerlo, pero no tuve la fuerza para pedirle que se quedara. Creí que seguía durmiendo, y todo lo que pasó era una pesadilla que estaba a punto de terminar. Me di la vuelta y me acosté de costado, abrazando mi cara contra el frío mostrador. Lágrimas fluían por mis mejillas, y mi aliento se volvía más y más firme.



# Este día

Después de unos minutos Nacho volvió vestido con un chándal oscuro, y antes de que se abrochara la sudadera, noté los tirantes y dos pistolas debajo. Permanecí allí como un hombre muerto, sólo moviendo los ojos cuando él, frustrado, trató de poner una palabra de mí.

—Laura, estás en shock, pero ya pasará.— Un grito de impotencia salió de su garganta. —No llegarás a mi hermana en este estado. Vamos...— Me agarró de nuevo las manos y me sacó del apartamento envuelta en una manta, y luego dio un portazo detrás de nosotros.

Cuando bajábamos al garaje, me levantó y me apoyó contra la pared, se desabrochó la chaqueta y abrió la pistola. Después de asegurarse de que el camino era seguro, me tomó en sus brazos de nuevo, me puso en el asiento y me abrochó el cinturón. El motor rugió, y el coche se adelantó.

No sé cuánto tiempo estuvimos conduciendo, escuché que Nacho habló por teléfono unas cuantas veces, pero el español me resultaba tan extraño como el italiano, así que no tenía idea de qué se trataba la conversación. Cada pocos minutos comprobaba mi ritmo cardíaco y me quitaba el pelo de la cara para ver si estaba viva. Porque definitivamente tenía que parecer una persona muerta sin parpadear y sin mirar al volante.

—Ven aquí.— Me sacó del asiento del pasajero y empezó a caminar.

Primero vi sólo la arena, luego el océano, y cuando se dio vuelta - una pequeña casa casi parada en la playa. Él entró después de tres pasos y después de un rato nos encontramos dentro; cerré los ojos. Sentí que me ponía en un suave colchón, y en un momento su brazo me abrazó. Me quedé dormida.

361

# Este día

—Hazme el amor.— El sonido de su susurro era como una invitación.  
—Ámame, Laura.

Unas manos coloridas deambulaban alrededor de mi cuerpo desnudo cuando los primeros rayos de sol entraron en la habitación. A través de mis párpados abiertos, apenas podía ver los delgados dedos que se apretaban con fuerza a mis pechos. Gemí y abrí bien las piernas mientras él se deslizaba entre ellas. Nuestros labios se encontraron por primera vez, esos labios suaves y firmes que acariciaron sin prisa los míos. No usó su lengua, abrazó la mía, disfrutando lentamente de su sabor. Estaba impaciente con esta lenta tortura, y al mismo tiempo me excitaba, que se arremolinaba en la parte baja de mi abdomen, dándome una señal cada vez más clara de que era hora de aliviar esta tensión. Sus caderas rozaban mi muslo, y me sentí un miembro duro y listo. Sus dedos se enredaron con los míos y se apretaron mientras yo deslizaba mi lengua en su boca, él respondió inmediatamente, frotándose en mí. Era sutil, lo hacía rítmicamente y con cariño. Entonces levanté ligeramente las caderas y él, sin esperar otra invitación, entró en mi centro húmedo listo. Grité fuerte, amortiguada por un beso, y su cuerpo se extendió sobre mí. La cara de Nacho se movió hasta mi cuello, que estaba mordiendo, lamiendo y besando suavemente, entrando y saliendo perezosamente de mí...

362

—O estás teniendo una pesadilla, o sólo estás teniendo sexo— escuché su silencioso murmullo en mi cabeza y abrí los ojos.

Se acostó a mi lado ligeramente somnoliento, sonriendo radiantemente. Después de un rato, cerró los ojos y se retorció ligeramente, quitando la mano que me tenía sujeta a él.

—Entonces, ¿sexo o pesadilla?— Me quedé en silencio. —Después de gritar, concluyo que es sexo.— Abrió un ojo, mirándome. —¿Conmigo o con Massimo?— Su mirada verde estudió cuidadosamente mi reacción a sus palabras.



# Este día

—Contigo,— respondí sin pensar, lo que le sorprendió totalmente.

—¿Estuve bien?— Preguntó con una expresión descarada en su cara.

—Delicado— suspiré, dándole la espalda. —Muy delicado— Me arrastré.

Hubo silencio y volví a cerrar los ojos, tratando de despertar en paz. Después de un tiempo, la imagen sexy del sueño fue reemplazada por los eventos de la noche anterior. Sentí como si alguien me golpeara en el diafragma con todas sus fuerzas, y mi aliento se atascó en mi garganta por la idea de un hombre muerto en mi dormitorio. Me tragué mi saliva y cuando abrí los ojos, vi a Nacho enfrente de mí.

—¿Estás bien?— preguntó, agarrándome la muñeca otra vez.

—¿Cómo sabes que este tipo trató de matarme?— Lo miré un poco mientras estaba contando los siguientes segundos.

363

—Tal vez eso es porque cuando empecé a estrangularlo, estaba parado al lado de tu cama con una jeringa de líquido que te habría causado un ataque cardíaco masivo. Sospecho que estaban tratando de fingir una muerte natural.— Soltó su mano y me quitó el pelo de mi frente sudorosa. —¿Conoces a este hombre?

—¿Cómo viste algo en tal oscuridad y cómo entraste en la habitación?— Le pregunté cuando me di cuenta lo que había dicho.

—Este idiota vino a mí primero... Qué aficionado...— Sacudió la cabeza. —Así que cuando se fue, y yo aún respiraba, supe que se trataba de ti. Me puse un dispositivo de visión nocturna y lo seguí.— Se sentó en la cama. —¿Sabes quién era?

—No puedo recordar cómo era.— Dije.

Alcanzó el teléfono y me enseñó una foto del cadáver, me puse débil.



# Este día

—Es Rocco.— Me ahogué, cubriéndome la boca con las manos. —El guardaespaldas de Massimo.— Las lágrimas me vinieron a los ojos. — ¿Mi marido está tratando de matarme?— No creía lo que dije.

—Me gustaría que eso fuera verdad, pero no lo creo—. Se levantó y se detuvo. —Alguien lo sobornó y creo que hoy averiguaré quién fue.— Se paró junto a la ventana, luego empujó el vidrio y lo abrió, y el aire fresco del océano entró en la habitación. —Si estuvieras muerta, significaría la guerra, así que los enemigos de mi padre podrían haber sido los contratistas de Rocco.

Me levanté de la cama y me puse delante de él, ardiendo por dentro con una ira casi tangible.

—Aparentemente, sin el permiso de tu familia, nadie puede aparecer en la isla— grité. —Aparentemente lo sabes todo.— Mis manos apretadas en un puño. —Joder.— dije y me di la vuelta, entré por la puerta y luego por la siguiente puerta a la playa después de un rato.

364

Me senté en la escalera del porche, y las lágrimas llenaron mis ojos; lloré. No era el llanto, sino la pura desesperación, que se parecía más al aullido de un animal salvaje que a los sonidos que hace la gente. Estaba golpeando mis manos en las escaleras de madera hasta que sentí dolor en ellas. Entonces Nacho pasó a mi lado sin decir una palabra, vestido con su traje de surf sujetado en su espalda y sosteniendo la tabla bajo su brazo, se dirigió hacia el agua. Lo vi salir para tirarse al agua y después de un rato desaparecer en otra ola. Era descarado, y cuando la conversación no salía como él pensaba o escuchaba algo que no le gustaba, se escapaba. ¿O había algo que no quería decirme?

Volví a entrar y me preparé un poco de té, me senté en la mesa y empecé a mirar por la habitación. Era un espacio abierto con una pequeña cocina, una sala de estar con una gran chimenea y un televisor



# Este día

colgado sobre ella, y un comedor. Todo era muy minimalista, pero los colores dominantes de la tierra daban la impresión de calidez del hogar. Había una tabla apoyada contra la pared junto a la puerta, otra en la esquina junto al comedor. Miré a mi alrededor y descubrí que había unas cuantas más. Estaban colgadas en perchas o paradas en un estante. Algunas de ellas, probablemente antiguas, estaban hechas de muebles: un banco, una mesa, un estante. Las alfombras de colores en el suelo de madera animaron la habitación, y los enormes y suaves sofás animaron al descanso. Desde tres lados de las ventanas de la casa, miraban al océano. Toda la casa estaba rodeada por una terraza a su alrededor.

Abrí la nevera y descubrí con sorpresa que estaba llena de comida. Era imposible que él planeara venir aquí... ¿O sí? Saqué las carnes envasadas, el queso, los huevos y algunas otras cosas, y me puse a preparar el desayuno. Cuando terminé y puse todo sobre la mesa, busqué el baño. Estaba al lado de la puerta del dormitorio donde pasamos la noche. Me duché y, envuelta en una toalla, fui al armario que vi junto a la cama. Lo abrí y descubrí una orden inusual. Saqué una de las camisetas de colores de Nacho, me la puse y volví al baño. Me paré junto al fregadero y tomé el cepillo de dientes que estaba en el. Luego desenterré todos los casilleros para buscar otro, pero al cabo de unos minutos me encontré derrotada.

—Sólo hay uno.— Me di la vuelta y vi a Nacho chorreando agua, que estaba de pie en la puerta sólo en los calzoncillos. Desafortunadamente para mí, eran blancos y húmedos, y lo que siguió fue completamente transparente. Se acercó a mí cuando me volví al lavabo y se puso detrás de mí.

—Tendremos que unir los fluidos corporales.— El reflejo de los alegres ojos verdes en el espejo distrajo mi atención de su entrepierna.

365

BLANKA LIPÍŃSKA

# Este día

Apagué el agua, apliqué la pasta y me la llevé a la boca. Luego incliné la cabeza y, sin mirar el reflejo, comencé a cepillarme los dientes.

—Como una pareja— escuché una voz divertida y cuando levanté los ojos para ver lo que quería decir, vi a Nacho entrar en la ducha completamente desnudo.

El cepillo de dientes cayó de mi boca y golpeó una superficie de piedra, y la pasta de dientes que fluía de mi boca parecía espuma rodada de la boca de un animal furioso. Tan pronto como fue posible, miré en el granito negro del lavabo y me enjuagué la boca. Inclinándome, consideré mi posición y cómo salir de la situación lo más rápido posible. Lavé el cepillo de dientes y lo puse en la taza donde estaba antes, luego, girando mi cabeza lejos de la ducha, me dirigí hacia la puerta. Ya estaba agarrando la manija del mango cuando el sonido del agua se detuvo.

—¿Sabes por qué estás huyendo de mí de esa manera?— Preguntó, y escuché el sonido de sus pies mojados en el suelo. —Porque tienes miedo—. Resoplé y me volví hacia él. Estaba parado justo a mi lado.

—¿De ti?!— Lo miré directamente a los ojos con una sonrisa burlona mientras envolvía una toalla en sus caderas. Me sentí aliviada al respirar en mi mente: gracias a Dios por haberlo cubierto.

—De mi.— Levantó las cejas y se inclinó ligeramente hacia mí. —Has dejado de confiar en ti misma y prefieres prevenir de hacer algo que realmente quieres.

Di un paso atrás, pero él dio uno adelante, volví a dar otro hacia atrás, pero él me siguió. Con cada centímetro, me asusté más y más, porque sabía que en un momento sentiría la puerta en mi espalda. Golpeé la madera en mi espalda, aquí está; estaba atrapada. Nos quedamos allí en silencio, rodeados sólo por respiraciones cada vez más rápidas.

366



# Este día

—Estoy embarazada— susurré sin sentido, y él se encogió de hombros como si quisiera darme una señal de que no le importaba en absoluto.

Las manos de Nacho descansaban a ambos lados de mi cabeza, y su cara se encontraba peligrosamente cerca de la mía. Los ojos verdes y alegres me atravesaron, haciéndome temblar.

Entonces llegó un rescate inesperado: el sonido de su celular, que sonaba rítmicamente, diluyó la atmósfera hormonalmente densa. Me moví un poco, permitiéndole abrir la puerta y entrar en la habitación. Se levantó, salió y se dejó caer en una silla blanda junto a la entrada.



—Mañana— gruñó impasible, sentado a mi lado en la mesa.

—Mañana llegarán los sicilianos... Pásame el yogur, por favor—. Su mano estaba colgando de mi cara mientras esperaba que yo hiciera su petición. —Gracias.— Se levantó un poco y agarró un tazón de mancha blanca.

367

Estaba sentada rígida como si me hubiera alcanzado un rayo, y en mi cabeza, estaba girando de alegría. Mañana veré a Black, mañana me abrazará y me llevará. No pude soportarlo, me separé del lugar y después de un corto abrazo de Nacho, saltando de arriba a abajo, empecé a correr como una loca. El español negó con la cabeza y aún así puso yogur en los copos. Abrí la puerta y luego salí corriendo a la suave y todavía fresca arena. Salté ahí durante un rato, al final caí de espaldas, mirando el cielo azul y sin nubes.

Vendrá por mí, se llevará bien con ellos y todo será como antes. Pero, ¿era seguro? Me senté y miré en dirección a la casa, donde Nacho estaba de pie con un tazón de copos en la mano, apoyado en el marco de la

# Este día

puerta, vestido sólo con pantalones cortos de surfista. Su cuerpo tatuado estaba relajado, y masticaba cada bocado con calma sin perderme de vista. Después de conocer a este chico atrapado en el cuerpo de un hombre, ¿podré volver?

Nos mirábamos fijamente, por razones desconocidas, incapaces de apartar la vista del otro. Entonces sentí como burbujas y calentamientos en mi estómago. Lo agarré con ambas manos y empecé a acariciar, silenciando los sonidos. No es la primera vez que mi hijo me amonesta, recordándome su existencia. Me levanté, saqué el cuerpo de la arena y me dirigí al porche.

—¿Por qué no nos damos un baño?— Nacho sonrió radiantemente, guardando el tazón. —Te enseñaré a nadar en una tabla de remo. Amelia me dijo que querías hacerlo.— Me agarró de los hombros y los apretó ligeramente. —No te preocupes, están a salvo.

368

Me trató en plural por primera vez. Lo miré, y lentamente asentí con la cabeza.

—No tengo un traje.— Me encogí de hombros.

—No hay problema. No hay ningún espíritu vivo en unas pocas decenas de kilómetros.— Me golpeé la cabeza y la gire con la desaprobación. —Puedes nadar con la ropa puesta o sólo con el traje, te encontraré uno.— Entró en la casa. —Además, ¡te he visto desnuda de todas formas!— Gritó, desapareciendo a la vuelta de la esquina.

Puse mis ojos en el lugar donde se dirigió y, aterrorizada, barajé los momentos en mi cabeza en los que podría suceder. Entré en la cocina, me di un masaje en las sienes y me pregunté, mordiéndome nerviosamente el labio inferior.



# Este día

—La primera noche—, respondió como si estuviera leyendo mis pensamientos. —No, no esperaba que no tuvieras tu ropa interior debajo del vestido.— Colgó el traje en la silla a mi lado. —Tienes un dulce coño— susurró con una sonrisa, inclinándose sobre mí y yendo hacia el lavabo.

—Esto no es gracioso.— Salté y le apunté con mi dedo índice. —Este chiste no tiene ninguna gracia, Marcelo.

Puso los platos en el armario y se volvió hacia mí, cruzando sus manos en su pecho.

—¿Y quién dijo que era una broma?— Entrecerró los párpados y después de unos segundos de espera, como un puma, acertó su distancia de un salto, poniéndose a mi lado y abrazándose fuertemente con los brazos. —No podía negarme cuando estabas inconsciente.— Sus ojos verdes se movían a lo largo de mi cara de mi boca a mi ojos. —Estabas tan mojada.— Me tocó la nariz con su labio inferior. —Te viniste fuerte y largo, a pesar de que dormías profundamente después de la medicina que te di. Te folle la mitad de la noche... Estás tan apretada...— Nos movió, apoyando mi espalda contra el refrigerador. —Te lo puse lenta y suavemente, así que mientras dormías sabías cómo era yo.— Su entrepierna comenzó a frotarse rítmicamente contra mi lado.

Escuché lo que decía y sentí una explosión de horror creciendo dentro de mí. El significado de sus palabras era aburrido, y yo me quedé como un poste enterrado en el suelo sin posibilidad de movimiento. Las lágrimas me vinieron a los ojos cuando pensé en traicionar a mi marido. No lo hice conscientemente, pero lo que importaba era el hecho de que ya no estaba limpia. Y además, su hijo fue contaminado. Después de todo, no sobrevivirá a esto.

# Este día

Más oleadas de miedo entraron a través de mi, hasta que en algún momento sentí que me estaba debilitando. Nacho vio esta desesperación y me dejó ir, retrocediendo un poco.

—Soy un buen mentiroso, ¿verdad?— Se cepilló los dientes, y sentí ganas de matarlo. Esta vez, no pudo escapar cuando mi mano abierta le golpeó en la mejilla con una bofetada hasta que su cabeza saltó.

—Impresionante—, gruñí, tomando el traje y con las piernas suaves me dirigí al baño.

Me vestí con una camiseta de tirantes, en la que dormía, y me puse el traje. No podía creer lo fácil que me mentía. Maldije por lo bajo y me golpeé las manos con todo.

Estaba de pie frente al espejo, sacudiendo la cabeza con incredulidad, y solté el traje que me había puesto a mitad de camino, porque estaba toda encendida por esta furia. Me hice dos trenzas en la cabeza. Qué imbécil, pensé, resoplando.

Nacho estaba engrasando las tablas en el porche, vestido sólo con pantalones de plástico azules ajustados. Al ver su pequeño culo estirado en mi dirección, pidiendo un buen golpe.

—No lo aconsejo...— Dijo cuando estaba balanceando mi pierna.  
—Consigue un disco y engrásalo.

Me arrodillé a su lado, tomé un pequeño disco en mi mano y observé lo que hacía, traté de imitarlo.

—¿Por qué estamos haciendo esto?— Pregunté, agitando mi mano.

—Para que no te caigas. No tengo botas para ti, así que no me arriesgaré.— Dudó y me dio la espalda. —¿Pero sabes nadar?

Puse una cara enfurruñada, lo que le hizo reír aún más.

370





# Este día

—Tengo la patente de un salvavidas junior—. Lo dije con orgullo.

—Creo que de médico.— Replicó sarcásticamente y puso la tabla en posición vertical, dejando caer la cera. —Es suficiente. ¿Lista para aprender?— Agarró ambos tabloncillos bajo su brazo y se dirigió hacia el agua. —Hay algunas cosas que debes recordar, dijo cuando llegamos allí, y tiró las tablas a la arena.

La instrucción teórica fue corta y bastante lacónica, porque la actividad que se suponía que debía hacer tampoco parecía ser complicada.

Afortunadamente, no había olas altas, pero Nacho me explicó que hay horas en las que aparecen y desaparecen, al igual que el viento. Las Islas Canarias eran extrañas, predecibles y aparentemente manejables. Bastante diferente de mi compañero.

371

Después de unos cuantos o incluso una docena de intentos en el océano salado, finalmente logré el equilibrio. Mis ojos se estaban cociendo y quería vomitar un poco, porque trague agua que no sabía bien, pero estaba orgullosa y feliz. Nacho no me estaba apurando, estaba nadando a mi lado y sus musculosos brazos estaban rebosantes de agua.

—Dobla las rodillas y no te pongas de lado de la ola.— Pude escuchar su consejo dorado cuando una de las olas vino, barriéndome de la tabla.

Me caí en el agua y entré en pánico. Era lo suficientemente profundo, y perdí la pista de dónde estaba la parte superior e inferior. Traté de nadar, pero otra ola se volteó y me retorció bajo el agua otra vez.

Sentí bajo mis pechos lo delgadas que eran mis manos envueltas a mi alrededor y extendidas a la superficie. Me estaba ahogando, por primera vez hoy, cuando me apoyó contra la tabla.

# Este día

—¿Estás bien?— preguntó emocionado, y yo asentí con la cabeza.  
—Vamos a volver a la orilla.

—Pero no quiero.— Me ahogué mientras tosía. —Está bien. Por fin tengo la oportunidad de nadar.

Salí arrastrándome, me senté en una tabla ancha y, decepcionada, clavé los ojos en él mientras se aferraba a su costado flotando en el agua. El sol brillaba, calentándome, y las maravillosas vistas de las largas y negras playas me hacían sentir que no me importaba.

—Por favor.— Hice una cara dulce que no funcionó en absoluto.  
—Me lo debes por esa despreciable mentira.

Le puse el remo cuando me levanté. Se rió y saltó sobre su tabla, nadando.

—¿Y cómo sabes que mentí?— Me preguntó, estando de vuelta en la distancia, para que no pudiera volver a golpearlo. —Tienes una pequeña marca en tu nalga derecha, parece una quemadura, ¿de dónde vino?

Cuando escuché eso, me tambalee, casi cayendo en profundidades saladas. ¿Cómo demonios sabía lo de la cicatriz? No usé una tanga con él porque no tenía una en mi cajón con barchanas de algodón. Me enfadé y empecé a remar como una mujer poseída, tratando de alcanzarlo, y él, al ver la persecución, se lanzó a huir. Mientras nos perseguíamos como dos niños el uno al otro, finalmente sentí lo agotador que era el deporte y volví a la playa.

Me desabroché la tabla del tobillo y la dejé en el agua, yendo a tierra. Desabroché la cremallera de mi espalda y tiré del traje por la mitad, y cuando entré en el porche, me lo quité por completo, colgándola de la clavija preparada.



# Este día

Nacho salió del océano y, llevando las tablas, subió a la casa, apoyándolas contra la barandilla. Levantó la vista y me miró con la boca abierta, y una inteligente sonrisa reemplazó la expresión de su cara que yo aún no había visto. Miré a mi alrededor, preguntándome qué lo dejó tan aturdido, y sólo cuando miré hacia abajo lo entendí. Debajo del traje me puse una camiseta blanca de hombro en la que dormí la noche anterior, y esa, cuando se mojaba, era completamente transparente.

—Empieza a correr— dijo en un tono serio, sin apartar los ojos salvajes de mis pezones pegajosos.

Di un paso atrás, y él me siguió. Me di la vuelta detrás de la casa y corrí para huir. Luego me agarró por la muñeca y con un movimiento me atrajo hacia él, y su lengua se deslizó en mi boca sin ninguna advertencia. Soltó su mano y tomó mi cara en sus manos, besando con avidez. No sé por qué no podía defenderme, no quería, no podía, o tal vez sólo me sentía como él. Mis manos colgaban inertes a lo largo de mi cuerpo mientras su lengua bailaba con la mía, y sus labios me acariciaban apasionadamente pero con suavidad. Pasaron los siguientes segundos, y yo estaba de pie con la cabeza levantada hacia arriba, sintiendo una ola de deseo que se elevaba en la parte baja del abdomen. De repente cerré mi boca, y él se detuvo y apoyó su frente contra la mía, apretando los ojos.

—Lo siento, no pude soportarlo— susurró, mientras el viento se estaba abriendo paso.

—Bueno, ya lo veo.— Podía oler la irritación en mi voz. —Déjame ir.

Me quitó las manos de encima, me di la vuelta sin decir una palabra me dirigí hacia la puerta. Me temblaban las rodillas, y el remordimiento que apareció en mi cabeza en un segundo me quitó la capacidad de respirar. Lo mejor que puedo hacer. Estoy en el desierto con el asesino

# Este día

que me secuestró, y estoy traicionando a mi marido, que probablemente se está volviendo loco de ansiedad.

Me quité la ropa en el dormitorio, cerré la puerta, me puse los calzoncillos y la camiseta que encontré en el armario, y luego me apreté bajo el edredón. Me cubrí la cabeza y sentí el agua salada fluyendo de mi pelo a mi cara. El sonido de la manija al ser presionada me hizo dejar de respirar, escuchando lo que pasaría después.

—¿Estás bien?— Nacho preguntó, sin acercarse.

Murmuré asintiendo sin que mi cabeza quedara expuesta y escuché que la puerta se cerraba de nuevo. Me quedé dormida.

Me desperté unas horas más tarde, cuando el sol se estaba poniendo, me envolví en una manta y salí de la habitación. La casa estaba vacía y la silenciosa música de guitarra venía de fuera a través de la puerta abierta. Crucé la puerta y vi a Nacho bebiendo cerveza y parado en la barbacoa. Llevaba unos vaqueros rotos, que al sentarse de culo mostraban sus calzoncillos elásticos blancos con la inscripción "*Calvin Klein*". Había un pequeño incendio a su lado, y los sonidos de Ed *Sheeran I See Fire* venían del teléfono conectado al altavoz.

—Estaba a punto de despertarte—, dijo, guardando la botella. —Hice la cena.

No estaba segura de si quería estar en su compañía, pero el zumbido en mi estómago me hizo darme cuenta de que no tenía realmente una opción. Me senté en un suave sillón cerca de él y me puse las rodillas debajo de la barbilla, cubriéndome fuertemente con una manta.

Nacho movió una mesa pequeña y otro asiento para que estuviéramos sentados uno frente al otro. Miré alrededor de la mesa y asentí con la cabeza en agradecimiento, viendo una cena verdaderamente romántica.



# Este día

En una cesta de mimbre había pan cocido sobre el fuego, junto a él había aceitunas, tomates picados y cebollas encurtidas. Todo estaba iluminado por el brillo de las velas colocadas descuidadamente sobre el mostrador.

Nacho puso el plato delante de mí y el otro enfrente, y se sentó.

—Disfruta tu comida—, dijo, atravesando la comida con un tenedor.

El olor del pescado a la parrilla, el pulpo y algunas otras delicias despertó el demonio en mí. Envolviendo las convenciones, absorbí todo, mordiendo el maravilloso pan y las aceitunas.

—Este es mi asilo—, dijo, mirando a los lados. —Aquí es donde huyo de todo, y me encantaría vivir aquí...— Se detuvo. —Con alguien...— Levanté los ojos del plato y vi cómo la vista de Nacho cambiaba bajo la influencia de la mía. —Nunca lo sabrá.— Su cabeza calva se desgarró en el sillón, y no quedó ni un rastro de su maravillosa sonrisa. —Sólo somos tú y yo...— levanté mi mano para que se detuviera.

375

—No me interesa.— Por supuesto, era una tontería leal, pero traté de ser lo más convincente posible. —Amo a Massimo, es el amor de mi vida y nadie puede reemplazarlo—. Mi voz sonaba como si quisiera asegurarme de eso. —No puedo esperar a que Luca nazca. Massimo los matará a todos si intentas alejarnos de él—. Me golpeé la cabeza con plena convicción, pero mi discurso de amor sólo divertía al español.

—¿Y dónde está ahora?— Levantó las cejas, esperando una respuesta. —Te diré dónde está tu amado esposo. Él está haciendo dinero.— Puso la botella en la mesa. —Verás, mi ingenua y embarazada Laura, Massimo Torricelli es el que más ama el dinero en el mundo. Tiene una visión, y para satisfacer su propio egoísmo, te ha metido en su puta vida.— Se inclinó un poco, acercando su cara a mí. —¿Por qué no me dices que antes de conocerlo, te secuestraban cada tres días?!— Se quedó en silencio otra vez, esperando que yo reaccionara, pero no reaccioné.



# Este día

—Ya me lo imaginaba. No puede cuidar de lo que se hizo responsable. Pero si quieres, puedo disipar tus dudas sobre él.— Entrecerró los ojos y se inclinó hacia mí. —Depende de ti, puedo mostrarte materiales que te dirán la verdad sobre él y el sueño en el que has estado viviendo durante meses. Puedo desenmascararlo frente a ti. Todo lo que tienes que hacer es decir que quieres...

—¡Estoy harta de escucharte!— Dije gruñendo, poniéndome de pie. —No intentes disgustarme con el hombre que amo.— Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. —¿Qué? ¿Tu eres mejor?— Le di una mirada de odio. —Me has secuestrado, ¿y luego esperas que me enamore de ti y me arroje en tus brazos?!

Me miró con los ojos entrecerrados, hasta que en un momento dado, su cara cambió completamente y una amplia sonrisa volvió a aparecer en su rostro. Cruzó las manos detrás de la cabeza, estirándose.

376

—¿Yo?... No, sólo quería follarte.— Levantó las cejas, moviéndolas ligeramente. Extendí mi mano y le mostré mi dedo medio, pasando por la puerta.

—Qué maldito patán.— Estaba repitiendo en mi lengua materna. —Sólo basura.

Murmuré durante un rato hasta que finalmente me calmé y me duché, luego cerré con llave la puerta del dormitorio y me fui a dormir.



Al día siguiente, después de desayunar tranquilamente, volvimos a la ciudad. Nacho hizo varias docenas de llamadas y no me dijo ni una palabra, sin contar el "nos vamos" cuando estaba listo para salir. Entramos en el garaje subterráneo del edificio de apartamentos, y recordé los acontecimientos de hace dos días.

—¿Qué pasó con Rocco?— Pregunté, sin salir del coche.

—Bueno, ¿no creerás que todavía está ahí?— Dio un portazo y se dirigió hacia el ascensor.

Cuando giró la llave en la cerradura y cruzó la puerta, me enfermé. Me estaba volviendo cada vez más superficial y no podía hacer que mis piernas dieran un paso por nada. El español vio que algo andaba mal y me cogió la mano.

377

—La casa es segura.— La alegría que retenía estaba ligeramente penetrada por unos indiferentes ojos verdes.—Mi gente limpió aquí la misma noche. Vamos—. Me arrastró hacia dentro. —Tengo que cambiarme e irnos. Te aconsejo que hagas lo mismo—. Subió las escaleras, desapareció detrás de una pared de cristal.

Baje las escaleras lentamente, como si no creyera en sus palabras. Pero el sentido común me dijo que no podía ser tan cruel como para dejar a un muerto en la habitación ¿O tal vez sí?

Cuando agarré la manija, pude sentir todo el contenido de mi estómago subiendo a mi garganta por miedo. Miré a través de la grieta y me sentí aliviada al descubrir que todo estaba arreglado y resuelto, y que no había ni siquiera un rastro del siciliano estrangulado. Fui al armario y encontré

# Este día

la ropa correcta. Hoy, después de casi una semana, se suponía que iba a ver a mi amado por primera vez y quería parecer digna, como la esposa de un jefe y no la novia de un surfista tatuado. Vestirme no fue fácil porque tenía la opción de elegir entre pantalones cortos o shorts, pero finalmente logré sacar algo menos colorido. Los vaqueros de color gris y una camisa blanca de manga corta eran los más elegantes de la gama. Me puse mocasines ligeros y modelé, aunque eso era demasiado decir, con el cabello lavado. Encontré rímel entre las cosas del baño y me alegré de que mi piel estuviera bronceada porque no veía la base.

—Vamos...— Escuché un grito desde abajo. —Laura, muévete.

La última vez que miré la habitación, comprobé irracionalmente que no había dejado nada en ella. Después de un tiempo, se me ocurrió que no había traído nada, porque no era un día de fiesta, y el secuestrador me trajo a la isla. Bajé las escaleras y me congelé en el último escalón. En medio de la sala de estar estaba de pie Nacho en un traje. Su piel bronceada y su cabeza perfectamente afeitada encajan perfectamente con su camisa blanca y su chaqueta negra. Tenía una mano en el bolsillo y la otra en la oreja con el teléfono; se volvió hacia mí y miró de arriba a abajo sin interrumpir la conversación. Ese traje le quedaba extraño, pero fue un cambio agradable, y de alguna manera misteriosa hizo que este arrogante gilipollas fuera increíblemente guapo.

—Estás muy guapa.— Trató de no sonreír, pero falló y sonrió con blancos dientes.

—Bueno, está lejos de ti—. Dije, y había una sonrisa en mi cara, que tampoco pude detener.

—Vámonos ahora, quiero deshacerme de ti lo antes posible— se asfixió, cambiando una vez más su rostro a uno entumecido.





# Este día

Entrecerré los ojos enojada por su atención y aunque sabía que era sólo un juego de apariencias, aún así lo lamentaba. No lo creía, pero quería que yo pensara que era sólo un trabajo. Y entonces algo se me ocurrió... me gustaba este hombre. A pesar de todos sus defectos, y sobre todo el hecho de que era un secuestrador y asesino, me gustaba. Por un lado, me alegraba de que Massimo me llevara lejos de aquí, por otro lado, no podía soportar la idea de no volver a ver a Nacho. Si consideráramos la situación desde el punto de vista de la total normalidad, es decir, eliminando el hecho de que fui secuestrada, perdería un maldito amigo. Un tipo que me impresionó y con el que tenía mucho en común, un tipo que me engañó, me hizo enojar y con el que me gustaba pasar tiempo. Sólo ha pasado una semana, pero te acostumbras a estar con alguien casi las 24 horas del día.

El Corvette estaba corriendo a través de la autopista y le agradecí a Dios que el calvito pusiera el techo porque no habría ni un rastro de mi corte de pelo cuidadosamente peinado. Subimos cada vez más alto y el camino se hizo estrecho y sinuoso; de repente se detuvo.

—Vamos, te mostraré algo—. Dijo mientras salíamos. Agarró mi mano y me llevó por el callejón hasta que llegamos a la barandilla. —Los Gigantes—. Señaló con la mano una visión sobrenatural, que se extendió ante nosotros. —El nombre de la ciudad proviene de estos altos acantilados, algunos de ellos de hasta seiscientos metros. Puedes nadar bajo ellos y sólo entonces puedes ver lo enormes que son.— Lo miré y escuché como si estuviera encantada. —Hay ballenas y delfines en las aguas circundantes, quería mostrarte el volcán Teide también, pero...

—Te extrañaré.— Susurré, interrumpiéndolo, y el sonido de las palabras que se pronunciaron lo dejó atónico. —Es tan injusto que haya conocido a un hombre tan increíble en tales circunstancias—. Apoyé mi frente contra su cuerpo inmóvil. —Normalmente, podríamos ser amigos,

# Este día

nadar juntos— seguí diciendo las palabras llenas de arrepentimiento y sentí su corazón latiendo bajo su camisa.

—Puedes quedarte— susurró. Me levantó la barbilla, obligándome a mirarlo, pero cerré los ojos.

—Pequeña, mírame.— El sonido de esas palabras literalmente me hizo pedazos.

La frase que usó era la forma favorita de Massimo para llamarme. Una corriente de lágrimas bajo por mis párpados, que salieron con la fuerza de un volcán en erupción. Metí mi mano en su bolsillo y saqué mis gafas de sol. Me las puse en la nariz, me escondí detrás de ellas y me dirigí hacia el coche sin decir una palabra.

La casa de Fernando Matos no podía llamarse de otra manera que un castillo. Situada en una roca con vistas al océano, era como una fortaleza a la que no se podía llegar. Detrás de la gran muralla había un jardín monumental, que se parecía bastante a un parque. Loros gritones de colores se posaban en los árboles y los peces nadaban en el lago artificial. No tenía ni idea de lo grande que era la zona, pero si pensaba que la propiedad en Taormina era grande, estaba equivocada.

Aparcamos bajo la entrada, pasando a varias personas armadas en la entrada. Salí del coche inconsciente, sin tener idea de cómo debería comportarme, y me acerqué a Nacho que estaba esperando. Dos hombres aparecieron en la puerta, rodeándome. Nacho les habló en un tono bastante agresivo durante un rato y luego empezó a gritar. Los hombres grandes con trajes oscuros estaban de pie con sus cabezas colgando, pero evidentemente no querían rendirse. Nacho, molesto, me agarró del codo y empezó a arrastrarme por pasillos monumentales.

—¿Qué es lo que está pasando?— Pregunté confundida.



# Este día

—Quieren llevarte, mi papel ha terminado.— Estaba serio e increíblemente enojado. —No te entregaré a ellos.— Mi estómago estaba atado a un nudo con estas palabras. —Te llevaré de vuelta con mi padre personalmente.

Atravesamos un enorme salón que se convirtió en una habitación al final, después de pasar por una puerta increíblemente grande. La habitación era enorme, de unos cuatro metros de altura, y sus ventanas daban al océano. Nada bloqueaba la vista, porque esta parte del castillo era como si levitara sobre el agua, sobresaliendo unos metros detrás del acantilado. Esta horrible y encantadora vista me distrajo completamente del resto de la habitación.

—¿Así que eres tú?!— Escuché una voz masculina con un fuerte acento.

Me di la vuelta y vi a un hombre mayor con el pelo más largo de pie junto a Nacho. No se podía ocultar que este hombre era indudablemente español o canario, como preferían los habitantes del lugar cuando se les llamaba. La tez nevada, los ojos oscuros y estos rasgos característicos me hicieron sentir confiada. El hombre era viejo, pero parecía que probablemente alguna vez estaba rompiendo los corazones de las mujeres, porque ser guapo no se podía rechazar. Vestido con pantalones de tela brillante y una camisa del mismo color, se acercó.

—Fernando Matos.— Tomó mi mano y la besó. —Laura Torricelli— dijo, asintiendo con la cabeza. —La mujer que domesticó a la bestia. Siéntese, por favor.

Me mostró una silla y se sentó en otra. Nacho se sirvió nerviosamente un líquido transparente que puso sobre la mesa y se quitó la chaqueta, dejando al descubierto los tirantes y las dos armas que colgaban de ellos.

381

# Este día

Vertió el contenido del vaso en su garganta y repitió esta acción, esta vez sentado en un sofá y girando el vaso en su mano.

—Sr. Matos, muchas gracias por su cuidado, pero me gustaría volver a casa ya— dije en un tono tranquilo y culto. —Nacho me cuidó mucho, pero si has terminado tu juego de la mafia, me encantaría...

—Escuché que eras descarada.— Fernando se levantó. —Pero verás, querida, a tu amado esposo de alguna manera no le importa venir aquí.— Abrió los brazos. —He oído que su avión no ha despegado—. Se volvió hacia su hijo. —Marcelo, sal de aquí.

Nacho obedientemente se levantó del lugar y bebió el líquido, poniendo el vaso encima, luego agarró la chaqueta y tratando de no mirarme, salió de la habitación. Me sentí sola y aterrorizada. No sabía las intenciones del hombre que estaba a mi lado, y el que salió dio al menos una aparente sensación de seguridad.

382

—Tu marido me trató como basura, se burló de mí!— gritó, apoyando las manos a ambos lados de la silla en la que estaba sentada. —¡Y uno de ustedes pagará por ello!

De repente, la puerta de la habitación se abrió de nuevo, pero no pude girar la cabeza. Sentada en la silla, vi al viejo alejarse y desaparecer a mis espaldas, saludando a alguien con horror. La conversación fue en español, sólo entendí que el nombre de mi marido se mencionó varias veces. Entonces las voces se hicieron silenciosas y cuando escuché la cerradura, me sentí aliviada al pensar que estaba sola.

—¡Putas estúpidas!— Una gran mano me agarró el pelo y me levantó, lanzándome contra el suelo.

Al caer, me golpeé la cabeza en un pequeño banco y sentí que la sangre fluía por mi sien. Me puse la mano en la cabeza y levanté los





# Este día

ojos. Un hombre de la edad de Nacho se paró frente a mí, que me miró con asco. Con una mano extrañamente rígida, corrigió su pelo negro, que antes estaba al revés, y se dirigió hacia mí. Empujé mis talones para escapar de él, pero ni siquiera me pude levantar cuando me dio una patada de mal humor en los riñones. Me cubrí el estómago con las manos para proteger al niño de que el loco me atacara. Me sentía nerviosa y con zumbido en los oídos, pero sabía que no podía perder el conocimiento. Dios sólo quería saber lo que el hombre que estaba a mi lado quería hacerme.

—¡Levántate, perra!— Gritó y agarro en la silla.

Tragando saliva y apoyándome en manos temblorosas, seguí su orden y casi galantemente me mostró la silla de enfrente.

—¿Te acuerdas de mí?— Preguntó cuándo me senté, limpiándome la sangre de la cara.

—No,— estaba gruñendo.

—¿Y recuerdas a Nostro?— Levanté los ojos y arrugué las cejas.

—Un club de Roma, hace unos meses.— Se rió burlonamente. —Es extraño que no lo recuerdes, porque como todas las demás putas has sido inundada de cadáveres.

Cuando dijo eso, una imagen borrosa de esa noche parpadeó ante mis ojos.

—¿Y te acuerdas de eso, perra?— Dio un salto y me golpeó en la cara con una mano, puso sus manos bajo mi cara, sosteniendo mi cabello.

—Tu chico me disparó en las manos.— Miré sus manos con dos cicatrices redondas casi idénticas.

En ese momento, como en el tiempo-espacio, me trasladé a una noche en *Nostro* y recordé cómo, después de bailar en un tubo, uno de los



# Este día

hombres pensó que yo era una puta y me agarró, y luego Massimo... Al pensarlo me tapé la boca con las manos. Le disparó a las manos.

—Tengo un problema en mi derecha y mi izquierda es casi inútil—. Las giró sin mirarme. —¡Humillado por una puta!— Gritó de nuevo y se puso de pie. —Durante mucho tiempo me he preguntado qué hacer contigo. Pero luego pensé que prefería liquidar a ese imbécil, tu marido.

Se acercó a mí y me golpeó en la cara de nuevo, y sentí que mi labio se rompió y que la sangre se derramó por el labio roto. Me está matando a golpes aquí, pensé, cojeando en la silla.

—Primero, quería que te cuidara esta idiota de Anna, abiertamente, a pesar de toda mi fe en su habilidad para conducir un coche, o más bien para embestirlo, no podía hacer el trabajo.— Se acercó y se inclinó hacia mí. —No quería involucrar a la familia Matos en esto. Preferí hacerlo yo mismo, pero desgraciadamente este cabrón sucumbió más tarde al encanto de Torricelli.— golpeó las manos en el respaldo de mi silla y cerré los ojos con terror. —Afortunadamente, ya lo he hecho antes, para conseguir que su hermano atacara a Massimo, informándole de la muerte de su hijo no nacido.— Resopló burlonamente. —Me reuní con Emil y yo mismo se lo dije, cómo en una fiesta, tu don bebió un poco más de la cuenta y tiró de una línea demasiado larga, disfrutó rascando y sin problemas. Eso empeoró la situación.— Caminó por la habitación con diversión, contándolo como una buena anécdota que se escuchaba en la mesa de Navidad. —Más tarde fue mejor cuando intentaron dispararse mutuamente, pero por desgracia tu marido tuvo mucha suerte de nuevo.— Se dio la vuelta y se paró frente a mí. —Pero al menos Emil me quitó mi problema, y eso permitió a Matos entrar parcialmente en Nápoles.

Vertió torpemente un vaso de líquido transparente y bebió un sorbo, moviéndolo sobre el mostrador y casi sin levantarlo.



# Este día

Me dolía la cabeza por el impacto, pero la sangre seca que había en ella formaba una especie de corcho y dejaba de estar empapada. Sentí que se me hinchaba el labio, pero aún así estaba muy preocupada por el bebé.

—¿Qué harás conmigo? — Pregunté con la voz más segura, lo máximo que pude conseguir.

El hombre se levantó en silencio y me golpeó de nuevo y mi boca casi explotó de sangre. Grité fuerte, sintiendo un dolor inimaginable.

—¡No me interrumpas, perra! —gritó, se deshizo de mí, y se sentó de nuevo. —Puedes gritar todo lo que quieras aquí, la habitación está insonorizada. Si te disparara, nadie lo oiría.— Puso una sonrisa triunfante en su cara. Después de un momento de silencio, continuó: —Observé a Massimo y decidí que nada le haría tanto daño como perderte, sobre todo porque es por ti que no puedo tomar un vaso de agua por mi mismo.— Levantó su mano derecha, cuya mano estaba rígida. —Tuve que aprender a usar la otra. La paresia de mi mano después de disparar es tan extensa que apenas puedo usar mis manos. Tuvieron que hacerme un arma especial para que pudiera apretar el gatillo.— Se rió mucho. —Pero, como puedes ver, son buenas para el placer. Hoy, antes de matarte, voy a darte tanto placer que escupirás a ese bastardo que llevas dentro.

Escuché un silbido en mis oídos y empecé a rezar para tener fuerza cuando sentí dolor y ardor en el esternón. No podía pensar con sobriedad por el horror que sentía.

—Y ya que tu marido decidió no venir a arriesgar su propia vida, le grabaré nuestra última noche juntos.— Extendió su mano y me acarició en la pierna, la cual retiré inmediatamente. —Y luego le enviaré a ese mocoso en una caja—. Apuntó su cabeza hacia mi estómago apretado.

# Este día

—Y por cierto, no pensé que Marcelo actuará tan fácilmente. Intentamos secuestrarte muchas veces, pero cada vez Massimo estaba en guardia—. Su tono irónico me cabreó cada vez más. —Mi gente estaba haciendo una pelea en sus clubes y hoteles para distraerlo y atraerlo. Puse a la mayoría de las familias en contra de tu marido, pero él te protegió tan bien que el secuestro no fue una tarea fácil. —Levantó un dedo de una mano. —Luego pensé en Marcelo. Es el mejor en el negocio, despiadado y ciegamente devoto de su padre, y Fernando confía en mí.— Se rió. —Ese hombre ungido que me odiaba no tenía ni idea.

—Massimo te encontrará y te matará, pedazo de mierda...— Espeté.

—Oh, sinceramente lo dudo.— Él dijo divertido. —Toda su furia está sobre Marcelo; él es el que te secuestró. Torricelli vendrá primero por él, y luego por el viejo, entonces yo seré el jefe de la familia Matos, ungido para este papel como su yerno—. Empecé a reírme histéricamente, y él lanzo furiosamente el vidrio contra la pared. —¡¿Qué es tan gracioso, perra?!— Gritó.

—Tú eres el tipo de la nariz.— Recordé la historia burlona de Nacho sobre el marido de Amelia. —¿Cómo no te reconocí por esa descripción meticulosa y perfectamente adecuada?— Su mano golpeó de nuevo mi cara, y sentí que la hinchazón empezaba a abrazar mi ojo también.

Mi tos fue interrumpida por una llamada telefónica en su bolsillo. Lo sacó y lo recogió, luego escuchó un rato, terminó la conversación y puso el teléfono en su bolsillo.

—La situación se complicó un poco más— se volvió un poco loco. —Tu marido está en la mansión.

Con estas palabras, mi corazón casi se sale del pecho y las lágrimas de alivio y alegría fluyeron por mi cara. Cerré los ojos. *Está aquí, me*



# Este día

salvará, pensé. En mi cara bailó una sonrisa, que Flavio ya no vio, porque estaba buscando algo en su escritorio.

Hubo un ruido y de repente Massimo irrumpió en la habitación como una tormenta, seguido por Domenico y una docena de personas más. Dios, era tan hermoso, tan poderoso y mío. Me puse a llorar y cuando los ojos de Black se posaron en mí, lo vi casi explotar de rabia. Estaba parado a unos metros de mí y sus ojos dolorosos me miraban a la cara. Con un grito salvaje sacó su arma y apuntó a Flavio. Entonces se abrieron las dos entradas laterales y docenas de personas entraron corriendo en la habitación, incluyendo a Nacho, que se congeló al verme.

Al final, lenta y dignamente, con un cigarro en la mano, como en una verdadera película de gánsters, entró Fernando Matos.

—Massimo Torricelli—, dijo, cuando todos tenían un arma apuntándoles. —Qué bueno que aceptaste mi invitación.

387

Sentí que alguien me miraba, y como mi vista estaba enfocada en Black, empecé a mirar de reojos. Sosteniendo un arma en ambas manos, Nacho me miró con una mirada llena de dolor y desesperación. Vi que se sentía culpable por mi aspecto actual. Entonces uno de los hombres de Matos me puso una pistola en la cabeza, recargándola antes.

—Suelta el arma—, dijo Fernando. —O lo que viniste a buscar explotará en la pared.

Massimo susurró algo a los hombres que estaban con él y todos escondieron las armas. Los otros también lo hicieron, todos menos el que estaba a mi lado.

Por orden de Fernando Matos, toda la seguridad de ambos jefes comenzó a salir de la sala. Nacho caminó por la habitación, tomando una máscara de indiferencia y deteniéndose a mi lado, dando palmadas en el

# Este día

hombro del hombre que apuntaba hacia mí, y luego intercambió papeles con él.

—Laura— Susurró, mientras el cañon se volvió a apoyarse en mi sien.  
—Lo siento.

Las lágrimas corrían por mis mejillas, y el nudo en mi garganta se estaba volviendo insoportable. Massimo y Domenico estaban de pie frente a Flavio y Fernando, y me preguntaba si al menos una persona saldría viva.

Los cuatro hombres hablaron un rato, pegados como piedras en sus asientos. Después de ver sus caras, pensé que probablemente se llevaban bien. Un momento después, se escuchó la voz tranquila de mi marido:

—Ven a mí, Laura.

Entendiendo toda la conversación, Nacho dejó su arma, y yo apenas me puse de pie y me acerqué a él. Cuando Nacho me agarró para ayudarme a caminar, las mandíbulas de Massimo se apretaron.

—No la toques, hijo de puta— gruñó, mirando a Marcelo, me dejó ir y se alejó.

Antes de llegar a Black, vi a Flavio sacar el arma del cajón y apuntar a Fernando Matos, apretando el gatillo y éste cayó. Al mismo tiempo, se oyó un segundo y otro disparo, Flavio cayó junto al escritorio y mi esposo me agarró y me escondió detrás de él, parado con el arma apuntando directamente a Nacho, quien acababa de disparar a su odiado cuñado, quien había logrado matar a su padre un segundo antes.

Pegada a la espalda de Black, sentí la adrenalina fluir en mis venas, y mis piernas se debilitaron. Estaba a salvo, mi cuerpo sabía que podía dejar de luchar. Don sintió que yo me deslizaba sobre él, y me dio la



# Este día

vuelta delante de él, dejando a Doménico y a Nacho uno frente al otro apuntándose con sus armas.

Entonces se escuchó un explosión, y sentí algo como un golpe, y de repente una ola de calor se derramó sobre mi cuerpo. No pude recuperar el aliento y no pude ver la cara de Massimo con más claridad. Sentí que mis piernas se volvían gelatinosas y me deslizaba por el suelo con él. Me miró a la cara y me dijo algo, pero no escuché ni una palabra. Vi mover su boca y levantar su mano sangrienta a mi cara. Mis párpados se pusieron pesados y sentí un increíble cansancio y finalmente la felicidad. Black me besó los labios, probablemente gritando algo. El silencio abrumador que me rodeaba se hizo cada vez más profundo hasta que todo desapareció. Cerré los ojos...

389



BLANKA LIPÍŃSKA

—¡Massimo!— La voz de Domenico me arrancó de mi torpeza.  
—*Oninie* puede esperar más tiempo.— El tono tranquilo y calmado de mi hermano parecía gritar.

Me giré desde la ventana hacia la habitación, mirando al grupo de doctores que estaban delante de mí.

—¡Se supone que tienen que salvar a los dos, joder!— Dije con dientes apretados, temblando de rabia y apenas conteniendo las lágrimas.  
—O le dispararé a todo el mundo.

Llegue con las manos sucias llenas de sangre al cinturón de mi pantalón para sacar el arma, pero mi hermano me detuvo.

—Hermano—, susurró con lágrimas en los ojos. —Ha pasado mucho tiempo, no salvarán a Laura ni al bebé, y cada minuto...

Levanté mi mano para mantenerlo callado, y un momento después caí de rodillas, escondiendo la cabeza entre las manos.

No sabía si podía criar a mi hijo sin ella, ni tampoco sabía si la vida sin ella tendría sentido. Mi niño... Parte de ella y de mí, heredero y sucesor. Un millón de pensamientos volaron por mi cabeza, pero ninguno de ellos fue tranquilizador.

Miré a los médicos y respiré profundamente.

—Salva a...

CONTINUARA...





## AGRADECIMIENTOS

Sigo agradeciendo a mis padres. Mamá, papá, son mi inspiración, mi amor y mi mundo. ¡Los quiero mucho y no puedo imaginar la vida sin ustedes! Gracias que incluso cuando dudé de mí, estaban llenos de orgullo.

Agradezco al hombre que me demostró que la edad no importa; que la edad adulta es un estado mental, no un número. Maciej Buzala, Querido - no hay palabras para expresar mi gratitud por tu paciencia, cuidado y compromiso. Estos meses han sido los más difíciles de mi vida, sin ti me daría por vencida. ¡Te quiero, joven, y gracias por estar aquí!

Anna Szuber y Michał Czajka, gracias por hacerme parecer tan loca en la portada. Su trabajo es divino, y sus habilidades gráficas son confiables! Y eres más barato que un cirujano plástico.

391

Pero sobre todo, gracias, Lector, quienquiera que seas. Porque tienes mi libro en tus manos, puedo cambiar el mundo. Espero que la segunda parte haya sido mejor que la primera, y no puedan esperar a la tercera. Porque la tercera parte... ¡será fuegos artificiales!